



412-3-3



Nuevo Topo

Revista de historia
y pensamiento crítico

ISSN: 1669-8487

Donación Consejo Editorial

mar: 1967

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA
Y AMERICANA
"Dr. EMILIO RAVIGNANI"
BIBLIOTECA

Nº 3 – Septiembre/Octubre 2006

Nuevo Topo

REVISTA DE HISTORIA Y PENSAMIENTO CRÍTICO

Consejo Editorial

Adriana María Valobra

Elena Scirica

Agustín Santella

Karina Inés Ramacciotti

Carlos Miguel Herrera

Juan Luis Hernández

Gabriel Marco Di Meglio

Hernán Camarero

Alejandro Belkin

Ezequiel Adamovsky

Omar Acha

Arte de tapa: Eduardo Molinari

Nuevo Topo es una publicación periódica independiente, dedicada al estímulo y difusión de la producción intelectual en el campo de la historia, las ciencias sociales y el pensamiento crítico en general. Son bienvenidas todas las contribuciones tendientes a construir un puente entre el conocimiento de la sociedad y sus transformaciones.

La responsabilidad de los artículos publicados con firma es exclusiva de sus autores/as.

Para abonos en el exterior, contactar a C. M. Herrera:

carlosmherrera@hotmail.com

Para suscripciones en el país: revistanuevotopo@yahoo.com.ar

Para correspondencia y toda otra información, dirigirse a:

Revista Nuevo Topo

San Blas 1653 (1116)

Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

E-mail: revistanuevotopo@yahoo.com.ar

Índice

Artículos

- La historia industrial argentina, 1870-1976: entre la crisis y la renovación
Claudio Belini 5
- Mujeres que trabajan*: una revisión historiográfica del trabajo
femenino en la ciudad de Buenos Aires (1890-1940)
Graciela Queirolo 29

Entrevistas

- Clases subalternas, etnicidad y política en América Latina
Entrevista con Ricardo Melgar Bao 51

Dossier: Debates teóricos y metodológicos en la historia y en las ciencias sociales

- Presentación 71
- Narrativismo, historiografía y después. La nueva filosofía
de la historia y el límite de la comprensión histórica
Nicolás Lavagnino 75
- Historia y psicoanálisis: Cavilaciones sobre un diálogo venidero
Omar Acha 99
- La "descomposición de lo social": la sociología de Gabriel Tarde
y sus lecturas recientes
Daniel Szabón 123
- Notas para una definición de la hegemonía
Javier Balsa 145

Perfiles

- Alberto Flores Galindo (1949-1990)
Juan Luis Hernández 167

Crítica de libros y películas

- The Last Colonial Massacre. Latin America in the Cold War*,
Por Leandro Benmergui 177

<i>Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar. 1946-1955,</i>	
Por Melina Piglia	181
<i>Los intelectuales y el estado soviético, de 1917 al presente</i>	
Por Martín Baña	184
<i>El paraíso ahora</i>	
Por Paula Halperin	188

La historia industrial argentina, 1870-1976: entre la crisis y la renovación

Claudio Belini¹

La historia industrial ha atravesado un período de relativo desinterés durante las últimas décadas. Por un lado, la crisis de la historia económica, cuyo valor heurístico pareció incontrastable durante las décadas de 1950 y 1970, explica parcialmente esta situación. Pero además, como han señalado Juan Carlos Korol e Hilda Sabato, el debate en torno a la industria quedó inconcluso como resultado de los límites que ofrecían los modelos teóricos bajo los cuales se había observado el problema, un cierto anquilosamiento metodológico y las dificultades crecientes para acceder a fuentes que permitieran renovadas aproximaciones.²

Sin embargo, los años noventa han marcado un aparente cambio en esta situación. La apertura de la economía y el predominio de la convertibilidad con un tipo de cambio sobrevaluado, con sus efectos depresivos sobre la actividad manufacturera, han replanteado la cuestión. La crisis de diciembre del 2001, la fuerte devaluación monetaria y la redistribución regresiva del ingreso que le sucedieron pusieron en el primer plano el tema, invitando a buscar en el pasado algunas claves explicativas.

En este artículo nos proponemos analizar los trabajos de los últimos veinte años sobre la historia de la industria entre la etapa agroexportadora y la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI).³ Nuestra hipótesis sostiene que la literatura sobre el tema, incluyendo los nuevos aportes, se

¹ CONICET - Instituto Ravignani, PEHESA. Agradezco los comentarios de Marcelo Rougier, Hilda Sabato y los comentaristas anónimos.

² Juan Carlos Korol e Hilda Sabato, "Incomplete Industrialization: an Argentine Obsession", en *Latin American Research Review*, vol. 25, n° 1, 1990, pp. 7-30.

³ Por razones de espacio sólo citaremos los principales trabajos sobre el tema, que de ninguna manera agotan la literatura disponible.

ha organizado bajo dos dimensiones de análisis principales: el papel de las políticas públicas y la naturaleza del factor empresarial. Si bien se han formulado nuevas preguntas y enfoques, la anunciada renovación es todavía incompleta.

El trabajo está organizado en dos partes. La primera analiza la historiografía sobre la industria en la etapa agroexportadora (1870-1930), mientras que la segunda explora el período de la ISI (1930-1976). De esta manera, retomamos una cronología que, establecida en los años cincuenta por el pensamiento de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), continúa siendo aceptada por los estudiosos.

1. La industria durante la etapa agroexportadora, 1870-1930

1.1. De la interpretación estructuralista a la recusación neoclásica

Cualquier intento de explorar la historiografía industrial argentina debe comenzar por reconocer la enorme influencia de Adolfo Dorfman quien, a finales de la década de 1930, ofreció la primera versión sistemática del surgimiento de la industria moderna.⁴ El influjo de esta obra se debió a que presentó un conjunto de hipótesis que seguirían desvelando a los analistas en las siguientes décadas y una sistematización de la información censal y de otras fuentes documentales que lo hacen aún hoy de consulta indispensable. Entre sus hipótesis principales podemos señalar dos: en primer lugar, la afirmación de que las políticas públicas anteriores a 1930, y especialmente la tarifa aduanera, no habían fomentado el desarrollo industrial. Antes bien, su aplicación había creado obstáculos a ese proceso por medio de aranceles que pesaban más fuertemente sobre la importación de materias primas que sobre la introducción de productos finales (el llamado proteccionismo "al revés"). En segundo lugar, Dorfman sostuvo la idea de que la industria argentina había nacido ligada, a través de numerosos vasos comunicantes, a los intereses agroexportadores. Por ello, consideraba que su surgimiento y expansión estaban despojados de los efectos disruptivos que se suponía su presencia debía generar. Ambas hipótesis serían retomadas en las décadas siguientes.

⁴ Adolfo Dorfman, *Evolución industrial argentina*, Buenos Aires, Losada, 1942.

La primera apuntaba a caracterizar el surgimiento de la industria moderna en tanto que la segunda sería leída en una clave que ponía el acento sobre el actor principal: la burguesía industrial o el factor empresario.

En la década de 1950, en un contexto marcado por el descubrimiento de la problemática del desarrollo y el auge de la teoría de la CEPAL, surgieron las primeras interpretaciones de largo plazo sobre el crecimiento económico argentino. Retomando las hipótesis de Dorfman, los estudios de Aldo Ferrer, Guido Di Tella y Manuel Zymelman sostuvieron que, a pesar del éxito con que la economía local había logrado incorporarse al mercado internacional a partir de 1870, ello no había impulsado un desarrollo industrial autosostenido debido, entre otras causas, a la ausencia de una política industrial. En consecuencia, el crecimiento se había visto limitado a las manufacturas de menor densidad de capital y complejidad técnica.⁵

La interpretación estructuralista tuvo también una influencia preponderante sobre la renovación historiográfica de los años sesenta, especialmente en los estudios sociológicos y políticos. Antes que aportar nueva evidencia sobre el crecimiento industrial, el interés de los estudiosos se orientó a ofrecer, en esos planos, las claves explicativas sobre el predominio del libre comercio y la ausencia de una política industrial. En este sentido, el análisis de la naturaleza de los actores involucrados suscitó un interés creciente gracias a la notable influencia de la teoría de la modernización y de las diversas corrientes de la tradición marxista. Así, la debilidad del empresariado industrial fue revisada una y otra vez.⁶

Una interpretación clave fue el de Oscar Cornblit. Bajo el influjo de la sociología germaniana, Cornblit señaló que si bien la condición de extranjero era importante a la hora de explicar la debilidad de los industriales, el factor preponderante residía en las características de la sociedad receptora y,

⁵ Aldo Ferrer, *La economía argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1963; Guido Di Tella y Manuel Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1967. Un resumen de los obstáculos impuestos por el modelo agroexportador fue presentado por Roberto Cortés Conde, quien por entonces adhería a la interpretación estructuralista. Véase su "Problemas de crecimiento industrial, 1870-1914", en Torcuato Di Tella, Gino Germani y Jorge Graciarena, comps., *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.

⁶ Dardo Cúneo, *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Buenos Aires, Pleamar, 1967; José Chiaramonte, *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina*, Buenos Aires, Solar, 1971; Oscar Cornblit, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", en T. Di Tella y Tulio Halperin Donghi, eds., *Los fragmentos del poder*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969.

especialmente, de la estructura de los partidos políticos, que terminaron por relegar a los empresarios a un lugar marginal. Como se observa, la renovación historiográfica de los años sesenta indagaba la cuestión con novedosos marcos teóricos pero bajo la impronta del trabajo fundacional de Dorfman.

A finales de la década de 1960, la revitalización de la teoría neoclásica alentó una revisión de las interpretaciones sobre el crecimiento industrial anterior a 1930. Carlos Díaz Alejandro, Ezequiel Gallo, Roberto Cortés Conde y Lucio Geller plantearon un conjunto de hipótesis y presentaron nuevas evidencias que venía a refutar la interpretación estructuralista.⁷ En primer lugar, estos autores rechazaron la idea de que la etapa de "crecimiento hacia fuera" había desalentado el desarrollo industrial. Aún más, la industria moderna había surgido en aquella época. Si bien esto había sido señalado por Dorfman, lo que se cuestionaba era la lectura de raíz cepalina que consideraba de escasa importancia al sector industrial anterior a 1930.

Díaz Alejandro, Gallo, Cortés Conde y Geller no hablaban de industrialización (entendida como un proceso de transformación que implicaba la transición desde una economía agraria y rural a una industrial y urbana) sino de crecimiento industrial.⁸

Siguiendo los lineamientos de la *staple theory*,⁹ estos autores pusieron énfasis en los diversos eslabonamientos hacia atrás y hacia delante que la expansión agroexportadora generó en el conjunto del aparato productivo. La ausencia de yacimientos de carbón y de hierro era erigida en la principal causa que explicaba el escaso desarrollo de la industria metalúrgica. Pero, contra lo que sostenían los estructuralistas, para Díaz Alejandro ello había maximizado las tasas de crecimiento del conjunto de la economía.

⁷ Carlos Díaz Alejandro, *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires, Amorrortu, 1975; Ezequiel Gallo, "La expansión agraria y el desarrollo industrial en Argentina 1880-1930", en *Anuario IEHS*, n.º 13, 1998, pp. 13-25 (1.ª edición en inglés, 1970); Roberto Cortés Conde, *Hispanoamérica: la apertura al comercio mundial 1850-1930*. Buenos Aires, Paidós, 1974; Lucio Geller, "El crecimiento industrial argentino hasta 1914 y la teoría del bien primario exportable", en Marcos Giménez Zapiola, comp., *El régimen oligárquico*. Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

⁸ Ello era el resultado del cambio del marco teórico desde el cual miraban el problema, pero también de una mirada gradualista del proceso. Así, Díaz Alejandro sostuvo que utilizaba el término "etapas" en un sentido descriptivo, para agregar "queda por ver si en el caso argentino cabe hablar de industrialización en algún sentido distinto del puramente descriptivo". Díaz Alejandro, ob. cit., nota 2, p. 207.

⁹ La teoría del bien primario exportable estaba en boga en los círculos académicos anglosajones para explicar el crecimiento económico de los "espacios vacíos".

La recusación neoclásica también cuestionó las visiones sobre las políticas públicas y sobre el papel desempeñado por los empresarios. En el primer caso, Díaz Alejandro realizó un estudio sobre la política arancelaria posterior a 1905, discutiendo la idea de que la tarifa aduanera sólo había tenido una finalidad fiscal. Para Díaz Alejandro, Gallo o Geller el nivel de la protección aduanera no había sido inferior al de otras naciones industrializadas.¹⁰

En cuanto al poder de los empresarios industriales las posturas fueron diferentes: Díaz Alejandro reafirmó la interpretación de Corublit según la cual la debilidad de los industriales residía en la difícil integración de los extranjeros al sistema político. En cambio, Gallo consideró necesario reformular esa visión que suponía un predominio incontrastable de los terratenientes. Dada la alta movilidad ascendente que se expresó en el robustecimiento de las clases medias, la flexibilidad del sistema institucional y del aparato económico para permitir la expansión industrial, consideró que los intereses de los industriales y de los terratenientes en un conjunto de problemas (como la política cambiaria y el trato conferido al movimiento obrero) tendieron a coincidir.¹¹

En conjunto, la recusación neoclásica ponía el acento en la vinculación entre el auge de las exportaciones primarias y el crecimiento industrial. Con ello, cuestionaba la interpretación estructuralista que afirmaba que la industrialización reconocía un punto de arranque en los períodos en que los choques externos, una guerra mundial o bien una crisis internacional, reducían la competencia internacional y alentaban la sustitución de importaciones. También buscaban refutar la idea de que en el período agroexportador habían predominado políticas públicas hostiles hacia la industria. En este sentido, la principal contribución fue la de Díaz Alejandro. Con todo, su aporte no fue concluyente en gran medida porque resultó un análisis agregado, que impedía ver el impacto sectorial de la tarifa aduanera.

¹⁰ Gallo, ob. cit., pp. 19-20; Geller, ob. cit., pp. 188-192. Una interpretación opuesta sobre la política arancelaria y limitada al período radical, véase Carl Solberg, "The Tariff and Politics in Argentina, 1916-1930", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 53, n.º 2, 1973, pp. 270-284.

¹¹ Díaz Alejandro, ob. cit., p. 214; Gallo, ob. cit., pp. 20-21

1.2. Los debates actuales ¿hacia un nuevo consenso?

Contrariamente a lo sucedido en los años sesenta y en los setenta, en las últimas décadas, la historia industrial argentina se ha caracterizado por una creciente heterogeneidad en cuanto a los marcos teóricos y las metodologías empleadas. Ello se debió, al menos en parte, a que el ascenso de la *new economic history* y del nuevo institucionalismo en el campo académico internacional no concitó aquí el interés que en su momento tuvieron las teorías del desarrollo. También es claro que esa heterogeneidad no derivó en la proliferación de investigaciones. En realidad, hasta los años noventa, los debates sobre la industria aminoraron y perdieron brillo frente a otros campos, como la historia agraria, donde la renovación historiográfica fue intensa. De hecho, la escasa influencia de corrientes novedosas permitió la perduración de las líneas interpretativas ya definidas en la década de 1970 y, salvo excepciones, la reiteración de hipótesis y de métodos. Por un lado, se ubican aquellos trabajos que revalorizan el crecimiento industrial anterior a 1930 y tienen una perspectiva más positiva sobre el papel del estado. Por el otro, los autores que han acentuado su visión negativa, reforzando la hipótesis de que si bien la etapa agroexportadora permitió el crecimiento industrial, introdujo también algunos importantes obstáculos que explicarían en gran parte el derrotero posterior.

En la primera perspectiva resaltan los aportes de Cortes Conde y Fernando Rocchi. El primero realizó una nueva estimación del producto industrial para el período 1875-1935, que muestra una tasa de crecimiento significativamente más alta que la elaborada por la CEPAL y utilizada en todos los estudios anteriores. Como corolario, ha sostenido que “el crecimiento industrial fue mayor en períodos de elevadas importaciones y decayó en las décadas de 10 y el 30 cuando las importaciones fueron menores”, lo que “desmentiría el difundido argumento de que el crecimiento industrial respondió a las dificultades del balance de pagos”.¹² Lamentablemente, ese trabajo no ha generado una discusión sobre el problema de la construcción de los índices estadísticos: metodología, fuentes utilizadas, ponderación del aporte de cada rama, entre otros aspectos.

Por su parte, los trabajos de Rocchi han explorado una variedad de problemáticas que ponen en evidencia la influencia del nuevo institucionalismo

¹² R. Cortes Conde, *La economía argentina en el largo plazo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, p. 218.

y del enfoque centrado en el consumo. Rocchi no sólo ha estudiado el desempeño de la industria visto desde el comportamiento de la oferta, sino también los cambios en la demanda. Ello ha incluido el análisis de la conformación del mercado interno, la creación de una sociedad de consumo y las estrategias empresarias a fin de maximizar las ventajas acordadas por este complejo proceso.¹³

Sin embargo, las hipótesis que han generado más discusión no son aquellas que iluminan esas nuevas dimensiones, sino las viejas polémicas en torno a las políticas oficiales y la naturaleza del empresariado industrial.

1.2.1. Las políticas públicas

A finales de la década de 1990, Rocchi cuestionó la hipótesis según la cual las políticas estatales fueron contrarias a los intereses de la industria. Sostuvo que a partir de 1890 se definió una política industrial. Ésta se basaba en un "proteccionismo racional" que resultó de la confluencia de intereses de las industrias protegidas del Interior (el vino y el azúcar) y de las manufacturas del Litoral surgidas al calor de la depreciación monetaria. A estos intereses se sumaban las preocupaciones de la elite política por favorecer la integración económica del país y responder a las demandas sociales.¹⁴

Estas hipótesis presentan más de un problema. En primer lugar, la caracterización de la elite dirigente como "proteccionista" se asienta más en las representaciones que las facciones políticas hacían de sí mismas y de sus adversarios en los debates parlamentarios, que en un análisis de la tarifa aduanera y de su impacto. Las reformas constantes de la tarifa y la elevación de los derechos no nos permiten afirmar que el proteccionismo tuviera efectos positivos para las industrias del Litoral. Más bien, el retraso relativo del desarrollo de la industria textil, una actividad donde los requerimientos de capital y tecnología no eran complejos, parece indicar que debemos tomar con precaución cualquier intento de derivar de las discusiones parlamentarias

¹³ Fernando Rocchi, "Consumir es un placer: la industria y la expansión de la demanda a la vuelta del siglo pasado", en *Desarrollo Económico*, n° 148, enero-marzo de 1998, pp. 533-558. Véase también su tesis: *Building a Nation, Building a Market: Industrial Growth and the Domestic Economy in Turn of the Century Argentina*, Santa Barbara, University of California, 1997.

¹⁴ F. Rocchi, "El imperio del pragmatismo: intereses, ideas e imágenes en la política industrial del orden conservador", en *Anuario IEHS*, n° 13, 1998, pp. 99-130.

de la época una caracterización de la política aduanera. En cualquier caso, resulta imprescindible encarar estudios sectoriales para poder evaluar, entre otras cosas, el papel desempeñado por la tarifa aduanera.¹⁵ A falta de estos estudios, las discusiones sobre la naturaleza proteccionista o librecambista del arancel aduanero carecen de sustento empírico.

Por otro lado, como ha advertido Jorge Schvarzer, uno de los principales críticos de estas tesis revisionistas, la existencia de altas tarifas aduaneras para algunas actividades no revela una política pública favorable al sector sino más bien el poder de presión de los empresarios involucrados.¹⁶

La discusión sobre el arancel aduanero es más urgente si se piensa que recientes estudios de historia política o de historia social han servido de sustento argumental y se han visto reforzados por esa hipótesis. Así, por ejemplo, Paula Alonso interpretó la oposición radical a las reformas aduaneras de los gobiernos del Partido Autonomista Nacional (PAN) como resultado de una "diferencia ideológica significativa" entre ambas fuerzas y no como efecto de la dinámica política,¹⁷ mientras que Roy Hora se ha apoyado en la existencia de ese proteccionismo moderado para sostener su hipótesis de que la clase terrateniente, a la que caracteriza como "un actor económico dinámico y modernizante", tenía lazos débiles y hasta conflictivos con la élite política. Invirtiendo las viejas interpretaciones que concebían un estado capturado por la clase terrateniente, los industriales –un actor social cuya heterogeneidad pasa en gran medida inadvertida para Alonso y Hora– aparecen aquí como un grupo capaz de obtener importantes concesiones del PAN y del Estado.¹⁸

¹⁵ Para una evaluación de los límites del crecimiento industrial véase J. Korol, "La industria, 1850-1914", en Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2001, vol. 6, pp. 147-171.

¹⁶ Jorge Schvarzer, "Política industrial y entorno macroeconómico. Apreciaciones sobre la política arancelaria a principios del siglo XX", en *Boletín Techint*, n° 275, 1993; y *La industria que supimos conseguir*, Buenos Aires, Planeta, 1996, pp. 108-112.

¹⁷ Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 241-242. Ello es más sorprendente si se tiene en cuenta que Rocchi ha señalado también que "La discusión sobre las tarifas no ocupaba un lugar central en los debates parlamentarios" ni "concitaba los mayores afanes de los legisladores". F. Rocchi, "El Imperio", art. cit., p. 121.

¹⁸ Roy Hora, "Terratenientes, empresarios industriales y crecimiento industrial en la Argentina: los estancieros y el debate sobre el proteccionismo, 1890-1914", en *Desarrollo Económico*, n° 159, octubre-diciembre de 2000, pp. 465-492.

En tercer lugar, al centrarse exclusivamente en el tema arancelario para postular la existencia de política industrial, estos autores olvidan que el proteccionismo aduanero era sólo un componente de la política sectorial de los países de industrialización tardía. Dejando de lado la cuestión arancelaria, es difícil encontrar otras políticas que favorecieran abiertamente la industrialización. La afirmación según la cual durante la década de 1890 la depreciación monetaria ofrecía un campo de confluencia entre la clase terrateniente y los industriales tampoco parece muy convincente si tenemos en cuenta que ello encarecía los insumos de importación para las manufacturas del hierro y el acero (como por ejemplo la industria de maquinaria agrícola, que estuvo entre 1905 y 1930 libre de cualquier protección aduanera), a la par que elevaba el precio de las maquinarias industriales, lo que debió afectar el avance de la mecanización y la instalación de nuevas empresas. El empleo de otros instrumentos como los subsidios directos, la exención de impuestos, las rebajas de las tarifas aduaneras para importar equipos e insumos, no parece haber tenido alguna significación en la diversificación industrial hasta la Gran Guerra.

Rocchi también ha cuestionado otra de las hipótesis más fuertes sobre los obstáculos a la industrialización: la idea de que la industria careció de mecanismos de financiación de mediano y largo plazo, una tesis sostenida por las interpretaciones estructuralistas y sus seguidores actuales, pero también aceptada por Díaz Alejandro.¹⁹ Según Rocchi la falta de financiamiento no fue el mayor problema que enfrentó el crecimiento industrial. El mercado local de capitales habría ido desarrollándose hasta alcanzar un punto intermedio, sin contar que los industriales pudieron beneficiarse incluso con el crédito de la banca pública.²⁰ Sin embargo, en un trabajo reciente, Yovanna Pineda ha señalado que estas fuentes sólo estaban disponibles para las empresas que formaban parte de los grupos financieros y mercantiles. Éstos construyeron redes que permitieron canalizar el capital local y atraer el capital extranjero. La ausencia de un mercado de capitales desarrollado se

¹⁹ Jorge Katz y Bernardo Kosacoff, *El proceso de industrialización en la Argentina: evolución, retroceso y prospectiva*, Buenos Aires, Ceal, 1989, p. 31; J. Schvarzer, *La industria*, ob. cit., p. 108. C. Díaz Alejandro, *Ensayos*, ob. cit., p. 215.

²⁰ F. Rocchi, *Building*, ob. cit., pp. 251-307.

convirtió en una barrera de entrada, que limitó el número de competidores y reforzó el dominio de esos grupos en el sector industrial.²¹

Como se observa, en gran medida, las preguntas que guían a los investigadores siguen siendo las mismas: el papel de las políticas oficiales y el impacto que tuvieron los diferentes obstáculos económicos e institucionales para el crecimiento industrial. Y si bien se han utilizado nuevas fuentes, la metodología no ha cambiado sustancialmente. El análisis pionero de Leandro Gutiérrez y Juan Carlos Korol sobre la trayectoria de la Fábrica Argentina de Alpargatas no fue seguido por una cantidad apreciable de historia de empresas que nos permitieran ver aspectos claves como la formación del capital, la rentabilidad industrial, el acceso a la tecnología o las estrategias empresarias.²²

1.2.2. Los empresarios

La segunda dimensión de análisis presentada por Dorfman, la naturaleza del empresariado industrial, ha vuelto a generar polémica. Ésta se vio reforzada por la revisión del comportamiento de los terratenientes, que la historiografía agraria encaró a comienzos de los años setenta. La discusión ha derivado de las hipótesis presentadas por Jorge Federico Sábato sobre la clase dominante. Para Sábato la decadencia argentina se explicaba por la presencia de una clase dominante unificada y económicamente diversificada en el agro, el comercio, las finanzas y la industria. La ausencia de intereses claramente definidos al interior de esa clase fortaleció su dominio. Su enfoque comercial y financiero, evidenciado en el mantenimiento de la liquidez del capital, derivó en una estrategia económica de adaptación a los sucesivos ciclos abiertos por el mercado internacional (el tasajo, la lana, el ganado en pie, los granos y la carne enfriada) mediante el traslado del capital de una a otra actividad comercial o productiva.²³

²¹ Yovanna Pineda, "Sources of Finance and Reputation. Merchants Finance Groups in Argentine Industrialization, 1890-1930", en *Latin American Research Review*, vol. 41, n° 2, 2006, pp. 3-30.

²² Leandro Gutiérrez y J. Korol, "Historias de empresas y crecimiento industrial en la Argentina. El caso de la Fábrica Argentina de Alpargatas", en *Desarrollo Económico*, n° 111, octubre-diciembre de 1988, pp. 401-424.

²³ Jorge Sábato, *La clase dominante en la Argentina moderna*, Buenos Aires, CISEA-Imago Mundi, 1991.

En una línea interpretativa similar, Schvarzer ha señalado que la consolidación de esta clase y la conformación de grandes empresas que controlaban sus mercados inhibieron un camino alternativo consistente en la industrialización, la innovación técnica y el desarrollo de capacidades empresariales.²⁴

Como respuesta a la tesis de Sábato, un grupo de estudiosos ha tendido a revalorizar el comportamiento de los industriales y de los grandes grupos económicos.²⁵ Según Rocchi la evidencia empírica demuestra que la clase dominante no sólo invirtió en el sector industrial sino que además eligió aquellas ramas donde las inversiones en capital fijo eran mayores. La ausencia de un enfoque centrado en la profundización de la industrialización se debió, para este autor, al reducido tamaño del mercado interno.²⁶

Por su parte, Andrés López ha reinterpretado el comportamiento de los empresarios utilizando el enfoque de raíz neo schumpeteriana del “sistema nacional de innovación”.²⁷ Para este autor, la clase terrateniente y los grandes grupos económicos mostraron conductas “innovadoras y schumpeterianas”. El peso adquirido por los grupos en el crecimiento industrial no fue negativo y se vio impulsado por un conjunto de capacidades que los alentaban a diversificarse. Los límites del proceso de industrialización fueron resultados de otros factores como el tamaño reducido del mercado interno, la escasez de hierro y carbón y la ausencia de vínculos con el sistema educativo y el científico técnico.

²⁴ J. Schvarzer, “Nuevas perspectivas sobre el origen del desarrollo industrial argentino, 1880-1930”, en *Anuario IEHS*, n° 13, 1998, pp. 77-97.

²⁵ F. Rocchi, “En busca del empresario perdido: los industriales argentinos y la tesis de Jorge Federico Sábato”, en *Entrepasados*, n° 10, 1996, pp. 66-88. Otros trabajos que revisan el papel del factor empresarial y destacan el rol positivo de los grupos económicos son los de María Inés Barbero, “Mercados, redes sociales y estrategias empresariales en los orígenes de los grupos económicos. De la Compañía General de Fósforos al Grupo Fabril, 1889-1929”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 44, 2000, pp. 119-145; Sergio López, *Integración y especialización como estrategias empresariales. El caso de la Cervecería Quilmes*, Tesis de Maestría, Universidad de San Andrés, 2001; Jorge Gilbert, “El Grupo Tornquist entre la expansión y las crisis de la economía argentina en el siglo XX”, en *Ciclos*, n° 25-26, 2003, pp. 65-91.

²⁶ En cambio, Rocchi evaluó positivamente la hipótesis de Sábato sobre la estrategia de la multiimplantación al proponer la identidad entre industriales e importadores en el período agroexportador.

²⁷ Andrés López, “El modelo agroexportador argentino a la luz del enfoque del sistema nacional de innovación”, en *Desarrollo Económico*, n° 166, julio-septiembre de 2002, pp. 231-262; y *Empresarios, instituciones y el desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, CEPAL, 2006.

Recientemente María Inés Barbero ha señalado que el debate entre la perspectiva de Sábato y la que concibe a la burguesía argentina como una vanguardia innovadora puede resumirse en la confrontación entre un modelo hipotético deductivo y otro de naturaleza inductiva, con fuerte evidencia empírica.²⁸ Sin embargo, desde nuestra perspectiva, los nuevos aportes son cualitativamente heterogéneos y muy fragmentarios para “cristalizar” un consenso.

Alejándonos del debate del papel del estado y de los empresarios en el crecimiento industrial, es poco lo que se ha indagado. No contamos con estudios que examinen la evolución de las diversas ramas industriales; el único análisis disponible es sobre la industria textil y para ello debemos remitirnos a la tesis de Alberto Pretecolla, limitada a la rama algodonera y al período de entreguerras.²⁹ Tampoco existen trabajos que aborden las economías regionales, con excepción de aquellas donde predominaban las industrias azucarera y vitivinícola.³⁰

La problemática de las formas de organización de la producción y del trabajo, de las condiciones de trabajo y de las relaciones laborales cuenta todavía con pocos estudios. El más importante es el de Mirta Lobato, quien abordó esas problemáticas en un análisis pluridisciplinar que realizó sobre la comunidad obrera de Berisso.³¹

En síntesis, las discusiones generales sobre el rol de las políticas públicas y el papel del empresariado industrial siguen predominando a pesar de los avances limitados en nuestro conocimiento sobre las distintas ramas industriales, la historia de empresas, de las formas de organización de la producción y de las relaciones laborales.

²⁸ M. I. Barbero, “La historia de empresas en Argentina. Trayectoria y temas en debate en las últimas dos décadas”, en Jorge Gelman, comp., *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas*, Buenos Aires, AAHE/Prometeo, 2006, p. 160.

²⁹ Alberto Pretecolla, *Prices, Import Substitution and Investment in the Argentine Textile Industry, 1920-1939*, University of Columbia, 1968.

³⁰ Una excepción es Waldo Ansaldi, *Una industrialización fallida. Córdoba, 1880-1914*, Córdoba, 2000.

³¹ Mirta Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera. Berisso, 1904-1970*, Buenos Aires, Prometeo, 2001.

1.3. La industrialización por sustitución de importaciones, 1930-1976

La historiografía sigue pensando que la crisis de 1929 fue una divisoria de aguas. Sin embargo, existe poca duda de que el estallido de la Primera Guerra Mundial marcó un corte en la historia económica argentina. Y si bien en 1972 Javier Villanueva señaló que el crecimiento industrial de los años treinta se basó en la capacidad productiva ociosa instalada durante la década previa, no hay estudios que consideren los años de entreguerras como un período específico.³² La inexistencia de censos industriales entre 1914 y 1935 ha acentuado esta falta de interés. A pesar de ello, es muy probable que una mirada a nivel de las industrias y de las empresas nos permita visualizar esa etapa como un período de transición con la llegada de fuertes inversiones norteamericanas y alemanas, y un mayor dinamismo de las ramas textil, metalúrgica y química.

Si la cronología sobre el desarrollo industrial no se ha modificado, no ha sucedido lo mismo con la valoración de la ISI. Mientras las interpretaciones sobre el sector industrial anterior a 1930 han pasado desde una mirada crítica de raíz estructuralista a un conjunto de trabajos que tienden a subrayar con optimismo el impulso brindado a la industria por la expansión agroexportadora, los estudios sobre la ISI han recorrido casi un camino opuesto.

En rigor, los economistas estructuralistas plantearon durante los años cincuenta y sesenta algunos reparos sobre los límites de la política industrial aplicada y, como resultado de ello, la falta de integración vertical de la industria.³³ En cambio, otra corriente encabezada por Díaz Alejandro, sostuvo una posición más crítica hacia la ISI y evaluó negativamente sus efectos en el largo plazo. Ambas corrientes interpretativas han sostenido que la crisis de 1929 marcó el inicio de la ISI como un efecto colateral y no deseado, pero se considera que en la década de 1940 se inició un camino de estímulo explícito a la industrialización y de cierre de la economía. En especial, los años de Perón han sido vistos como un momento clave en la historia económica. En

³² Javier Villanueva, "El origen de la industrialización argentina", en *Desarrollo Económico*, n° 47, octubre-diciembre de 1972, pp. 451-476. Una excepción es el estudio de Petrecolla ya citado.

³³ A. Ferrer, *La economía*, ob. cit.; G. Di Tella y M. Zymelman, ob. cit.; Richard Mallon y Juan Sourrouille, *La política económica en una sociedad conflictiva*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976; A. Dorfman, *Cincuenta Años de industrialización en la Argentina*, Buenos Aires, Solar, 1983.

el siguiente apartado abordaremos la historiografía sobre el peronismo, para centrarnos luego en los años sesenta.

2.1. El enigma peronista, 1946-1955³⁴

A pesar de la importancia que se le acordó al período peronista, existen pocos trabajos específicos. Los estudios de Ferrer, Díaz Alejandro, Juan Sourrouille y Richard Mallon constituyen miradas de largo plazo sobre la base de información agregada. La interpretación de Díaz Alejandro es la más crítica. Para este autor las políticas peronistas se basaban en las frustraciones económicas de los años treinta y desoían las nuevas perspectivas que ofrecía la reanudación del comercio internacional. El objetivo de las políticas peronistas no habría sido el crecimiento industrial sino el aumento del consumo, la ocupación obrera y la seguridad económica de las masas y de los empresarios aún a costa de la formación de capital.³⁵ Desde una perspectiva marxista, Milcíades Peña sostuvo, sobre la base de la información censal disponible, que fue durante el período peronista que el sector industrial se estancó.³⁶

El primer estudio sistemático de la política industrial peronista fue realizado por Hugh Schwartz en 1967.³⁷ Para este autor la política peronista combinó el uso del crédito público y de diversos instrumentos de control de las importaciones a fin de alentar el crecimiento sectorial. La política oficial fue escasamente selectiva a la hora de elegir qué industrias se alentarían. Y si bien esto era un rasgo compartido por otras naciones que se volcaban a la industrialización, en el caso argentino estaba agravado por el fuerte subsidio implícito. Schwartz también cuestionó la estrategia de industrialización acelerada a costa del sector primario, que generó efectos para la propia ISI al

³⁴ Para una crítica de la historiografía económica sobre el peronismo véase Claudio Belini y Marcelo Rougier, "Los dilemas de la historiografía económica sobre el peronismo: certezas dudosas, vacíos persistentes. Aportes para una agenda de investigación", en J. Gelman, ob. cit., pp. 351-369.

³⁵ C. Díaz Alejandro, ob. cit., pp. 111-129. En la misma perspectiva véase, Paul Lewis, *La crisis del capitalismo argentino*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993.

³⁶ Milcíades Peña, "Crecimiento (1935-1946) y estancamiento (1947-1963) de la producción industrial argentina", en *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986; Juan Carlos Esteban, *Imperialismo y desarrollo económico*, Buenos Aires, Palestra, 1960.

³⁷ Hugh Schwartz, *The Argentine Experience with Industrial Credit and Protection Incentives*, University of Yale, 1967.

limitar la importación de insumos y maquinarias. En última instancia, éstas debieron adquirirse localmente a mayor costo y con una tecnología alejada de la frontera internacional.

Otro punto importante de su tesis fue la elaboración de nuevas estimaciones sobre el incremento de la producción industrial que implicaron tasas de crecimiento notoriamente superiores a las estadísticas del Banco Central. Este aporte no generó debate alguno, de manera que los estudios posteriores han utilizado estadísticas opuestas sobre el crecimiento industrial, las que parecen ser elegidas por los autores para reafirmar sus hipótesis.³⁸

Mientras que el estudio de la política industrial peronista recibió escasa atención en los años sesenta y los tempranos setenta, las discusiones sobre el papel de la burguesía industrial alcanzaron cierto auge, en gran medida por sus implicancias en las opciones políticas del momento. Inicialmente la polémica enfrentó a Peña con Jorge Abelardo Ramos y se centró en el supuesto o real carácter disruptivo de la burguesía nacional.³⁹ En una segunda etapa, el debate se concentró en develar la naturaleza y la composición de clases del peronismo.⁴⁰

La interpretación que surgía de estos autores señalaba que, a comienzos de los años cuarenta, el crecimiento industrial era propiciado por una alianza de clases en donde los grandes terratenientes y la élite política conservadora mantenían la hegemonía, pero lograban la incorporación del empresariado industrial a sus proyectos reformistas. Sin embargo, el fracaso del Plan Pinedo daría lugar a una fractura del dominio oligárquico y la formación de una nueva alianza que abarcaría a sectores de la burocracia estatal, la clase obrera y una fracción de la burguesía industrial que se había diferenciado al calor de la Segunda Guerra. En esa alianza, el estado se elevaba como un árbitro entre las clases.

³⁸ En la misma colección, Barbero y Rocchi estiman que la industria creció a un 3% anual entre 1946 y 1955, mientras que Llach afirma que fue el doble. M. I. Barbero y F. Rocchi, "La Industria (1914-1945)", en *Historia de la Nación Argentina*, ob. cit., Buenos Aires, Planeta, 2002, tomo 9, p. 75; y J. Llach, "La Industria (1945-1983)", *Idem*, p. 99.

³⁹ Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en Argentina*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, y M. Peña, *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Buenos Aires, Fichas, 1974.

⁴⁰ Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, "Crecimiento industrial y alianza de clases en la Argentina, 1930-1940", en *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971; Eduardo Jorge, *Industria y concentración económica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, y Mónica Peralta Ramos, *Acumulación de capital y crisis política en Argentina*, México, Siglo XXI, 1978.

Este tipo de análisis alentaría el estudio de los cambios producidos en la estructura industrial (especialmente el grado de concentración o desconcentración), de la ideología de la pequeña y mediana burguesía y de su expresión a través de las organizaciones empresarias. En el primer caso, se produjo un debate entre quienes afirmaron, a partir de la verificación de un proceso de desconcentración, la existencia de una pequeña y mediana burguesía como un sector de peso y dinámico (Eduardo Jorge, Arturo Goetz) y quienes sostuvieron que se produjo una creciente concentración de recursos y de mercado en manos de las grandes empresas (particularmente extranjeras), y que en consecuencia, el surgimiento de una "burguesía nacional" como grupo económico líder se vio frustrado (Peña, Ruth Sautu, Pedro Skupch).⁴¹

En relación con la maduración ideológica y organizacional de la burguesía, quienes afirmaban la vinculación orgánica entre los industriales y la clase terrateniente, tendieron a ver con escepticismo el surgimiento de organizaciones como la Confederación General Económica y negaron la existencia de claras diferencias ideológicas con sus antecesoras. En contraste, los que sostuvieron la presencia de una burguesía nacional, mantuvieron una posición más optimista al evaluar la naturaleza de entidades empresarias.⁴² Un aspecto común a estos trabajos es que las hipótesis formuladas no están respaldadas con una amplia evidencia empírica.

En realidad, el debate sobre el papel de la burguesía industrial y sus organizaciones estuvo alentado por los dilemas políticos que se abrieron con el retorno del peronismo al poder en 1973. Fue también la crisis del nuevo gobierno y su desplazamiento por la última dictadura militar la que pareció poner fin a estas discusiones, al menos en los términos en que se habían dado hasta el momento.

⁴¹ Arturo Goetz, "Concentración y desconcentración en la industria argentina desde la década de 1930 a la de 1960", *Desarrollo Económico*, n° 60, enero-marzo de 1976, pp. 507-548; M. Peña, ob. cit., Ruth Sautu, "Poder económico y burguesía industrial en la Argentina, 1929-1954", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, noviembre de 1968, pp. 309-339; Pedro Skupch, "Concentración industrial en la Argentina, 1956-1966", en *Desarrollo Económico*, n° 41, abril-junio de 1971, pp. 3-13.

⁴² La primera visión puede rastrearse en Peña, "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina", ob. cit.; y M. Peralta Ramos, ob. cit., pp. 91-92; La segunda fue sostenida por D. Cúneo, ob. cit.; John Freels, *El sector industrial en la política nacional*, Buenos Aires, Eudeba, 1970; Javier Lindemboim, "El empresariado industrial argentino y sus organizaciones gremiales entre 1930 y 1946", en *Desarrollo Económico*, n° 62, julio-septiembre de 1976, pp. 163-201.

Una nueva problemática, que se apartaba de los dos ejes arriba mencionados y que adquirió cierta importancia durante los años setenta, fue la referida a los debates en torno a la industria en los años cuarenta. Por un lado, Villanueva señaló que las divergencias existentes entre quienes propiciaban una industrialización concentrada en industrias livianas (los empresarios) y básicas (los militares) no constituían proyectos antagónicos.⁴³

En contraste, otra vertiente interpretativa ha postulado la existencia de al menos dos modelos de industrialización divergentes.⁴⁴ La mejor formulación de esta hipótesis fue presentada por Juan Llach en 1984. Este autor interpreta al Plan Pinedo como una modificación parcial de la estrategia de desarrollo vigente, al impulsar una industrialización orientada al mercado externo. En ese sentido, el Plan habría constituido un lúcido reconocimiento de la hegemonía norteamericana y una profética visualización de los límites del mercado interno. Para Llach, el camino mercado internista que asumió el peronismo se afincó en la necesidad de cohesionar sus bases populares a través de la política salarial y de rechazar las presiones norteamericanas.

Por nuestra parte, hemos señalado que en esta reorientación no fueron ajenas consideraciones estrictamente económicas, que surgían de una mirada del escenario internacional compartida por diversas corrientes del pensamiento económico. En este sentido, los discípulos de Alejandro Bunge articularon una serie de diagnósticos y propuestas, que influyeron decisivamente en los primeros años del peronismo.⁴⁵

La interpretación de Llach se ha convertido en dominante, pero su sentido ha cambiado. El propio Llach la ha reelaborado en forma más crítica al sostener que la reorientación de la economía argentina hacia la industrialización en la segunda posguerra fue una "fatal opción por la autarquía".⁴⁶ Ello lo inscribe en una corriente interpretativa según la cual la ISI fue intrínsecamente una estrategia errada debido al reducido tamaño del mercado interno.⁴⁷

⁴³ Javier Villanueva, "Aspectos de la estrategia de industrialización argentina", en T. Di Tella y T. Halperin Donghi, ob. cit., pp. 328-331.

⁴⁴ G. Di Tella, "Controversias económicas en la Argentina, 1930-1970", en John Fogarty, E. Gallo y Héctor Dieguez, *Argentina y Australia*, Buenos Aires, 1979, pp. 165-184; Juan Llach, "El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo", en *Desarrollo Económico*, n° 92, enero-marzo de 1984, pp. 515-558; P. Lewis, ob. cit., pp. 117-124.

⁴⁵ C. Belini, "El grupo Bunge y la política económica peronista, 1943-1952", en *Latin American Research Review*, vol. 41, n° 1, 2006, pp. 27-50.

⁴⁶ J. Llach, "La Industria", art. cit., p. 96.

Sin embargo, esta explicación es poco convincente. En primer lugar, porque se basa en una imagen errónea de la experiencia de los países del sudeste de Asia, al sostener que desde comienzos de los años cincuenta estos países implementaron políticas ortodoxas y abrieron sus economías, lo que les habría permitido alentar el crecimiento de las exportaciones industriales. En realidad, esas naciones aplicaron políticas industriales que incluyeron fuertes incentivos a la sustitución de importaciones y a las exportaciones. Pero además, todas ellas crecieron en un primer momento acentuando la producción para el mercado interno y sólo en una segunda etapa, gracias en gran medida a la prioridad geopolítica acordada por Estados Unidos, lograron insertarse en el mercado mundial.⁴⁸ No parece que la opción mercado internista fuera de por sí un error, más bien los problemas deben ubicarse en las formas que asumieron las políticas públicas (la falta de claras indicaciones oficiales sobre el perfil industrial deseado y la escasa capacidad estatal para disciplinar a los actores económicos), el peso adquirido por el capital extranjero y el escaso dinamismo del empresariado nacional.

Además, la interpretación que condena la ISI omite otra dimensión importante, al evaluar el desarrollo económico exclusivamente en términos del ritmo de crecimiento sin considerar que el "fatal mercado internismo" permitió alcanzar niveles históricos de progreso social.

En la última década un conjunto de trabajos ha comenzado a explorar las diversas dimensiones del problema. Por un lado, se inició el estudio de los contenidos y de los problemas de implementación de las políticas oficiales. Marcelo Rougier y Noemí Girbal han analizado el papel del Banco Industrial, señalando los límites de la política crediticia, que, contrariando los objetivos proclamados, se orientó a la financiación de los gastos de evolución de las grandes empresas del Litoral.⁴⁹

Por nuestra parte, hemos estudiado la elaboración y la aplicación de la política industrial en seis sectores claves como la siderurgia, y las industrias cementera, automotriz, de maquinaria agrícola, de artefactos para el hogar, y

⁴⁷ M. I. Barbero y F. Rocchi, "La Industria", p. 79.

⁴⁸ Fernando Fajnzylber, *La industrialización trunca en América Latina*, México, Nueva Imagen, 1983.

⁴⁹ M. Rougier, *La política crediticia del Banco Industrial durante el primer peronismo, 1944-1955*, Buenos Aires, 2001 y Noemí Girbal, *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista*, Bernal, UNQ, 2003.

la textil.⁵⁰ Sostenemos que en la inmediata posguerra existían amplias oportunidades para la sustitución de importaciones que alentaban emprender el camino de reorientación de la economía al mercado interno. Contrariamente a lo que se piensa, la política industrial peronista no fue autarquizante; impulsó la sustitución de importaciones bajo el convencimiento de que la industrialización no significaría un cierre de la economía sino una modificación de la composición del comercio exterior. Inclusive, el gobierno seleccionó un conjunto de manufacturas que recibieron incentivos para su exportación.

Los problemas de la política oficial no estaban en su diseño sino en su implementación. Una serie de factores explican el fracaso de muchos objetivos: la ausencia de una burocracia estatal calificada, la sucesión de conflictos políticos que implicó la purga de algunos de los grupos técnicos más importantes, la debilidad de los lazos entre el gobierno y las organizaciones empresariales, y los problemas creados por el deterioro de los términos del intercambio y las políticas agrarias. Para comienzos de los años cincuenta, la crisis del sector externo alentó a los hacedores de la política pública a identificar algunos de los problemas principales de su estrategia y el gobierno transitó un camino muy estrecho para responder a estas problemáticas sin desatender a sus bases sociales, al reclamar un incremento de la productividad, alentar el ingreso de capital extranjero en nuevas industrias y frenar con cierto éxito la inflación de costos.

También se han producido trabajos sobre el empresariado, la mayoría de los cuales se ha centrado en las entidades empresarias más importantes como la Unión Industrial Argentina o la Confederación General Económica. En este sentido, no contamos todavía con investigaciones sobre las diversas cámaras industriales y su papel en el complejo sistema de intervención estatal construido en la posguerra.⁵¹ Aníbal Jáuregui ha incursionado en un tema inexplorado al hacer una historia comparada entre Argentina y Brasil.⁵² Pero, el renovado interés internacional por la naturaleza de la relaciones

⁵⁰ C. Belini, *La industria durante el primer peronismo, 1946-1955. Un análisis de las políticas públicas y de su impacto*, Tesis de Doctorado inédita, UBA, 2003.

⁵¹ Sobre la Unión Industrial Argentina, véase J. Schvarzer, *Empresarios del pasado*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991. Para ampliar sobre la Confederación General Económica véase, James Brennan, "Industriales y bolicheros: la actividad económica y la Alianza Populista Peronista, 1943-1976", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Emilio Ravignani*, n° 15, 1997, pp. 101-141.

⁵² Aníbal Jáuregui, *Brasil y Argentina. Los empresarios industriales, 1920-1955*, Buenos Aires, 2004.

entre el estado y los empresarios, considerado como un factor clave a la hora de explicar el éxito de los países de industrialización tardía, no ha suscitado el interés de los investigadores locales.⁵³

2.2. Transnacionalización y crecimiento industrial, 1958-1976

Mientras que el período peronista ha recibido escasa atención, no puede decirse lo mismo de los años sesenta. Ello se debe a que desde entonces, los economistas han analizado una y otra vez los problemas de la industrialización y de los medios para resolverlos. Oscar Altimir, Horacio Santamaría y Juan Sourrouille, Jorge Katz y Bernardo Kosacoff, y Schvarzer han ofrecido análisis generales sobre los instrumentos de promoción industrial aplicados.⁵⁴

Recientemente Rougier ha analizado los debates en torno al perfil industrial que se produjeron en los años sesenta así como el papel desempeñado por el Banco Nacional de Desarrollo. Sobre la base de documentación primaria, sostiene que, con excepción del período 1967-1969, el Banco no cumplió un rol decisivo en la transformación sectorial debido a las tensiones generadas por la inestabilidad macroeconómica, los cambios políticos (el Banco tuvo once presidentes en nueve años) y las presiones sectoriales.⁵⁵

Desde un renovado enfoque estructuralista, también se han indagado las características de esta etapa de industrialización y la evolución de algunas ramas que impulsaron su crecimiento.⁵⁶ Un debate importante se centró en la discusión de las hipótesis de Llach y Gerchunoff sobre las particularidades de la industrialización entre 1964 y 1974. Estos autores argumentaron que se había iniciado una nueva etapa marcada por un constante crecimiento (tanto en las industrias vegetativas como en las dinámicas), una reducción del desempleo y una mejora en la distribución del ingreso, todo lo cual evidenciaba

⁵³ Sobre el tema véase Silvia Maxfield y Ben Ross Schneider, *Business and the State in Developing Countries*, Londres, Cornell University Press, 1997.

⁵⁴ Oscar Altimir, Horacio Santamaría y Juan Sourrouille, "Los instrumentos de promoción industrial de la posguerra", en *Desarrollo Económico*, n° 22, 23, 24 y 26, 1966-1967; J. Katz y B. Kosacoff, *El proceso*, ob. cit.; J. Schvarzer, *La industria*, ob. cit.

⁵⁵ M. Rougier, *Industria, finanzas e instituciones en la Argentina. La experiencia del Banade, 1967-1976*, Bernal, UNQ, 2003.

⁵⁶ J. Sourrouille, *El complejo automotor en Argentina*, México, Nueva Imagen, 1980.

una mayor capacidad de incorporación del capitalismo argentino.⁵⁷ Estas hipótesis fueron criticadas por Daniel Aspiazu, Carlos Bonvecchi, Miguel Khavisse y Mauricio Turkieh quienes afirmaron que el crecimiento industrial no permitía aseverar ni una estabilidad en la distribución del ingreso, ni una atenuación del dominio de las grandes empresas extranjeras.⁵⁸ La polémica, que llevaba implícita una discusión sobre las alternativas políticas que se habrían frente a la agonía del gobierno de Isabel Perón, se cerró poco después con la sangrienta imposición del proyecto neoliberal. En un estudio reciente, Eduardo Basualdo ha presentado evidencias sobre las particularidades del período, reabriendo la discusión sobre el rol de la "oligarquía diversificada" en la dinámica política.⁵⁹

Una línea de investigación que logró continuar luego de 1976 fue la que encabezó Katz quien exploró, a nivel microeconómico, el desarrollo de capacidades y competencias tecnológicas locales en diversas ramas de la industria, mostrando la complejidad de esos procesos y valorando la ISI.⁶⁰

Un campo escasamente explorado es la historia de empresas. Recientemente Rougier y Schvarzer han analizado la trayectoria de SIAM, una empresa líder en la industrialización argentina. A propósito de ello, se exploran las complejas relaciones entre el estado, los empresarios y las dificultades de la coyuntura económica durante este período crucial.⁶¹

En conjunto, estos trabajos permiten entender la complejidad de los procesos que tuvieron lugar bajo la ISI y cuestionar algunas ideas que circulan en los círculos académicos y en los medios sobre el agotamiento de la ISI y su naturaleza intrínsecamente perversa.

⁵⁷ Pablo Gerchunoff y Juan Llach, "Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas", en *Desarrollo Económico*, n° 57, abril-junio de 1975, pp. 3-54.

⁵⁸ Daniel Aspiazu, Carlos Bonvecchi, Miguel Khavisse y Mauricio Turkieh Daniel, "Acerca del desarrollo industrial argentino. Un comentario crítico", en *Desarrollo Económico*, n° 60, enero-marzo de 1976, pp. 581-639.

⁵⁹ Eduardo Basualdo, *Estudios de historia económica argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

⁶⁰ J. Katz, comp., *Desarrollo y crisis de la capacidad tecnológica latinoamericana. El caso de la industria metalmeccánica*, Buenos Aires, 1986; J. Katz y B. Kosacoff, "Aprendizaje tecnológico, desarrollo institucional y la microeconomía de la sustitución de importaciones", en *Desarrollo Económico*, n° 148, enero-marzo de 1998, pp. 483-501.

⁶¹ M. Rougier y J. Schvarzer, *Las grandes empresas no mueren de pie. El (o) caso de SIAM*, Buenos Aires, Norma, 2006.

3. Algunas consideraciones finales

Luego de un periodo en que el tema había dejado de suscitar interés, la historia industrial parece haber sido redescubierta como un campo fértil capaz de brindar explicaciones sobre el derrotero económico argentino. Sin embargo, en gran medida, los debates están centrados en las discusiones de los años sesenta y setenta: el papel de las políticas públicas y el rol del factor empresarial. Si bien desde los años noventa se han realizado estudios, con nuevos enfoques y mayor evidencia empírica, que intentan responder a esas y otras preguntas, un balance historiográfico no permite avizorar un nuevo consenso. En este sentido, es significativo que cuestiones como la cronología de la industrialización, la construcción de tasas de crecimiento, la presentación de evidencias sobre la política aduanera o sobre el papel del mercado de capitales no hayan merecido aportes y discusiones relevantes. Otras problemáticas como la historia de las ramas industriales, de las políticas públicas, de las empresas y de las relaciones entre estado y empresarios recibieron escasa atención.

Un balance obliga a señalar que la historiografía local es todavía muy fragmentaria y de una calidad heterogénea. Otro rasgo es su desinterés por los debates del campo a nivel internacional. Con la excepción de algunos trabajos reseñados en estas páginas, el rezago de la historia industrial argentina parece significativo. Todo ello conspira contra la intención de ofrecer claves explicativas, que dependerán de la superación de estos obstáculos y de una multiplicación de trabajos que nos permitieran ir completando un escenario hoy demasiado fragmentario.

Resumen

El artículo analiza la historiografía industrial argentina de los últimos veinte años. Se sostiene que los estudios sobre el tema siguen estando dominados por las problemáticas elegidas por Adolfo Dorfman para su estudio pionero sobre el tema: el papel de las políticas públicas (especialmente el arancel aduanero) y la naturaleza del empresariado industrial. El trabajo revisa las principales interpretaciones sobre el sector industrial en la etapa agroexportadora y el modelo sustitutivo de importaciones, señalando sus límites. En este sentido, el trabajo presenta un balance sobre el estado actual de los estudios.

Palabras clave: Historiografía Económica; Historia Industrial; Empresarios; Política Industrial.

Abstract

This paper analyzes the historiography of Argentina's manufacturing industry over the last twenty years. It is claimed that recent contributions are characterized by the old controversy about the role of public policies (especially tariffs) and the nature of industrial entrepreneurs. This article seeks to review the main interpretations and the limitations of the performance of Argentina's manufacturing industry during the export-led growth period and the import-substitution industrialization process. On this matter, this paper offers an assessment of the latest studies on the subject.

Keywords: Economic Historiography; Industrial History; Entrepreneurs; Industrial Policy.

Mujeres que trabajan: una revisión historiográfica del trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires (1890-1940)

Graciela Queirolo¹

Hacia la última década del siglo XIX, las mujeres se hicieron visibles en el espacio público a través de la participación en el ámbito laboral extrahogarero, fenómeno desarrollado dentro del crecimiento de la economía urbana encuadrado en el proceso de modernización. Éste implicó la inserción del país en el mercado externo como productor de bienes primarios y como receptor de capitales extranjeros, así como la llegada masiva de inmigrantes que incrementaron notoriamente la población. En la ciudad de Buenos Aires el desarrollo de los sectores secundario y terciario de la economía ofreció puestos de trabajo para las/os inmigrantes, quienes dieron vida a un significativo mercado interno. La demanda de mano de obra fue paralela a su oferta, proceso en el cual participaron mujeres y varones. Los resultados combinaron fracasos y éxitos: los primeros originaron la cuestión social,² mientras los segundos posibilitaron el ascenso socioeconómico.³

El proceso de modernización dio lugar al discurso de la *domesticidad* o de la *doctrina de las esferas separadas* que se expresó en el sistema legal, la

¹ Profesora de Historia (Universidad de Buenos Aires). Maestranda del Posgrado en Historia de la Universidad Torcuato Di Tella. E-mail: graqueirolo@hotmail.com.

² La cuestión social se manifestó con los problemas de vivienda, sanidad, enfermedad, criminalidad, prostitución, protesta obrera, situaciones ampliamente interrelacionadas entre sí. Rápidamente se destacó dentro de ella la protesta obrera ya que las clases trabajadoras eran las víctimas directas de todos aquellos problemas. Véase Juan Suriano, *La cuestión social en Argentina. 1870-1943*. Buenos Aires, La Colmena, 2000, pp. 2-5.

³ José Luis Romero. "La ciudad burguesa", en J. L. Romero y Luis Alberto Romero, dirs., *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Abril, 1983, vol.2, p. 10.

medicina, las ideologías políticas, la literatura, el cine, los textos escolares y las publicaciones periodísticas, y que presentó a la *división sexual del trabajo* como parte del devenir histórico.⁴ Este discurso concebía como opuestos irreconciliables maternidad y trabajo asalariado, y asignaba papeles e identidades para las mujeres y los varones. Fue así como la feminidad fue definida por la maternidad, mientras que la masculinidad lo fue por el trabajo asalariado. Las mujeres fueron instaladas en el mundo privado como esposas y madres, responsables del trabajo doméstico, y aquellas que trabajaban fuera de sus hogares se tornaron moralmente sospechosas. Sin embargo, ellas estuvieron vinculadas a la obtención de ingresos monetarios, ya sea en los hogares paternos como hijas o en los hogares conyugales como esposas. La contradicción entre el discurso de la *domesticidad* y el trabajo femenino asalariado fue explicada al considerar a éste como una excepción determinada por situaciones de soltería, viudez, necesidad, o bien como una actividad transitoria, que sería abandonada luego del matrimonio o del equilibrio del presupuesto familiar.

Gracias al análisis de los diferentes documentos del período (censos, prensa obrera, documentos oficiales, informes de militantes feministas, publicaciones periódicas, literatura, letras de tango, material fílmico), surge la certeza de la complejidad del mundo del trabajo femenino, ya que las mujeres obtenían ingresos monetarios a través de la participación en variadas actividades con diferentes características. Por un lado, se desempeñaban en el sector secundario, en donde eran contratadas por las grandes fábricas. Este trabajo moderno, dados los niveles de mecanización y automatización, se desarrollaba fuera del hogar y estaba sometido a una larga jornada laboral.⁵ Junto a las grandes fábricas se hallaban los talleres que contrataban menor cantidad de mano de obra, y donde predominaba una producción manual con exten-

⁴ Tomamos esta conceptualización de Joan Scott, quien la ha aplicado para las sociedades de Europa Occidental. Véase J. Scott, "La mujer trabajadora en el siglo XIX", en Georges Duby y Michelle Perrot, dirs., *Historia de las mujeres. Tomo 4. El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 425-461.

⁵ Las mujeres predominaban en los establecimientos dedicados a la producción textil (hilanderías de algodón, seda, lana, cintas, elásticos), y en aquellos dedicados a la producción de alpargatas, sombreros, guantes, medias, lencería, bolsas de arpillera, bolsos, botones. También en el sector alimentario (frigoríficos y fábricas de galletitas y caramelos), y en las fábricas de cigarrillos y de fósforos. En las industrias químicas desarrollaban tareas de empaquetadoras y etiquetadoras, mientras que en el sector gráfico, eran numerosas en la actividad de encuadernación (encoladoras, cosedoras, dobladoras, ponepliegos, sacapliegos), y en el manejo de algunas maquinarias (timbradoras y numeradoras).

sas jornadas laborales.⁶ También, las mujeres obtenían ingresos monetarios gracias a actividades desarrolladas en el domicilio, mediante el sistema de sudor (*sweating system*) o trabajo a destajo,⁷ que se realizaba en el hogar por encargo de una fábrica, un taller o una casa comercial, e implicaba la dedicación exclusiva de largas jornadas para obtener ingresos significativos. razón que lo convertía en incompatible con las tareas domésticas y el cuidado de los hijos. Por otro lado, se desenvolvían en el sector terciario, como empleadas de casas comerciales (vendedoras y empleadas administrativas), telefonistas y maestras. En estos casos, el trabajo exigía ciertos niveles de alfabetización o capacitación, e implicaba una jornada fuera del hogar (más extensa para las empleadas y las telefonistas, menos para las maestras). Las enfermeras, parteras y visitadoras o asistentes sociales, integraban este grupo. También, el servicio doméstico generaba empleo femenino en calidad de mucamas, cocineras, lavanderas, planchadoras, nodrizas, niñeras: eran éstas actividades que no requerían ningún tipo de capacitación formal.

Este escrito busca evaluar los diferentes estudios que se han producido sobre el trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires en el período comprendido entre 1890 y 1940, cuando los cambios modernizadores esbozados maduraron, dando lugar a la problematización de la condición femenina, significada hegemonícamente por los principios de la domesticidad. Nuestro recorrido comienza por los estudios que han tratado de cuantificar la presencia de mujeres trabajadoras, para luego adentrarnos en las interpretaciones historiográficas sobre el trabajo femenino tanto en el sector industrial como en el sector terciario. Como se verá, muchos de los análisis son tributarios del discurso de la domesticidad. En las últimas décadas, la perspectiva analítica de género ha permitido hacer más fino el análisis ya que ha desarmado los supuestos de tal discurso, al cuestionar la naturalización de las identidades genéricas.

⁶ Talleres de confección de prendas y calzado, de lavado y planchado de ropa, eran los que contrataban mujeres.

⁷ Dentro de este sistema se encontraban quienes confeccionaban ropa y las aparadoras.

¿Cuántas eran las trabajadoras?

La medición de la mano de obra femenina

Los estudios que, a través de la lectura de los censos de población,⁸ han intentado medir cuántas fueron las mujeres que ingresaron a las tareas asalariadas, constituyen un primer corpus para analizar el trabajo femenino.

Dentro de ellos y siguiendo una perspectiva de largo plazo a escala nacional, ocupó un lugar destacado la interpretación de la *curva en U*, desarrollada por Zulma Recchini de Lattes y Catalina Wainerman y retomada por Ernesto Kritz y María del Carmen Feijóo. Según tal interpretación, en los inicios de la modernización económica (1869-1914), la participación femenina fue alta, y se caracterizó por la combinación de funciones domésticas y económicas muchas veces indiferenciadas, que se realizaban en unidades de producción familiares como talleres o pequeños comercios. En un segundo momento (1914-1947), a medida que la modernización se fue complejizando, lo cual implicó la aparición de grandes unidades de producción que absorbieron a las de carácter familiar, se diferenciaron las funciones domésticas de las económicas, y la participación femenina en el mercado laboral disminuyó porque las mujeres fueron retenidas en los hogares para la crianza de los hijos y el trabajo doméstico, mientras que los hombres se ocuparon de las tareas económicas y aportaron los ingresos monetarios al hogar. Finalmente, en un tercer momento (1947-1970), en el cual se produjo el crecimiento del sector terciario (educación, salud y burocracia), se desarrolló una alta participación femenina en el mercado laboral, puesto que las mujeres ingresaron a él como parte de tal sector.⁹

El análisis de Ernesto Kritz se focaliza en el tramo descendente de la *curva en U* (1869-1914), a escala nacional. El autor concluye que la marginación de las mujeres de las nuevas actividades productivas creadas por la modernización, se debió a los requisitos de fuerza física o de calificación para el uso de maquinaria, los cuales impidieron que las mujeres se ocuparan en ellas. De esta manera, las tareas que les quedaron reservadas fueron las vinculadas con los servicios domésticos: planchadoras, lavanderas, cocineras,

⁸ Son empleados en los análisis los censos nacionales de 1869, 1895, 1914 y 1947; y los censos municipales de la Ciudad de Buenos Aires de 1887, 1904 y 1909.

⁹ Zulma Recchini de Lattes y Catalina H. Wainerman, "Empleo femenino y desarrollo económico: algunas evidencias", en *Desarrollo Económico*, vol. 17, n° 66, 1977, pp. 301-317.

domésticas, costureras. Sin embargo, fue mayor la cantidad de mano de obra ofrecida que la cantidad de mano de obra demandada. Por otra parte, actividades terciarias subalternas, alejadas de los cargos de toma de decisiones -empleos administrativos en la burocracia privada y estatal, empleos en el sector comercial, el magisterio- ofrecieron puestos crecientes, aunque no significativos, para las mujeres de los sectores medios que habían tenido acceso al sistema educativo. Así se explica la disminución de la cantidad de mujeres en el mercado laboral.¹⁰

María del Carmen Feijóo elabora conclusiones similares a las de Kritz, para la ciudad de Buenos Aires, entre el censo de 1887 y el de 1914, arco temporal en el cual la proporción de mano de obra femenina se mantuvo casi constante (alrededor de un 24%).¹¹ Mediante un análisis de las categorías censales, trata de reconstruir las profesiones femeninas, y observa que un 28% de mujeres se desempeñaban en lo que define como trabajo moderno (grandes establecimientos industriales y comerciales), mientras que un 72% se ocupaba en el servicio doméstico, el trabajo domiciliario (*sweating system*) y el sector terciario que incluía el sistema educativo y las tareas de oficina. Es llamativo que ubique las tareas de magisterio y administrativas fuera de los trabajos modernos, puesto que ellas eran parte de las novedades de la urbanización porteña. El análisis subraya el *espejismo de la obrera*, personaje que fue más visible para los contemporáneos por lo que traía de novedoso que por lo que representaba cuantitativamente.

En oposición al diagnóstico del espejismo, Fernando Rocchi sostiene que las mujeres fueron la mano de obra preferida por las grandes fábricas a partir de 1890, cuando comenzó un proceso de concentración de capital. Su lectura del censo de 1895 desagrega las fábricas de los talleres, y observa que a mayor cantidad de trabajadores en los establecimientos, mayor porcentaje de mujeres contratadas en ellos. La concentración de capital también afectó

¹⁰ Ernesto Kritz, "La formación de la fuerza de trabajo en la Argentina, 1869-1914", en *Cuadernos del CENEP*, n° 30, 1985.

¹¹ María del Carmen Feijóo, "Las trabajadoras porteñas a comienzos del siglo", en Diego Armus, comp., *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, pp. 281-311.

al sector comercial, y dio como resultado la aparición de las grandes tiendas donde la mano de obra femenina también alcanzó altos porcentajes.¹²

Por su parte, Mirta Lobato ha matizado la *curva en U*, apoyándose en la hipótesis de Rocchi y recurriendo al análisis de archivos de empresas frigoríficas. La visión del largo plazo se torna relativa debido al elevado porcentaje de empleo femenino (alrededor de un 30%), demandado por la industria de la carne en el período señalado como de menor participación.¹³ Conclusiones similares son sostenidas por Ricardo Falcón, cuyo análisis elaborado en base a la lectura de los censos, afirma que entre 1895 y 1914 se observa una disminución en términos relativos de la participación femenina a nivel nacional, explicada por la destrucción de las industrias artesanales del interior y el descenso de las actividades femeninas vinculadas a la agricultura, pero un aumento en términos absolutos. Por otro lado, en la ciudad de Buenos Aires, no se produjo tal descenso en términos relativos, donde la economía urbana demandaba mano de obra femenina en el sector secundario.¹⁴

Donna Guy no debate con los principios de la *curva en U*, aunque elabora conclusiones emparentadas con ellos. Las posibilidades de empleo femenino disminuyeron con la destrucción de las actividades de autosubsistencia en las provincias del interior, provocada por la inmodernización económica, en las últimas décadas del siglo XIX. Después de la Primera Guerra Mundial, en la ciudad de Buenos Aires, la expansión de la producción industrial en el rubro textil fue una oportunidad para las mujeres, así como también la docencia y el servicio doméstico. El trabajo sexual fue la opción para aquellas marginadas del aparato productivo.¹⁵

Asunción Lavrin, distanciada de la *curva en U*, afirma que se produjo un crecimiento de la participación femenina en las actividades económicas en el período comprendido entre 1890 y 1940. Su lectura de los censos de 1895

¹² Fernando Rocchi, "Concentración de capital, concentración de mujeres. Industria y trabajo femenino en Buenos Aires, 1890-1930", en Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y Gabriela Iní, dirs., *Historia de las mujeres en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus, 2000, vol. 2, pp. 222-243.

¹³ Mirta Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera. Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Prometeo Libros/Entrepasados, 2001.

¹⁴ Ricardo Falcón, *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.

¹⁵ Donna Guy, *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires 1875-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994; D. Guy, "Women, Peonage and Industrialization: Argentina 1810-1914", en *Latin American Research Review*, vol. 16, n°3, 1981, pp. 64-89.

y 1914 señala un crecimiento de la participación femenina en la industria, el comercio, la administración pública, y el sistema educativo. La ciudad de Buenos Aires, como centro industrial y administrativo, ofreció modernas oportunidades laborales, a pesar de la abrumadora mayoría de mujeres en el servicio doméstico.¹⁶

De este recorrido por los análisis de las fuentes censales podemos concluir que la lectura de ellas genera más incertidumbres que certezas. Aquellos que enfatizan el largo plazo destacan comparativamente la baja participación femenina en el mercado laboral en el período 1890-1940, pero aquellos que estudian el período en sí, y se concentran en la ciudad de Buenos Aires, sostienen un incremento de la participación femenina en términos absolutos, en los sectores secundario y terciario de la economía urbana. Más allá del debate sobre la cantidad de trabajadoras, podemos establecer un acuerdo en el hecho de que los procesos de modernización reacomodaron el mundo del trabajo y la participación de las mujeres en él. La destrucción de las actividades artesanales en el interior, así como el proceso de concentración económica en la ciudad de Buenos Aires, expulsaron mano de obra femenina, pero al mismo tiempo la ubicaron en nuevas actividades. Fue así como obreras, vendedoras de casas comerciales, empleadas administrativas, maestras, ocupaciones “modernas”, convivieron con las trabajadoras a domicilio -costureras- y las empleadas domésticas, ocupaciones “tradicionales”, porque si bien los cambios modernizadores creaban nuevas vacantes, también permitieron la permanencia de tareas ya conocidas. Señalar las continuidades con períodos anteriores, no implica negar los cambios, lo cual nos permite cuestionar la oposición *tradicional-moderno* en las ocupaciones femeninas. Los estudios que han sostenido la hipótesis de la *curva en U* han manifestado su preocupación por el predominio de las actividades tradicionales sobre las modernas, lo cual deriva en la conclusión de que los cambios modernizadores excluían a las mujeres. Sin embargo, las supuestas ocupaciones tradicionales se desarrollaron en situaciones creadas por el proceso de modernización, como por ejemplo, la costura realizada en el hogar por encargo de una casa comercial. En estos casos, las costureras eran tan “modernas” como las obreras y las vendedoras de tienda.¹⁷

¹⁶ Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, Santiago de Chile, DIBAM, 2005.

¹⁷ Un aspecto que no reseñaremos por una cuestión de espacio pero que no podemos dejar de mencionar es la relación entre mujeres nativas e inmigrantes y su desempeño en ocupa-

Quienes emplean las fuentes censales han señalado sus problemas. Uno de ellos consiste en la dificultad de hacer visibles los trabajos domiciliarios y el servicio doméstico.¹⁸ También se ha señalado el hecho de que muchas veces las mujeres privilegiaran su identidad de *amas de casa* a su identidad de trabajadoras cuando el censista realizaba las preguntas acerca de la situación laboral. Muchas veces intervenía la subjetividad del encuestador para registrar el trabajo, impregnada de las concepciones culturales del discurso de la domesticidad sobre qué era trabajo y qué no.¹⁹ Finalmente, las diferentes categorías ocupacionales utilizadas por cada censo tornan difíciles las comparaciones entre ellos, y nos alertan sobre qué significado se esconde debajo de ellas.

Las interpretaciones historiográficas sobre el trabajo femenino

Gracias al uso de diversas y transitadas fuentes,²⁰ las interpretaciones historiográficas del trabajo femenino han dibujado una trayectoria que se inició con la mención de la presencia femenina en el mundo del trabajo. Así, un pionero grupo de escritos describió la constante participación de las mujeres en las actividades económicas a lo largo de la historia universal, y a lo largo de la historia argentina, con especial énfasis desde los inicios del proceso de modernización.²¹ Los análisis se fueron complejizando con el estudio de las

ciones concebidas como tradicionales o modernas. Al respecto véase D. Guy, "Women?", ob. cit.; M. Lobato, ob. cit.; F. Rocchi, ob. cit.

¹⁸ Feijóo, ob. cit.

¹⁹ Marcela Nari, *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires (1890-1940)*, Buenos Aires, Biblos, 2005.

²⁰ A los censos de población citados en la nota 8, se agregan el *Informe* de Biale Massé, el *Código Nacional de Trabajo*, la legislación laboral, en especial la ley de descanso dominical (ley 4.661) y la ley de reglamentación del trabajo de mujeres y menores (ley 5.291), así como también los Diarios de Sesiones de la Cámara de Diputados donde se asientan los debates de tales leyes, el *Boletín del Departamento Nacional de Trabajo*, los informes de los médicos higienistas (Eduardo Wilde, Emilio Coni, José Penna), los documentos emitidos por los congresos obreros, la prensa de las organizaciones obreras, los informes de militantes feministas (Gabriela Laperrière de Coni y Carolina Muzzilli).

²¹ Si bien este listado no es exhaustivo, podemos mencionar los escritos de Elena Gil, *La mujer en el mundo del trabajo*, Buenos Aires, Ediciones Libera, 1970; María del Carmen Feijóo, "La mujer en la historia argentina", en *Todo es Historia*, n° 183, 1982; Mirta

características laborales hasta llegar al abordaje tanto de las experiencias y subjetividades de las trabajadoras como de las representaciones del trabajo femenino. A efectos organizativos hemos dividido este apartado en el sector industrial y en el sector terciario de la economía.

Nuestro análisis deja de lado, para ser abordada en otra ocasión, la problematización de los movimientos de protesta de las trabajadoras y sus acciones sindicales, así como también las actividades del movimiento feminista. Tanto la protesta de las trabajadoras como la militancia feminista son dos aspectos del mundo de la política que junto con el mundo del trabajo visibilizaron a las mujeres.

2.a. El trabajo femenino en el sector industrial: la mujer obrera

El trabajo de mujeres en la industria ha sido uno de los tópicos de los estudios que han analizado el mundo del trabajo urbano, donde podemos ubicar las obras de José Panettieri, Héctor Recalde y Ricardo Falcón.²² En líneas generales, estos escritos sostienen que el trabajo de las mujeres, hijas y esposas, fue causado por la necesidad económica que las empujaba a buscar ingresos concebidos como complementarios a los de los hombres. A las malas condiciones laborales manifestadas en largas jornadas, accidentes, ambientes insalubres, se agregaban las peores condiciones del trabajo femenino, que consistían en los salarios inferiores, los acosos sexuales de los empleadores, la desprotección durante el embarazo, y la de por sí débil constitución física de las mujeres. Los autores destacan las tensiones creadas entre maternidad-hogar y trabajo remunerado, ya sea en la fábrica o bajo el *sweating system*. Sin embargo los análisis no problematizan ni la definición de feminidad an-

Henault, "La incorporación de la mujer al trabajo asalariado", en *Todo es Historia*, n° 183, 1982. También se puede ubicar aquí el escrito de Viviana Bartucci, cuya originalidad radica en el uso de los avisos clasificados de la prensa periódica. Véase V. Bartucci, "Oferta y demanda. Mujeres trabajadoras en la presidencia de Justo", ponencia presentada en el Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina Santa Rosa, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1999.

²² J. Panettieri, *Los trabajadores*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969; R. Falcón, ob. cit.; H. Recalde, *La higiene y el trabajo (1870-1930)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988, y del mismo, *Mujer, condiciones de vida, trabajo y salud*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988.

clada en la maternidad, ni la oposición hombres-trabajo asalariado/mujeres-hogar-maternidad que es presentada como una de las características propias del proceso de modernización económica. De esta manera estos análisis son reproductores del discurso de las esferas separadas.

Emparentados con el mundo del trabajo urbano, pero otorgando exclusividad al análisis de *la mujer obrera* se encuentra otro grupo de escritos, donde podemos ubicar, entre otros, a Matilde Mercado, Mirta Lobato, Silvia Badoza, Fernando Rocchi y Marcela Nari.²³ Sus conclusiones describen las condiciones laborales de las obreras, y tratan de explicar las ideas que circulaban en la sociedad acerca del trabajo femenino en general, y en el sector industrial en particular. Al igual que los autores anteriores, este segundo grupo de análisis acuerda con que el trabajo femenino en las fábricas respondía a una condición de necesidad económica y complementariedad del presupuesto familiar. Sostienen que el trabajo femenino se concentraba en tareas con escasos niveles de calificación, lo que se utilizaba para justificar los bajos salarios y, por consiguiente, lo hacía atractivo para los industriales. También hacen referencia a las malas condiciones laborales.

Matilde Mercado afirma que a pesar de que las mujeres predominaban en lo que ella denomina ocupaciones tradicionales -costureras, planchadoras, empleadas domésticas-, y en esto adhiere a la hipótesis de la curva en U, un reducido grupo de obreras transgredió involuntariamente, debido a necesidades económicas, el mandato de la división sexual del trabajo que las confinaba al hogar. De aquí se desprende que el ingreso en el mundo del trabajo significó la conquista de un nuevo espacio, a pesar de la dureza de las condiciones laborales, y de que salir del hogar no implicó ni relegar ni compartir con los hombres, el trabajo doméstico.²⁴

Mirta Lobato ha complejizado el análisis a partir de indagar en las experiencias de las obreras, y de concebir a la división sexual del trabajo como un conjunto de representaciones culturales formadas a través de un largo

²³ M. A. Mercado, *La primera ley de trabajo femenino. "La mujer obrera" (1890-1910)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1988; M. Lobato, ob. cit.; S. Badoza, "El ingreso de la mano de obra femenina y los trabajadores calificados en la industria gráfica", en Lidia Knecher y Marta Panaia, comps., *La mitad del país. La mujer en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994, pp. 290-300; F. Rocchi, ob. cit.; Lavrin, ob. cit.; M. Nari, "Feminismo y diferencia sexual. Análisis de la 'Encuesta Feminista Argentina de 1919'", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 3ª serie, n° 12, 1995; M. Feijóo, ob. cit.

²⁴ M. A. Mercado, ob. cit.

proceso y difundidas a través de la familia, la escuela y el ámbito laboral. Si bien el ingreso a la fábrica llevaba implícita la doble jornada femenina, las mujeres desarrollaron estrategias para compatibilizar trabajo asalariado, hogar y maternidad. Por ejemplo, con respecto al cuidado de los hijos, los mayores cuidaban a los menores, o bien se podía acudir a la ayuda de algún vecino u otro familiar. Esto no fue contradictorio con las representaciones impuestas por la división sexual del trabajo porque las mujeres argumentaban que trabajaban para satisfacer necesidades inmediatas, y concebían a la fábrica como un lugar de paso. Así, las características de complementariedad salarial y de transitoriedad del trabajo femenino actuaron como legitimadores del trabajo extradoméstico. Ahora bien, las mujeres también ingresaban en el frigorífico para buscar mejores condiciones de vida, materializadas en el acceso a la casa propia o la instalación de un pequeño comercio minorista que les permitiera generar ingresos en épocas de desocupación, o bien abandonar su condición obrera. Sin embargo, en ningún momento el trabajo asalariado fue considerado un elemento de liberación personal por las trabajadoras. De esta manera, es importante destacar las tensiones internas que debieron sufrir las obreras cuando no acataron el mandato de la domesticidad y permanecieron en las fábricas.²⁵

Silvia Badoza ha rescatado las voces de los empresarios y de los trabajadores gráficos ante la incorporación de las mujeres en la industria gráfica. Los industriales emplearon mujeres no sólo debido al ahorro del costo salarial, sino también debido a la docilidad femenina que convertía a las mujeres en trabajadoras de más fácil disciplinamiento. Los sindicatos obreros se opusieron al trabajo femenino argumentando los daños morales y físicos que causaba en las mujeres, aunque la oposición también giró en torno a motivos económicos, ya que vieron en la obrera la causa de la reducción del nivel salarial. Sus argumentos oscilaron entre el retorno al hogar y la equiparación salarial entre hombres y mujeres.²⁶

²⁵ Su análisis ha incorporado a las fuentes ya citadas en la nota 20, los archivos de personal de las empresas frigoríficas y el uso de entrevistas en profundidad propuestas por la historia oral. M. Lobato, ob. cit.: M. Lobato, "Mujeres en la fábrica. El caso de las obreras del frigorífico Armour, 1915-1969", en *Anuario del Instituto de Estudios Históricos y Sociales*, n° 5, 1990, y de la misma autora, "Una visión del mundo del trabajo: el caso de los obreros de la industria frigorífica. Berisso, 1900-1930", en Diego Armus, comp., ob. cit., pp. 313-337.

²⁶ S. Badoza, ob. cit.

El enfoque de Fernando Rocchi destaca que si bien existía un consenso social en torno a que el lugar de las mujeres era el hogar, el trabajo femenino fue considerado como un mal necesario. El autor reproduce las voces de los industriales quienes preferían la mano de obra femenina porque generaba ganancias mayores. Esto se debía a que sus salarios eran menores y a que los contratos temporales permitían articular las realidades de las mujeres -embarazos y etapas de crianza- con las oscilaciones de la producción determinadas por el mercado. Los industriales defendieron el trabajo femenino con el argumento de que si bien la fábrica no era el mejor lugar para las mujeres, era una opción preferible a la prostitución o la militancia anarquista.²⁷

A modo de balance, podemos decir que mientras Mercado y Lobato han analizado la mano de obra femenina desde la perspectiva de la oferta, de manera de destacar las causas que empujaban a las mujeres a ingresar a las fábricas, Badoza y Rocchi han analizado el trabajo femenino desde la perspectiva de la demanda de los industriales, aspecto no siempre tenido en cuenta. Los cuatro autores destacan el acuerdo ideológico de socialistas, liberales y católicos quienes condenaron el abandono femenino del mundo doméstico porque consideraron que el trabajo en las fábricas, y el empleo extradoméstico en general, destruía la familia, célula de la sociedad nacional, ya sea ante el descuido del hogar, o bien porque fuera la causa de la reducción salarial y el desempleo masculino. A su vez, la fábrica atentaba contra la maternidad, debido a los daños físicos que imprimía a los cuerpos femeninos.

Se puede afirmar entonces, que existía un consenso en cuanto a las representaciones de género que era transversal a las ideologías religiosas, políticas y de clase. Católicos, liberales y socialistas, industriales y obreros, definían a la mujer como una madre,²⁸ y veían el trabajo asalariado fabril como ajeno a la naturaleza femenina, aunque lo aceptaban como una excepción o un mal menor ante la necesidad económica, preferible a la prostitución, situación posible, en especial en las mujeres más pobres. Para resolver esta agobiante contradicción, apoyaron una reglamentación laboral que protegiera a las mujeres en su calidad de madres y no de trabajadoras.²⁹

²⁷ F. Rocchi, ob. cit.

²⁸ Ciertos sectores del movimiento anarquista, no todos, adhirieron a estas ideas (Véase M. Nari, "El feminismo frente a la cuestión de la mujer en las primeras décadas del siglo XX", y M. Lobato, "Entre la protección y la exclusión: discurso maternal y protección de la mujer obrera, Argentina 1890-1934", en J. Suriano, comp., ob. cit.

Por su parte, el Estado elaboró un reducido corpus legal,³⁰ tributario del discurso de la *domesticidad* ya que definía la femineidad desde la maternidad, y concebía el trabajo femenino como una situación excepcional que necesitaba ser reglamentada para evitar abusos.³¹ El Código Civil de 1869 colaboró con tales concepciones, al colocar a las mujeres bajo la tutela del padre y del marido. A pesar de que en 1926 se modificó beneficiosamente el status jurídico de las casadas, en 1936 un proyecto amenazó -fallidamente- con su modificación.³²

Marcela Nari indagó el consenso de las diferentes ideologías en torno a la maternidad, al reconstruir el proceso de maternalización de las mujeres, en el cual la ciencia médica ocupó un lugar destacado. Dicho proceso concibió a la maternidad como una identidad femenina exclusiva -única fuente de felicidad- y excluyente -incompatible en tiempo y esfuerzo con cualquier otra actividad. La naturaleza femenina era un tema que integraba los debates de la época, en un contexto en que se había producido una caída de la tasa de natalidad y en que la inmigración empezaba a ser vista como una fuente de conflictos sociales. Muchos intelectuales vincularon el trabajo femenino asalariado con la reducción de los nacimientos, al tiempo que afirmaron que el trabajo de las mujeres en el sector industrial daría lugar a la degeneración de la raza, porque las obreras parirían deficientes físicos y mentales. Fue así como en la primera década del siglo XX tuvo lugar la emergencia de la *cuestión de la mujer obrera*, con su condena al trabajo femenino en el sector industrial y su demanda de protección.³³

²⁹ M. Lobato, "Lenguaje laboral y de género en el trabajo industrial. Primera mitad del siglo XX", en F. Gil Lozano, V. Pita, y G. Ini, dirs., ob. cit.; M. Lobato, "Entre la protección", ob. cit.

³⁰ Ley 5.291 de 1907, ley 11.317 de 1924, ley 11.933 de 1934.

³¹ Marysa Navarro y Catalina Wainerman, "El trabajo de las mujeres: un análisis preliminar de las ideas dominantes en las primeras décadas del siglo XX", en *Cuadernos del CENEP*, Buenos Aires, n° 7, 1979; M. A. Mercado, ob. cit.; M. Feijóo, ob. cit.; A. Lavrin, ob. cit.; M. Nari, *Políticas de maternidad*, ob. cit.; M. Lobato, "Lenguaje laboral", ob. cit.; M. Lobato, "Entre la protección", ob. cit.

³² M. Navarro y C. Wainerman, ob. cit., pp. 19-20; M. Nari, "Maternidad, política y feminismo", en F. Gil Lozano, V. Pita, G. Ini, dirs., ob. cit., pp. 196-221.

³³ Su análisis combina las fuentes ya citadas -ver nota 20-, con otras novedosas como la *Encuesta Feminista Argentina* (M. Nari, "Feminismo y diferencia sexual", ob. cit.), los manuales de economía doméstica (M. Nari, "La educación de la mujer (o acerca de cómo cocinar y cambiar los pañales a su bebé de manera científica)", en *Mora*, n° 1, 1995), y las publicaciones médicas (M. Nari, "La educación de la mujer", ob. cit.; M. Nari, "Las prácticas anticonceptivas, la disminución de la natalidad, y el debate médico, 1890-1940",

2.b. El trabajo femenino en el sector terciario: a la búsqueda de la promoción social

Muchos de los escritos que han abordado el trabajo femenino en las fábricas han abierto el análisis, sin profundizar en él, hacia otras actividades laborales realizadas por mujeres vinculadas al sector terciario, y asociadas con una cierta promoción social.³⁴ Así, Dora Barrancos sostiene que una característica común a las sociedades occidentales es que las mujeres que accedieron a una mayor escolaridad pudieron incorporarse a la docencia, mientras que las que poseían una menor escolaridad encontraron en el sector comercial, administrativo y de servicios, una alternativa al trabajo industrial y al servicio doméstico.³⁵ Siguiendo esta afirmación, Fernando Rocchi sostiene que una alternativa aceptable al trabajo industrial para las mujeres empujadas al mercado laboral por necesidades económicas, era convertirse en empleadas de casas comerciales o de servicios públicos, ya que estos empleos gozaban de mayor prestigio, y por lo tanto se los relacionaba con cierta movilidad social ascendente.

Hacia la década de 1920, ciertas voces empezaron a defender el trabajo femenino como una situación de realización personal, de liberación, o de independencia económica. Los trabajos asalariados reivindicados fueron los vinculados al tercer sector que requerían cierta calificación, o bien las carreras profesionales como la medicina.³⁶ Esta defensa del trabajo femenino asalariado no dejaba de lado la naturaleza maternal de las mujeres, sino que trataba de conciliar trabajo asalariado con maternidad, como dos as-

en Mirta Lobato, ed., *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de historia de la salud en la Argentina*. Buenos Aires, Editorial Biblos/Universidad Nacional de Mar del Plata, 1996. pp. 151-189); Nari, "El feminismo frente a la cuestión de la mujer", ob. cit.

³⁴ H. Recalde, *La higiene*, ob. cit.; M. Navarro y C. Wainerman, ob. cit.; A. Lavrin, ob. cit.; M. Nari, "Feminismo y diferencia sexual", ob. cit.; M. Nari, *Políticas de maternidad*, ob. cit.; M. Nari, "El feminismo frente a la cuestión de la mujer", ob. cit.; F. Rocchi, ob. cit.; M. Lobato, "Mujeres en la fábrica", ob. cit.

³⁵ Dora Barrancos, "¿Mujeres comunicadas? Las trabajadoras telefónicas en las décadas de 1930-1940", en Hilda Beatriz Garrido y María Celia Bravo, coords., *Temas de mujeres, perspectivas de Género. IV Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género*, Tucumán, CEHIM, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1998, pp. 443-457.

³⁶ M. Nari, "Feminismo y diferencia sexual", ob. cit.; M. Nari, *Políticas de maternidad*, ob. cit.; M. Nari, "El feminismo frente a la cuestión de la mujer", ob. cit.; M. Lobato, "Mujeres en la fábrica", ob. cit.

pectos complementarios de las subjetividades femeninas. Fueron las mujeres de clase media, en especial las socialistas feministas, quienes levantaron la bandera del trabajo asalariado como un derecho.³⁷ Ellas habían accedido a una educación, no eran perseguidas por la necesidad económica, y deseaban ingresar al mundo del trabajo. En las décadas de 1930 y 1940 las ideas del trabajo como un factor de independencia económica continuaron ganando espacio y empezaron a ser defendidas no sólo por las mujeres de clase media, sino también por aquéllas para quienes el ingreso al mundo laboral era una necesidad.³⁸

El estudio de las actividades terciarias presenta importantes vacíos que no se llenan con la simple enumeración de las tareas desempeñadas por las mujeres. Faltan análisis interpretativos del servicio doméstico, las profesiones sanitarias (enfermeras, parteras),³⁹ y los empleos administrativos y comerciales. Sólo las tareas docentes y los empleos telefónicos han recibido cierta atención.

Con respecto a la profesión de maestra, son varios los análisis que sostienen que constituía una actividad feminizada debido a las representaciones de género que consideraban a la docencia como una expresión del instinto maternal innato de las mujeres.⁴⁰ De esta manera, la feminización otorgó a

³⁷ A. Lavrin, ob. cit.; M. Nari, *Políticas de maternidad*, ob. cit.

³⁸ M. Nari, *Políticas de maternidad*, ob. cit.; M. Nari, "El feminismo frente a la cuestión de la mujer", ob. cit.

³⁹ Una abordaje a la enfermería en cuanto profesión feminizada se encuentra en Georgina Binstock y Catalina Wainerman, "El nacimiento de una ocupación femenina: la enfermería en Buenos Aires", en *Desarrollo Económico*, vol. 32, n° 126, julio-septiembre de 1992.

⁴⁰ H. Recalde, *Mujer, condiciones de vida*, ob. cit.; M. Navarro y C. Wainerman, ob. cit.; M. Nari, "Feminismo y diferencia sexual", ob. cit.; M. Nari, *Políticas de maternidad*, ob. cit.; Nari, "El feminismo frente a la cuestión de la mujer", ob. cit.; Dora Barrancos, "Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras", en Fernando Devoto y Marta Madero, dirs., *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina entre multitudes y soledades. De los años treinta a la actualidad*, Buenos Aires, Taurus, 1999, vol. 2, pp. 198-225; Graciela Morgade, "La docencia para las mujeres: una alternativa contradictoria en el camino de los saberes legítimos", en G. Morgade, comp., *Mujeres en la educación. Género y docencia en Argentina (1870-1930)*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 1997, pp. 67-114; Silvia Yannoulas, "Maestras de antaño: ¿mujeres tradicionales? Brasil y Argentina (1870-1930)", en G. Morgade, comp., ob. cit., pp. 175-191; José Maristany, "Maestras escritoras: el desafío de devenir autor", en *Mujeres en escena. Actas de las Quintas Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género*, Santa Rosa, Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa, 2000 pp. 49-59.

la docencia un prestigio social del que carecían otros trabajos asalariados ejercidos por mujeres. Dos circunstancias contribuyeron al prestigio de las maestras. Por un lado, existía la posibilidad de participar en una "carrera de honores" que consistía en pasar de *maestra* a *directora* de un establecimiento. Por otro lado, la remuneración salarial hacía de la tarea docente una actividad mejor paga que el servicio doméstico y que el empleo fabril.⁴¹ La escuela normal fue una interesante opción para jóvenes que pertenecían a los sectores populares en ascenso o a la clase media, cuyas familias podían costear, no sin esfuerzos, los años de estudio.

La cultura normalista adquirida en la profesión docente expuso a las mujeres a experiencias contradictorias. Por un lado las maestras actuaron como reproductoras de los modelos de género socialmente dominantes, puesto que asumieron el papel de "madres educadoras" difusoras de la *doctrina de las esferas separadas*. Pero por otro lado, ellas tuvieron la posibilidad de ser "educadoras profesionales" gracias a las oportunidades ofrecidas por la cultura normalista: los viajes de estudio dentro y fuera del país, las conferencias en los Consejos Escolares, las visitas de personalidades públicas a las escuelas, la posibilidad de escritura y publicación de ideas, todo lo cual les permitió desarrollar experiencias diferentes al hogar y acceder a una carrera cultural personal, menos viable y más difícil en otros ámbitos laborales.⁴²

Dora Barrancos ha iniciado el estudio el mundo laboral de las telefonistas.⁴³ Desde el punto de vista de la oferta de mano de obra, las jóvenes ingresaron a la Unión Telefónica por una mera necesidad económica. Su mínima calificación las había salvado de la fábrica. Si bien los salarios no alcanzaban para mantener un presupuesto familiar, complementaban ampliamente el salario de un jefe de hogar. Desde el punto de vista de la demanda de mano de obra, la Unión Telefónica encontró en las mujeres motricidad fina

⁴¹ Beatriz Sarlo, "Cabezas rapadas y cintas argentinas", en *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*, Buenos Aires, Ariel, 1998 pp. 11-92.

⁴² S. Yannoulas, ob. cit.; B. Sarlo, ob. cit.

⁴³ La autora ha recurrido al uso de legajos de personal y a entrevistas orales. D. Barrancos, "La puñalada de Amelia (o cómo se extinguió la discriminación de las mujeres casadas del servicio telefónico)", CEIL-CONICET, Mimeo, 1997; D. Barrancos, "¿Mujeres comunicadas?", ob. cit.; D. Barrancos, "Vida íntima, escándalo público: las telefonistas en las décadas 1930 y 1940", en *Mujeres en escena. Actas de las Quintas Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género*, Santa Rosa, Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa, 2000, pp. 487-493.

para operar los aparatos telefónicos, y conductas dóciles que toleraron los estrictos controles de un rígido conjunto de normas. Al interesante recorrido descriptivo, Barrancos agrega los cambios en las subjetividades experimentados por las mujeres que transitaron por este ámbito laboral. Para ello acude al caso particular de Amelia, una telefonista que en 1921 apuñaló al Director General de la Unión Telefónica, luego de que fuera despedida ante el conocimiento público de su estado de casada (hasta el año 1935, la Unión Telefónica exigió a sus empleadas que fueran solteras). Para Barrancos, la acción de Amelia es síntoma de una subjetividad transformada por la experiencia laboral, ya que a pesar de las duras condiciones de trabajo, de la necesidad económica que la empujó a ingresar a la compañía, los catorce años de servicio le habían otorgado respetabilidad y satisfacción, a las que no estaba dispuesta a renunciar.⁴⁴

En relación con las representaciones del trabajo femenino, muchos de las/os autoras/es citadas/os mencionan ciertas imágenes referidas a las mujeres trabajadoras desarrolladas por la literatura, las letras de tango y el cine del período.⁴⁵ Una imagen muy citada es la del "mal paso" elaborada por Evaristo Carriego y retomada, en diferentes versiones, por Manuel Gálvez.⁴⁶ En general, el "mal paso" se refiere a ciertas jóvenes que abandonan sus hogares paternos y atraviesan diferentes situaciones, que implican pasajes por el mundo del trabajo, para finalizar prostitutas, embarazadas, solas, cuan-

⁴⁴ D. Barrancos, "La puñalada de Amelia", ob. cit..

⁴⁵ J. L. Romero, "La ciudad burguesa", ob. cit.; M. Lobato, "Mujeres en la fábrica", ob. cit.; M. Lobato, *La vida en las fábricas*, ob. cit.; M. Nari, "Feminismo y diferencia sexual", ob. cit.; M. Nari, *Políticas de maternidad*, ob. cit.; D. Barrancos, "Moral sexual", ob. cit.; F. Rocchi, ob. cit.. También Raúl Campodónico y Fernanda Gil Lozano, "Milonguitas en-cintas. La mujer, el tango, el cine", en F. Gil Lozano, V. Pita y G. Ini, dirs., ob. cit., t. 2, pp. 136-153; Diego Armus, "El viaje al centro. Tísicas, costureritas y milonguitas en Buenos Aires, 1910-1940", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3 serie, n° 22, 2000; Paula Labeur y Margarita Pierini, "Mujeres lectoras-mujeres trabajadoras en *La Novela Semanal*", en *Actas de las VI Jornadas de Historia de las Mujeres*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2000; Tania Diz, "Descoser los moldes. ¿Dos crónicas distintas sobre la costurerita?", en *Zona Franca*, Rosario n° 8, 1999; T. Diz, "Deshilvanar los vestidos. Mujeres solteras en la literatura argentina", en *Actas de las VI Jornadas de Historia de las Mujeres*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2001.

⁴⁶ Evaristo Carriego (1883-1912) elaboró esta imagen en su poema "La costurerita que dio aquel mal paso". Manuel Gálvez (1882-1962) se refiere al "mal paso" en sus tres novelas: *La maestra normal* (1914), *Nacha Regules* (1919) e *Historia de arrabal* (1922).

do no gravemente enfermas. El mundo del trabajo y el abandono del hogar son representados como una puerta de acceso a situaciones morales incorrectas. De acuerdo con nuestro análisis, esta construcción del "mal paso" es la expresión del *discurso de la domesticidad* en el campo cultural.

El proceso de alfabetización y un cierto aumento del tiempo libre garantizaron el consumo de los bienes culturales. Es muy difícil saber cómo los discursos creados por dichos bienes fueron apropiados, o qué consecuencias provocaron en las identidades/subjetividades de las/os lectoras/es. Sin embargo, la utilidad de analizarlos radica en que permiten reconstruir imaginarios colectivos y señalar ciertas tensiones que atraviesan tales imaginarios. Estos principios guiaron otros escritos en donde hemos analizado las imágenes de las trabajadoras.⁴⁷ Sostuvimos que las imágenes del trabajo femenino recorrían un arco que iba de lo negativo a lo positivo, ya que ellas representaban a mujeres que cometían el "mal paso", a víctimas de la sobreexplotación laboral, y a mujeres que triunfaban en el mundo del trabajo, en particular en ocupaciones vinculadas con el sector terciario. También sostuvimos que las imágenes negativas (el "mal paso", la victimización) respondían al *discurso de la domesticidad*, y que las imágenes positivas representaban las nuevas experiencias asociadas con la promoción social, en las que participaban las mujeres, no se contradecían con el matrimonio y la maternidad, pero tampoco los convertían en la única aspiración femenina.

3. Conclusiones

Este recorrido por los análisis del mundo del trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires entre 1890-1940, momento en que se consolidó una serie de cambios modernizadores dentro de los cuales se problematizó la condición femenina, nos permite elaborar varias reflexiones finales, partiendo de la premisa de que el mundo del trabajo fue afectado por el discurso de la *domesticidad* o de la *doctrina de las esferas separadas*, creador de concepciones de feminidad y masculinidad. La perspectiva analítica de género brinda herramientas para desarmar tales discursos y cuestionar la naturalización de las

⁴⁷ G. Queirolo, "Modernidad y mujeres: las crónicas de Alfonsina Storni y Roberto Arlt", en *Boletín de Humanidades*, nueva época, año 5, Colegio de Graduados, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2004; G. Queirolo, "Imágenes enfrentadas del trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires (1910-1930)", en *Zona Franca*, Rosario, n° 11 y 12, 2003.

identidades femeninas y masculinas, de manera de reconstruir los contextos sociohistóricos en que tales identidades se desarrollaron.

Por un lado, nos encontramos con los análisis que han intentado medir la cantidad de mujeres trabajadoras, los cuales, más allá de la cantidad en sí, muestran la posibilidad material del trabajo femenino, o la presencia de las mujeres en el mercado de trabajo a través de diferentes actividades. Todo esto, a pesar de los reparos señalados. Por otro lado, los estudios que han interpretado el trabajo femenino recorren un camino de incremento en la complejidad analítica, que se inicia con la simple mención de la presencia de mujeres en el mercado laboral, continúa con la descripción de diferentes características de esta presencia, y finaliza con la reconstrucción tanto de las identidades/subjetividades de las mujeres trabajadoras, como de las representaciones en torno al trabajo femenino. Este segundo grupo de estudios, en términos generales, afirma que tanto los empleos en las fábricas, como los realizados en el sector comercial y de servicios, eran motivados por la necesidad económica, y tenían las características de complementariedad del presupuesto familiar y transitoriedad.

El *discurso de la domesticidad*, presente en las leyes, las ideologías políticas, el discurso médico, la prensa periódica, el sistema educativo, la literatura, el cine, definió la feminidad en la maternidad convirtiéndola en una identidad natural para las mujeres. El trabajo asalariado fuera del hogar fue concebido como una situación de excepción que sólo era legítima en caso de necesidad económica, soltería, viudez o ingresos conyugales insuficientes, y que, por lo tanto, no otorgaba identidad a las mujeres, sino que atentaba contra su naturaleza. La complementariedad y transitoriedad reforzaron el carácter de la excepción, mientras que la doble jornada remarcó que el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos seguían siendo responsabilidades femeninas, más allá de que la excepción justificara la ausencia del hogar. Por su parte, quienes contrataron mano de obra femenina vieron las ventajas de los bajos salarios justificados por la sencillez de las tareas, así como también de la motricidad fina y de la docilidad. En este caso, el alejamiento de las mujeres de los hogares fue explicado como un mal necesario, una situación preferible a la prostitución.

El trabajo femenino asalariado siguió una escala de valores según la cual la fábrica era el espacio de menor prestigio, y las grandes casas comerciales, la telefonía, las tareas administrativas, el magisterio -en ese orden- eran los ámbitos más valorados en tanto que denotaban cierto ascenso social.

Estos abandonos del mundo privado, por más legitimidad excepcional que tuvieran, no dejaron de despertar sospechas sobre la moralidad de aquéllas que se convertían en asalariadas, así como, por otra parte, la prostitución no dejó de ser una alternativa, a veces transitoria, para las mujeres y las familias de menos recursos.

Merecen destacarse los análisis que han intentado demostrar que las prácticas en el mercado de trabajo crearon fisuras en el *discurso de la domesticidad*, porque permitieron desarrollar identidades/subjectividades que estaban en contradicción con él. Nos referimos a los planteos hechos para las obreras de los frigoríficos quienes legitimaron su permanencia en la fábrica combinando la transitoriedad y la necesidad que ya no era imperiosa, en función de apostar a una mejor calidad de vida; o a los análisis de las maestras como educadoras profesionales que pudieron desarrollar un acceso al campo intelectual; o a los estudios alrededor de las telefonistas que defendieron, puñal en mano, sus puestos de trabajo. También estas tensiones del *discurso de la domesticidad* han sido señaladas por los estudios que analizan los bienes culturales, donde las representaciones como las del "mal paso" conviven con otras representaciones de mujeres que no sufrían consecuencias adversas en su tránsito por el mercado de trabajo. En definitiva, por más hegemónicos que fueran los principios de la domesticidad, quedaban fuera de su proceso de significación ciertas prácticas y representaciones que cuestionaban, y que abren el análisis hacia la participación de las mujeres en el proceso de promoción social.

La problematización del trabajo asalariado de las mujeres trasciende los años seleccionados. Sin embargo, entre 1890 y 1910 cuajaron un conjunto de ideas sobre las mujeres que trabajaban gracias a las operaciones del *discurso de la domesticidad*. Estas ideas estuvieron plagadas de tensiones y fisuras que con el tiempo dieron lugar a una reformulación de ellas, más allá de sus continuidades. Hoy en día el trabajo asalariado femenino continúa preocupando a organismos internacionales, Estados y medios de comunicación, mientras que la tensión entre lo doméstico y lo laboral acecha a infinidad de mujeres.

Resumen

Este artículo busca revisar críticamente gracias al uso de la perspectiva de género, una serie de escritos sobre el trabajo femenino en Buenos Aires entre 1890 y 1940, período en que se consolidaron un conjunto de cambios modernizadores que originaron la problematización del trabajo de las mujeres significado por la ideología de la domesticidad. El recorrido comienza por los estudios que han analizado la cuantificación de la presencia femenina en el mercado de trabajo, para luego adentrarse en las interpretaciones historiográficas sobre el trabajo femenino tanto en el sector secundario como en el sector terciario.

Palabras clave: Mujeres; Género; Trabajo Femenino; Domesticidad.

Abstract

This paper applies a gender perspective to analyze a series of works about the female labor in Buenos Aires from 1890 to 1940. During that period several changes related to modernization put in question women's work and the ideology of domesticity. The review begins studying writings that quantify the presence of women in the labor market, and continues by analyzing historical interpretations of women's work in both the secondary and the tertiary sectors.

Keywords: Women; Gender; Female Work, Domesticity.

Clases subalternas, etnicidad y política en América Latina

Entrevista con Ricardo Melgar Bao

Nos encontramos con Ricardo Melgar Bao en Cuernavaca, México, para conversar sobre historia, cultura y política alrededor de su amplia producción. El entrevistado nació en Perú, en 1946, y vive en México desde 1977. Es actualmente profesor e investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Nos interesaba su perfil compuesto por una vocación de investigación histórica y una sensibilidad de antropólogo, así como su reflexiva preocupación sobre las trayectorias de las clases subalternas y populares, sus estudios sobre las militancias comunistas, sus trabajos sobre las redes del exilio aprista y, más ampliamente, su singular travesía como intelectual latinoamericano. Por último, no pudimos resistirnos a preguntarle sobre su perspectiva del candente momento de cambio que acontece en estos momentos en Bolivia.

Nuevo Topo (NT): Quisiera comenzar esta entrevista preguntándote *¿cómo llegaste a México y cuáles fueron tus primeras investigaciones?*

Ricardo Melgar Bao (RMB): Mis primeras investigaciones se centraron sobre el proletariado en la región centro sur del Perú: trabajadores de las minas de socavón, los pescadores y los jornaleros agrícolas. La primera de esas tres experiencias pesó biográficamente más que las otras dos, acaso por todo lo que implicaba para el trabajo intelectual una experiencia colectiva interdisciplinaria. Nuestra pasión por la investigación comprometida nos llevó a buscar los más variados puentes con los mineros, convirtiéndose en parte de nuestro aprendizaje. Gracias al exiliado boliviano Ñuflo Chávez, veterano de las jornadas revolucionarias del '52, pero sobre todo a Emilio Choy, uno de los historiadores marxistas más querido de la juventud universitaria -a

la que pertenecía en ese entonces-, aprendimos a valorar el tiempo largo, entre sus sedimentos, tradiciones y rupturas. Gracias a ellos apostábamos a no olvidar la condensación que marca a cada coyuntura en nuestros análisis. Estudiar la minería y la metalurgia, al lado de sus mitos en la sociedad inca, pasando por nuestras indagaciones sobre la explotación colonial de Cerro de Pasco y Huancavelica, para arribar a retos de nuestro tiempo, tras la estatización minera y la cruenta represión de Cobriza en 1972 no era poca cosa. Algunos de nuestros trabajos circularon como quehacer colectivo, sin firma, sea como documentos mimeografiados o como artículos publicados en una revista que no pudo ir más allá de su tercer número. En el año 1976 había terminado estudios de antropología en la Universidad de San Marcos. Me vine a México para hacer un posgrado en Antropología. Pronto me encontré con que la maestría se había suspendido, sólo quedaba abierto el doctorado, así que me inscribí en el área que consideraba más afín, la de estudios latinoamericanos, un proyecto interdisciplinario en humanidades que había fundado Leopoldo Zea a mediados de los años sesenta.

NT: ¿Cuál fue el título de la tesis? ¿Dónde fue presentada? ¿Es accesible a la consulta de la comunidad investigadora?

El Marxismo en América Latina. Introducción a la historia regional de la Internacional Comunista. La tesis versó sobre la internacional comunista en América Latina, hasta vísperas del VII Congreso de la IC (1935). La tesis planteaba algunas ideas muy provocadoras. Intentaba desarrollar este proceso de descentramiento del Partido con respecto al enfoque tradicional de su fundamento de clase. No sostenía un vaciamiento de clase en la formación de los partidos comunistas, sino formulaba el peso sustantivo de su heterogénea composición social, así como la contradictoriedad de su representación de clase. Entre sus componentes advertí la presencia de algunos componentes étnicos que me parecían relevantes, sobre todo para el área del Caribe, el área mesoamericana y el área andina que fuimos interpolando. Un capítulo específico fue eliminado por razones de economía y publicado parcialmente en la revista *Memoria*. No me eran desconocidos los intentos de rescatar las presencias de migrantes europeos, pero mi mirada iba en otra dirección y cuatro años después lo retomaría en mi historia del movimiento obrero. Incluso intenté rastrear la inserción comunista de inmigrantes, particularmente chinos en Cuba, México, Panamá y Perú, de los tres primeros casos notas breves. En cambio, sobre el caso peruano, información relevante pero difícil de procesar sin saber chino. A mediados de los años veinte operaba

orgánicamente el Partido Kuomintang y en su seno un comité comunista hasta la ruptura que en América Latina llegó con tardanza en 1928. Uno de sus cuadros itinerantes por América Latina fue Chow Bat Nog y hay explícitas huellas de sus declaraciones en la prensa de izquierda. Pero aquí estoy recuperando los bordes de la tesis, lo que salió de ella y quedó fuera. Lo que más rescataría de la tesis, tal como fue presentada, tiene que ver con el campo de las representaciones. Traté de ver cómo, frente a dos muy fuertes perspectivas en el movimiento comunista internacional, por un lado, ese mirador típicamente europeo que le otorgaba una centralidad excesiva al proletariado, que caracterizaría como obrerista occidental, y por el otro, un enfoque que comienza a consolidarse luego del II Congreso de la Internacional, en el año 1920, que constituye el prisma orientalista.¹ El prisma occidental obrerista y el prisma orientalista campesino, así les llamo, tenían muchos rostros. El Orientalista, incluía a China, a la India, a Turquía y podía tener otros matices porque era una visión propia de los cuadros de la Internacional. Me preguntaba si se podía atisbar una mirada que complejizara el marxismo, o más exactamente, las apuestas lógico-programáticas. En otras palabras, me interrogaba sobre un mirador latinoamericano, balbuceante o en proceso de construcción. Creo haber decantado las tensiones entre estos tres prismas, e incluso de haberlo documentado, más allá de la figura de José Carlos Mariátegui, en otros países. Me parece que la tesis sigue siendo un producto útil, el cual pretendo reactualizar a partir de nuevas fuentes y entradas y publicar próximamente.²

NT: *¿Qué efectos tiene en tu trabajo de investigación concreta la ambivalencia de hacer trabajo de historiador y tener una formación de antropólogo?*

RMB: En realidad, creo que el camino fue más fácil en mi caso. En el Perú, la historia y la antropología han ido de la mano. Tanto es así que desde otras escuelas nacionales de antropología, la peruana es filiada como "antropología histórica". Se podría decir que el manejo no es novedoso aunque sí, provocador. Intento emplear puentes interdisciplinarios en los trabajos, que mis colegas dicen que son más antropológicos, respecto de los más históricos. Proponer puentes, establecer cruces y puntos de intersección que inciden en el aspecto metodológico, en el de la problematización y en el de la inter-

¹ R. Melgar Bao, "La recepción del orientalismo antiimperialista en América Latina: 1924-1929", en *Cuadernos americanos*, n° 109, enero-febrero de 2005.

² Melgar Bao ha concertado con el CEDINCI de Buenos Aires la coedición de su libro *Redes políticas y prismas ideológicos cominternistas en América Latina*.

pretación. Podría referir, por ejemplo, un trabajo sobre la risa y el humor entre los "rojos" cominternistas de los años treinta del siglo pasado.³ Trato de partir de la discusión más lograda que hay en la antropología sobre todo este gran universo de lo lúdico, del carnaval, del humor, que la historiografía de corte más político ha descuidado. En dicho texto, trato de señalar la densidad política existentes en la risa y en el humor militantes así como las funciones cohesionadas que cumplen dentro del ámbito de la sociabilidad cominternista.

NT: *¿Cómo llegaste a escribir el libro de 1988 sobre la historia del movimiento obrero latinoamericano?*

RMB: Hablar de ello supone trazar una breve cartografía de lo realizado previo al libro. Yo había trabajado desde fines de los años setenta sobre el movimiento obrero, específicamente peruano. En México, hacia 1978 me vinculé mucho con una institución que organizaba coloquios de historia obrera. Me refiero al Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero (CESHMO) que a pesar de que dependía de la Secretaría del Trabajo, tenía una gran carga de heterodoxia y de mirada amplia, fraterna y abierta hacia América Latina. Del CESHMO salieron dos figuras interesantes, sin desmerecer a los demás: el novelista Paco Ignacio Taibo II y el antropólogo Rafael Pérez Taylor. Al mismo tiempo que realizaba mis estudios de posgrado comencé a hacer trabajos sobre historia del movimiento obrero latinoamericano. Participé igualmente de un proyecto que dirigía desde Francia, Robert Paris, para lanzar un diccionario del movimiento obrero latinoamericano bajos los auspicios de diccionarios Maitron. Con mi esposa y compañera, Hilda Tísoc, levantamos más de 3.000 fichas biográficas, y le dimos forma a más de un centenar de ellas. El enfoque que le dio Robert me sigue pareciendo importante, centrar el énfasis de los registros en los cuadros intermedios, es decir, en los muchas veces anónimos dinamizadores de organizaciones, nuevas prácticas culturales y políticas y grandes jornadas de resistencia. Lástima que se truncó por los disensos argentinos al momento de la edición del primer volumen. Horacio Tarcus anda en la idea de relanzar dicho proyecto y reanimar a Robert Paris para que nos acompañe en un nuevo relanzamiento.

En los ochenta, me interesaban mucho las diferentes experiencias del anarquismo latinoamericano, más que las del propio gremialismo, interés que no deja reaparecer de tanto en tanto. Mi atención se dirigía más a la recepción

³ R. Melgar Bao, "Risa y humor en la cultura política de los rojos", en *Memoria*, México, noviembre de 2005.

ideológica heterogénea de la clase obrera y del movimiento obrero. En algún momento, con vistas al quinto centenario, la editorial Alianza quería publicar un libro sobre el movimiento obrero; entonces presenté un proyecto. Debo confesar que lo presenté sin muchas expectativas, animado por un colega, amigo y profesor mío. Luis Millones, también peruano. Me encontré con la sorpresa de que el proyecto fue aprobado y tuve un año para trabajar en la colección que dirigía Nicolás Sánchez Albornoz. Sin haber hecho exploraciones previas, en un año no hubiese podido terminarlo.⁴ Con respecto al proyecto original tuve que sacrificar el último periodo, por razones de tiempo pues la editorial exigía cumplir los plazos. Estaba muy interesado en trabajar las diferentes experiencias y respuestas obreras bajo los regímenes militares y sus prácticas contrainsurgentes, recurriendo a cuatro casos: Brasil, Argentina, Chile y Perú. Eso quedó en el tintero, y finalicé el relato en el inicio de la década de 1960 con notas reflexivas sobre las tendencias de cambio en el perfil de la clase obrera de finales del siglo XX, y en la viabilidad de las respuestas interclasistas que deberían auspiciar.

NT: *En ese libro aparece una perspectiva que es bastante singular, una insistencia sobre la complejidad y heterogeneidad de la clase obrera, y más particularmente la voluntad de extender el campo de esa historia e introducir al artesanado. El primer capítulo plantea el horizonte de una "revolución social" a mediados del siglo diecinueve, llevada adelante sobre todo por artesanos, en Bolivia, en Perú y en Chile; además interroga cuestiones político-culturales también marcando diferencias. Pero, justamente, eso suscita el problema presente en el título y a lo largo del libro, de la consistencia de América Latina. ¿Cómo plantear históricamente la existencia del subcontinente? ¿Cuáles son las posibilidades y dificultades de plantear una "historia de América Latina"? ¿Cuándo se tornó posible? ¿Hubo un proceso de "balcanización", como decís en alguno de tus libros? En suma: ¿cuál es el lugar de "América Latina" en tus estudios?*

RMB: La historia de América Latina se comienza a armar con dos coordenadas. Primero, el hecho de estar en México, que es un lugar privilegiado para tener una mirada continental por las fuentes que están a la mano; por el hecho de estar adscrito a un proyecto académico ligado a los latinoamericanistas; por el diálogo que en ese momento facilitaba la coincidencia de muchos exilios latinoamericanos en México. La circunstancia fue excepcio-

⁴ R. Melgar Bao. *El movimiento obrero latinoamericano. Historia de una clase subalterna*, Madrid, Alianza, 1988, 2 vols.

nal. América Latina no fue un tema distante, sino muy próximo. Por mis amigos, mis compañeros de estudio, la circulación de temas nacionales pero que trascendían las fronteras. En sentido estricto "América Latina" es un término azaroso y polisémico. A partir de la segunda posguerra se popularizó gracias a los medios, dejando atrás un debate inconcluso sobre la identidad continental, nombre incluido. Y esa debilidad del término, se acentúa desde sus flancos antillanos y caribeños, también desde los emergentes movimientos indígenas y afrodescendientes en la región. En nuestro caso le dimos visibilidad a la diversidad etnocultural del movimiento obrero en la región e hicimos algunos tímidos reparos sin proponer nada alternativo, quizás porque esa tarea dista de ser un ejercicio insular.

Con respecto a la entrada que hacías, debo aclarar por qué empiezo el libro en el siglo diecinueve con los artesanos. Parto de una crítica implícita a la manera como se había representado el desarrollo industrial y el proceso de formación moderna de las clases. Encuentro que a mediados del siglo, en varios procesos de América Latina, hay una incipiente industrialización y alguna burguesía que va a contracorriente de las tendencias librecambistas hegemónicas. Estos primeros burgueses, así como los obreros que trabajaban en pequeñas fábricas, como las textiles, sienten el peso de la contradicción principal con la burguesía comercial importadora que tiende a afectar su posicionamiento en el campo de la producción: convergentemente los artesanos ven también afectada su situación por el mismo tejido de intereses. Paralelamente, observamos la existencia de un reciclaje de la mano de obra de los artesanos hacia las fábricas y un relanzamiento de los obreros de las fábricas quebradas a la economía artesanal. Es allí donde encuentro una configuración de sectores que no son sólo artesanales. Hay operarios que circulan y se reciclan en este juego de economías vulnerables que no terminan de estabilizarse. Hay artesanos/obrerros/desempleados que empujan al desborde en las ciudades, o van más allá por la vía de las "repúblicas artesanales", por la vía del obrerismo utopista cristiano (Enfantin) e incluso con vetas anarquistas o de bolivarianismo plebeyo.

Claro, eso implica una ruptura con las historias clásicas de la clase obrera y del movimiento obrero que partían del desencuentro de artesanos y obreros, de artesanado e industria. Pero eso supone discutir la modernidad y la modernización concretas, el peso que tiene la politización plebeya y la cristiana, las vetas neosaintsimonianas, que creo que gravitaron en ese momento e incluso ya entrado el siglo veinte.

NT: *Y sobre lo latinoamericano, no tanto como preocupación de orden biográfico o académico, sino como problema histórico?*

RMB: El problema del continente es un asunto que me sigue interrogando, sobre todo en una coyuntura como la del tratado de libre comercio, el ALCA, el Mercosur. Yo diría que el caso de América Latina es homologable al del continente africano donde cuesta trabajo que se conciba como unidad. He tenido intercambios con colegas del África negra que se rehúsan a pensarse de manera próxima con quienes vienen de la tradición árabe, de la cuenca del mar Mediterráneo. Creo que algo similar pasa con nosotros, considerando a los caribeños. Claro, el debate sobre este continente es histórico y es político y sigue pendiente. Dentro de la categoría de América Latina yo englobé incluso al Caribe. He hecho un pequeño trabajo sobre el origen y función ideológica de los términos, discutiendo los significados de "Sudamérica", "Centroamérica", y de México como parte de "América del Norte. En otras palabras, América Latina será lo que no es sin renunciar a sus raíces diversas y también aquello con lo que está en conflicto, principalmente con los Estados Unidos.

NT: *¿Pero se puede definir a América Latina sin el recurso a los Estados Unidos? ¿Tiene América Latina alguna inmanencia histórica?*

RMB: Yo creo que ninguna categoría identitaria, ni étnica, ni de clase puede ser sustantivizada a partir de rasgos fijos, "esenciales", sino de la relatividad de los mismos. Tampoco creo que estos puedan construir sus sentidos fuertes al margen de una relación de alteridad. Desde la relación con alteridad se revelan y mutan los rasgos propios que nos otorgan identidad. Sólo que la alteridad también es relativa e histórico-cultural. Creo que Estados Unidos ha sido un "otro" durante muchos años y creo que lo seguirá siendo durante un tiempo. Otro que además de alteridad va cargado de polaridad variable. Claro, con una variante, ahora tenemos una enorme población denominada "latina" en territorio norteamericano que procede o es descendiente de migrantes de nuestros países. A los 40 millones de latinos no se le suman los 4 millones de portorriqueños en la información censal. Y aún sin los portorriqueños, los latinos han iniciado el tercer milenio reconocidos como la primera mayoría étnica de los Estados Unidos. Eso podría llevar a rediscutir la categoría y plantearla provisionalmente como "intraamericana". El dato demográfico nos invita a acompañarlo de referentes identitarios más prometedores, muro de acero aparte.

NT: Incluso ese enfoque podría valer para lo "nacional". Pienso por ejemplo en tu trabajo sobre *Canto de Sirena*, de Gregorio Martínez, donde mostrás que la problematización de lo étnico en el Perú no puede hacerse solamente desde la usual contraposición entre la sierra y la costa.⁵ Incluso lo nacional siempre puede ser deconstruido y complejizado.

RMB: Efectivamente. En el caso de los movimientos indígenas, los movimientos obreros y otros movimientos sociales, el referente de "frontera" es bastante crucial. Creo que nos ayudaría a repensar las formaciones ideológicas más allá de los escenarios nacionales. Revisé, por ejemplo, el caso del movimiento indígena en el sur andino: tengo muchas referencias de que operaban del otro lado de la frontera. Pienso también en el III Congreso de la Internacional, en Moscú, 1921, donde una representación de indígenas bolivianos, peruanos y argentinos presentan un memorial de adhesión de sus comunidades a la Internacional, según testimonio de Ghioldi. Para ellos la "cuestión nacional" resulta marginal a su campo de adscripción comunitaria.

El espacio nacional cuenta, pero no es hermético. Lo que reivindico es la porosidad, lo "transfronterizo" de los países de América Latina, que no es de ahora y la mentada globalización: creo que es constitutivo a su historia.⁶ Claro, en este tiempo tenemos la novedad de un mayor achicamiento de las distancias comunicativas que descansan sobre nuevos soportes tecnológicos, pero que no igualan a la población mundial. La exclusión tiene una nueva máscara.

NT: Esta lógica sería sobre todo de orden cultural, ¿no es cierto?, con lo cual la determinación de caracteres de clase definidos aparecerían como una base insuficiente para la construcción de identidades sociales. ¿Cómo aparece esto en tu trabajo?

RMB: La dimensión cultural comienza a aparecer con tensiones. Recuerdo que mis primeros trabajos querían correlacionar las dimensiones de clase y de cultura. De pronto comencé a ver que el ámbito cultural excedía las fronteras de clase, y aclaro que en ese tiempo no todos compartían ese parecer. Estoy pensando en el peso que tienen las tradiciones culturales latinoamericanas.

⁵ R. Melgar Bao, "La etnoliteratura entre dos mundos imaginados: de las cenizas de la tradición afroperuana a las mieles de la novela. Acerca de *Canto de sirena*, novela señera de Gregorio Martínez", en *Ciberayllu*, 17 de noviembre de 2002 (www.andes.missouri.edu/andes/Especiales/RMBMieles/RMB_Mieles1.html).

⁶ Sobre el concepto de "transfronterizo", véase R. Melgar Bao, "Símbolos del tiempo. la identidad y la alteridad en la visión americana de José Martí", en *Convergencia. Revista de ciencias sociales*, n° 24, enero-abril de 2001.

Considero que las problemáticas políticas se pueden comprender mejor si consideramos los anclajes y las tradiciones culturales; aún en aquellas que fueron sumergidas y subalternas.

Podría poner algunos ejemplos que tienen relación con el escenario cubano. Un investigador encontró el acta de un comité donde se expulsaba a dos disidentes por traición al partido por sus creencias religiosas. ¿Por qué se antepuso la lealtad religiosa a la lealtad a una línea política? En todo caso, no parecía un asunto secundario. En otro momento de crisis, Blas Roca, con ese prurito marxista —desde Zinoviev para aquí— de que la religión es el “opio de los pueblos” y es incongruente con la condición de militante comunista, decidió conminar a Lázaro Peña (el principal dirigente negro de la Central de Trabajadores de Cuba, la CTC), a que abjurara de sus creencias religiosas afrocubanas o saliera del partido. Obviamente Lázaro Peña ya había escogido la religión abakuá, que es uno de los cultos con mayor tradición de clandestinidad religiosa. Al no renunciar a sus principios religiosos es expulsado del partido. Con su salida de la Central, se van junto a él las principales federaciones obreras del puerto de La Habana. El partido tiene que reacomodarse en sus decisiones, dar marcha atrás y conciliar con aquello que creía irreconciliable. Retornó Lázaro Peña, creyente en las deidades religiosas afrocubanas, y con él llegaron los demás adherentes que se fueron, como el sindicato de estibadores. Fue culturalmente más atinada la canción a Stalin de Nicolás Guillén, y ojo que no le hago concesiones al “tío Pepe”, sólo indico que el referente religioso cultural, tiene un plus en el alineamiento ideológico-político que sólo desdeñan o malquieren los puristas. Cuando Guillén cantaba: *Stalin, Capitán, /A quien Changó proteja y a quien resguarde Ochún?* seguro que le movía varias fibras de su subjetividad y no sólo a él. Entonces, creo que la comprensión de la dimensión cultural (incluyendo a la religiosidad entre otras) puede ayudar a entender todos estos vericuetos de la cultura política y el sostén y la debilidad de los movimientos sociales en América Latina.

NT: *Continuando con el tema de la III Internacional, ¿podés contarnos cuál es el estado de tus estudios al respecto? Son particularmente intrigantes los filones que hallaste sobre puntos de vista relaciones con el campesinado y el indigenismo.*

RMB: Lo que estuve revisando en la reescritura del texto sobre la historia del comunismo latinoamericano, respecto a los años veinte, es que en la mayoría de los países surgen organizaciones que aunque no son reconocidas

por la Internacional, gravitan o intentan incidir con voz propia, proponiendo formas de comunismo nacional. Lo veo en el caso mexicano, donde se crea otro Partido en el año 1929; lo veo en el caso peruano, con la crisis tras la muerte de José Carlos Mariátegui, que aparece otro Partido Comunista Leninista, aparte del PC; lo veo en Cuba; lo veo en Argentina con los chispistas y los penelonistas, en el Paraguay, etc., etc. Esta apertura a la heterogeneidad y a las expresiones disidentes merece un rescate y una explicación, más allá de las fobias hacia las heterodoxias, llamadas traiciones, desviaciones, etc., fundaron un nuevo horizonte ideológico político complejo, que debe ser estudiado desde el centro y desde sus conflictuados bordes. Entender que más allá de la noción de que el marxismo era una mera copia europea, existe el universo de sus figuras concretas, el marco de sus universos particulares. Creo que a veces se ha tenido una mirada muy idealizada de la construcción de los cuerpos de doctrina en la Rusia zarista y en la Rusia soviética, y desde allí partió un paradigma teórico que contaminó las maneras de ver. Pero aun en la Rusia zarista, las tradiciones culturales dentro de lo que era el partido eran fuertes. Cuando Lenin interpela a los "Buscadores de Dios", los opone y los caricaturiza. Pero más allá de la caricatura, lo que está revelando es que hay una fuerte sedimentación dentro de ese partido, y no estamos hablando del bundismo, sino de la corriente donde estaban Lunatcharsky y otras figuras. O podría hablar del *Sarekat Islam* (Unión islámica), que es el primer marxismo islámico, de los años veinte y que cobra fuerza en Bakú en 1920. Desde esa perspectiva, uno diría que el encuentro entre marxismo e islamismo fue muy anterior al tardío cruce del marxismo con la teología de la liberación o al encuentro entre la teología negra y la izquierda en África, o la santería y las izquierdas cubanas, antes, durante y después de la revolución de 1959. En la medida en que abramos este caparazón cultural propio y ajeno, podemos ganar en comprensión. Quizás tanta como las teorías del género nos han colocado en la agenda para revisar los discursos rojos y las prácticas militantes.

NT: ¿Y esos cruces aparecen también con el indigenismo? ¿Antes de Mariátegui?

RMB: Aparecen antes de Mariátegui. Mariátegui no estaba en el Perú cuando se hace la adhesión de 1921 que aparece en la petición presentada a Rodolfo Ghioldi, pero también aparece en publicaciones que circulaban en varios países latinoamericanos. Podría mencionar el caso mexicano, donde en una fecha tan temprana como 1920 se crea la Federación Comunista Indígena

que abarca varios estados; es cierto que no es nacional, pero tiene una fuerte base social en Michoacán, purépecha, también con población náhuatl y mazahuatl en el estado de México, náhuatl en el estado de Morelos. Pero no me extraña, pues si antes hubo adhesiones anarquistas dentro del movimiento indígena, que luego existan formas comunistas o cercanas. Esto me distancia de una lectura como la de Eric Hobsbawm y es parte de una discusión que planteamos algunos investigadores a principios de los años 1980. Hobsbawm partía de la distinción entre lo "político" y lo "prepolítico". Esa perspectiva de lo prepolítico era una mirada prejuiciosa, demasiado "occidental", porque pensaba que el campesinado no podía ir más allá de un espectro regional, lo que no concuerda con la investigación empírica. Y si ese campesinado era indígena lo prepolítico asumía una connotación pesada, cuasi racista.

Puedo aportar un ejemplo entre varios posibles. Hubo un congreso de la Liga de Comunidades Agrarias y Campesinas, fundada en México en 1923, que estaba bajo hegemonía comunista. En el encuentro, los dirigentes campesinos reprueban a los dirigentes obreros por su falta de solidaridad de clase. Los argumentos no tienen desperdicio. Dicen: cuando ustedes hacen huelga, nosotros nos solidarizamos con productos del campo; y ahora que nosotros sufrimos una hambruna por la plaga de la langosta, la solidaridad obrera no aparece. Lo único que aparece es que la dirigencia obrera llega dividida a expresar su juego faccional en el frente campesino, y así no dan el ejemplo. El reclamo de los líderes campesinos es sobre dónde está el rol dirigente que las organizaciones obreras dicen tener *per se*. Están planteando una lectura nacional y de tipo político programático como la horizontalidad, lo que está lejos de lo prepolítico. Pero sin salir de Europa podríamos plantear que los partidos campesinos tuvieron su propia centralidad y por ello, incluso, llegaron al poder en los Balcanes, con diferente representatividad de clase, poniendo en tela de juicio la noción de prepolítico. Diría que la mirada de Hobsbawm planteaba una visión muy ingenua sobre el campesinado.

NT: Es significativo el tipo de lectura propuesta por un marxista confeso como Hobsbawm, porque en realidad muestra una serie de convicciones más ampliamente compartidas y sistemáticas. En este plano hay algo que aparece reiteradamente en tus textos: una perspectiva de crítica de la modernidad, de la civilización occidental, del orientalismo, pero que también concierne al marxismo. Parecería que el marxismo también estaría habitado por supuestos eurocéntricos

RMB: No puedo desligar al marxismo de la modernidad, porque es una hechura de la modernidad. Pero es una hechura que va más allá. ¿Por qué? Porque, primero, a diferencia del gran paradigma de la modernidad que otorga centralidad al individuo, el marxismo considera a los sujetos colectivos, sea en su lectura de clase, de masa, de pueblo. En segundo lugar, la crítica de la modernidad se dirige contra ciertos proyectos que desligan la razón de la emoción, aunque no puede decirse que todos los marxistas hicieron un ajuste de cuentas con el canon dominante de la modernidad. El encuentro entre *pathos* y razón está en Gramsci, en Mariátegui, en Lunatcharsky y aun en el propio Lenin, a pesar de sus antinomias, o quizás en sus antinomias. La tradición filosófica nos enseñó que la modernidad nos llegó por la vía secular, laica. Yo estaría más cerca de las posiciones de Jacques Le Goff y Sergei Gruzinski, de también hay una vía no secularizada que construye caminos distintos dentro de la modernidad.

NT: *¿Proponés recuperar al mito como un aspecto de la práctica emancipatoria?*

RMB: Sí, pero no sólo el mito, sino también la crítica. Estoy pensando, por ejemplo, en el debate que tiene lugar en Rusia, después de la revolución de octubre, en el cual un sector de intelectuales comunistas como Ginzburg, Ohitovich y otros van a fondo en la crítica al capitalismo, pero que van más allá hasta tornarla una crítica civilizatoria. Lo que ellos van a objetar a Lenin, a Trotski, a Stalin, es que la relación ciudad-campo no puede ser resuelta en términos puramente formales de asignación de recursos, de un maquillaje de la división del trabajo sino a través de una redefinición, de una refundación. ¿Por qué la organización de las industrias tiene que descansar sobre las formas e inercias heredadas de la revolución industrial? ¿Por qué no se puede rediscutir? ¿Por qué el lugar de la concentración de la producción industrial e intelectual tiene que ser la ciudad? Replantear la ciudad como base industrial que concentra la civilización, como sitio privilegiado de la civilización y la cultura fue un precoz ejercicio alternativo desde el seno del marxismo militante. Creo que el ejercicio crítico de ellos fue rediscutir esta sobreterritorialización civilizatoria, que iba más lejos que la mera crítica de la sociedad burguesa. Estos intentos de crear asentamientos híbridos, heterodoxos, terminaron mal, pues fueron barridos durante la era staliniana. También podría tomar referentes críticos como Rudolf Bahro o el más reciente autoproclamado marxismo ecológico.

NT: *En esta operación de crítica civilizatoria, y habiendo escrito varias veces sobre él⁷, ¿cuál es lugar que asignás a José Carlos Mariátegui? ¿Cuál sería su contribución a ese debate y cuáles sus limitaciones, sea por razones históricas o teóricas?*

RMB: Mariátegui sorprende por varios motivos. Primero por su idea de pensar en un mundo, es decir, en un Perú articulado en un contexto mundial. Eso lo va a llevar a preocuparse por lo que sucede en los escenarios europeos, pero también en los no europeos. Hay una preocupación explícita en Mariátegui de establecer las resonancias que tienen estos escenarios como espejos y procesos convergentes. Esa manera de leer lo particular y lo general va atravesado por varias mediaciones, de carácter nacional o de otros niveles, como el continental. No he encontrado otro marxista que haya realizado un ejercicio de este tipo de manera tan sostenida en América Latina. Me parece que Mariátegui no termina de resolver su crítica a lo que son los límites del propio capitalismo periférico y los legados de Occidente, hay antinomias no resueltas en sus escritos. Creo que Mariátegui muere a los treinta y tantos años, por lo cual, lo que uno puede encontrar son huellas de un esfuerzo creativo aunque inconcluso. Fuera de que hay un libro secuestrado o “extraviado” donde Mariátegui desarrollaba con mayor detalle lo que pensaba antes de morir.

NT: *En el tema de lo simbólico, quería preguntarte sobre tus trabajos de orden más propiamente antropológico, por ejemplo, sobre lo “sucio” y lo “bajo”. ¿Cuál es la función teórica o de investigación que encontrás en esa veta de estudio?*

RMB: El problema que tuve en el estudio del ámbito de la subjetividad y la intersubjetividad fue los propios límites que impone la categoría de ideología. Me parece que aun en su versión más laxa, menos ortodoxa, de no simplificarla como “falsa conciencia”, aun allí encontraba que no me permitía explorar con mayor soltura lo que los sujetos, los actores realmente producen en términos de representaciones apelando a lo simbólico. Allí me encuentro con un ámbito sobre el cual estoy trabajando. Está, por un lado, la variante de las mentalidades que auspicia la escuela de Annales, que tiene el problema de desdibujar al sujeto. Por otro lado, está la vertiente de la tradición anglosajona de la teoría de las representaciones sociales, pero en

⁷ R. Melgar Bao, *Mariátegui, Indoamérica y las crisis civilizatorias de Occidente*, Lima, Amauta, 1995; Liliana Irene Weinberg y R. Melgar Bao, eds., *Mariátegui entre la memoria y el futuro de América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

ellas la dimensión simbólica queda devaluada, subsumida, poco explorada. También están las distintas lecturas de la teoría de lo imaginario que abren el juego a la problematización de este ámbito de la subjetividad. Pero a su vez, hay algo desde la veta del marxismo que yo tengo como tarea pendiente para recuperar y rediscutir, que es la teoría de la alienación, más que la propia ideología. Debo decir que encuentro ese terreno problemático, porque lo que he hecho ha sido un ejercicio investigativo sobre productos de la subjetividad, como en el caso de la construcción de la muerte en el imaginario guerrillero o de lo sucio y lo bajo entre los sectores juveniles populares de las ciudades latinoamericanas.⁸ Pero teóricamente siento la necesidad de hacer un ajuste entre estas corrientes que circulan como modas sobre los objetos culturales y la subjetividad.

NT: *Ahí hay una dicotomía, o mejor una dificultad, entre una mirada emic y una mirada etic, o entre un enfoque comprensivo que pretende recuperar lo que los sujetos sienten, piensan o dicen, y otra que trata de explicar y le impone nociones como lo inconsciente o la crítica de la ideología, ¿no?*

RMB: En esa relación siento la obligación de rescatar el decir de los sujetos que producen las elaboraciones simbólicas, míticas, oníricas, pero pienso también que el decir de ellos no es suficiente. Y es allí donde mi interpretación obliga a establecer un ámbito encuentro entre las categorías nativas y aquellas desde las cuales interpretar. En esa dirección me sentiría más próximo a la propuesta de Lucien Goldmann sobre la conciencia posible. En todo caso, diría que no basta lo *emic*, pero es imprescindible recuperarlo. Lo otro sería clasificar la subjetividad de los otros, sin explorar sus decires, sus iconografías, sus sueños.

NT: *Quería hacerte una pregunta sobre tu perfil como intelectual. En tus textos aparecen no raramente algunas formulaciones sobre la implicación subjetiva que llaman la atención por lo explícitas, en contraste con las usuales fórmulas de distancia académica. Por ejemplo, en tu libro sobre las redes del exilio aprista, escribes: "El abordamiento del exilio no ha sido para nuestra generación la del 68 latinoamericano- un asunto ajeno. Por el contrario.*

⁸ R. Melgar Bao, "Las categorías utópicas de la resistencia étnica en América Latina", en *Cuicuilco*, n° 49, julio-septiembre de 1991; ídem, "Lo sucio y lo bajo: entre la dominación y la resistencia cultural", en *Envío*, Universidad Centroamericana, n° 271, marzo de 2004; ídem, "Entre la mierda y el mal. La diversidad etnocultural en *Los zorros de Arguedas*", en *Allpachis*, Instituto de Pastoral Andina, Cusco, n° 49, primer semestre de 1997; ídem, "La memoria sumergida: sacralización de la violencia en las guerrillas latinoamericanas", en *Memoria*, n° 164, octubre de 2002.

para muchos de sus sobrevivientes, ha sido un espejo de contradictorias experiencias, redes, zonas de encuentros y representaciones signadas por las marcas de la afinidad y los antagonismos propios a la diversidad ideológica, política, étnica y cultural".⁹

RMB: Sobre el primer fragmento, sobre el exilio, tenía que expresar de alguna manera que el exilio es una experiencia en modo alguno ajena a mi experiencia de vida. Y cuando digo esto estoy pensando en muchas cosas. Estoy pensando en el largo exilio de mi abuelo a la Argentina, durante la dictadura de Augusto Leguía, que era un asunto inevitable en el ruedo familiar. Estoy pensando en el exilio de mis amigos. Y pronto en los años de la guerra interna ocurrida en el Perú, en la conveniencia de no regresar a mi país, cuando la muerte previsible te es anunciada. En México encontré exiliados de varias épocas. Incluso de exiliados de los años treinta, y rastros en la memoria de otros de los del veinte. El tema involucra amigos y parientes. Para cualquier latinoamericano que le tocó vivir en México en los años setenta, encontrarse con exiliados era cosa de todos los días. Claro, el exilio que elegí estudiar no fue el de los setenta, sino el aprista de los treinta. Tuve la suerte de hallar un material valioso que me permitió explorarlo desde la perspectiva de las redes.

Estando en México, y habiendo vivido lo que había vivido, el tema del exilio no podía ser *aséptico*. Era éticamente correcto como investigador exponiendo que yo escribo con estos elementos que van a incidir en mi interpretación. Yo estoy en desacuerdo con esa forma legada por la tradición positivista de una cierta formalidad en la que uno se pone en el balcón y dice "de aquí no me muevo". ¿Va uno a contaminar el texto? ¿Va a iluminarlo? ¿O ambas cosas? Prefiero declararlas en lugar de intentar una separación ingenua.

NT: Sobre el libro acerca del exilio aprista en México deseo plantearte una cuestión sobre lo contingente y difícil de Latinoamérica —ellos hablaban de Indoamérica— como espacio de la acción política, que los apristas viven en carne propia, por ejemplo en su vínculo con los portorriqueños. Pero, a la vez, la urgencia de hacerlo en el subcontinente.

RMB: Es curioso. Lo indoamericano es un discurso que a fines de los veinte y en el curso de los treinta entra bien. No está consolidada la acepción "América Latina", que va a cristalizarse en la segunda posguerra. Había

⁹ R. Melgar Bao, *Redes e imaginario del exilio en México y en América Latina*, Buenos Aires, Libros en Red, 2003, p. 163.

un modo de referir como Indoamérica, que resultaba quizás más legítima en clave populista que en cualquier otra clave ideológica. No es casual que en México apareciera otro vocero que no tenía que ver con el APRA, que se llamaba Indoamérica, lanzado por el autodenominado frente indigenista en un ensayo del mismo título del ecuatoriano Luis Monsalve Pozo. En lo general, Indoamérica nos orilla a pensar en ciertas vetas nativistas que hay en el propio Albizu Campos o en otras entradas más populares entre los portorriqueños, como el tema del jibarito. La recuperación de lo autóctono está tocando unas fibras sensibles del deseo de construir una cierta legitimidad en estos orígenes proteicos para las diferentes vertientes populistas. Incluyendo a los cubanos, que ya en la década de los veinte habían sacado un vocero aprista que se llevaba por título *Atuei* el nombre de que fue quien dirigió la resistencia contra la dominación española. Creo que el clima de nativización forma parte de una exigencia política de las corrientes populistas, porque toda la otra vertiente estaba marcada por el liberalismo occidental, y por último la vertiente soviética. Para los estalinistas sigue siendo un dilema apropiarse del legado ideológico y cultural nacional. Recuerdo la polémica entre el costarricense Octavio Jiménez (alias Juan del Camino) con Juan Marinello en la revista *Repertorio Americano* en torno a Martí, ya que el segundo no le concedía la más mínima actualidad al pensamiento martiano. Al final de sus días, Aníbal Ponce que tenía una visión muy cosmopolita, se aproxima en México a la cuestión indígena, se vincula a los exiliados populistas y colabora en la revista *Nuevo Continente* que dirige el boliviano Roberto Hinojosa. En su agonía lo acompañan dos de sus amigos populistas: el mexicano Jesús Silva Herzog y el peruano Felipe Cossio del Pomar. No quiero insinuar que Ponce renuncia al marxismo sino que en su diálogo con los populistas comienza a tomar en cuenta algunas vetas antes no consideradas de la tradición, de lo indígena, de lo nacional.

NT: Continúo con el libro sobre el exilio. Cuando mencionás el paso al trotskismo de tres apristas, Enrique Blanco, Sandalio Junco y Juan Velásquez, escribís: "Hemos de destacar que la adhesión al trotskismo [de los nombrados] implicó para los tres ex apristas una preferencia por el internacionalismo abstracto que negaba el horizonte de nativización ideológica y política del aprismo latinoamericano".¹⁰ Sin embargo, ¿no es también cierto que toda enunciación de América Latina implica alguna forma de abstracción, en la

¹⁰ R. Melgar Bao, *Redes e imaginario del exilio en México y en América Latina*, ob. cit., p.151

medida en que la situación argentina no es la misma que la cubana, por ejemplo, sea por razones étnicas, de clase, en fin, históricas?

RMB: Sí, es otra abstracción, pero con otra carga identitaria. Cuando aludo al espíritu de la Cuarta Internacional y al filo acerado de la crítica de Trotski sobre que la idea de “socialismo en un solo país” es la descomposición de la revolución y del socialismo. Además, para él no era viable. Por extensión, tampoco lo era todo lo que apostase a una vía nativista en el campo político, tal como postulaban los populistas.

Claro, “Indoamérica” era tan abstracción como lo era “América Latina”, pero creo que las implicaciones y sus contenidos marcan una diferencia. Para los trotskistas el proyecto del APRA no era sino el de abrir en él una cuña, a la manera de la vieja táctica entrista, es decir, ver si se puede copar la dirección. Pero a raíz de mi último viaje a Bolivia estoy repensando este proceso. Encontré una sorprendente fotografía de Trotski con tres bolivianos fundadores del movimiento y proyecto educacional comunitario indígena Warisata. Aunque es sólo una foto, es un indicio sobre una nueva agenda. Algunos de estos fundadores de Warisata van a gravitar en la fundación del trotskismo a la boliviana.

NT: *En noviembre de 2005 se hizo en México un importante coloquio internacional titulado “El comunismo: otras miradas desde América Latina”. Entre otras cosas, allí se pautó la creación de una red de estudios sobre el movimiento socialista y comunista en América Latina. ¿Que balance hacés de dicho evento, cuáles fueron las principales discusiones o puntos de vista expresados en el mismo y qué nos podés decir acerca del avance del proyecto de creación de la red?*

RMB: Con motivo del Congreso de Americanistas en Santiago de Chile animados por Olga Ulianova nos congregamos varios historiadores interesados en tópicos cominternistas latinoamericanos, algo se propuso de tejer vínculos y encuentros periódicos. Lo recuerdo como preludeo del Coloquio Internacional “Otras miradas sobre el comunismo desde América Latina” celebrado el año pasado que posibilitó que varios de los participantes en Santiago nos reencontrásemos en México con otros colegas, organizadores de un proyecto más formal de redes, de una página web, de un próximo encuentro en Buenos Aires, los cuales fueron votados por unanimidad en la plenaria. Se ha avanzado en el proceso de edición de las memorias, pero no de las redes. Algo nos ha distraído el agitado escenario político mexicano, más que nuestras abultadas agendas académicas.

Haré una apretada valoración del Coloquio. En él se expresaron tendencias renovadoras en el campo historiográfico, las cuales se podrán apreciar cuando se publiquen las memorias y se expanda el debate sobre los modos de hacer historia sobre nuestros comunismos latinoamericanos. Hubo sin embargo, dos cosas preocupantes para mí. La primera, cierto desencuentro o falta de disposición al diálogo e intercambio horizontal entre los historiadores europeos y los latinoamericanos. El otro aspecto negativo fue la reactualización de las sombras pesadas de estalinismo y del trotskismo, el ejercicio de la sordera y el monólogo. La caricaturización de las posturas fue por momentos como una vuelta a los años sesenta o setenta. Esperemos que en Buenos Aires puedan ser exorcizados estos riesgos y pasemos a una discusión de altura, propositiva, plural.

NT: *La última pregunta se refiere al análisis del proceso que llevó a la presidencia de Bolivia a Evo Morales, sobre lo que publicaste un artículo recientemente.¹¹ No sólo respecto al acto electoral, sino en marco de una prolongada movilización popular que derrocó a varios presidentes. ¿Qué perspectivas observás desde tu mirador de historiador y antropólogo?*

RMB: El primer punto tiene que ver con los hitos de salida del marasmo y la desarticulación popular que tanto el neoliberalismo como la dictadura militar dejaron como legado. Lo que me llamaba la atención de este ciclo recurrente de movimientos sociales desvanguardizados y de alto impacto que ha habido en Bolivia es que se utilizara la categoría de "guerra": la guerra del agua, la guerra del gas. Yo diría que el triunfo de Evo Morales se dio en el marco de una nueva guerra, en el sentido plástico que tienen los bolivianos de nombrar estos movimientos, aunque está vez bajo un liderazgo de amplia aceptación. Con el agua pararon la privatización, igual lo hicieron con el gas. Con el nuevo gobierno, la batalla por la constituyente es parte de otra "guerra" en desarrollo.

Del lado indígena se produjeron algunos eventos importantes, entrecruzados con estos ciclos de gran movilización. Uno de ellos conmovió tanto que llevó al gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada a tratar de neutralizar simbólicamente las expectativas indígenas, cooptando a un dirigente indígena de lo que quedaba de la vanguardia indígena y lo puso de vicepresidente. Fue la primera inflexión respecto a que un indígena estuviera como figura. Claro, era una figura simbólica, coreográfica, pero aún siendo

¹¹ R. Melgar Bao, "Evo Morales y la crisis del Estado etnocrático en Bolivia", en *Memoria*, n° 205, México, marzo de 2006.

coreográfica estaba representando la debilidad de la clase política boliviana, criollo mestiza, que tenía que conceder al punto de incorporar a un indígena en el gobierno. Luego de eso vino otro evento, anterior al ciclo del año 2004, en el cual la población indígena planteó a través de sus representantes en las cámaras que la bandera de ellos fuera considerada de la misma categoría que la bandera nacional. Hubo un veto de las Fuerzas Armadas. Pero el hecho de que las Fuerzas Armadas, que son el núcleo duro del Estado nación, tuvieran que salir al frente a defender el símbolo nacional que es la bandera revela la erosión del campo simbólico del Estado. El tercer momento de erosión del viejo Estado nacional ha sido, yo creo, el triunfo de Evo Morales, que superó todas las expectativas de los sectores indígenas y obviamente los coccaleros.

Una de las cosas que me sorprendió del proceso electoral fue que a pesar del despliegue mediático que hicieron contra Morales, la población no se dejó seducir por estos cantos de sirena sobre la eventualidad de que asumiera Evo. Es más, llamaba la atención que Evo descalificara a sus contendientes políticos de la élite criolla, en el sentido de que no podían polemizar con él, porque sus palabras eran palabras de mentirosos. Los que le mienten al pueblo no pueden polemizar de cara al pueblo. Pensé que esta estrategia podía ser un error, pero hubo un hecho que impactó a la población. PODEMOS, la derecha de Jorge Tuto Quiroga, había sacado un spot publicitario donde salía un trabajador textil con rasgos indígenas que decía “yo me llamo fulano de tal, voy a perder mi empleo. Tengo mucho miedo de que gane Evo porque yo trabajo en una fábrica textil que exporta a los Estados Unidos; gracias a eso vivimos y trabajamos varias familias. Tengo mucho miedo de perder mi empleo, qué va a ser de mi familia y de Bolivia”. Como a la semana de bombardear con ese spot y otros parecidos, aparece un contra-spot con esta persona diciendo “yo me llamo fulano de tal?” y se rompe la imagen y se dice “mentira”, y aparece su DNI, dice su verdadero nombre, sigue diciendo “tengo miedo de perder mi trabajo”, y la imagen se rompe nuevamente con un “mentira” y aparece el testimoniante como trabajador en la nómina de la tienda de campaña del candidato de la derecha. Por si fuera poco, hay una conferencia ante los medios del principal candidato del PODEMOS. En ella, el Tuto Quiroga defiende lo indefendible: el spot, que el trabajador mintió por miedo a lo que le pudieran hacer los masistas y el propio Evo. Era como darle la razón a Evo de que la palabra de la clase política estaba deslegitimada. La palabra del K,ara se funda en la mentira y en la promesa que no será cumplida. Me parece que eso hizo que la población e incluso ciertos electores

que estaban del lado de Quiroga se volcaran hacia Morales. El miedo y la mentira como estrategia electoral mediática, no funcionaron ni en Bolivia ni en España, aunque las derechas –siguiendo el ejemplo de Bush Junior–, insistirán en ello.

Yo creo que el proyecto de Evo tiene varios riesgos. El primer riesgo es que la base social que lo votó tiene urgencias sociales y estas urgencias están presionando con demandas y acciones sin dar respiro al gobierno. Me parece que es un gobierno que no tiene suficiente tiempo político para estabilizar su proyecto, aunque sí para dinamizar algunas reformas en materia de hidrocarburos, de tenencia de la tierra, del cultivo de la coca, de la educación y quizás de las autonomías.

Dossier

Debates teóricos y metodológicos en la historia y las ciencias sociales

Presentación

El dossier de este número de *Nuevo Topo* está organizado alrededor de algunas controversias teóricas y metodológicas sobre la historiografía y las ciencias sociales. La inquietud respecto a la naturaleza del conocimiento no es una preocupación accesoria en la búsqueda intelectual que nuestra publicación se propone.

Deseamos llamar la atención sobre un prejuicio profesional: el que considera el desvelo teórico como un pasatiempo prescindible, subalterno a la producción de textos analíticos o narrativos admisibles en las revistas especializadas, los congresos, o publicables como libros. Es un escándalo intelectual que la historia de la historiografía (ejercicio esencial de autorreflexión) o el debate teórico-metodológico, sean faenas secundarias de la “verdadera historia” o de la “investigación”. Esa actitud displicente, y digamos que un poco atolondrada, revela la limitación científica de nuestra identidad profesional. Bien merecida tenemos nuestra insignificancia en el orden de las “ciencias” si defendemos una visión tan empobrecida de la práctica científica. ¿Puede alguien imaginar qué sería de una biología que no pusiera en entredicho la “transparencia” del microscopio o la eficacia de la articulación entre universidad y producción mercantil? Es eso lo que suele acontecer en la historiografía (la sociología y la antropología, en las últimas décadas, han sabido ser más reflexivas). Existen inquisiciones metodológicas, pero atenuadas al canon cognitivo establecido. Por ejemplo, al debatir sobre los conceptos grupales (clase, estratificación, etc.), los sujetos individuales o la “escala” de análisis. Quizás el ejercicio usual más interesante sea la revisión bibliográfica crítica. Esa tarea es necesaria, y también aquí se incita la publicación de “estados de la cuestión” que neutralicen en parte nuestras cegueras. Pero eso no basta. Necesitamos desarrollar una autocrítica epistémica.

En *Nuevo Topo* llamamos la atención sobre las estrategias de interrogación historiográfica. Pero la inteligencia sobre el saber histórico y de las ciencias sociales debe imponer una vacilación respecto de las prácticas corrientes de nuestros implícitos profesionales. De alguna u otra manera, desde la universidad, la militancia o la investigación independiente, habitamos en estructuras cognitivas y disciplinarias que, para nuestras experiencias individuales, advienen como dadas. “Hay” una manera empirista de “hacer historia” (y dentro de la misma debatimos sobre “interpretaciones” divergentes), “hay” una discriminación de saberes (dentro de los cuales creemos ejercer la crítica), “existe” una forma de leer las fuentes que nos habilitan para proponer narraciones contradictorias de la vida social, “existe” una forma de representar la realidad científicamente. Todas estas comillas deben ser examinadas. Si no lo hacemos, permaneceremos en la prisión de los paradigmas teóricos heredados.

En el simple hecho de hojear *La Protesta*, para recuperar la acción anticlerical del anarquismo en la Argentina de principios del siglo XX, está presente una abigarrada pléyade de supuestos no sometidos a evaluación y que, por ende, suele pasar inadvertida. ¿Cómo auspiciar una reflexión sobre las condiciones epistémicas de nuestras prácticas? Está claro que este dossier no aspira a resolver semejante pregunta. Sólo propone algunas discusiones iniciales para construir una inteligencia más compleja de nuestro quehacer.

En esa vía, Nicolás Lavagnino nos presenta la polémica perspectiva edificada por Hayden White. El autor defiende que el punto de vista radical de White no es escéptico ni “posmodernista”, sino que ofrece una apertura hacia nuevas prácticas narrativas, excedentarias de las formas establecidas desde la consolidación disciplinaria del siglo diecinueve. Omar Acha explora las objeciones elevadas contra el uso de algunos conceptos psicoanalíticos en la historiografía. Insta a un diálogo transdisciplinar que no considere a la episteme historiográfica actual como dada e inmodificable. El trabajo de Daniel Szabón explora la teoría “sociológica” de Gabriel Tarde y avanza sobre sus recuperaciones en el pensamiento social contemporáneo. Su perspectiva permite observar las activaciones críticas del pensamiento tardiano, de indudable relevancia en el saber actual. Javier Balsa propone una discusión conceptual de la noción de hegemonía. Su aporte no es “filológico”, en cuanto se separa de una presentación de las teorías de la hegemonía desde Gramsci hasta nuestros días. En cambio, destila los significados que habitan

en la enunciación del término, y auspicia un empleo más cuidado y, por ende, productivo.

Se trata de algunas incitaciones iniciales de un interés crítico que esperamos pueda prosperar en el pedregal de nuestros quehaceres cotidianos.

Narrativismo, historiografía y después. La nueva filosofía de la historia y el límite de la comprensión histórica

Nicolás Lavagnino¹

I- Narrativismo y auto-imagen historiográfica

En las últimas décadas la idea de que el conocimiento histórico constituye una forma cualitativamente distinta de cognición –distinta, por ejemplo, de la literatura o de la matemática– ha sido confrontada por, al menos, dos cuerpos conceptuales sistemáticos. Estos desafíos, constituido el primero por la filosofía narrativista de la historia y el segundo por el giro lingüístico en la filosofía analítica, han establecido una agenda muy diferente para la discusión teórica en torno a la historiografía como forma de conocimiento y han sentado los cimientos de lo que hoy se denomina “nueva filosofía de la historia”. El primer *corpus* teórico, sobre el cual versará el presente artículo, hizo centro en el discurso histórico mismo, mientras que el segundo –que trataré en otro lugar– afectó por igual a los distintos ámbitos del conocimiento instalando la idea de una continuidad dentro de la variedad de los distintos tipos de búsqueda de significatividades en nuestra cultura. Ambos han hecho hincapié en el lenguaje y el discurso, aunque de modos por completo distintos, y ambos han terminado encontrándose en la extraña situación de articular consensos epistemológicos que han sido recepcionados con desconfianza –cuando no

¹ Universidad de Buenos Aires. E-mail: cavernico@hotmail.com. El presente artículo forma parte de mi tesis de doctorado “Descripción, referencia y representación en el discurso historiográfico”. Agradezco a Verónica Tozzi los comentarios, sugerencias y orientaciones, de los cuales este artículo se ha beneficiado significativamente.

franca antipatía— por los practicantes de las distintas disciplinas. El objetivo del presente artículo consiste en ayudar a clarificar el vocabulario empleado por el narrativismo, para apreciar hasta qué punto su legado es de difícil recepción en muchos ámbitos historiográficos —y científicos en general— y a partir de qué instancia una reformulación de algunos de sus postulados —con ayuda del giro lingüístico— podría ayudar a superar ciertas estériles discusiones que suelen plantearse a propósito del mismo como “amenaza” para la historiografía en tanto que forma de conocimiento.

Un punto de partida conceptual —mas no cronológico— exigiría situarnos a comienzos de la década de 1970, cuando hace su aparición el célebre texto *Metahistoria* de Hayden White.² Hasta allí “filosofía de la historia” había supuesto, en primer lugar, los vastos sistemas especulativos que, como reflexiones en torno a la forma y modalidad que asumían los asuntos humanos a lo largo del tiempo, habían sustentado las reflexiones de pensadores como Voltaire o Kant, pasando por Marx y hasta deshilvanarse en intentos como los de Spengler o Toynbee, todos ellos interesados en resumir en una única gran imagen totalizadora la sucesión temporal.³ Tales especulaciones habían suscitado el repudio de figuras tan disímiles como Nietzsche y Popper y había dado lugar a una tradición centrada, antes que en las especulaciones en torno a la totalidad del proceso histórico, en los modos que asumía la historia como forma de conocimiento. Para este enfoque “epistemológico” la discusión versaba en torno a si debía subsumirse reductivamente toda forma de conocimiento al ideal de una notación y formalización como las de la lógica o la matemática, o si, contra ese *monismo metodológico*, debía sostenerse la especificidad de los modos históricos de comprensión. Aunque este enfrentamiento se desplegó mientras las filosofías especulativas veían decaer su prestigio ante los desalentadores avatares que supuso el siglo XX, no alcanzó nunca una influencia perdurable fuera del pequeño círculo de especialistas interesados en el mismo. Ya sea que se interpretara que la tarea de la historia debía ser proponer marcos legaliformes de explicación, de cuya inevitable carencia intentaron dar cuenta Hempel y Nagel, entre otros *explicacionistas*-, o que se abogara con Collingwood, Dray y von Wright, por un

² Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973 (trad. cast. México, Fondo de Cultura Económica, 1992).

³ Una útil panorámica del recorrido de la “filosofía de la historia” en las distintas variantes abordadas en este párrafo puede encontrarse en William H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, México, Siglo XXI, 1968.

enfoque “comprensivista” atento a las peculiaridades propias de las “ciencias del espíritu” –preocupado menos por la reducción legaliforme y más por el análisis de la acción práctica y de la intencionalidad–, lo cierto es que para mediados de la década del 60’ parecía claro que el debate entre ambas corrientes no llegaría a nada. En el ámbito de la filosofía “epistemológica” de la historia la discusión declinó y, como suele suceder en estos casos, la problemática antes que resolverse se disolvió.⁴ Es en este escenario que aparece el libro de White, el cual tuvo un impacto durable que aún se extiende entre nosotros y suscitó un giro “narrativo” en la filosofía de la historia de dimensiones sólo comparables a las del desafío que supuso la obra de Kuhn en la filosofía de las ciencias naturales.

El punto de partida de White consiste en comprender a la forma de conocimiento histórica como constituida básicamente por la tarea de articular y componer un artefacto literario destinado a sugerir, imponer y establecer imágenes, tipos de conexiones y significaciones vinculadas, primordialmente, con los procedimientos narrativos más que con los protocolos “científicos”. Para ello White estudia la “estructura” del texto, analizando, por un lado, las formas precisas en que se componen los contenidos manifiestos de un texto, sus compromisos cognitivos, ético-políticos y estéticos, y revelando, por el otro, la “infraestructura” del mismo, nivel en el que aquellos compromisos se ven determinados a su vez por un acto de *prefiguración*, de naturaleza *tropológica* y lingüística.⁵ El carácter de este acto constitutivo primigenio adquiere una centralidad crucial en el andamiaje teórico de White, en tanto se supone que informa al resto de la estructura del relato histórico. El mismo es de naturaleza *tropológica*, lo que quiere decir que a la hora de establecer los modos de aprehensión de los objetos en el mundo se requiere una decisión primaria consistente en la selección, jerarquización y combinación de *tropos* (literalmente “figuras del habla”), entre los cuales se encuentran la

⁴ Para este tema véase Frank Ankersmit, *Historia y tropología*, Buenos Aires, FCE, 2004, especialmente “El dilema de la filosofía anglosajona de la historia”. Resultan fundamentales Carl G. Hempel, *La explicación científica*, Buenos Aires, Paidós, 1979; Georg Henrik Von Wright, *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza, 1979; y William Dray, *Laws and Explanation in History*, Oxford, Oxford University Press, 1957.

⁵ Es especialmente profunda la caracterización de White realizada por V. Tozzi en su “Introducción” a H. White, *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 2003. Este artículo se nutre de los aportes realizados por la autora en la interpretación del narrativismo. En el mismo volumen puede apreciarse una exposición sistemática por parte del mismo White en “Hecho y figuración en el discurso histórico”.

metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía. El énfasis puesto por White en estos cuatro tropos reside en que son de uso extenso y convencional, no queriendo significar con ello que no hubiera otras “figuras”, sino que éstas son las empleadas usualmente en los discursos establecidos. Sintéticamente, la metáfora es un proceso de condensación semántica, por el cual se constituye un sistema de comparabilidad de atributos de dos objetos postulados, basado en el reconocimiento de su diferencia, su no-identificación, y la no-literalidad de las comparaciones estipuladas. La metonimia es un mecanismo de deslizamiento, centrado en la idea de contigüidad y conexión mecánica. A diferencia de la metáfora aquí no se trata de atributos sino de relaciones parciales al interior de una totalidad que se infiere a partir de las configuraciones entre partes. La sinécdoque, por el contrario, supone una noción de representabilidad, en el que una totalidad es nombrada a partir de la promoción de alguna de sus partes, y en la cual se establece una relación parte-todo en un sentido holista en el que predomina la dimensión más general. La ironía, por último, supone un distanciamiento entre la expresión y el contenido de la misma, una negación implícita de lo manifestado por medio de una elaboración secundaria, que da cuenta de la percepción de la dificultad de representar acabadamente la realidad por medio del lenguaje y que tematiza la distinción entre significado y significante.

¿Cuál es el lugar de esta prefiguración tropológica en la operación historiográfica? La idea de White es que confrontado con cierto *registro* material del pasado –en la forma de ruinas, textos y demás– el historiador no podrá *configurar* el campo, constituir la *evidencia*, a no ser que posea un modo de conformar las relaciones entre objetos en el mundo –una ontología– y de dar cuenta de esas relaciones lingüísticamente –una tropología–. Sea lo que fuere la evidencia, no es otra cosa más que el resultado de una serie de operaciones realizadas sobre el registro material con vistas a constituir a los restos y ruinas del pasado como posibles objetos de interés cognitivo, y conformarlos bajo una forma lingüística considerada “apropiada”. Es esto lo que explica que dos historiadores frente a los mismos registros opinen de maneras encontradas y lo que explica, también, que historiadores de diversas corrientes o comunidades epistémicas vean al campo como conformado por ciertos objetos y determinadas relaciones entre los mismos que los “otros” tienden a considerar menores y viceversa. Lo que permite visualizar el desacuerdo no es tanto atribuir a alguna de las partes alguna “mala lectura” de las fuentes, sino considerar que, en tan-

to estemos tratando con historiadores de similar erudición, información y sofisticación, no será por medio de la apelación a la evidencia o a alguna autoridad disciplinar como podrá comprenderse el conflicto interpretativo. De esta manera un determinado sistema de compromisos —ético-políticos, cognitivos, estéticos— se va desplegando a la luz de un momento prefigurativo conceptualmente anterior, en el cual se establece el eje tropológico que habrá de informar los distintos niveles del discurso histórico. Se constituyen así distintas filiaciones (metáfora-anarquismo-formismo-novela, metonimia-radicalismo-mecanicismo-tragedia o sinécdoque-conservadurismo-organicismo-comedia, o bien ironía-liberalismo-contextualismo-sátira) y sus continuas “desviaciones” (por ejemplo la articulación de ironía, conservadurismo, contextualismo y metáfora), las cuales permiten el surgimiento de un “estilo” narrativo propiamente dicho, y la captación de las distintas operaciones que un autor realiza conscientemente o no a la hora de construir un relato referido al pasado.

El paso de la conformación del registro según la pauta tropológica que favorece operaciones reductivas como la metonimia y la sinécdoque u operaciones dispersivas como la metáfora y la ironía, a la puesta en acto de los distintos compromisos supone una delicada argumentación en White, ya que, por un lado,

- a. podría inquirirse por la fundamentación del status de los tropos y del acto prefigurativo en general, por su relación respecto del entorno y por su relativa autonomía e indiferencia contextual,
- b. así como también podría echarse luz sobre la concepción más general de White sobre la experiencia, la estructura de los acontecimientos y de la narrativa y las relaciones entre lenguaje y realidad.
- c. por último podría ahondarse en las consideraciones que White extrae a partir de su propuesta tropológica para la práctica historiográfica como reducción disciplinar de la interpretación de la realidad.

Al tratamiento de estas cuestiones estará dedicado el siguiente apartado.

II- Tropología, formalismo y los modos de la conciencia discursiva

La precisión respecto de qué es lo que habilita a considerar el acto prefigurativo tropológico como un momento fundante y posibilitador de las distintas formas de compromiso a ser desplegadas en todo texto histórico constituyó el principal interés de *Tropics of Discourse*, la segunda obra de White.⁶ En tanto el andamiaje propuesto en *Metahistoria* permitía deconstruir el aparato textual historiográfico, esto parecía una derivación natural de las relaciones que White establecía entre lenguaje y realidad, ya que la última era postulada como una totalidad indiferenciada de acontecimientos respecto de la cual constituía la principal tarea del primero establecer e imponer un orden significativo que permitiera una aprehensión cognitiva. En ese sentido lo que se apunta a mostrar son los modos imaginativos en los que se “produce” la realidad, no en un sentido metafísico, sino en tanto que concepto significativo regulador de lo que consideramos representaciones adecuadas de la misma. Para White la ocurrencia de ciertos acaecimientos pasibles de ser descritos como acontecimientos o acciones en determinado tiempo y lugar no comportan más significatividad, ni ameritan una mayor problematización, que la que se deriva del establecimiento de su ocurrencia *de facto*. A ese nivel es tarea de la investigación archivística elemental postular la pertinencia o no de ciertas descripciones tendientes a establecer determinados acaecimientos u ocurrencias en el pasado. Pero una vez establecido esto no es mucho lo que se gana para la infinitamente compleja tarea de dotar a esas mismas ocurrencias de significado. El corazón de la tarea del historiador no apunta tanto en la dirección fáctica o evidencial de sus descripciones del pasado, sino que se focaliza en un vector interpretativo encargado de volver propio un pasado que, ciertamente, es nuestro y por distintas circunstancias se nos presenta alienado, ajeno a nosotros mismos.

El argumento de White, entonces, discurre así. Nuestro pasado se nos ha vuelto ajeno. La tarea de re-apropiarnos de él implica, por un lado, enfrentar una masa caótica de registros que dan cuenta de una experiencia informe, amorfa y carente *per se* de significación. Esa tarea se descompone en dos momentos analíticamente reconocibles. El momento fáctico o informativo, en el cual el producto de la labor historiográfica permite y reconoce ciertos

⁶ H. White, *Tropics of Discourse*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1982.

enunciados singulares descriptivos acerca del pasado como válidos, momento que se encuentra en la base de toda interpretación histórica. El segundo momento, figurativo, se edifica sobre la base informativa, pero puede adoptar cualesquiera de las formas permitidas por la superficie de ocurrencias confirmadas por el registro. El problema es que la base no guía más que restrictivamente –o negativamente– los contornos que asume la edificación, y de esta manera no dice lo que el pasado es, sino lo que no puede ser, o lo que no tenemos motivos para creer que sea.⁷ Una vez dicho esto, queda claro que las formas que asuma la estructuración figurativa tendrán poco que ver con determinaciones desde la base y se encontrarán estrechamente vinculadas con dos tópicos que White se esforzará por mantener unidos conceptualmente: los requerimientos tropológicos –narrativos, lingüísticos– y las exigencias sociales –ético-políticas, identitarias, reveladoras de una conexión emotiva, en tanto opuesta a evaluación aséptica o neutral–. Las narrativas referidas al pasado surgen de la necesidad comunitaria de que alguien se encargue de dotar de sentido a todo “eso”, entendiendo el registro, los textos, las ruinas, como una presencia ineliminable en la vida social. Ya que el pasado se nos presenta de manera amorfa,⁸ incapaz de proveernos una guía para su interpretación adecuada, corresponde a la propia esfera de las prácticas discursivas –en tanto que reveladoras de configuraciones sociales pasibles de legitimación y crítica– proveer las mismas y esto sobre una doble base. Por un lado, White extrae de críticos literarios como Northrop Frye o Roland Barthes el andamiaje formal necesario para proveerse de categorías que sirvan para analizar la estructura de los discursos. Por el otro, la estrategia formalista no alcanza a explicar los modos concretos que asume la historiografía en su evolución a lo largo del tiempo, ya que tan sólo puede permitirnos comprender los rasgos que comparten esos distintos modos, al tiempo que presenta el problema de que, como toda taxonomía o grilla

⁷ Para críticas a la idea de “niveles”, véase Wulf Kansteiner, “Hayden White’s Critique of the Writing of History”, en *History and Theory*, vol. 32, n° 3, 1993, y Noël Carroll, “Interpretation, History and Narrative”, en *The Monist*, vol. 73, n° 2, 1990.

⁸ Se ha objetado esta asunción del carácter amorfo de la experiencia en Paul Ricoeur, *Tiempo y Narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI, 1995; así como también, aunque a partir de otras fuentes teóricas, en David Carr, *Time, Narrative and History*, Indiana, Indiana University Press, 1986; para este tema véase también del mismo autor, “Narrative and the Real World: An Argument for Continuity”, en *History and Theory*, vol. 25, n° 2, 1986. El debate en torno al carácter de la experiencia y sus relaciones con las narrativas está sucintamente desarrollado en Andrew Norman, “Telling It Like It Was: Historical Narratives on Their Own Terms”, en *History and Theory*, vol. 30, n° 2, 1991.

analítica aplicada a un conjunto de objetos, tiene que legitimar su prioridad explicativa –demostrar que su aplicación es el caso– apelando a una o varias de las siguientes estrategias:

1. Por un lado el esquema formal podría ser considerado pertinente debido a una *correspondencia* de atributos con los objetos –lingüísticos en este caso– dispuestos en el mundo. A este nivel White podría decir que el análisis topológico es adecuado para todo tipo de discurso histórico sencillamente porque *en la realidad* se da el caso de que están constituidos topológicamente. Pero esto podría deberse a:
 - a. Necesidades atemporales y estructurales propias de todo discurso. Sencillamente toda narración es, antes que nada, objeto de análisis topológico y las secuencias de configuraciones topológicas corresponden a evoluciones *internas* relativas a las propias demandas de los discursos entendidas como esferas *autónomas* de significación.
 - b. Evoluciones históricas relativas a las distintas épocas o períodos. Aquí el análisis topológico permite un abordaje “*historicista*” que apunta a recrear contextualmente las formas específicas adoptadas por determinadas comunidades en respuesta a ciertas exigencias interpretativas. No habría relaciones de necesidad al nivel de la estructura del discurso, sino una consideración de tinte sociológico o político en torno a la adopción de determinados tropos como modos de conciencia o modos discursivos prevalecientes.
2. El esquema formal no tendría una relación necesaria de correspondencia observable con los atributos de los discursos existentes. La aplicación de un esquema formalista topológico se haría sobre la base del reconocimiento de que el único criterio de legitimación para aquella sería *heurístico o pragmático*, es decir que o contribuiría a enriquecer la comprensión de las distintas formas de narrar, o bien permitiría una práctica más auto-conciente y crecientemente crítica a la vez que habilitaría una conexión especialmente interesante entre ciertos tipos de prácticas discursivas (historiográficas en este caso) y ciertas otras (literarias).

A lo largo de su obra White ha boyado entre estas distintas variantes, que pueden superponerse, solaparse y ocasionalmente entrar en fuerte tensión, oscilando en un principio, acorde con sus lecturas estructuralistas en la teoría literaria, entre la *correspondencia*, tanto en su variante de *autonomía*

atemporal de las prácticas de significación, como en su variante *historicista*, para posteriormente avanzar hacia un esquema más *heurístico* o *pragmático*, a medida que las influencias más propias del giro lingüístico y el refluxo del estructuralismo exigieron un re-acomodamiento teórico. El status de los tropos, entonces, es el de un conjunto de recursos *hallados e inventados* que permiten volver propio un pasado alienado que se nos presenta de manera informe, carente de significación. Aún cuando es este un punto oscuro en el esquema de White, esta cuestión puede resumirse de la siguiente manera:

1. Hay ciertos elementos formales presentes en *todo* discurso que permiten una comprensión más rica de los mismos. Esos elementos son los tropos, que constituyen una *esfera autónoma de significación*, independiente de las determinaciones de la experiencia, consistente básicamente en los modos de componer imágenes y establecer relaciones entre objetos postulados, al interior de un trozo de lenguaje denominado narración.
2. Las distintas modalidades que asumen esos elementos no pueden derivarse lógicamente. El tránsito de una estructura tropológica a otra no supone evolución o derivación, sino que exige la *irreductibilidad* de los mismos y su alternancia como resultado de fases discursivas, históricas, epocales o todo eso a la vez.
3. Los criterios para componer la imagen *realista* de la realidad se revelan así como esencialmente contingentes y relativos a ciertas configuraciones discursivas. Cada modo tropológico es irreductible a su evaluación desde otra configuración, lo que habilita cierto *relativismo discursivo*.
4. Pero esto no implica más que el reconocimiento de que más de un punto de vista puede sostenerse con propiedad sobre la misma serie de eventos, al tiempo que eso no habilita un relativismo absoluto ya que, como se dijo antes, la libertad de la *variación figurativa* es la condición positiva edificada *por sobre* la condición negativa de una *restricción existencial* de ciertas ocurrencias, aseguradas al nivel de la base fáctica, que establecen los límites de aquel relativismo y enfatizan la necesidad de ambas condiciones para la articulación de todo relato referido al pasado.

De estas cuatro condiciones se infiere que a pesar de sus vaivenes hay dos puntos en los cuales White no transigió, ni siquiera por un instante. Primero, que hay una distinción importante entre las dos dimensiones de la narración —la de los enunciados descriptivos singulares y la de la figuración derivada

de la filiación tropológica y desplegada a través de una serie de compromisos éticos, estéticos y cognitivos-. Segundo, que la composición imaginativa o narrativa del pasado por parte de la historiografía debe mucho a los compromisos legitimadores establecidos en el momento del asentamiento disciplinar a fines del siglo XIX, y que la adopción por parte de los historiadores de ciertos protocolos en la representación del pasado no es más que una opción de entre las muchas disponibles en nuestro acervo discursivo. Por todo ello se vuelve fundamental, para comprender la obra de White y el carácter del desafío narrativista a la historiografía convencional, adentrarnos en la crítica política de la práctica historiográfica que subtiende a la deconstrucción epistemológica efectuada a nombre de la tropología.

III- Ironía, “realismo” y las políticas de la historiografía

Para White, desde *Metahistoria* en adelante, ha sido un punto central el reconocimiento del carácter putativo de la adopción, por parte de los historiadores, de ciertos compromisos tendientes a vincular la práctica historiográfica con las prácticas de las ciencias “exactas”. La atención de White no se ha centrado en las modificaciones que se han suscitado en las últimas, sino en la irrelevancia de las mismas en lo relativo a la reflexión sobre la primera. A lo que apunta es que a menos que una disciplina formalice su léxico y adquiera un tipo de coherencia lógica que permita establecer relaciones entre proposiciones, lo que se obtiene es una expresión lingüística que alcanza su consistencia apelando a una serie de procedimientos compartidos tanto por las disciplinas y prácticas con intenciones primariamente cognitivas (vg. la historiografía) como por aquellas que persiguen otros fines (ficción, crónica, ensayo). Como vimos antes, los cimientos de estas expresiones son los tropos, pero lo que un abordaje formalista no podría esclarecer de manera exhaustiva son los motivos que llevaron, a fines del siglo XIX a consolidar un estilo historiográfico basado en la auto-limitación de las formas figurativas y su sujeción a una serie de protocolos disciplinares centrados en la ironía, la explicación contextualista y la legitimación de (algún) orden social bajo una forma argumental eminentemente narrativa.

La evolución de las formas tropológicas a lo largo del siglo XIX constituye el “relato” que nos provee *Metahistoria* en torno a “las formas de la imaginación histórica”. Allí se aprecia que cierto ciclo de aproximación irónica al

pasado propio de la filosofía de la Ilustración estalla hacia el 1800 en una franca alborada de respuestas románticas que hacen colapsar los criterios de representación iluministas y dan lugar a intentos como los de Hegel, Marx y Nietzsche por volver a “abrir” el espectro de formas posibles de configuración tropológica en el ámbito de las filosofías de la historia –entendidas estas como visiones generales del devenir humano y de los modos de comprensión posibles-. Pese a ello, estos intentos terminarán dando lugar a un nuevo cierre irónico, hacia fines de siglo. Este mismo proceso irónico-romántico-metonímico-sinecdóquico y ulteriormente nuevamente irónico puede constatare en la obra de historiadores como Ranke, Michelet, Tocqueville y Burckhardt, que sucesivamente van describiendo la misma figura, con el valor añadido de que en las filosofías de la historia el elemento imaginativo y compositivo es resaltado y explicitado, mientras que en la práctica historiográfica permanece oculto o negado.

La ironía, como tropo hegemónico en la era de la profesionalización, sanciona un tipo de relación entre lenguaje y realidad centrado en la figura del *distanciamiento*. A diferencia de los otros tropos, es un modo no ingenuo de consideración del lenguaje, en tanto expresa dudas respecto de la capacidad del mismo de representar la realidad y favorece un tono crítico de duda e interrogación respecto del nivel declarativo del enunciado. Referir irónicamente nos pone sobre aviso de que lo afirmado en el primer nivel debe ser negado en la re-elaboración, nos advierte que el lenguaje no es un medio confiable de representación y nos apercibe del hecho de que nuestros enunciados sobre la realidad no están “en contacto” con ella, sino que están mediados por el juego de relaciones entre significantes y significados y por las contradicciones que se tienden entre ambos.

Por todo ello la ironía suele ser el tropo adecuado para expresar la desconfianza hacia las generalizaciones ingenuas de otras figuras del habla, para puntualizar en el detalle, para exigir la reconstrucción de contextos específicos que permitan dilucidar el sentido de una emisión y para expresar a partir de su talante crítico, iconoclasta y anti-reduccionista todo tipo de reparos a los intentos de crítica radical o transformación de las prácticas (lingüísticas o sociales). El ironista no se sitúa, entonces, en un plano constructivo de un vector de transformación. Antes que nada se postula como un crítico del fragmento que se sitúa *externamente* a los procesos que refiere. Ha sido ciertamente esa externalidad la que ha conferido a la ironía un lugar importante en las disciplinas no formalizadas, en tanto que llama la atención

sobre las imperfecciones del lenguaje, trabaja con ellas y se sitúa en el mismo espacio en el que se suelen ubicar las teorías, esto es en el lugar que va de la elaboración lingüística a la superficie de la “realidad” como quiera que ésta sea concebida.

Por elisión de lo que nos habla *Metahistoria* es de las formas *silenciadas* de figurar el pasado en el siglo XX (y después. . .). Una vez que la disciplina historiográfica se estableció disciplinarmente, intentó negar que hubiera otras formas posibles de constituir el pasado como objeto de conocimiento, más que como un cúmulo de aprehensiones irónicas. Esta oclusión de vías alternativas de significación no es más que una opción infundamentada que impide la re-apropiación del pasado alienado y exige la adecuación de las vicisitudes del pasado a ciertos cánones imaginativos que terminan reduciendo o atrofiando la capacidad del mismo para interpelarnos. Es en este sentido que White habla de la disciplina historiográfica como parte de un proceso de “desublimación” del pasado, en el cual un pasado incomprensible, horroroso en ocasiones, “sublime” en una palabra, es transformado en un objeto “bello”, comprensible, explicable, que reduce nuestra compulsión a cambiar el orden social que ha producido tal objeto, tal pasado. Mientras la disciplina historiográfica trabaja para reintegrarnos el pasado de una manera domesticada que nos impide cuestionarnos por qué es que se nos volvió extraño y por qué necesitamos domesticarlo, otros intentos interpretativos del pasado intentan mantenerlo en su radical alteridad, recordándonos permanentemente su carácter indócil de herida permanente. La sola idea de transformar al Holocausto o a los distintos genocidios perpetrados en todos los continentes en objetos de explicación asimilables para un determinado intento de legitimación, ayudará a comprender cuál es el asunto en debate.

Naturalmente, lo que está en juego es la idea *historicista* de White de que ciertas condensaciones de sentido, ciertos esquemas figurativos que fueron adoptados en el surgimiento de la historiografía como disciplina y profesión, esquemas que pudieron tener sentido en su momento y dar cuenta de determinada realidad percibida por aquellos que así actuaban, se encuentran ahora notoriamente desactualizados, carentes de capacidad y poder interpretativo a la hora de lidiar con una realidad social sustancialmente diferente. Por supuesto la idea de que nuestra realidad es esencialmente distinta y exige una adecuación de nuestros recursos de representación reproduce el problema que apreciamos antes en lo relativo a los tropos. ¿En qué sentido puede decirse que cambió nuestra realidad y a partir de qué punto una modificación en la

realidad se vuelve cualitativa y exige una transformación en nuestros modos de representar? ¿Cuál es la relación específica entre realidad y representaciones? Si la primera cambia ¿co-determina el cambio en la segunda, o ambas son independientes pero concurrentes, o no concurren en absoluto? Todos estos interrogantes apenas se vislumbran en las consideraciones de White en torno al cambio histórico y al cambio representacional, y no está claro que él quiera ni deba resolverlos, porque su objetivo es mostrar hasta qué punto la auto-limitación de la capacidad figurativa nos está jugando en contra a la hora de dotar de sentido a amplios tramos de la experiencia histórica contemporánea, o al menos está provocando que a la hora de reflexionar sobre determinados acontecimientos –pertenecientes a nuestro pasado menos explicable– haya un incómodo silencio disciplinar. Silencio o vacío soslayado y/o superado por la permanente presencia de sentidos provenientes de la literatura, la política, la ensayística, el periodismo y las artes visuales, entre otras áreas de significación, que se constituyen en vectores interpretativos privilegiados a la hora de vérselas con un pasado incómodo.⁹

Los planteamientos de White en estas cuestiones son a veces ambiguos y a veces no del todo explícitos, a medida que se confunden con otros reclamos y exigencias más propiamente epistemológicas, pero contienen siempre la demanda urgente de que la historiografía deje de considerar a la ironía como la forma privilegiada de representación realista de la realidad.

IV- Narrativismo, deconstrucción e historización

La consideración epistemológica y la crítica política del narrativismo a los modos canónicos de la historiografía, tal como las he desarrollado en las dos secciones precedentes, fueron entendidas por algunos como un “ataque” en toda la línea a la historia como modo de cognición en particular. Supuestamente lo que narrativistas como White, Louis Mink o Frank Ankersmit

⁹ La “incomodidad” del pasado, sin embargo, debería verse bajo este enfoque menos como un atributo del pasado en sí mismo –algo sobre lo cual difícilmente podríamos expedirnos de manera independiente de lo que son las estrategias de significación, tal como White lo presenta– y más como un derivado de nuestras presentes preocupaciones e inclinaciones ético-políticas. El hecho de que cierto pasado nos resulte “difícil” habla menos de ese pasado y más de nosotros mismos. Cualquier intento por internarse en el análisis de las características “intrínsecas” del pasado corre el riesgo de volverse argumentalmente circular.

estaban haciendo era horadar las bases de toda comprensión histórica y por ello algunos autores tendieron a intentar una “rehabilitación” de la historiografía.¹⁰

Podría quizás resultar sorprendente que, a la luz de todo lo dicho hasta aquí, sea necesaria una rehabilitación para un tipo de conocimiento que todos los narrativistas han reconocido como fundamental a la hora de “conectar-nos” con nuestro tiempo y nuestra sociedad. Pero puede entenderse mejor este sentido de rehabilitación si recordamos que dos de los puntos cruciales de White –la distinción entre información y figuración como esferas autónomas de significación y la crítica política a las prácticas disciplinares como formas de auto-limitación imaginativa tendientes a conformarse a cierto orden o estado de cosas y a racionalizar y volver digerible, comprensible y explicable un pasado horroroso o abismal– fueron reformulados por numerosos críticos de la siguiente manera:

1. Hay dos niveles en la narrativa y dado que no se implican mutuamente esto sugiere una radical indiferencia de las estrategias figurativas a las reconveniones de la evidencia. Si por añadidura se recuerda que los tropos se “inventan” y se imponen a una experiencia amorfa, entonces, ¿no se está ante una reformulación del idealismo filosófico o ante un nihilismo

¹⁰ Para los planteos narrativistas véanse Louis Mink, *Historical Understanding*, Ithaca, Cornell University Press, 1987; Frank Ankersmit, *Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language*, Groningen, Martinus Nijhoff, 1981. Del mismo autor, *Aesthetics Politics. Political Philosophy beyond Fact and Value*, California, Stanford University Press, 1998, e *Historical Representation*, California, Stanford University Press, 2001. Las recepciones de los mismos han sido diversas. Propuestas de “realismo” allende la narrativa pueden encontrarse en desarrollos epistemológicos como los de Chris Lorenz en “Historical Knowledge and Historical Reality: A Plea for ‘Historical Realism’”, en *History and Theory*, vol. 33, n° 3, 1994 o en los textos de Carr y Ricoeur citados en la nota 7. Las formas más explícitas de rechazo al narrativismo se encuentran en Behan Mc Cullagh, *Justifying Historical Descriptions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984. Usualmente la discusión versa sobre la experiencia o los limitantes externos de la narración. Para un intento de refutar una teoría causal anti-narrativista de la referencia véase Satya Mohanty, *Literary Theory and the Claims of History. Postmodernism, Objectivity, Multicultural Politics*, Ithaca, Cornell University Press, 1997. Los historiadores han dicho lo suyo: véanse Richard Evans, *In Defence of History*, Londres, Granta, 1997 y Pérez Zagorín, “History, the Referent and Narrative: Reflections on Postmodernism Now”, en *History and Theory*, vol. 38, n 1, 1999. En nuestro medio puede consultarse José Szabón, “La devaluación formalista de la historia” en Ezequiel Adamovsky, comp., *Historia y sentido*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2001.

- cognitivo que expande la capacidad figurativa de los textos y destruye la capacidad de establecer significados por parte de la experiencia?
2. La crítica de las ortodoxias disciplinares y de sus intentos comprensivos supone en realidad la postulación de un pseudo-radicalismo político que en nombre de la imaginación y la crítica de las prácticas constituidas amenaza con destruir la comprensión histórica en una época que de por sí tiende a negarla. En este sentido ese pseudo-radicalismo terminaría avalando paradójicamente una estrategia conformista de adecuación al orden establecido, toda vez que las premisas de la acción práctica que la historiografía está encargada de proveer, se verían socavadas por la destrucción de la posibilidad de conocer el pasado, tal como se establece en 1.

Así el ataque narrativista a la ortodoxia disciplinar ha sido leído como nihilismo cognitivo en apoyo de una estrategia conformista "típicamente posmodernista". Sin embargo, se debería poder reflexionar acerca de las consecuencias epistemológicas y políticas de obras como la de White sin perder de vista el hecho de que la deconstrucción epistemológica y la historización de las estrategias discursivas de las ortodoxias disciplinares —como podrían presentarse más benignamente 1 y 2— han sido movimientos comunes en otras áreas o vectores de significación —como la filosofía del lenguaje y la filosofía de las ciencias— sin que ello haya conducido a nihilismos o conformismos derivados de aquellas reformulaciones. En realidad, a medida que en la filosofía del lenguaje o de las ciencias se ha ido ejecutando un giro deconstructivo o historicista en la reflexión teórica no se ha verificado un intento "quietista" de conformidad o una búsqueda de sustentar la imposibilidad de toda forma de conocimiento sino que, al contrario, se ha intentado mostrar la continuidad y re-integración de áreas antes dispersas de las prácticas de significación y conocimiento, en una suerte de empresa destinada a exhibir los profundos compromisos y consecuencias sociales de las distintas intenciones cognitivas.

Ciertamente buena parte de los entuertos suscitados por White y el narrativismo en general proceden del hecho de que estos deslizamientos concurrentes en distintas áreas pasaron desapercibidos y no pudieron ser interpretados adecuadamente. Antes bien, la imagen que se desprende en White de la práctica científica "dura", en numerosas ocasiones asume la forma de un contrapeso que muestra las "falencias" de los modos históricos de reflexión (ausencia de formalización, carencia de estabilización significativa,

etc.) y parecería justificar así la apelación al abordaje tropológico. Pero esto último no es más que una idealización de los dispositivos disciplinares propios de las ciencias naturales, una concesión gratuita que desconoce décadas de reflexión en torno al papel de las imágenes en la elaboración de modelos formales y en lo referente a las dificultades y aporías propias de los intentos de someter la multiplicidad de lo contingente a una notación reductiva. Sólo a modo de ejemplo, en 1962 Max Black inauguraba una senda de análisis de las metáforas en las ciencias físicas con la publicación de su *Modelos y metáforas*, mientras que en 1966 Mary Hesse editaba *Modelos y analogías en ciencia*. Entre otras cosas Hesse ha sostenido que las *metáforas* cumplen con funciones *descriptivas* de primordial importancia cognitiva, siendo que la metáfora posee valor de verdad, y que es una forma de lenguaje previa, histórica y lógicamente, al lenguaje literal, el cual no sería sino un caso límite del metafórico. Para Black toda metáfora es el anticipo de un modelo teórico sumergido al cual dota de consistencia. De allí que admita que “cuando la comprensión de los modelos y arquetipos científicos llega a ser una parte honrosa de la cultura científica, el vacío entre las ciencias y las humanidades se ha rellenado en parte: pues el ejercicio de la imaginación, con todas sus promesas y todos sus peligros, constituye un fundamento común”.¹¹ Es precisamente el carácter del supuesto hiato entre ciencias y humanidades y el papel central de la imaginación lo que desmitifica el lugar de la ciencia dura como un pleno de formalización y consistencia lógica, y señala la inadecuada imagen de las ciencias físicas que tienen White y muchos narrativistas, pero en un sentido que de alguna manera termina reforzando lo que señalan para la historiografía. Esto es así ya que si hay algo en lo que han enfatizado estas corrientes “nuevas” –y no tanto– en la filosofía de las ciencias es la inconveniencia de suponer que por el mero hecho de reconocer cierta distinción conceptual entre información y figuración pueden mantenerse esferas independientes para una y otra, cuyas relaciones habrá de determinar o bien una teoría del predominio de la evidencia o bien una tesis narrativista radicalizada tendiente a asegurar la ilimitada capacidad figurativa. La metáfora de ciencias “duras” y “blandas” debe ser abandonada sin más, y esto no porque pueda sostenerse que son cualitativamente distintas o porque haya una forma de “endurecer” las *Geisteswissenschaften*, sino porque la imagen de dureza y blandura dicotomiza estérilmente lo que puede mejor ser enfocado como una variación dentro de un espectro continuo de prácticas de significación.

¹¹ Max Black, *Modelos y Metáforas*, Madrid, Tecnos, 1966 [1962], pp. 237-238.

Para clarificar la situación podría proponerse el siguiente esquema. Por un lado, la tesis epistemológica tradicional concerniente al discurso historiográfico, a la que habrá de oponerse la narrativista, sostiene que este es, en lo esencial:¹²

1. un discurso con pretensiones de verdad, tanto al nivel de lo singular como de la imagen global que una narrativa pretende dar,
2. discurso sustentado en una serie de técnicas de recolección y evaluación de la evidencia a partir de las cuales es posible sostener justificadamente determinadas creencias respecto del pasado humano.
3. De esta manera es lícito suponer que una reconstrucción racional del pasado es posible sobre la base de una serie de proposiciones que refieren a un proceso histórico único que posee, idealmente, una descripción definitiva, agregativa, última, privilegiada y no perfectible.
4. Ese proceso histórico y esta descripción –ambos únicos– se relacionan en términos de semejanza estructural, en el marco de una teoría de la correspondencia entre enunciados y objetos en el mundo que supone, por añadidura, una relación de externalidad que separa al historiador y a los participantes de la situación de enunciación de los objetos de estudio mencionados por el discurso, ya que es esa externalidad la que permite establecer la correspondencia.
5. Bajo este enfoque se asciende desde la evidencia hasta la totalidad de una narrativa referida al pasado, sustentada en la racionalidad reconstructiva que habilita una serie de técnicas de aproximación controlada al referente histórico, y que evalúa la pertinencia de los vehículos teóricos y narrativos que integran las distintas configuraciones de sentido. En este “ascenso” se reconoce la determinación o condicionamiento de la figuración por parte de la “realidad”, lo que podríamos denominar una suerte de “*monismo signifiante*” en la medida que apunta a defender la idea de que las cuestiones de significado son *reconstruidas* en el lenguaje pero a partir de las marcaciones que provee el registro y la evidencia misma.

Por el contrario, es esta imagen de un ascenso, de un *monismo signifiante* que reduce la figuración a una mera ornamentación superestructural, la que

¹² La siguiente reconstrucción de la posición tradicional sigue, en lo sustancial, a Robert Berkhofer, *Beyond the Great Story. History as Text and Discourse*, Londres, Harvard University Press, 1995.

pretende socavar el narrativismo. No se trata aquí de discutir la pertinencia de las técnicas de evaluación de la evidencia, ni la existencia del pasado mismo, ni de su resto material en calidad de condicionante negativo de las posibilidades de atribución de sentido al mismo, es decir, no se cuestiona 2-. Más bien el argumento narrativista procede del siguiente modo:

1. el reconocimiento del carácter "verdadero" de ciertos enunciados no agota en absoluto el análisis de las narrativas. Dado que sólo los enunciados singulares son verdaderos, la relevancia para la ponderación de las estrategias de figuración debe residir en otro criterio.
2. a su vez la evidencia no constriñe los tipos de figuraciones que pueden hacerse de ella más que en un sentido negativo. Las conexiones entre enunciados en una narrativa no tienen una consistencia lógica y por ende la "reconstrucción racional" no es posible más que como un ideal postulado por la narrativa misma. Idénticamente, la aproximación a un referente extra-lingüístico es un imposible, ya que la noción misma de referente es intra-lingüística y por más que designa a un mundo antecedente a las descripciones que de él se hacen, cuál es que sea el referente al que incumban ciertos enunciados es un efecto de sentido dispuesto al interior del orden lingüístico.
3. Los fines de la interpretación histórica no suponen una racionalidad ni una descripción definitiva. La vinculación política y constitutiva de la acción práctica de la labor historiográfica neutraliza cualquier idea de un "fin de la interpretación" o descripción última no perfectible del pasado, en la medida en que el pasado es invocado como forma de reflexión conexa a intereses humanos cambiantes. En la medida que el pasado es extraño a comunidades distintas, y en la medida que el tiempo no se detenga, habrá siempre nuevas formas de alienaciones del tiempo antes propio y también nuevas formas de volverlo propio bajo nuevas descripciones.
4. La tesis de la correspondencia estructural entre pasado y relato histórico queda abolida por inexistencia de estructura en los acontecimientos pasados -porque la noción misma de estructuración es una atribución lingüística que los objetos mismos no portan o al menos sobre la que no podemos expedirnos de manera concluyente- y por incapacidad de situarnos fuera de nosotros mismos para ver cómo se emparejan lenguaje y realidad. Da-

- do que estamos inmersos en el mundo que representamos, toda escisión entre objeto y sujeto es más una figura del discurso que una realidad.
5. La idea de un ascenso desde la evidencia hasta la interpretación o imagen global de la narrativa no es procedente, porque la evidencia no precede a la figuración sino que ambas se implican y co-determinan. En última instancia ambas esferas, la del registro y la experiencia histórica que pone a disposición cierto resto material pasible de ser tratado como evidencia, y la de las estrategias de figuración, son creadoras de significado, se encuentran a la par, son irreductibles y se afirman como condiciones negativas y positivas, respectivamente, de los contenidos específicos de la narrativización. Si el registro provee marcaciones de significado, sólo es posible entenderlas a partir de las estrategias figurativas de creación de sentido. Y por el contrario, si hay algún motivo para aplicar las últimas, es porque algo en el primero requiere ser figurado. La imagen del proceso comprensivo no es la de un edificio, con su base empírica, sus columnas de ascenso teórico y sus cúpulas ornamentales, sino la de un espacio situado entre dos campos de fuerza y que halla su conformación provisional de las líneas de tensión que recibe en simultáneo de ambos campos que afectan al espacio intermedio y se influyen recíprocamente. Se estaría entonces ante una suerte de *dualismo significante*.

La deconstrucción epistemológica de la noción de niveles de la narrativa y de las relaciones entre ellos se encuentra a la par, como hemos visto, del proyecto de historización de las estrategias ortodoxas de significación. Si, como vengo apuntando, la deconstrucción narrativista de la epistemología de la historiografía no tiene porqué llevar a un nihilismo cognitivo, teniendo en cuenta que similares deconstrucciones –ya tratadas– se han operado en el ámbito de las ciencias “duras”, entonces tampoco la historización de las estrategias cognitivas debería conducir a una parálisis conformista. Aquí el parangón con la filosofía de las ciencias es más conocido y remite a la obra de Thomas Kuhn. En *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), por medio de la noción de *paradigma*, se articula una visión de las teorías como cuerpos de conocimiento estabilizados alrededor de ciertas prácticas consistentes con ciertas preguntas y ciertas problemáticas que definen a la “ciencia normal”. Lo que Kuhn pone de manifiesto es que no hay algoritmos para la elección entre teorías y que la eventual posibilidad de contar con un lenguaje neutral no serviría absolutamente para nada dado el abismo entre

ese lenguaje y los lenguajes utilizados para plantear los problemas, lo que genera el insoluble problema del "significado" y la circularidad del hecho de que los criterios de elección entre teorías no funcionan como reglas neutrales sino como valores que influyen en las mismas. Todo esto no lleva a conceptualizar la inanidad de toda práctica científica o a sostener la irrelevancia de las empresas científicas, sino a apuntar la necesidad de la historización de las prácticas de representación disciplinar. Lo que el enfoque kuhniano nos recuerda, entonces, es que el intento de establecer condiciones a-históricas para nuestras formas de conocimiento y la pretensión de contar con "fundamentos" del mismo no son más que una forma de eternizar un determinado juego lingüístico, una práctica social o cierta auto-imagen contemporánea. Contar la historia de un modo de cognición implica, por el contrario, unirlo de un modo más claro y más profundo con el resto de nuestras prácticas de significación, vincularlo de manera más íntima con nuestras necesidades presentes y nuestras imaginaciones del futuro.

V- La historiografía después: recursividad del lenguaje y cognición imaginativa

A modo de conclusión me gustaría integrar las distintas etapas de este artículo en una serie de argumentos que confluyan en la articulación de una imagen del conocimiento historiográfico como un recurso importante, pero incluido al interior de un arsenal más vasto de herramientas y dispositivos de significación, y sin ningún tipo de privilegio en particular, para la comprensión que los seres humanos se hacen del mundo y de sí mismos.

1. En tanto el pasado, nuestro pasado, como los demás *objetos* en el mundo, corre el peligro de volvérsenos extraño, es posible destinar a la historiografía la noble tarea de ser la encargada de reintegrárnoslo, con toda su carga contradictoria, lacerante y de extrañeza, a la vez que puede solicitársele que para ello apele a procedimientos considerados compatibles, continuos o al menos no definitivamente excéntricos con los demás protocolos de significación aplicados por una determinada comunidad en otras áreas. El conocimiento de los objetos en el mundo no procede de la nada, sino que parte de los recursos que a lo largo del tiempo se han ido

constituyendo en el acervo de significaciones que una sociedad posee para vérselas con los avatares de su devenir.

2. El recurso social compartido por excelencia es el lenguaje, y es sobre el análisis del mismo que puede articularse una concepción *formal* del mismo y de sus tipos y modalidades de presentación, a la manera de una estructura o diagrama postulado de sus formas de individuación ontológica, de composición tropológica y de establecimiento de compromisos con teorías ético-políticas, modos de argumentación y modalidades estéticas. Los grandes méritos del narrativismo se han debido a su apropiada postulación de un formalismo tropológico destinado al análisis de los textos historiográficos en tanto que constructos lingüísticos.
3. La deconstrucción del texto histórico o el develamiento de su arquitectura tropológica puede acompañarse de una crítica política de los modos específicos en que una disciplina se vincula a determinado orden social, ya sea como artefacto legitimador o como vector desestabilizador. Estas vinculaciones no están dadas ni se derivan simplemente de una concepción atemporal de las relaciones entre cognición y práctica. La *historización* de los modos específicos que asume el discurso disciplinar es la principal herramienta para comprender tanto los momentos de cambio representacional como las etapas de estabilidad paradigmática. También aquí el narrativismo, junto a la moderna filosofía de las ciencias, tiene mucho para aportarnos.
4. Explicitar el estatus recursivo, formal e histórico de nuestros modos de representación no supone que por ello estemos amputándonos la posibilidad de argumentar a favor o en contra de los contenidos concretos que asumen los mismos. Formalismo e historicismo no nos dejan a solas de cara a un relativismo paralizante, sino que exigen la composición de versiones más sofisticadas de nuestros conceptos de representación, verdad y realidad. El narrativismo ha entrado en confusas relaciones con estos tópicos, pero es allí donde el *giro lingüístico* puede ofrecer una depuración del vocabulario que armonice el conjunto y permita llevar la discusión teórica en nuevas y relevantes direcciones.¹³ En el marco del

¹³ No puedo extenderme en lo referente al giro lingüístico, pero la discusión puede resumirse del siguiente modo: el "giro" implica 1- que la idea de que existe un lenguaje de observación neutral carente de carga teórica es insostenible, y que el dualismo entre lo empírico y lo conceptual debe ser rechazado. 2- que toda aprehensión es lingüística y que no existe el conocimiento pre-lingüístico. 3- que la concepción adecuada de la función cultural del

giro lingüístico hay lugar para seguir siendo realista, moderado-científico o interno, sostener criterios de verdad coherentistas o por correlación y mantener ciertos usos de la referencialidad, tanto como hay espacio para volverse anti-realista, apelar a la idea de verdad por justificación o consenso y desentenderse de la referencialidad. Es en este sentido de pluralidad de léxicos y concepciones posibles que queda abierto el panorama para un *relativismo de segundo orden*, en el cual las decisiones teóricas invocadas quedan sometidas al ámbito del juego de dar y pedir razones y al criterio de la mayor utilidad cognitiva, pragmática o capacidad heurística.

5. Por último, formalismo, historicismo y relativismo, de esta forma entendidos, no conforman un compuesto inestable que socava nuestra posibilidad de comprender el pasado ni conllevan el riesgo de conducirnos a un nihilismo cognitivo. Mi intención ha sido, por el contrario, mostrar hasta qué punto la historiografía del después del narrativismo tiene la magnífica oportunidad de liberarse de una gastada agenda de problemas y concederse a sí misma la posibilidad de volverse una de nuestras más relevantes y profundas formas de *cognición imaginativa*.¹⁴

lenguaje abandona la idea de representación, 4- que el análisis del lenguaje procede al nivel de los léxicos y no de los enunciados particulares, concepción holista que enfatiza la indeterminación de la referencia y 5- que la concepción correspondentista de la verdad –como relación refleja o especular entre lenguaje y realidad– es inviable si se aceptan las demás premisas. Esto no destruye la posibilidad de sostener toda empresa cognitiva, sino que avala la idea de una indeterminación al nivel de los modos en que se compondrán los conceptos de “verdad” y “realidad”. Sumariamente, a partir del giro lingüístico pueden sostenerse distintos criterios de verdad, que se van despegando progresivamente de la referencialidad, así como también criterios de realismo que disminuyen el grado de presión causal del mundo sobre las creencias. Lo que se descarta es la idea de que el “mundo” constituya la piedra de toque que permita resolver estas cuestiones epistemológicas. Antes bien, la distancia entre epistemología y empresas cognitivas específicas disminuye, a medida que la primera se disuelve y es reemplazada por una investigación concreta de las dificultades que enfrentan los seres humanos en su interacción con el mundo. Sobre el “fin de la epistemología” y el giro lingüístico remito a Richard Rorty, *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton, Princeton University Press, 1979. En lo referente al debate en torno a los distintos criterios de verdad y realismo véase Federico Penelas, “Antirrepresentacionalismo y realismo interno: un debate en torno a la verdad y la justificación”, en Guillermo Hurtado, comp., *Subjetividad, representación y realidad*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 2001.

¹⁴ Lo que se intenta decir es que los modos en que componemos las imágenes lingüísticas tienen un alto grado de integración estructural, con independencia de cuáles sean los efectos referenciales, representacionales y cognitivos que se proponga un determinado trozo

Recursividad, formalismo, historicismo, relativismo, cognición imaginativa. Los elementos aportados por la nueva filosofía de la historia, así dispuestos, pueden ayudarnos a comprender por qué el límite de la historiografía no lo constituye la tan nombrada tesis del fin de la historia, sino el peso de lo muerto, que oprime la conciencia de los vivos, como mentaba Marx, no sólo en lo que respecta a sus condiciones materiales, sino también en lo referente a su capacidad de conocer, de imaginar y, a veces, de hacer ambas cosas a la vez. Es en este sentido que si los seres humanos habrán de construir alguna vez un mundo alternativo, esto sólo será posible sobre la base de la comprensión de que después del narrativismo y en el límite de la comprensión histórica, no es que habrá culminado la historia, sino que apenas se habrá puesto a nacer.

de lenguaje. Ya sea como pieza de cognición con cierto grado de formalización, en la forma de una sociología o econometría, como tramo mayormente imaginativo y narrativo en la literatura de ficción o, en algún lugar en el medio de ese espectro continuo de disposiciones textuales, como forma de *cognición imaginativa* en el relato historiográfico, no se apunta a destruir la utilidad social de la apelación al lenguaje y su capacidad de proveer criterios de composición de imágenes lingüísticas (*figuración*). Antes bien se intenta mostrar que sólo podemos "conocer" - lo que sea que esto quiera decir - por medio de la apelación a estos dispositivos de composición transdisciplinares.

Resumen

El objetivo del presente artículo es ayudar a clarificar el vocabulario empleado por el narrativismo, para apreciar hasta qué punto su legado es de difícil recepción en muchos ámbitos historiográficos –y científicos en general– y a partir de qué instancia una reformulación de algunos de sus postulados – con ayuda del giro lingüístico– podría ayudar a superar algunas discusiones estériles que suelen plantearse a propósito del mismo como “amenaza” para la historiografía en tanto que forma de conocimiento.

Palabras clave: Narrativismo; Historiografía; Deconstrucción; Ironía

Abstract

The aim of the present article is to help to clarify the vocabulary employed by the so-called “narrativist philosophy of history”, so as to appreciate in which ways its legacy is difficult to be received and considered in many historical and scientific circles, and in which other ways a subtle reformulation of some of its postulates –under the light of the “linguistic turn” of the post-analytic philosophy– could help to overcome some fruitless arguments around the narrativism as a kind of threat to historiography as a form of knowledge.

Keywords: Narrativism; Historiography; Deconstruction; Irony

Historia y psicoanálisis: Cavilaciones sobre un diálogo venidero

Omar Acha¹

A medida que las aptitudes clínicas del psicoanálisis son relativizadas en su eficacia "curativa", se observa una ampliación de sus incumbencias para la crítica de la cultura. Esa deriva había sido vislumbrada por Sigmund Freud, al enunciar que el psicoanálisis podría ser un valioso auxilio para las ciencias de la cultura, cuando sus practicantes "aprendan a manejar por sí mismos el nuevo medio de investigación que se les ofrece".² Existen signos de que esa oportunidad está por venir.³

La historiografía ha sido afectada por el psicoanálisis. Numerosas de sus nociones se diseminaron en el lenguaje historiador. Conceptos tales como inconsciente, deseo, sexualidad, imaginario, simbólico, represión, trauma, retorno de lo reprimido, ingresaron de maneras más o menos rigurosas al diccionario de la historiografía. La adopción de esos y otros términos, empero, fue aislada de la trama teórica que los anudaba estrechamente en el entendimiento psicoanalítico.

Aquí propondré una reubicación del diálogo entre historiografía y psicoanálisis, que permita una más eficiente inscripción de cuestiones mal plan-

¹ Universidad de Buenos Aires. Email: omaracha@gmail.com. Agradezco los comentarios de los árbitros anónimos.

² S. Freud, *¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial* (1926), en *Obras completas* (en adelante, *O. C.*), Amorrortu, 1979, t. XX, p. 232. Salvo indicación expresa, el lugar de edición de la bibliografía será Buenos Aires.

³ En 2005 se realizó en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso, Buenos Aires), un seminario interdisciplinario sobre "Psicoanálisis y ciencias sociales"; en setiembre de 2006, el Seminario Permanente del Instituto de Estudios Histórico-Sociales (IEHS), de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, organizó una jornada de discusión sobre "Historia y psicoanálisis".

teadas en propuestas interpretativas como la *psicohistoria* y peor respondidas por la ortodoxia historiadora. Como primer paso reconstruiré, de manera esquemática, las ideas de historia presentes en las obras de Sigmund Freud y Jacques Lacan. El tramo siguiente será ocupado por una discusión de las objeciones más importantes que se han planteado al encuentro aquí en debate.

Historia e historiografía en Freud y en Lacan

El nacimiento del psicoanálisis como saber estuvo ligado al desarrollo de los intereses clínicos de Freud en el campo de lo histórico. La ocurrencia de la palabra "historia" -con su conocida ambigüedad entre relato y realidad temporal- fue muy habitual en toda su obra.⁴

La explicación freudiana de la génesis de la histeria, hacia 1896, sostenía que los síntomas histéricos eran causados por la persistencia reprimida de un trauma de orden sexual experimentado durante la niñez. Las pacientes de Freud coincidían en recordar que habían sido agredidas sexualmente.⁵ El objetivo del tratamiento consistía, entonces, en la puesta en palabras del acontecimiento traumático, lo que debía desanudar los efectos nocivos ocasionados por su represión. Sin embargo, Freud notó que las dolencias regresaban. Debía existir algún problema con la explicación propuesta. La postulación de una producción simbólico-inconsciente de la fantasía de agresión sexual fue el momento fundacional del psicoanálisis. La relevancia de lo sexual para la causación de la histeria no era eliminada, pero su "mecanismo" era transformado radicalmente con la aceptación de la sexualidad infantil.⁶

Más importante para el tema aquí tratado es que con el nuevo campo de la interpretación Freud hallaba buenas razones para recurrir a la utilización de referencias simbólicas del folklore, la mitología y la historia. Así fue que pudo formular una relación entre el volar de las brujas y las proezas gimnásticas de los varones histéricos en sus fantasías.⁷ Comenzaba a

⁴ Patricia Cotti, *La Mot 'histoire' dans l'œuvre de Sigmund Freud 1905-1939*, tesis doctoral, París, Universidad de París VIII, 2001.

⁵ S. Freud, "La etiología de la histeria" (1896), en *O. C.*, t. III.

⁶ Paul Verhaeghe, *¿Existe la mujer? De la histérica en Freud a lo femenino en Lacan*, Paidós, 1999.

⁷ S. Freud/W. Fliess, *Cartas a Wilhelm Fliess*, Amorrortu, 1994, p. 241 (24 de enero de 1897).

fortalecerse el concepto de una productividad inconsciente inscrita en el suelo simbólico de la experiencia histórica. Esa convicción estaba presente en la famosa carta a Fliess, del 21 de setiembre de 1897, reconocida por numerosas interpretaciones como el documento inicial del psicoanálisis, donde Freud proclamaba no creer más en la verdad objetiva de los dichos de sus pacientes, dado que sus *fantasías* obedecían a representaciones gestadas en lo inconsciente. El psicoanálisis había nacido y lo histórico-subjetivo era una de sus bases conceptuales. La comparación entre la interpretación psicoanalítica y la faena historiográfica fue frecuente en Freud.⁸ La referencia subrayaba la compleja temporalidad de los procesos inconscientes, ligados a las nociones de *eficacia diferida/retroactiva* (*Nachträglichkeit*). El trauma en psicoanálisis implica una multiplicidad de temporalidades y los vínculos con el otro, y por lo tanto implica la experiencia como narrativa incompleta. El traumatismo accesible para el psicoanálisis existe entramado con el síntoma, un concepto que supone la historia que el trauma -como causa de la repetición- aparentemente excluye.

¿De dónde surgían las representaciones inconscientes relativas a la sexualidad? ¿Por qué y de qué manera se imponían a sujetos tan diversos? El tema sería recurrente. Como en el caso de Juanito: si el niño no había sido reprendido por su padre, ¿por qué había desarrollado una fobia a los caballos (que velaba el miedo a la castración paterna)?⁹

El primer estudio freudiano de largo aliento sobre temas históricos fue el ensayo sobre Leonardo Da Vinci, en el que se advierte la insuficiencia de conceptos útiles para ordenar los escasos datos biográficos disponibles. El estudio debilitaba su explicación al no extraer las consecuencias de la falta de padre y sus efectos subjetivos.¹⁰

La profundización de la problemática de la historia de la subjetividad permaneció esbozada hasta que se presentó de manera completa la alternativa propuesta por su discípulo y luego antagonista, Carl G. Jung. En 1911, éste propuso entender a la libido como una energía no exclusivamente sexual, que unía a los seres humanos en comunidad y los proveía de símbolos pri-

⁸ S. Freud, *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), en *O. C.*, t. VI, p. 52; idem, *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910), en *O. C.*, t. XI, p. 78.

⁹ S. Freud, "Análisis de una fobia en un niño de cinco años" (1909), en *O. C.*, t. X.

¹⁰ S. Freud, *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, ob. cit.

mordiales, o arquetipos, que remitían a un fondo cultural ancestral.¹¹ Freud reaccionó duramente, pues el enfoque de Jung conducía a una disolución de la diferencia sexual como problema subjetivo fundamental de la vida pulsional y a una reducción de la historia a una filosofía trascendente a los casos concretos. Su respuesta fue *Tótem y tabú* (1912-1913) y, más tarde, *Moisés y la religión monoteísta* (1939).

La argumentación de *Tótem y tabú* sostiene que el ingreso de los seres humanos al orden de la cultura se produce "edípicamente", e implica un asesinato simbólico del representante de las exigencias contrarias a la pulsión, es decir, del padre que se antepone al goce de la madre. Eso fue lo que aconteció en las primeras etapas de las formas de organización de los homínidos, cuando el padre primordial y dominante de la horda monopolizaba a las hembras. Su despotismo provocó que los hijos se coaligaran, lo asesinaran y lo ingirieran, generándose poco más tarde un sentimiento de culpa y un acuerdo para que ninguno reemplazara al padre muerto y reiniciara el ciclo de la violencia. Entonces cristalizó la relación entre prohibición del incesto y exogamia, las primeras formas de creencia religiosa (totemismo), y los rudimentos de normas jurídicas. El acontecimiento traumático del asesinato y la ingesta se mantuvo como culpa inconsciente y su tramitación social pervivió reprimida. Se conservó y transmitió en la memoria social y encontró periódicos alivios en los momentos especiales en que de manera festiva se podía matar y consumir al animal totémico.¹² El proceso histórico de ingreso de la especie a la cultura reaparecía en el desarrollo individual a través de las etapas de crisis subjetiva. Para otorgarle sistema a su idea, Freud recurría a la *ley biogenética fundamental* propuesta por Ernest Haeckel, que suponía un paralelo entre el devenir de las especies (filogénesis) y la vida singular de sus integrantes (ontogénesis).¹³ El conflicto edípico era universal en los sujetos, pensaba Freud, porque así retornaban en lo individual determinaciones de muy larga duración en el desarrollo de la especie humana. Por otra parte, el evolucionismo que sostenía la noción freudiana de las fases de la organización pulsional (oral, sádico-anal, fálica, genital), permitía traducir los temas de la imaginación histórica a las exigencias clínicas concretas. Las

¹¹ C. G. Jung, *Symbole der Wandlung. Analyse des Vorspiels zu einer Schizophrenie* [4 ed. de *Wandlungen und Symbole der Libido* (1911-1912)], en *Gesammelte Werke*, t. V, Olten, Walter-Verlag, 1973.

¹² S. Freud, *Tótem y tabú* (1912-1913), en *O. C.*, t. XIII.

¹³ Lucille Ritvo, *L'Ascendant de Darwin sur Freud*, París, Gallimard, 1992.

hipótesis de Freud fueron criticadas repetidamente desde la etnología.¹⁴ Sin embargo, los reproches jamás convencieron a su autor de que sus conjeturas, inevitables para la práctica clínica, debían ser abandonadas, pues ellas arrojaban una luz sobre lo inconsciente que de otro modo quedaba sumido en la oscuridad.¹⁵

En 1915, un intercambio con Sandor Ferenczi propició una investigación metapsicológica más profunda sobre las neurosis de transferencia, en la que intentó una teorización "lamarckiana", postulando una correspondencia entre las formas neuróticas y las etapas de la evolución de la especie humana.¹⁶ Ese proyecto, inconcluso, muestra el vigor de la búsqueda en Freud de una explicación evolutiva. Sin embargo, es necesario no perder de vista lo que éste indicaba en el historial del Hombre de los Lobos: la teoría de la onto-filogénesis debía ser reconstruida en cada caso singular. El problema del enfoque de Jung, polemizaba Freud, consistía en que privilegiaba al momento de la filogénesis.¹⁷ Este punto es esencial, porque la búsqueda de un marco histórico general en Freud siempre estuvo subordinada al *pensamiento por casos*. Sus historiales clínicos conservan aun hoy una frescura teórica y narrativa porque en cada informe Freud repensaba los términos del psicoanálisis, al extremo que es posible señalar que sus escritos no proveen una *teoría psicoanalítica*, sino una interminable reformulación y autocrítica a la luz de las ocurrencias clínicas particulares. Antes que ciencia nomológica, el psicoanálisis, conjetural e inductivo, se constituye por casos y construye por indicios.¹⁸ Pero ese carácter sólo es posible si existe alguna vertebración intelectual que implique una relación *permanente* del sujeto con la sociedad y el tiempo. La vacilación del sujeto ante la diferencia sexual constituye el punto de partida para la creación de las *formaciones del inconsciente*, pues para el psicoanálisis las grafías de subjetivación (los ideales del yo) *siempre*

¹⁴ Alfred L. Kroeber, "Totem and Taboo: An Ethnological Psychoanalysis" (1922), y "Totem and Taboo in Retrospect" (1939), en William A. Lessa y Evon Z. Vogt, eds., *Reader in Comparative Religion. An Anthropological Approach*, 2 ed., Nueva York, Harper & Row, 1965, pp. 48-56; Bronislaw Malinowski, *The Father in Primitive Psychology*, Londres, Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., 1927.

¹⁵ Paul-Laurent Assoun, *Freud et les sciences sociales*, París, A. Colin, 1993.

¹⁶ S. Freud, *A Phylogenetic Fantasy. Overview of the Transference Neurose* (1915), Cambridge, Mass., The Belknap Press, 1987.

¹⁷ S. Freud, "De la historia de una neurosis infantil" (1918), en O. C., t. XVII, p. 89.

¹⁸ Carlo Ginzburg, "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales", en *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1989.

fallan. Las pulsiones no pueden ser totalmente dominadas. En contraste con las críticas al psicoanálisis por su “edipización” o “familiarización” de las dinámicas de lo inconsciente, es necesario indicar que no nos hallamos frente a una teoría sociológica que predica cómo los sujetos son constituidos por habitus, funciones, dispositivos, aparatos o ideologías, sino precisamente por las crisis de las diversas maneras de domeñar lo inconsciente. En otras palabras, por la flaqueza estructural de la función normalizadora (*paterna*) de la cultura. No obstante, esa debilidad mostraba una potencia inmensa.

En *Moisés y la religión monoteísta*, Freud propuso un paso más audaz en la comprensión del cambio histórico. En *Tótem y tabú* y otros textos, como en el dedicado a una “posesión demoníaca” en el siglo dieciocho, el tema de la historia era el del lugar de Padre (como función), y no del padre, es decir, de la aparición de una instancia de identificación simbólica antes que del padre concreto.¹⁹ Según Freud, Moisés habría sido un líder egipcio que guió a los hebreos fuera de Egipto y les impuso una religión solar, monoteísta, de rigidez implacable. Incapaces de soportar su tiranía, como aconteció con el padre primitivo, el caudillo fue asesinado, y su religión olvidada, con excepción de un pequeño grupo que conservó su memoria. Con el paso de los siglos se produjo un *retorno de lo reprimido*, es decir, de la religión monoteísta, que persistió como fondo traumático tanto del judaísmo como del cristianismo (esto explicaría, por otra parte, la perdurabilidad del antisemitismo en el cristianismo).

Como en su momento *Tótem y tabú*, el *Moisés* suscitó tenaces resistencias.²⁰ Uno de los reproches más habituales atacó la indicación freudiana sobre la transmisión intergeneracional de representaciones inconscientes, que mantenía como horizonte el lamarckismo de la herencia de caracteres adquiridos. Debatiendo las interpretaciones de Freud como un “judío sin dios”, Yosef H. Yerushalmi postuló que, en realidad, el autor de *La interpretación de los sueños* delataba así su profunda e inevitable adscripción a la cultura hebrea. El lamarckismo no sería sino la prueba de que la tradición (en este caso, judía) es vivida como *historia natural*, como si fuera transmitida

¹⁹ S. Freud, “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII” (1923), en *O. C.*, t. XIX; Michel De Certeau, “Ce que Freud fait de l’histoire. A propos de ‘Une névrose démoniaque au XVIIe siècle’”, en *L’Écriture de l’histoire*, París, Gallimard, 1975.

²⁰ Recientes interpretaciones historiográficas señalan la relevancia de sus hipótesis. Ver Jan Assmann, “Monothéisme et mémoire. Le Moïse de Freud et la tradition biblique”, en *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, n° 5, 1999; Dominic Montserrat, *Akhenaten. History, Fantasy, and Ancient Egypt*, Londres-Nueva York, Routledge, 2000.

“hereditariamente” por los ancestros.²¹ Otras lecturas plantearon que la relación entre los sujetos y las generaciones con las tradiciones, en Freud, es de orden cultural, abierta al cambio y la innovación; en otros términos, que el Moisés no presenta a las identificaciones como destinos inevitables sino como procesos de transmisión que deben ser investigados en su historicidad.²²

En Moisés encontramos la estación final del pensamiento histórico freudiano. Su vertiente fundamental es la historia de la cultura, donde la noción de trauma está inextricablemente ligada a la de retorno de lo reprimido y está presente en toda experiencia de constitución subjetiva (que no es sólo “individual”). La imaginación psicoanalítica parte del trauma sexual, pero en su aplicación a la historia propone la busca de la representación inconsciente, la *imago*, que circula social y temporalmente, constituyéndose en una comprensión de la memoria social.²³ Algunos conceptos psicoanalíticos que pueden ser movilizados en la investigación de la historia ya fueron mencionados. Ahora podemos añadir otros: complejo de Edipo, memoria, olvido, período de latencia, padre, madre, generación, transmisión, en una lista incompleta. No obstante, el diccionario que puede aportar la obra freudiana nunca podría ofrecer una “caja de herramientas”, separable de la problemática que las ha diseñado, sin privarlas de su fuerza comprensiva. Justamente por eso, tales nociones no podrían ser escindidas de las incertidumbres del evolucionismo freudiano, y del carácter conjetural de sus *construcciones*. Noción fundamental, la de construcciones (conjeturas narrativas que el analista propone al analizante para atizar el despliegue de articulaciones de lo inconsciente), que reconoce la imposibilidad de agotar las narraciones y de *terminar* un análisis o una *historia*.²⁴

Freud vaciló entre la reconstrucción de la realidad de la secuencia de hechos y el abandono de esa pretensión a favor de una evaluación de lo producido

²¹ Y. H. Yerushalmi, *El Moisés de Freud. Judaísmo terminable e interminable*, Nueva Visión, 1996. Para la perspectiva criticada, véase Peter Gay, “Ein gottloser Jude”. *Sigmund Freuds Atheismus und die Entwicklung der Psychoanalyse*, Frankfurt/Main, Fischer, 1988; idem, *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Paidós, 1990.

²² Jacques Derrida, *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Madrid, Trotta, 1997; Richard Bernstein, *Freud and the Legacy of Moses*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

²³ Jan Assmann, “Sigmund Freud und das kulturelle Gedächtnis”, en *Psyche*, n° 1, 2004.

²⁴ S. Freud, “Construcciones en el análisis” (1937), en O. C., t. XXIII.

en transferencia, en la clínica, lo que privilegiaba lo actual en detrimento de la historia. En buena medida esta última fue la opción de Lacan.²⁵

En Lacan, la tematización de la historia y de la historiografía es más sucinta pero no está menos atribulada de consecuencias epistémicas.²⁶ La extensa trayectoria de Lacan puede ser matizada en tres momentos. El primero es el del Lacan psiquiatra que posterga las flexiones estéticas surrealistas de los primeros años treinta y emplea un instrumental durkheimiano rubricado por temas caros al pensamiento católico-reaccionario.²⁷ El texto fundamental del período es el escrito sobre la *declinación* moderna de la *imago paterna* que habría favorecido la producción de los *complejos* de destete, intrusión y Edipo.²⁸

El segundo momento se desliga de la historia social como empiria de la posición del sujeto para situarlo ante el lenguaje. Este es el pasaje estructural del pensamiento lacaniano, enunciado en el “Discurso de Roma” como un *retorno a Freud*.²⁹ El concepto esencial es el de identificación con el significante. El sujeto del inconsciente es definido en su drama subjetivo por las formas de las identificaciones simbólicas e imaginarias, subordinadas al lenguaje. Tal desplazamiento epistémico del psicoanálisis, distancia a Lacan del evolucionismo persistente en Freud, tanto en el plano singular (en la ontogénesis de las fases de la vida pulsional) como en el de lo social, que es relevado por el análisis de los mitos propuesto por Claude Lévi-Strauss.³⁰ Éste ya había desestimado, en el capítulo final de *Las estructuras elemen-*

²⁵ La opción de Lacan de abandonar como un arcaísmo teórico la preocupación de Freud por la realidad del acontecer de las fantasías originarias ocasionó una escisión dentro de sus discípulos: Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, *Fantasia originaria. fantasia de los orígenes. origen de la fantasia* (1964), Barcelona. Gedisa, 1986.

²⁶ Para detalles, remito a otros estudios de mi autoría: “‘Cette chose que je déteste’: Lacan y la historia”, en *Litorales. Revista de teoría y método en geografía y otras ciencias sociales*, n°4, 2004; “Historia y subjetividad en Jacques Lacan”, en *Epistemología e historia de la ciencia*, vol. 11, n°11, 2005; “La historia intelectual y el psicoanálisis. más allá del Edipo”, en *Frenia. Revista de historia de la psiquiatría*, vol. 5, 2005.

²⁷ Markos Zafropoulos, *Lacan et les sciences sociales. Le déclin du père (1938-1953)*, París, PUF, 2001; Bertrand Ogilvie, *Lacan. La formación del concepto de sujeto*, Nueva Visión, 2000.

²⁸ J. Lacan, “Les complexes familiaux dans la formation de l’individu. Essai d’analyse d’une fonction en psychologie” (1938), en *Autres écrits*, París, Seuil, 2001.

²⁹ J. Lacan, “Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse” (1953), en *Écrits*, París, Seuil, 1966, y “Discours de Rome” (1953), en *Autres écrits*, ob. cit.

³⁰ J. Lacan, “Le Mythe individuel du névrosé” (1953), en *Ornicar?*, n° 17-18, 1979.

tales del parentesco (1949), la explicación de *Tótem y tabú*.³¹ La lectura lacaniana de los textos freudianos procedía a privilegiar, consecuentemente, los escritos sobre la repetición y la pulsión de muerte, que cuestionaban la primacía conceptual del evolucionismo.³²

A partir del entendimiento estructural, el relato de la "historia" pasaba a ser un mito retrospectivo que crea la ilusión de la continuidad. Según Lacan, no había sido otra la función de las conjeturas historiográficas de Freud, que una vez disponible el concepto de estructura debían ser dejadas de lado. Mientras el fundador del psicoanálisis había propuesto hipótesis que abarcaban milenios e inmensas extensiones, a mediados del siglo veinte esa búsqueda debía dar paso a la interpretación de las formas (y fracasos) de las identificaciones. El interés del psicoanálisis por despertar una extensión historiográfica o sociológica entre las filas psicoanalíticas se tornó más débil, y la complejidad del lenguaje lacaniano hizo menos factible un empleo conceptual para la historiografía.

El tercer momento abarca al Lacan que va de 1964 hasta el final de su vida. Es el período donde el registro de "lo real" adquiere una importancia antes otorgada a "lo simbólico" y "lo imaginario". En verdad, se trata de una variación de la problemática que, desde su formulación en 1953, afirmó el nudo borromeo que liga a los tres registros (ese nudo grafica que nunca lo real, lo simbólico o lo imaginario aparecen sin convocar al resto de los registros). Pero la preeminencia de lo real debía alterar el tipo de imaginación de la historia implicada en la historiografía.³³ Hasta ese momento, el Lacan estructural había expresado su preferencia por la historiografía *inmóvil* de la escuela de los *Annales*; más tarde manifestó detestar toda historia como *ciencia humana*.

El tensamiento teórico de lo real como lo que no puede ser nunca completamente simbolizado, es decir, descrito en una matriz simbólico-imaginaria que lo domeña, demandó un más allá de la pretensión narrativa de la historiografía. Si no puede ser totalmente simbolizado ni imaginario, tampoco puede ser radicalmente deconstruido ni representado.³⁴ El campo epistémico

³¹ M. Zafirooulos, *Lacan et Lévi-Strauss, ou le retour à Freud (1951-1957)*, París, PUF, 2003.

³² S. Freud, "Lo ominoso" (1919) y *Más allá del principio de placer* (1920), ambos en *O. C.*, t. XVII; J. Lacan, "Le Séminaire sur 'la Lettre volée'" (1956), en *Écrits*, ob. cit.

³³ Yannis Stavrakakis, "Lacan and History", en *Journal for the Psychoanalysis of Culture and Society*, vol. 1, n° 4, 1999.

de la representación del lazo del sujeto con la historia en el último Lacan se distancia de la potencial traslación hacia la problemática historiográfica, al menos en el modo actual de su epistemología, para ingresar al terreno de la literatura y allí en particular al de la escritura joyceana.³⁵ En cierto modo, con este viraje Lacan retornaba a sus inicios surrealistas.³⁶ Para la comprensión histórica, los efectos fueron los de una ruptura radical con la imagen continuista de lo histórico, el privilegio de la pregunta sobre la escritura de la historia antes que por su referencia, y la asignación de la historicidad a la emergencia de lo real. El proyecto de Lacan se oponía por el vértice a la lectura “filosófica” de Freud que buscaba instituir a la *elaboración* como un trabajo de integración narrativa de la identidad del sujeto.³⁷ Posteriormente, esa lectura -en rigor antipsicoanalítica- se convirtió en una de las interpretaciones de la historiografía que ha tenido una muy extensa repercusión.³⁸ Una versación lacanianiana en la historiografía aun no ha tenido lugar.

Encrucijadas entre psicoanálisis e historiografía

Luego de este recorrido sumario de las implicancias para la historiografía de las obras de Freud y Lacan, discutiré algunas de las objeciones que han emergido -a propósito de las incursiones historiográficas ocurridas en el siglo veinte- sobre el diálogo trunco entre ambos saberes. En la discusión, que será conducida con escasas referencias a obras de interpretación concreta porque

³⁴ Esto justifica el reclamo zizekiano contra la clasificación de Lacan como un teórico posestructuralista o un posmoderno. Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo Veintiuno, 1994; Joan Copjec, *Read my Desire. Lacan against the Historicists*, Cambridge, Mass.-Londres, MIT, 1994.

³⁵ J. Lacan, “Joyce le Symptôme” (1975), en *Autres écrits*, ob. cit.

³⁶ También recuperaba en todo su significado la discusión estética sobre la temporalidad que había ensayado en 1945, a propósito de un juego lógico: J. Lacan, “Le temps logique et l’assertion de certitude anticipée. Un nouveau sophisme”, en *Écrits*, ob. cit.; en ese texto el momento de la anticipación como instancia de la dinámica subjetiva abría el futuro como puntal esencial de la temporalidad, una apertura que innovaba sobre la inclinación freudiana a establecer una dialéctica entre el pasado y el presente.

³⁷ Paul Ricoeur, *Freud: una interpretación de la cultura*, México, Siglo Veintiuno, 1979. La edición original en francés de este libro apareció en 1965; la respuesta polemista de Lacan apresuró la publicación al año siguiente de sus *Écrits*.

³⁸ P. Ricoeur, *Temps et récit*, París, Seuil, 1983-1987, 3 vols.; idem, *La Mémoire, l’histoire, l’oubli*, París, Seuil, 2000.

el tratamiento excedería el espacio de un artículo, se relevará la desigual pertinencia de las objeciones al empleo historiográfico del psicoanálisis.

Adopto como punto de partida una propuesta de Jürgen Straub, quien ha sugerido la siguiente lista de diez reparos usuales a la aplicación del psicoanálisis en la historiografía, que he procedido a reordenar para otorgarle mayor prolijidad: 1) La falta de una historización de los conceptos psicoanalíticos, que pretenden la universalidad; 2) De esa universalidad se derivaría un androcentrismo, un etnocentrismo y finalmente un imperialismo cultural; 3) El reduccionismo psicológico y la monocausalidad que, aunque Straub no lo señala, refiere al presunto *pansexualismo* psicoanalítico; 4) La inclinación a un individualismo metodológico, hacia la biografía, que deja de lado las estructuras sociales; 5) La suposición, cuando se va más allá del individuo, de un sujeto colectivo; 6) La imposibilidad de ofrecer explicaciones racionales, en última instancia, de procesos subjetivos que están ligados muy estrechamente a la experiencia del analista; 7) El privilegio de lo irracional de las acciones, sin consideración de lo intencional y lo racional; 8) La estrategia de autoinmunización que implica considerar como mecanismos de defensa todas las críticas contra la perspectiva psicoanalítica; 9) La imposibilidad de emplear en el estudio de la historia los procedimientos metódicos de las sesiones de la *talking cure* que implica la copresencia de analista y analizante. (Peter Gay ha insistido en la pertinencia del reproche de que es imposible analizar "lo muerto");³⁹ 10) La dificultad de poseer la formación adecuada en materia historiográfica y psicoanalítica, de modo tal de no reducir una colaboración posible a la aplicación superficial de conceptos o destrezas insuficientemente conocidas.⁴⁰

La primera objeción concierne a la pretensión de universalidad de los conceptos psicoanalíticos. Este reproche es de vieja data. Lo había expuesto Malinowski al señalar que en algunas sociedades no-occidentales el lugar del padre es diverso al prevaleciente en la Viena burguesa de principios del siglo veinte. Por lo tanto, era preciso limitar la validez del complejo de Edipo, pensado por Freud desde una experiencia occidental marcada por el devenir de las formas modernas de la organización familiar. Del mismo modo, sería factible relativizar la validez de la relevancia del monoteísmo para realidades

³⁹ P. Gay, *Freud for Historians*. Nueva York, Oxford University Press, 1987.

⁴⁰ J. Straub, "Psychoanalyse, Geschichte und Geschichtswissenschaft", en Jörn Rüsen y J. Straub, eds., *Die dunkle Spur der Vergangenheit. Psychoanalytische Zugänge zum Geschichtsbewusstsein*, Frankfurt/Main, Suhrkamp, 1998, pp. 17-22.

sociales donde no existe. Los conceptos psicoanalíticos, sin embargo, no son de índole sociológica (si entendemos por esto la correspondencia con formas sociales estabilizadas), ni son transferibles a todo tiempo y lugar. Se trata, desde Freud, de construcciones que intentan *aplicar* los saberes conocidos para la comprensión de realidades siempre extrañas, pero articuladas con un hecho universal: la incertidumbre de la posición del sujeto frente a la diferencia sexual una vez que está socializado, es decir, que es atravesado por un lenguaje socialmente compartido. Esa universalidad era la que Lacan reprochaba desconocer a la historiografía de Michel Foucault en *Las palabras y las cosas* (1966), que proclamaba épocas históricas comprensibles en sí mismas, a través de sus epistemes.⁴¹ En cambio, el psicoanálisis plantea un real irreductible a la historización, que es justamente esa vacilación ante la sexualidad, de la que la historia describe las múltiples respuestas, localizadas y temporalizadas, para la misma y eterna pregunta.⁴² En Freud, la historicidad y la universalidad se enunciaba así: la pulsión sexual posee una meta, la satisfacción, pero no tiene un objeto predeterminado o natural; el hecho genérico sólo se concreta en la contingencia del objeto de deseo.

Se comprenderá ahora por qué no se trata de atribuir al psicoanálisis *aplicado* o *en extensión* (según la fórmula lacaniana) una monocausalidad centrada en lo sexual: la diferencia sexual es un problema cultural antes que una base biológica productora de instintos cuya represión sería explicable por una historiografía psicoanalítica.⁴³

La *segunda* objeción alude a que la supuesta universalidad derivaría en un androcentrismo, un etnocentrismo y un imperialismo cultural. ¿No es acaso cierto que Freud denominó a la sexualidad femenina como el “continente negro” del psicoanálisis, y Lacan planteó algo similar al postular un *goce no fálico* que imposibilitaría una reducción del goce femenino a las instancias culturales dominantes? ¿No fue la tarea de la escuela inglesa de psicoanálisis

⁴¹ Por eso es problemática la interpretación que supone al sujeto lacaniano como situado en la época moderna. Ver para esa posición, Teresa Brennan, *History after Lacan*, Londres, Routledge, 1993. Otra perspectiva en Jean-Claude Milner, *La Œuvre claire. Lacan, la science, la philosophie*, París, Seuil, 1995.

⁴² Clase del 18 de mayo de 1966, del seminario inédito “Problemas fundamentales del psicoanálisis”. El desfiladero irresoluble de la diferencia sexual (y su tramitación en lo inconsciente) constituyen el punto de partida de una extensión historiográfica del psicoanálisis.

⁴³ Sobre la noción de extensión, Juan Besse, “Entre la aplicación y la extensión. Puntuaciones exploratorias sobre psicoanálisis ◊ investigación social”, en *Acheronta. Revista de Psicoanálisis y Cultura*, n° 21, 2005.

cierto que Freud denominó a la sexualidad femenina como el “continente negro” del psicoanálisis, y Lacan planteó algo similar al postular un *goce no fálico* que imposibilitaría una reducción del goce femenino a las instancias culturales dominantes? ¿No fue la tarea de la escuela inglesa de psicoanálisis la que iluminó la relevancia de la experiencia preedípica, mientras que el pensamiento freudiano privilegiaba la atención a la deriva de lo paterno? En este punto es preciso destacar que los conceptos freudianos fueron pensados para la clínica, y que sus construcciones históricas tenían la función de iluminar experiencias subjetivas de otro modo ininteligibles. Por eso debían permanecer prisioneros de su época. El cruce con la historiografía será de gran beneficio para el psicoanálisis porque contribuirá a historizar sus deudas con las ideologías dominantes.

Lacan llegó más lejos que Freud en la desociologización de los conceptos psicoanalíticos, pues la inscripción de la lógica subjetiva en la dinámica del inconsciente estructurado *como un lenguaje* condujo a extraer las consecuencias de la inevitable flotación de todos los significantes.⁴⁴ Incluso el significante privilegiado, el *falo*, aparece como una máscara que pretende cubrir la imposibilidad de la relación sexual, es decir, el núcleo *real* ante el que todo significante fracasa. Y si las identificaciones (el anudamiento del sujeto con significantes que le otorgan una “identidad”) funcionan y perduran, es porque se reiteran: la identidad es un “plebiscito de todos los días”, que debe ser repetido por el sujeto y reconocido por el otro. En otras palabras, el psicoanálisis es el reverso de toda identificación, y en ese sentido parece políticamente inútil, pues al menos hasta hoy la afirmación de cualquier política sin alguna base identitaria es endeble.⁴⁵ Sin embargo, el carácter a la vez posible e imposible de la identificación es profundamente histórico, y

⁴⁴ De allí la fragilidad de las propuestas de emplear el psicoanálisis lacaniano como un reservorio de conceptos de índole sociológico al estilo de la escuela historiográfica de François Furet y Marcel Gauchet. Ver Pierre Beckouche, “Le symbolique. Une approche lacanienne pour les sciences sociales”, en *Le Débat*, n° 126, 2003. Este tipo de mirada era compatible con el Lacan del ensayo de 1938 sobre los complejos familiares, pero se torna incommunicable con el de los años de la influencia estructural y, más radicalmente, con el de “lo real”.

⁴⁵ El reproche fue dirigido a Lacan en ocasión de la rebelión parisina de mayo de 1968, cuando el psicoanalista planteó al estudiantado radicalizado que con la “revolución” sólo estaban buscando un nuevo amo (es decir, reemplazar una identificación por otra: “capitalismo” por “Mao”). J. Lacan, *Le Séminaire, Livre XVII. L'envers de la psychanalyse (1969-1970)*, París, Seuil, 1991. Sobre el tema, véase Elisabeth Roudinesco, *Jacques Lacan. Esquisse d'une vie, histoire d'un système de pensée*, París, Fayard, 1993.

así puede ser pensado a través del concepto lacaniano de *discurso*, que articula las posiciones de sujeto en una situación específica, no como infalibles máquinas de subjetivación sino como instancias de construcción subjetiva sobredeterminada a la vez que formalizable (por ejemplo, puede hablarse de un discurso analítico, histórico, político, universitario, capitalista, para mencionar los descriptos por Lacan).⁴⁶

No obstante, es preciso ahondar en otro aspecto de la impugnación señalada por Straub: la ausencia de una historización contextual de los conceptos psicoanalíticos. ¿La noción de inconsciente es utilizable fuera de la clínica? Si lo es: ¿emerge del mismo modo en la Grecia clásica y en la Rusia soviética? El reproche pertenece a la tradicional aversión historiográfica contra el *anacronismo*.⁴⁷ De Certeau, en este sentido, ha indicado una divergencia de la temporalidad historiadora (basada en una distinción entre el pasado y el presente que intenta preservar la “diferencia histórica”) y la psicoanalítica (donde en la situación de transferencia los tiempos interfieren dinámicamente en la lógica inconsciente).⁴⁸ Sin embargo, es discutible que la inquietud contra el anacronismo neutralice la inevitable *fusión de horizontes* implicada en todo proceso interpretativo, y que la “confusión” de temporalidades no sea cognoscitivamente productiva.⁴⁹ Por otra parte, existen paradigmas de lo histórico, como en Aby Warburg y en Walter Benjamin, que postulan la eficacia de la mencionada confusión en la interpretación pero también en la experiencia histórica concreta.⁵⁰ El concepto de *eficacia retroactiva*, lo ha señalado Derrida, debe tener consecuencias para la noción usual de archivo:⁵¹ no obstante, la reformulación puede ser extendida al horizonte cognitivo general de la historiografía. ¿Qué sucedería si la historicidad fuera por definición anacrónica?

⁴⁶ J. Lacan, *Le Séminaire, Livre XVII. L'envers de la psychanalyse*; ob. cit.; idem, “Radiophonie” (1970), en *Autres écrits*, ob. cit.

⁴⁷ Lucien Febvre, “Histoire et psychologie” (1938), en *Combats pour l'histoire*, París, A. Colin, 1992.

⁴⁸ M. de Certeau, *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 1995.

⁴⁹ Jacques Rancière, “Le concept d'anachronisme et la vérité de l'historien”, en *L'Inactuel*, n°, 1996.

⁵⁰ Georges Didi-Huberman, *L'Image-fantôme. Survivance des formes et impuretés du temps*, París, Minuit, 2002.

⁵¹ J. Derrida, *Mal de archivo*, ob. cit., p. 20; véase también J. Derrida, “Freud y la escena de la escritura”, en *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1987.

Parece más sencillo despejar la crítica al pansexualismo como inevitable en los ensayos históricos inspirados en el psicoanálisis. Un rápido vistazo a la obra freudiana muestra que la teoría pulsional siempre fue una polaridad: la primera formulación distinguía entre la libido y la pulsión de conservación (o yoica), la segunda, posterior a la discusión sobre el narcisismo, enfrentaba la libido a la pulsión de muerte. La enorme importancia de la vida sexual en la experiencia humana es sobredeterminada porque no es instintiva. Es evidente que ninguna aplicación del psicoanálisis podría eludir el plano de lo sexual, pero en esa tematización sería imposible dejar de acudir a otras teorías o puntos de vista que explicasen mejor que el saber freudiano las condiciones sociales, demográficas, culturales o económicas en las que adquieren formas concretas. ¿Puede practicarse una historia de la sexualidad sin el concurso del psicoanálisis? Ese es un tema de debate contemporáneo. Después de Foucault, se ha postulado que el psicoanálisis es una tecnología de sujeción lastrada de nociones discutibles como castración o perversión. Lo que ese pensamiento constructivista no ha logrado eliminar es la vertiente de la pulsión como un real irreducible a los dispositivos o prácticas. La discusión, aun irresuelta, es esencial para emprender una activación historiográfica del psicoanálisis. En cualquier caso, hay una verdad en el "saludable eclecticismo" de la epistemología *espontánea* de la historiografía: los hechos y procesos históricos son más ricos que cualquier saber. El de corte psicoanalítico deberá observar la misma delimitación que regula el empleo de otros saberes en la historiografía, esto es, el de iluminar aspectos invisibles u olvidados por otras perspectivas, pero difícilmente el de convertirse en una visión del mundo exclusiva (algo por lo demás muy distante del psicoanálisis en cuanto saber). Sin embargo, no es obvio que esa contribución se limite a añadir una parcela más a una disciplina de saber que conserve intacta en su armazón epistémica.

La cuarta tribulación del uso historiográfico del psicoanálisis es la propensión al individualismo metodológico, hacia la biografía, que dejaría de lado las estructuras sociales. Este tema es sumamente importante porque, en efecto, concierne a buena parte de las obras históricas producidas con un aliento psicoanalítico más o menos riguroso. La llamada psichistoria, una amplia y heterogénea escuela histórica que se desarrolló especialmente entre los años cincuenta y setenta del siglo veinte se convirtió en la presencia historiográfica del psicoanálisis.⁵² La obra inspiradora fue el *Young Man Luther*, de Erik

H. Erikson, donde el autor proponía comprender la elección protestante de Lutero como la respuesta a una crisis de juventud. El enfoque era diferente del freudiano y se encuadraba en una imaginación evolutiva de ocho etapas del desarrollo individual.⁵³

La suerte de la psicohistoria como especialidad estuvo estrechamente ligada a Lloyd DeMause y su teoría del desarrollo infantil.⁵⁴ El nudo de la psicohistoria continuaba la vertiente eriksoniana, dado que anclaba la investigación dentro de una narrativa del desarrollo individual. En la trayectoria biográfica, y especialmente en las etapas infantiles, surgían crisis subjetivas que marcaban el futuro del sujeto. La psicohistoria fue duramente criticada desde la historiografía profesional y diversas canteras del pensamiento social.⁵⁵ Es necesario señalar que la aproximación psichistórica tenía poca relación con el psicoanálisis. El uso de categorías o supuestos teóricos eran simplificaciones del pensamiento de Freud, o más corrientemente, préstamos del *revisionismo* norteamericano que tras la muerte del maestro vienesí quiso convertir al psicoanálisis en una teoría del yo. La explicación histórico-biográfica supo restringirse al condicionamiento de las experiencias infantiles, haciéndose objeto del señalamiento que Norbert Elias dirigió a Freud: el de mentar un *homo clausus*, aprisionado en la herencia de los traumas tempranos.⁵⁶ Desde este punto de vista, fuertemente ahistórico, la práctica de la psicohistoria fue dañina para la extensión historiográfica de los descubrimientos psicoanalíticos. La arbitrariedad, individualismo y reduccionismo psichistóricos fueron frecuentes excusas para recusar cualquier intercambio con una historiografía presuntamente científica y hegemonizada por la historia social.

La quinta objeción contra el psicoanálisis consiste en el problema de los ensayos de extensión del análisis histórico una vez que se excede al indivi-

⁵² Peter Loewenberg, *Decoding the Past. The Psychohistorical Approach*, Nueva Brunswick-Londres, Transaction Publishers, 1995; Jacques Szaluta, *Psychohistory. Theory and Practice*, Nueva York, Peter Lang, 1999.

⁵³ E. H. Erikson, *Young Man Luther. A Study in Psychoanalysis and History*, Nueva York, W. W. Norton, 1958; idem, "Las ocho edades del hombre", en *Infancia y sociedad*, Hormé, 1966.

⁵⁴ Lloyd DeMause, *The History of Childhood*, Nueva York, The Psychohistory Press, 1974.

⁵⁵ David E. Stannard, *Shrinking History. On Freud and the Failure of Psychohistory*, Nueva York-Londres, Oxford University Press, 1980; David H. Fischer, *Historian's Fallacies. Towards a Logic Historical Thought*, Nueva York, Harper Perennial, 1970.

⁵⁶ N. Elías, *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península, 2000.

duo; entonces se operaría una mera trasposición de conceptos, como si las clases, multitudes o grupos fueran sujetos colectivos. En las evaluaciones historiográficas, la reducción del psicoanálisis al "individuo" condujo incluso a esperar que fuera completado por una psicología social.⁵⁷ Freud reconocía en la página final de *Tótem y tabú* que sin una hipótesis de una *psiquis de masa* no se comprenderían los procesos anímicos individuales. Su tesis sobre la culpa transmitida a las posteriores generaciones (que no habían conocido al padre primitivo) del acto parricida y antropofágico suponía, por otra parte, una perdurabilidad inconsciente que atravesaba los siglos.⁵⁸ Freud reconocía las dificultades de su conjetura teóricamente necesaria, pero desde el campo de la historiografía se procedió a desechar la idea como una presunción imposible de comprobar.

El psicoanálisis considera al sujeto antes que al individuo. El sujeto está siempre dividido *entre* las relaciones sociales que lo constituyen. Es suficiente leer cualquiera de los historiales de Freud para comprobar que su narrativa excede a las aventuras de un individuo particular: así por ejemplo, el caso de Dorá incluye su drama en la configuración donde son claves su padre, y el señor y la señora K.⁵⁹ El punto de vista psicoanalítico no es, pues, "individualista". Esa inclinación es propia de la psicología que parte de nociones como *personalidad* o *yo*. Por lo tanto, el problema no consiste en pasar de la instancia individual a la colectiva, porque para el pensamiento freudiano la distinción individuo/grupo es virtual. En Lacan el énfasis es extremado; el sujeto lacaniano es, por definición, un sujeto social, un sujeto del otro, identificado (o "cosido") al orden del significante.⁶⁰ Esto no significa que sean irrelevantes las advertencias contra el uso indiscriminado de conceptos útiles para las derivas subjetivas singulares en los fenómenos colectivos. Sin embargo, esa prevención concierne al conocimiento social como tal, y no es una dificultad específica de la extensión historiográfica del psicoanálisis.

⁵⁷ Hans-Ulrich Wehler, "Zum Verhältnis von Geschichtswissenschaft und Psychoanalyse", en H.-U. Wehler, ed., *Geschichte und Psychoanalyse*, Frankfurt/Main, Ullstein, 1971.

⁵⁸ S. Freud, *Tótem y tabú*, ob. cit., p. 159.

⁵⁹ S. Freud, "Fragmento de análisis de un caso de histeria" (1905), en *O. C.*, t. VII.

⁶⁰ J. Lacan, "Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien" (1957), en *Écrits*, ob. cit. Se ha propuesto que la versación psicoanalítica reaparece en la historia cultural, bajo las maneras de un "inconsciente transindividual" que implicaría la dialéctica del sujeto y el Otro. Boris Berenzon Gorn, *Historia es inconsciente (La historia cultural: Peter Gay y Robert Darnton)*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 1999, p. 20.

Straub plantea, en sexto lugar, el problema de condicionar las explicaciones a la interpretación por parte del analista, es decir, la de exagerar la arbitrariedad de la investigación a un parecer subjetivo (consciente o inconsciente). La cuestión supone indagar la eficacia de la transferencia. En su *Selbstdarstellung*, Freud aclaraba que la transferencia en la clínica era la manifestación particular de un “fenómeno humano universal” que domina de una manera general “las relaciones de una persona con su entorno humano”.⁶¹ La implicación de transferencia usual en la historiografía, aparentemente atenuada en el seno de una institucionalidad académica, es de otro orden que el de la mera arbitrariedad individual. Pero tampoco lo es en la clínica, donde la interpretación no es por defecto una formulación del analista. En realidad, la historia del psicoanálisis muestra que lo contrario es lo exacto. En 1910, en ocasión del primer decenio del psicoanálisis, Freud elaboró un texto sobre las perspectivas de la técnica psicoanalítica donde comenzaba a observar que la interpretación tendía a ubicarse crecientemente en la posición de analizante antes que en la de analista, cuya función era la de ejercer una *atención flotante*, instalada en el entre-dos de la transferencia; en la formulación tardía sobre la construcción en psicoanálisis, la deriva se radicalizó, y la tarea analítica fue redefinida como la producción de conjeturas significativas (construcciones).⁶² En Lacan, el proceso se consuma con la definición del lugar del analista como el de un *sujeto supuesto saber*, que en realidad *nada sabe* (¿cómo podría saber a priori sobre la productividad interminable de lo inconsciente?), y cuya destitución subjetiva es el índice del *fin del tratamiento*. Desde esta perspectiva, el psicoanálisis en extensión posee menos inclinaciones de fundamentalismo de autoridad intelectual que la usualmente reclamada por cualquier historiador promedio que ha visto una serie completa de documentos de archivo.

⁶¹ S. Freud, *Presentación autobiográfica* (1925), en O. C., t. XX, p. 40. El proceso transfe-rencial podría ser hallado también en la práctica historiadora, pues es muy habitual que el historiador o la historiadora amen u odien a sus temas de investigación, como también lo es que en su trabajo tramiten -quizás inconscientemente- sujeciones culturales de diversa índole. Es evidente que la elección de un tema de investigación y la manera de em-prenderlo dicen mucho del sujeto investigador, pero no agotan las instancias institucionales y políticas de producción. Dominick LaCapra, “History and Psychoanalysis”, en *Critical Inquiry*, vol. 13, n° 2, 1987.

⁶² S. Freud, “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica” (1910), en O. C., t. XI; idem, “Construcciones en el análisis”, ob. cit.

La séptima dificultad alude a la estrategia de autoinmunización que implica considerar como mecanismos de defensa todas las críticas a la aplicación o extensión del psicoanálisis. En esa vía, toda objeción contra las tesis históricas psicoanalíticamente informadas mostrarían una resistencia, un mecanismo de defensa, contra los aspectos sexuales o inconscientes de los hechos históricos; el problema no sería del psicoanálisis, sino de las historiadoras y los historiadores incapaces de tolerar la discusión sobre temas que o bien inquietan subjetivamente, o bien son incompatibles con los estándares tradicionales de la disciplina.

¿Hay una resistencia historiográfica contra el psicoanálisis? Eso parece evidente si contrastamos la prevención que el psicoanálisis despierta: se trata de una suspicacia sintomática que no aparece aplicada a la inmensa serie de conceptos de la ingenua psicología en la que se fundó la comprensión historiográfica. ¿Qué psicologías fueron supuestas por Marc Bloch en *Los reyes taumaturgos* o por Eric Hobsbawm en *Rebeldes primitivos*? ¿Quién podría afirmar que las psicologías no dichas ni tematizadas están más justificadas que el psicoanálisis aplicado de Freud en *Moisés y la religión monoteísta*? La prevención del empirismo historiográfico frente al psicoanálisis descansa, por una parte, en una más genérica actitud epistemológica que defiende un territorio aparentemente libre de prejuicios donde las fuentes documentales garantizarían la soberanía de la seriedad interpretativa, contra la imposición injustificada de temas que no están presentes en los archivos. La historiografía parece defenderse con la *tijera de Occam*, que denostaba en la escolástica la multiplicación innecesaria de los entes. ¿Para qué rastrear identificaciones, descos, represiones, falos, objetos a, si la realidad se atiene a precios, proclamas, condenas judiciales, debates parlamentarios, batallas, huelgas obreras? ¿Para qué complicar lo que el sentido común de la razonable práctica historiadora suele plantear sencillamente?

En toda resistencia existe un nudo de realidad. La historiográfica también la tiene, y es de matriz epistémica. En este aspecto mi planteo diverge los alegatos de De Certeau y Gay. Para ellos, el psicoanálisis puede contribuir a la historiografía, al menos parcialmente. Pero la disciplina historiadora conservaría sus atributos epistemológicos. Mi parecer es que sin una revisión de esas bases en apariencia naturales (una concepción evolutiva del tiempo, ciertos criterios de prueba, el horror al anacronismo o a la función *productiva* del narrar), es decir, sin una refiguración del horizonte cognitivo historiador, esa contribución será mínima y no propenderá a una transformación del

vetusto horizonte ideológico de la historiografía. Es claro que la epistemología psicoanalítica no es una verdad a ser adoptada sin crítica. La elaboración de las condiciones del diálogo debe ser recíproca.

El octavo reparo refiere al "privilegio de lo irracional de las acciones, sin consideración de lo intencional y lo racional". El punto es quizás es el menos sostenible de los diez que aquí se revisan. Lo que el saber freudiano cuestionó desde su nacimiento fue la escisión entre lo racional y lo irracional, desplazando esa dicotomía -por insostenible- en beneficio de lo inconsciente. La noción psicoanalítica de lo inconsciente es muy diferente a la idea romántica de lo inconsciente como zona oscura, irracional, incognoscible o telúrica. Por otra parte, las acciones conscientes o intencionales son perfectamente articulables en el paradigma del psicoanálisis, y encuentran su lugar en la comprensión del acontecer subjetivo con la condición de ceder toda pretensión de autonomía respecto a lo inconsciente.

Es de todos modos indiscutible que la estrategia freudiana de estudiar el acontecer psíquico a través de las desviaciones de las normas presumidas se hizo norma de las aproximaciones historiográficas desde la inspiración psicoanalítica. Así apareció en el mencionado libro fundacional de Erikson, y en una vía muy transitada, era también la que movilizaba a Saúl Friedländer para abordar la génesis del antisemitismo nazi, como una respuesta a las injurias alemanas contra el Tratado de Versalles, los intentos de revolución comunista y las ansiedades del derrumbe económico de los años veinte.⁶³ ¿Es factible un abordaje sin un sesgo patologizante? El enfoque de la patología como tal es, no obstante, extraño al psicoanálisis. Aunque es cierto que como herederos del concepto decimonónico de enfermedad, lo patológico y lo normal en psicoanálisis son grados distintos de un *continuum*, e incluso se introducen en la aparentemente normal vida cotidiana.⁶⁴

La objeción novena aludida por Straub y complementada por Gay refiere a la exclusividad del psicoanálisis para la clínica, es decir, la situación de transferencia en copresencia. Hemos visto que los mecanismos señalados por el psicoanálisis no son meramente clínicos. La identificación, la transferencia, la represión o lo inconsciente, no surgen sólo en el contexto clínico, aunque es cierto que allí se concretan en formas específicas. Pero, ¿acaso

⁶³ S. Friedländer. *El antisemitismo nazi. Una psicosis colectiva*, Granica, 1982.

⁶⁴ S. Freud. *Psicopatología de la vida cotidiana*. ob. cit.: idem, *El chiste y su relación con el inconsciente* (1905), en *O. C.*, t. VIII; idem. "Acciones obsesivas y prácticas religiosas" (1907), en *O. C.*, t. IX.

no lo hacen también, en otras maneras singulares, en la construcción de un liderazgo carismático, en el reconocimiento de la autoridad del Papa, o en la relación amorosa de X e Y? El origen clínico de la terminología psicoanalítica, sin duda de particular relevancia para la tribu *psi*, en modo alguno clausura su extensión a las prácticas sociales. Esto nos lleva a la *décima* objeción: la complicación adicional que supone la formación analítica para utilizar los conceptos psicoanalíticos.

El problema no es específico del psicoanálisis, o al menos no es diferente al que se plantea cuando se utilizan nociones de la sociología o la antropología. En realidad, la dificultad surge de la falta de un trabajo concreto de interlocución teórico-metodológica. Ante la fosa epistémica que se ha consolidado, es comprensible que el psicoanálisis aparezca extraño a los términos usuales (del “sentido común”) habituales en historia. Despejada la impugnación del encierro clínico de los conceptos psicoanalíticos, un entendimiento de las formulaciones sobre la represión o la fantasía originaria no debería ser más complicado que las nociones de “idea”, “intención” o “voluntad”, en mi opinión mucho más preñadas de lastres metafísicos que las aparentemente hipersofisticadas del saber freudiano o del dialecto lacaniano.

Coda

¿Cuál ha sido la realidad argentina de un empleo del psicoanálisis en los avatares historiográficos? Muy exigua y fragmentaria. León Rozitchner apeló a una lectura peculiar de Freud para analizar la identificación apasionada de la clase obrera con Juan D. Perón, pero con una llamativa debilidad documental (sus únicas fuentes fueron los peronianos *Apuntes de historia militar y Conducción política*); en su reconstrucción de la recepción del freudismo en la Argentina, Mariano Plotkin fue muy frugal en la utilización de nociones psicoanalíticas, aunque fue de todos modos más atrevido que Hugo Vezzetti cuando éste propuso su versión; el elegante rastreo de historia intelectual y cultural ensayado por Germán García no fue tan lejos como sería esperable de su versación lacaniana; Ernesto Laclau ha arriesgado algunas hipótesis filolacanianas sobre la gestación de hegemonía en el populismo peronista.⁶⁵

⁶⁵ L. Rozitchner, *Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*. Centro Editor de América Latina, 1985; M. Plotkin, *Freud en las pampas. Orígenes y desarrollo de una cultura psicoanalítica en la Argentina (1910-1983)*. Sudamericana, 2003; H. Vezzetti.

Este sucinto panorama delata el carácter germinal de nuestra situación historiográfico-psicoanalítica.

El previsible encuentro entre el psicoanálisis y la historiografía no garantiza un diálogo fructífero, ni una colaboración productiva. Las actuales tendencias globales, en cierto modo partícipes de una moda intelectual que se impondrá también en nuestros países latinoamericanos, porque antes prevalecerá en la academia estadounidense, pasará sin grandes efectos si no opera en un terreno de transformación epistemológica, sobre todo en el campo conservador de la historiografía como *ciencia normal*. El saber psicoanalítico, por su parte, deberá realizar formulaciones más ambiciosas a la vez que precisas de sus extensiones. La multiplicidad del acontecer histórico, siempre más exuberante que el marco conceptual de cualquier teoría, no dará paso a una historiografía psicoanalítica con pretensiones de historia total, del mismo modo que no podrían lograr ese objetivo el marxismo o la crítica queer. La eficacia teórica del diálogo que aquí he intentado delimitar en sus dificultades, sin embargo, será dramática.

Jürgen Habermas hallaba en el psicoanálisis la plasmación de un saber donde primaba el *interés crítico* de conocimiento, es decir, una vocación autorreflexiva menos propensa entre las ciencias naturales y aún en las hermenéuticas.⁶⁶ En psicoanálisis, el saber analítico y sus practicantes están *siempre* en cuestión. Así las cosas, la interlocución entre el *saber* psicoanalítico y el *campo de saberes* historiográfico, promete un provecho epistémico adicional: el de imaginar que la explicación actualmente hegemónica de lo histórico no es natural ni inexorable. Ella podría ser radicalmente diferente.

Aventuras de Freud en el país de los argentinos, Paidós, 1996; G. García El psicoanálisis y los debates culturales (ejemplos argentinos), Paidós, 2005; E. Laclau, *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, 2005.

⁶⁶ J. Habermas, *Conocimiento e interés* (1968), Madrid, Taurus, 1982.

Resumen

Después de una sumaria presentación de la idea de historia en Freud y en Lacan, se examina una serie de objeciones usuales a la extensión del psicoanálisis a la historiografía. Se propone que un diálogo auténtico no debe defender a priori los supuestos "científicos" de ambos campos de conocimiento.

Palabras clave: Psicoanálisis: Historiografía: Epistemología.

Abstract

After a short account of Freud's and Lacan's ideas of history, a list of objections to the extension of psychoanalysis in historiography is examined. An authentic dialogue should not take as an incontrovertible a priori the "scientific" assumptions of both fields of knowledge.

Keywords: Psychoanalysis: History: Epistemology.

La "descomposición de lo social": la sociología de Gabriel Tarde y sus lecturas recientes

Daniel Sazbón¹

No obstante la recuperación de la que ha sido objeto recientemente (principal y significativamente por fuera de la tradición académica, y en particular la sociológica),² la obra de Gabriel Tarde sigue siendo marginal en el campo de las ciencias sociales. A esta relativa oscuridad ha contribuido, quizás de modo decisivo, la polaridad que a fines del XIX enfrentara, en cuanto a las respectivas concepciones del diseño de una ciencia social, a sus posturas con las de autores como Emile Durkheim, y sobre todo la cristalización de estas últimas como forma privilegiada de abordaje en la sociología.³

Tal recuperación ha girado fundamentalmente sobre el eje conformado por dicha oposición, a partir de una inversión valorativa por la que el legado que

¹ Universidad de Buenos Aires. E-mail: dsazbon@mail.retina.ar.

² Recuperación que ha llevado a algunos autores a hablar de una "tardomanía". Véase Eric Alliez, "Différence et répétition de Gabriel Tarde", en *Multitudes*, n°7, diciembre 2001 (pero véase todo el número, dedicado a Tarde); David Toews, "The Renaissance of *philosophie tardienne*", en *Pli. The Warwick Journal of Philosophy*, n°8, 1999, y del mismo autor, "The New Tarde: Sociology after the End of the Social", *Theory, Culture & Society*, vol. 20, n°5, 2003; también el número 9 de la revista danesa *Distinktion*, de 2004, está íntegramente dedicado a Gabriel Tarde, al igual que el 3 de la *Revue d'Histoire des Sciences Humaines*, 2000; puede mencionarse asimismo la obra de Eduardo Viana Vargas, *Antes Tarde de que nunca. Gabriel Tarde e a emergência das ciências sociais* (Río de Janeiro, Contra Capa Livraria, 2000). Pero han sido principalmente Bruno Latour y Eric Alliez los responsables del movimiento de rescate de Gabriel Tarde; véase *infra*.

³ "Durkheim ha logrado encarnar una cierta forma de racionalidad -la racionalidad científica- que consiste en métodos, ejemplos, lógicas de razonamiento, procedimientos estandarizados de validación y de argumentación, todas cosas que no se encuentran en Tarde", L. Muchielli, "Tardomania? Réflexions sur les usages contemporains de Tarde", en *Revue d'Histoire des Sciences Humaines*, n°3, 2000, citado en Eric Alliez, "Différence et répétition", art. cit.

se quiere perimido de la sociología (y en última instancia, la concepción de lo real) ahora se intenta reemplazar por la alternativa desechada en los comienzos de este siglo; en palabras de uno de los principales exponentes de este tipo de operación recuperativa, se trata de imaginar lo que podría haber ocurrido con el campo de las ciencias sociales de haberse continuado por la senda trazada por Tarde antes que por la durkheimiana.⁴

Jean Gabriel de Tarde (1843-1904), magistrado de provincias (nació en Sarlat, en la región del Périgord), miembro de una familia tradicional de jueces y educado entre los jesuitas de su ciudad natal, culminó sus estudios de derecho en 1866. Desde el año siguiente fue completando una carrera como jurista que, recién a los 50 años de edad, y luego del fallecimiento de su madre (su padre había muerto cuando Tarde tenía siete años), lo depositará en París, donde sería nombrado en 1894 Director del Servicio de Estadística Judicial del Ministerio de Justicia. Pocos años después, en 1900, logra la cátedra de Filosofía Moderna del Collège de France (tras su muerte lo sucederá Henri Bergson, con fuertes vínculos con su pensamiento), cargo que ocupará durante sus últimos años, al tiempo que publica una serie de artículos en diversos medios de divulgación filosófica y penalista.⁵

Justamente será como magistrado y criminalista que Tarde incursionará en los estudios sobre las causas de los comportamientos criminales, a partir del estudio de series estadísticas de tales tipos de conductas. En tal sentido, la perspectiva tardeana constituirá desde fecha temprana una alternativa a la criminología de raíz italiana, representada fundamentalmente por Cesare Lombroso y Garofalo. Frente a los determinantes raciales, geográficos y climáticos privilegiados por la escuela italiana, Tarde insistirá en la centralidad de los factores sociales para explicar la mayor o menor incidencia del crimen en una época o lugar determinado.

⁴ “En otros términos, quisiera realizar un pequeño experimento de pensamiento e imaginar en qué se habría convertido el campo de las ciencias sociales en el último siglo en caso de que hubieran sido las ideas de Tarde las que se hubieran convertido en ciencia en lugar de las de Durkheim”, Bruno Latour, “Gabriel Tarde and the End of the Social”, en Patrick Joyce, comp., *The Social and its Problems*, Londres, Routledge, 2002.

⁵ En particular la *Revue philosophique* (desde la década del '80), los *Archives d'anthropologie criminelle* y la *Revue internationale de sociologie*; la distancia de Tarde con la vida urbana parisina no resulta un detalle menor en su obra: en gran parte de ella puede apreciarse la distinción planteada entre la vida en las “capitales” y la correspondiente al mundo provinciano; véase, entre otras, *El duelo*, *La criminalité comparée* y *La philosophie pénale*.

Por tales factores de "socialización" Tarde entenderá los mecanismos diversos por los cuales determinados individuos se ven llevados a adoptar algún tipo de conducta (particularmente las conductas criminales); en tal sentido, y coincidentemente con un conjunto de autores de la segunda mitad del XIX (en especial, Gustave Le Bon), Tarde centrará su atención en las operaciones de "imitación" y "sugestión" por las que ciertos comportamientos de determinados grupos o personas "contagiaban" a otros, propagándose de esta manera.⁶ De esta forma, las actitudes individuales de los miembros de ciertos colectivos (como las "multitudes" y las "sectas")⁷ tienen su origen en otros individuos.

Se irá conformando así una sociología de tipo intersubjetivo⁸ que desembocará en una psicología social por la cual el colectivo formado por el conjunto de individuos que lo conforman queda explicado justamente por estas partes componentes.⁹ Estas redes de relaciones entre sujetos individuales son entendidas primordialmente desde el aspecto "espiritual" o psicológico, a través de la noción de "influencia" que se ejerce entre una y otra parte; será por esta vía que Tarde llegará a lo que será uno de sus legados más influyentes, al esbozar una teoría sobre lo que en términos modernos podríamos llamar la opinión pública.¹⁰

El todo y las partes

Precisamente referida a esta concepción de lo social como haz de interrelaciones entre subjetividades será la encendida polémica que sostendrá con Emile Durkheim, a quien Tarde no se ha privado de atacar ya desde la apa-

⁶ Este principio será formulado en varias de sus obras, pero Tarde lo fundamentará particularmente en su *Les lois de l'imitation. Etude sociologique*, de 1890.

⁷ Entre las cuales Tarde cuenta, por ejemplo, a los anarquistas; véase, "Foules et sectes au point de vue criminel" y "Les crimes des foules", aparecidos ambos en *Essais et mélanges sociologiques*, París, Masson, 1895.

⁸ El título de su artículo de 1901, "La psychologie inter-mentale", es ilustrativo.

⁹ *Etudes de psychologie sociale*, París, Giard et Brière, 1898.

¹⁰ La cual tendrá fuerte influencia sobre la por entonces en formación Escuela de Chicago, en particular en la obra de Robert Park *The Crowd and the Public*, y en la de James Mark Baldwin; véase el análisis de Serge Moscovici, *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985. Nótese también la coincidencia con *Les opinions et les croyances*, de Gustave Le Bon. La obra más importante de Tarde en este sentido será *L'opinion et la foule*, de 1901.

rición de la primera obra de importancia del sociólogo alsaciano, *La división del trabajo social*. Es que la forma en que Durkheim entiende las relaciones entre sociedad e individuo supone para Tarde (y no sólo para él) un peligroso ejercicio de metafísica reificante, alejado de la perspectiva científica que ambos pretenden respetar.

“No podemos explicar tamaño error más que conectándolo con este otro: que un hecho social, en tanto que social, *existe por fuera de todas sus manifestaciones individuales*. Lamentablemente, llevándola de este modo hasta el extremo y objetivando la distinción, o más bien la separación completamente subjetiva del fenómeno colectivo y de los actos particulares de los que se compone, Durkheim nos pone de lleno en la escolástica. Sociología no quiere decir ontología. Reconozco que me cuesta bastante comprender cómo puede ser que, ‘quitando los individuos, lo que queda es la sociedad’. Quitando los profesores, no logro ver qué es lo que queda de la Universidad, fuera de un nombre el cual, si nadie lo conoce, con el conjunto de tradiciones que expresa, no es nada en absoluto. ¿Es que acaso vamos a volver al *realismo* de la Edad Media?”¹¹

Se puede observar cómo detrás del par individuo-sociedad se presenta como verdadero plano de la discusión entre ambos autores el de las relaciones entre las partes y el todo que conforman; mientras que la perspectiva durkheimiana privilegiaría la complejidad del conjunto resultante de la agregación y combinación de sus componentes, descartando de plano cualquier tipo de explicación que lo reduzca a sus elementos primitivos,¹² lo que Tarde rechaza es precisamente el supuesto de partida por el cual la combinatoria o asociación de elementos primarios genera un resultado de naturaleza distinta a la original.

Así, el pasaje que postula Durkheim hacia las sociedades dominadas por la “solidaridad orgánica”, más complejas y más diferenciadas internamente a partir del desarrollo de la división del trabajo, encontrará en Tarde una impugnación motivada en la negativa a aceptar la reducción de la complejidad a la uniformidad. Frente a tal reducción, el “alfa y omega” tardeano se anclará en un motivo recurrente en gran parte de sus textos: la similitud, la

¹¹ G. Tarde, *La logique sociale*, París, Felix Alcan, 1904, p. viii (cursivas del autor). En ésta y en todas las citas en las que la edición de referencia no sea el castellano, la traducción es propia.

¹² Véase, por ejemplo, *Las reglas del método sociológico*, pp. 84-85.

uniformidad, lejos de ser el punto de llegada del desarrollo evolutivo o lógico, no constituye más que un término medio entre un tipo de diversidad y otro: será la *diferencia* el aspecto capital de la vida, no sólo de la social, sino de toda la realidad; y justamente la interpretación del mundo que planteará Tarde se sostendrá en este postulado.¹³

Mónadas y voluntades

El esfuerzo más ambicioso de Tarde lo constituye en este sentido el artículo "Monadologie et sociologie", de 1893;¹⁴ será aquí donde formule de modo explícito sus tesis sobre la diversidad como aspecto paradigmático de lo real, sobre la multiplicidad elemental del mundo, la heterogeneidad y variabilidad como revés constitutivo de la uniformidad armónica.¹⁵

Los desarrollos actuales de la ciencia, señala, nos indican el camino a seguir: la química, la física o la biología, a partir del átomo o de la célula, muestran en cada uno de sus campos propios un idéntico descenso hacia lo infinitesimal, "llave de todo el universo".¹⁶ Pero no se trata únicamente de una simple fragmentación de elementos de la misma naturaleza: por el contrario, el deslizamiento hacia la multiplicidad constitutiva supone un salto cualitativo de un campo a otro.

"Por lo tanto, lo infinitesimal difiere cualitativamente de lo finito [...] todo parte de lo infinitesimal, y todo vuelve a él [...] lo infinitamente pequeño, también llamado el elemento, ¿no es la fuente y el final, la sustancia y la razón de todo?"¹⁷

¹³ "la identidad no es más que un *mínimo* [...] de diferencia, como el reposo no es más que un caso de movimiento, y el círculo más que una variedad singular de la elipse", "Monadologie et sociologie", en *Essais et mélanges*, ob. cit., p. 355.

¹⁴ En la *Revue internationale de sociologie*; Tarde posteriormente lo reeditaría en *Essais et mélanges*, ob. cit. Será precisamente este artículo el que concentrará posteriormente los mayores elogios de Gilles Deleuze; véase *infra*.

¹⁵ "La heterogeneidad: ¡la eterna piedra de escándalo de la utilidad, de la finalidad, de la armonía! Nunca es la finalidad lo que supone un obstáculo para la heterogeneidad; al contrario", "La variation universelle", en *Essais et mélanges*, ob. cit., p. 409.

¹⁶ "...esta pendiente hacia lo infinitesimal [se convierte en] clave de todo el universo", "Monadologie et sociologie", en *Essais et mélanges*, ob. cit., p. 314.

¹⁷ *Idem*, p. 316.

Pero esta "pulverización" del universo en una multiplicación infinita de realidades¹⁸ va acompañada en Tarde por un movimiento concurrente de simplificación de la naturaleza de los principios que permiten su aprehensión: nos referimos a la postulación de un *monismo* por el cual la clásica dicotomía entre materia y espíritu se reduce a favor del último de los términos.¹⁹ Tales son los resultados a los que conduce el desarrollo científico: si por un lado fracciona al mundo en infinitud de fragmentos, por el otro dota de autonomía y movimiento a cada uno de ellos a través de una espiritualización vivificadora del universo: se trata de un *psicomorfismo* universal por medio del cual es posible reducir el análisis a un único terreno.

Dicho terreno ha sido, en rigor, el objeto de la primera publicación tardeana con pretensiones filosóficas: en 1880, en un artículo titulado "La croyance et le désir", Tarde había planteado la existencia de las dos únicas "cantidades verdaderas" a las que era posible reducir los elementos que conformaban los estados del alma de las personas. Tales elementos, creencia y deseo, serían no sólo componentes primitivos irreducibles, sino que también son susceptibles de medición por parte de una "psicofísica" que lograría, de este modo, alcanzar su objetivo de "cuantificar el alma".²⁰

La creencia y el deseo, por lo tanto, ocupan en el terreno espiritual el equivalente de las dimensiones del espacio y el tiempo para el material: la "fuerza estática" de la creencia y la "dinámica" del deseo ocupan explícitamente en Tarde el lugar que tenía la Voluntad en el esquema de Schopenhauer, en cuanto principio motriz fundamental de la existencia.²¹ Como primigenios elementos mensurables, se constituirán en el objeto de la ciencia en general, y en particular de la sociología, entendida como análisis de las relaciones

¹⁸ Las cuales, a su vez, son pasibles del mismo procedimiento de descomposición: "en el fondo de cada cosa, existen todas las cosas reales o posibles", *Idem*, p. 338.

¹⁹ "...la materia es espíritu, nada más". *Idem*, p. 321.

²⁰ "La croyance et le désir", en *Essais et mélanges*, ob. cit., p. 236. Debe recordarse la importancia que ha tenido en la filosofía francesa del siglo XIX la escuela ecléctica de Victor Cousin, en la cual se reservaba un lugar central a la preocupación sobre las facultades mentales del hombre para aprehender los objetos de su conocimiento, fundamentalmente a través de la introspección, lo que termina derivando en un psicologismo característico: véase John Brooks III, *The Eclectic Legacy. Academic Philosophy and the Human Sciences in Nineteenth-Century France*, Associated University Presses, 1998.

²¹ "Schopenhauer ha desmascarado a esta noción llamándola por su verdadero nombre, voluntad. Pero la voluntad es una combinación de la fe y del deseo...", "Monadologie et sociologie", en *Essais et mélanges*, ob. cit., p. 326.

intermentales por las cuales ambas fuerzas se comunican de un individuo a otro.²²

Desde la perspectiva de "Monadología. . .", tales fuerzas básicas también caracterizan a los movimientos de las mónadas elementales, a las cuales les otorga la capacidad de comportarse como "agentes" múltiples que conforman de tal modo un "politeísmo" infinito y abigarrado.

"En cualquier sistema monadológico o atomístico todo fenómeno no es más que una nebulosa que puede resolverse en acciones emanadas de una multitud de agentes que son a su vez tantos pequeños dioses invisibles e innumerables".²³

La sociedad: posesiones recíprocas

Pero tal "nebulosa" de infinitos actores concurrentes, como admite el propio Tarde, dotados cada uno de autonomía para moverse de acuerdo a sus "creencias" y "deseos", muy bien podría tener como resultado de su mutua interacción no el orden aparente de lo real, sino el desorden: no la concentración de los elementos, sino su creciente dispersión. De lo que se trata, en otras palabras, es de lograr explicar el salto de la discontinuidad entre los elementos a la continuidad que se logra mediante su combinación: para ello, la perspectiva tardeana acude a una sugestiva metaforización de las relaciones que se establecen entre las mónadas para la conformación de sus fenómenos derivados.

"... como última simplificación no habría más que explicar las leyes naturales, la similitud, la repetición de los fenómenos y la multiplicación de los fenómenos similares [...] por el triunfo de ciertas mónadas que han querido esas leyes, impuesto esos tipos, colocado su yugo y pasado su guadaña sobre un pueblo de mónadas uniformizadas y esclavizadas, pero nacidas todas libres y originales, todas tan ávidas como sus conquistadores de la dominación y la asimilación universales".²⁴

²² Particularmente a partir del principio general de la imitación, del cual ya se ha hablado; véase *La logique sociale*: "todos los fenómenos sociales. . . se resuelven en creencias y deseos", p. 1.

²³ "Monadologie et sociologie", en *Essais et mélanges*, ob. cit., p. 335.

²⁴ *La logique sociale*, ob. cit., p. 337.

Como se ve, la monadología de Tarde revela en su interpretación de las relaciones entre los elementos componentes de lo real una antropología según la cual los vínculos entre los miembros del conjunto social se basan en la libertad de los individuos y en una voluntad de dominación que permite que algunos, los más poderosos, logren sojuzgar al resto, uniformizándolos por medio de la conquista. Esta equiparación entre el mundo monádico y el social es explícita, tanto cuando se afirma que “todo fenómeno es un hecho social”, como cuando, pocas páginas después, se indique al “mundo social” como modelo de las relaciones que se acaban de postular para las mónadas.²⁵

En efecto, para Tarde la sociedad es un conjunto conformado por una diversidad de elementos constitutivos, ligados entre sí por la tensión generada a partir de los deseos de sus miembros por dominarse mutuamente; se trata de la constante puesta en acto del “hecho universal” de la *posesión*,²⁶ por el cual se explica la relación entre todos los seres, entre todas las mónadas.

“¿Qué es la sociedad? [...] la posesión recíproca, bajo formas extremadamente variadas, de todos por cada uno [...] Gracias al crecimiento de la civilización, el poseído se vuelve cada vez más poseedor, el poseedor poseído, hasta que, por la igualdad de los derechos, por la soberanía popular, por el intercambio equitativo de servicios, la antigua esclavitud, mutualizada, universalizada, hace de cada ciudadano al mismo tiempo el amo y el servidor de todos los demás”.²⁷

Tal pretensión de dominación y conquista caracteriza tanto las intenciones del niño al nacer, antes de ser “domesticado” por el conjunto, como a las de todas las personas con respecto a la naturaleza que nos es exterior; si en el primer caso se afirma que el niño nace con un despotismo natural, dotado de un “apetito omnívoro”, que solo los años de educación primero y las leyes civiles después lograrán contener,²⁸ en el segundo Tarde señala como las características que asociamos a la materia corresponden a la “resistencia” que presenta a nuestras ansias de asimilarla.

²⁵ “Monadologie et sociologie”, en *Essais et mélanges*. ob. cit., p. 376.

²⁶ “La posesión es sin embargo el hecho universal”. Idem. p. 374.

²⁷ Idem. p. 370.

²⁸ “El niño nace déspota: para él, los demás... no existen más que para servirle. Hacen falta años de castigos y de compresión escolar para curarlo de este error. Podría decirse que todas las leyes y todas las reglas, la disciplina química, la disciplina vital, la disciplina social, son otros tantos frenos sobreagregados y destinados a contener este apetito omnívoro de todo ser”, p. 382.

Elevado a principio universal, la posesión debería reemplazar según Tarde al "ser" en las concepciones últimas de la realidad; concepto eminentemente relacional, volcado hacia el exterior, el verbo "tener" se constituiría de este modo en la base de una nueva metafísica que superaría a la tradicional ontología sobre la que se basa el modelo de conocimiento al que el espiritualismo tardeano busca superar. En esta "filosofía del Tener" la dicotomía entre el "ser" y el "no-ser" aparecen superadas por el continuo que formarían los grados de posesión entre las partes.²⁹

La opinión y el público

De este modo, el modelo relacional termina desembocando en una superación del *cogito* cartesiano y su punto de partida, el sujeto de conocimiento que se define por su misma capacidad intelectual volcada sobre sí mismo; los sujetos deseantes y poseyentes de Tarde se definen no por el "ser" sino por el "tener", no por pensar sino por desear.³⁰ Es interesante ver de qué modo este resultado se hermana con el rechazo al modelo de sociedad que se encuentra en la sociología durkheimiana, caracterizado, como se ha dicho, por la cesura entre el conjunto social y los individuos que lo conforman. Habiendo considerado como "artificial" a la totalidad que se quiere separar de la contradictoria diversidad que la formaría,³¹ en la perspectiva tardeana la existencia de ideas y opiniones comunes a la multiplicidad diferenciada de los individuos sólo puede ser entendida como el resultado de la imposición de las creencias por parte de un grupo sobre el resto.

²⁹ "El ser y el no-ser, el yo y el no-yo: oposiciones infecundas que hacen olvidar los verdaderas correlativos. El verdadero opuesto del yo, no es el no-yo, es lo *mío*; el verdadero opuesto del ser, es decir, del teniendo [ayant], no es el no-ser, es lo *tenido* [eu]", Idem, p. 372 (cursivas en el original).

³⁰ "En lugar del famoso *cogito ergo sum*, diría de buen grado: '*Deseo, creo, luego tengo*', p. 371; la sustitución tardeana del lema cartesiano se hace eco aquí de la conocida propuesta de Maine de Biran de reemplazarlo por un "*Volo, ergo sum*" que reconociera la centralidad del esfuerzo de la voluntad antes que el del intelecto para la definición del hombre; véase J. Alexander Gunn, *Modern French Philosophy: A Study of the Development since Comte*, Londres, T. Fisher Unwin, 1921.

³¹ "No es cierto que exista un *Espíritu social*, distinto de los espíritus individuales, y en el cual éstos estarían comprendidos como lo están las ideas en cada uno de ellos [...] el Espíritu social, como los espíritus individuales, no comprende más que las ideas, los estados de ánimo diseminados en cerebros distintos y no reunidos en un mismo cerebro", *Les transformations du pouvoir*, París, Félix Alcan, 1899, p. 196.

“Pero ¿cómo es que la opinión común se ha convertido en común? No ha sido espontáneamente, dada la diversidad de las personas y la complejidad de los temas. Ha habido sugestión por parte de los inspiradores que, en todas las épocas, hacen la opinión al expresarla; y ha habido imposición por los déspotas militares que, al violentar a la opinión, la han arrebatado. [...] el verdadero gobierno, es la opinión de los conductores [meneurs] o del grupo de terroristas militares o civiles”.³²

Se desprende de aquí, como se observa, toda una forma de entender a la política y al poder: si el objeto de la vida política es siempre dirigir las “múltiples corrientes” de ideas y opiniones que cruzan al conjunto social, tal finalidad es posible debido no únicamente a la capacidad de los “superiores” por lograr controlar al resto de los miembros de la sociedad, sino fundamentalmente a partir de la naturaleza misma de tales individuos, dispuestos al parecer a someterse a los designios de sus dominadores.

“Se diría que existe una necesidad general de subordinación y de obediencia que busca satisfacerse y se precipita hacia el primero que llega designado como amo. [...] ya que entonces cada uno obedece porque ve a los demás obedecer o porque sabe que los otros van a obedecer. [...] La verdad es que para la mayoría de los hombres existe un irresistible placer inherente a la obediencia, a la credulidad, a la complacencia casi amorosa respecto a un amo al que se admira”.³³

La clave para esta disposición a la obediencia y la credulidad del sector mayoritario de la sociedad radica en el principio, ya comentado, de la imitación; es a partir de esta natural tendencia a copiar que los elementos “superiores” del conjunto social pueden descansar sobre la adhesión que encuentran en sus subordinados, descosos de emular sus formas de comportamiento. Forma social del principio universal de la repetición, por la imitación las acciones de un espíritu se reproducen “fotográficamente” en otros; sin ella, toda noción de orden social sería imposible, ya que la tendencia natural de las mónadas, como se ha visto, es hacia la conquista y la dominación.

³² *Les transformations du pouvoir*, ob. cit., p. 14; nótese la utilización del término “meneur”, muy frecuente en la obra leboniana.

³³ *Idem*, pp. 24-25.

"De la imitación procede la obediencia. Un pueblo que no copiase no sería gobernable, aún cuando sintiera muy vivamente la necesidad de ser gobernado. Una nación compuesta de hombres de genio, que fuesen [...] geniales en todos los sentidos, brindaría el espectáculo de la anarquía más completa".³⁴

Es en este punto donde encontramos uno de los tópicos tardeanos que mejor han logrado sobrevivir a su autor, y que como se ha dicho más arriba resultaron más influyentes tanto en la propia época de su publicación como en la actualidad: el análisis del peso de la opinión pública como modalidad novedosa de ejercicio del poder de sugestión por parte de las elites y de la capacidad imitativa de las masas.³⁵

Como lo revela el título de su principal escrito a este respecto, para Tarde hablar de la opinión pública supone colocarse en el terreno del análisis de las "multitudes", tópico que, en la estela dejada por la obra de Hyppolite Taine, recibiera, como es conocido, una especial atención en los trabajos de

³⁴ Les *transformations du pouvoir*, ob. cit., pp. 118-119. Resulta interesante la comparación con algunos de los primeros artículos de Durkheim, en los que comparte una similar preocupación por la relación entre razón y obediencia a las normas sociales; en particular, véase la reseña al libro de A. Schaeffle, *Bau und Leben des sozialen Körpers*, en *Revue philosophique*, n°19, 1885, p. 101.

³⁵ Ya se ha comentado el impacto que ha tenido este tema en la conformación de la Escuela de Chicago norteamericana; señalemos además el homenaje que al respecto le brinda Jürgen Habermas, al destacarlo como "uno de los primeros" en dedicarse al análisis de la esfera pública (citado en Moscovici, ob. cit., p. 246); también lo ha hecho Paul Lazersfeld, y más recientemente su análisis de la transmisión de las ideas y opiniones de persona a persona ha sido saludado como antecesor del estudio de las redes de difusión y propagación de la información (*Actor Network Theory*, "memes", etc.); véase, entre otros, Elihu Katz, "Theorizing Diffusion: Tarde and Sorokin Revisited", en *The Annals of the American Academy*, n°566, noviembre de 1999; David Toews, "The New Tarde . . .", ob. cit.; Paul Marsden, "Forefathers of Memetics: Gabriel Tarde and the Laws of Imitation", en *Journal of Memetics*, n°4, 2000; Christopher Hunter, "The Internet and the Public Sphere: Revitalization or Decay?", mimeo, mayo 1998; el historiador norteamericano Robert Darnton ha utilizado este tipo de modelo de transmisión de la información y construcción del espacio de la opinión pública en su análisis sobre la propagación de rumores en la París del XVIII; véase R. Darnton, "An Early Information Society: News and Media in Eighteenth-Century Paris", *American Historical Review*, vol. 105, n°1, 1999.

Gustave Le Bon, entre otros;³⁶ el público no sería más que un caso particular de multitud, sólo que dispersa antes que concentrada, pero el mismo principio de sugestión e influencia que funciona en un caso lo hace en el otro, como “acción a distancia”.³⁷

Ahora bien, el hecho de que se encuentre comprendida dentro del género no debe hacernos perder de vista la especificidad de este tipo particular de multitud que es el público; el detalle de que el contagio entre sus miembros sea a la distancia y no por contigüidad física supone un mundo de diferencias con las muchedumbres lebonianas, y requiere un análisis en profundidad del mecanismo por el cual se opera tal acción a distancia.

“Es importante [...] no confundir con la multitud [*foule*] al Público [...] Se dice: el público de un teatro, el público de una asamblea cualquiera; aquí público significa multitud. Pero [...] mientras que su importancia disminuye o permanece estacionaria, la edad moderna, desde la invención de la imprenta, ha hecho aparecer una especie de público completamente distinta, que no cesa de aumentar [...] Se ha realizado la psicología de las multitudes; queda por hacer la psicología del público; entendido en este otro sentido, es decir como una colectividad puramente espiritual, como una diseminación de individuos físicamente separados y entre los cuales la cohesión es completamente mental”.³⁸

Es a través de los medios de comunicación, entonces, que se genera esta conexión intermental entre todos los lectores de la prensa,³⁹ esta “sugestión a distancia” que permite que las ideas y creencias de un individuo se repro-

³⁶ En particular, su *Psychologie des Foules*; sobre Le Bon, véase Moscovici, ob. cit., Susanna Barrows, *Miroirs déformants. Réflexions sur la foule en France à la fin du XIX siècle*, París, Aubier, 1990; Benoît Marpeau, *Gustave Le Bon. Parcours d'un intellectuel 1841-1931*, París, CNRS, 2000.

³⁷ “El público [...] es una multitud dispersada, en la cual la influencia de los espíritus unos sobre otros se ha vuelto una acción a distancia, a distancias cada vez más grandes [...] la Opinión, resultante de todas estas acciones a distancias o por contacto, es a las multitudes y a los públicos lo que el pensamiento es al cuerpo”, *L'opinion et la foule*, París, Félix Alcan, 1904, p. vi.

³⁸ *L'opinion et la foule*, ob. cit., pp. 1-2.

³⁹ No está de más recordar el fuerte impacto que tuvo en Tarde como para sus contemporáneos, el desarrollo del “affaire” Dreyfus como divisoria de aguas en el final del siglo; todas las referencias al peso de la opinión y a su construcción por parte de los grandes periódicos y de los autores que publican en ellos se tornan gráficas si pensamos en Zola y su “J'accuse!” publicado en la primera plana de *L'Aurore*.

duzcan en cientos de otros semejantes, aún cuando no sean conscientes de la influencia que sobre ellos se ejerce.⁴⁰ Esta es la novedad profunda de los modernos tiempos democráticos sobre la que viene a alertar Tarde, el peligro de la absorción de la individualidad creadora por las mayorías multitudinarias, incapaces, por su propio carácter de masa, de toda iniciativa transformadora (dado que para pensar, hace falta aislarse de toda masividad),⁴¹ condenadas sea a la repetición, sea a la destrucción; es la riesgosa posibilidad de la "nivelación democrática".

"Lo que preserva a las montañas de ser arrasadas y transformadas en tierras laborables, en viñas o en lucernas, por las poblaciones de las montañas, no es en absoluto el sentimiento de los servicios que han prestado esos castillos de agua naturales; es simplemente la solidez de sus picos, la dureza de su sustancia, demasiado costosa para ser dinamitada. Lo que preservará de la destrucción y de la nivelación democrática a las cumbres intelectuales y artísticas de la humanidad, no será, mucho me temo, el reconocimiento por los bienes que les debe el mundo, la estimación justa del precio de sus descubrimientos. ¿Qué, entonces? . . . Quisiera creer que será su fuerza de resistencia. ¡Cuidado si llegan a disgregarse!"⁴²

Azar y contingencia

Siendo la imitación y la sugestión la modalidad por la cual las creencias y opiniones de algunos son repetidas por los otros, o en otros términos, si por esta vía el grupo reproduce determinados comportamientos, las ideas e invenciones novedosas aparecen en el conjunto a partir del principio recíproco; a la repetición se contrapone, de este modo, la adaptación.

"La ley de la repetición [...] es la tendencia a pasar por vía de amplificación progresiva de un infinitesimal relativo a un infinito relativo. La ley de la oposición [...] consiste en una tendencia a amplificarse en una esfera

⁴⁰ "El lector en general no es consciente de sufrir esta influencia persuasiva casi irresistible del periódico que lee habitualmente [...] no se percató en absoluto de la influencia que ejercen sobre él las masas de los demás lectores", *L'opinion et la foule*, ob. cit., pp. 3-4

⁴¹ "El peligro de las nuevas democracias, es la dificultad creciente para los hombres de pensamiento de escapar a la obsesión de la agitación fascinadora", pp. 60-61.

⁴² *Idem*, pp. 61-62.

siempre progresiva, a partir de un punto viviente. Este punto, socialmente, es el cerebro de un individuo donde se produce por una interferencia de rayos imitativos procedentes del exterior, una contradicción de dos creencias o de dos deseos. [...] La adaptación social elemental es la invención individual destinada a ser imitada, es decir, la interferencia feliz de dos imitaciones".⁴³

Así, la imitación repetitiva y uniformizante aparece compensada por el feliz acontecimiento del hallazgo casual, de la "idea ingeniosa", por parte de los "hombres de genio",⁴⁴ verdaderos accidentes sociales a partir de los cuales se introducen novedades en la estructura de las sociedades. El recurso a la noción de "accidente" no es de modo alguno inocente en Tarde, quien en varias ocasiones ha señalado la importancia que tuvieron en su formación los trabajos del filósofo y matemático Antoine Cournot, en particular los referidos a las relaciones entre contingencia y necesidad, libertad y determinismo, tópico recurrente en la filosofía francesa del siglo XIX;⁴⁵ al respecto, Tarde rescataba de Cournot

"...su noción capital del azar, fundada científicamente sobre la muy real independencia de series causales que vienen a encontrarse, [...] Habría que distinguir por lo tanto dos tipos de necesidad, una necesidad interna, la única racional, y una necesidad exterior, accidental, que el Determinismo banal se equivoca en confundir [...] La ventaja de esta forma de ver es la de mostrar en lo accidental la fuente misma de lo racional, en lo imprevisto y lo imprevisible la fuente de lo regular".⁴⁶

De este modo, al plantearse en el accidente fortuito "la fuente misma de lo racional", el modelo de Cournot le permite a Tarde presentar un cuadro de funcionamiento de la sociedad y la historia humanas que se aleja de la tan extendida búsqueda de leyes generales que explicarían el movimiento en el que el presente estado del colectivo se encontraría encuadrado.⁴⁷ Pero sin

⁴³ "Las leyes sociales", en *Estudios sociológicos. Las leyes sociales. La sociología*. Córdoba, Assandri, 1961, pp. 98-99; véase también *La logique sociale*.

⁴⁴ O mejor: por parte de ciertas mónadas en su cerebro, que logran vencer a las restantes: "el yo no es más que una mónada dirigente entre miríadas de mónadas comensales del mismo cráneo...", "Monadologie et sociologie", en *Essais et mélanges*, ob. cit., p. 348.

⁴⁵ Por ejemplo, en autores como Emile Boutroux, Charles Renouvier o Alfred Fouillée.

⁴⁶ *Les transformations du pouvoir*, ob. cit., pp. vii-ix.

⁴⁷ Como ejemplos eminentes, citemos las obras de Auguste Comte y Herbert Spencer.

embargo, esta combinación de lo accidental con lo racional requiere todavía de un componente que según Tarde se ha escapado a la "eminente penetración" de Cournot: el "aspecto subjetivo de las cosas sociales", antes que el de una objetividad a la que, por "prejuicio", se quiere confundir con la única arista posible de sostener un enfoque científico.⁴⁸

"...la historia se ofrece a la mirada del observador como una serie de partidas de ajedrez que se repiten siempre, y que nunca se asemejan. Supóngase que el observador de una serie de partidas de ajedrez intente comprender esta serie de enigmas sin prestar atención a lo que ocurre en el cerebro de los jugadores, simplemente comparando las jugadas. Quizás termine por persuadirse de que la accidentalidad de la mayoría de las jugadas es aparente. Pero en realidad, nosotros sabemos que, a pesar de esta inagotable variedad de combinaciones que hace de cada partida de ajedrez algo distinto, única en sí misma, las *reglas del juego* de ajedrez, presentes en el espíritu de cada jugador, siguen siendo las mismas y se aplican de manera idéntica a cada partida. Afirmando que ocurre lo mismo en la historia. A pesar de la infinita diversidad de acontecimientos históricos, el funcionamiento en todos los casos está sometido a las mismas leyes *inter-psicológicas* que son al libre devenir de las fases históricas lo que las reglas del juego son a las partidas de ajedrez".⁴⁹

De manera notable, la resolución tardeana invierte el modelo que se puede encontrar en autores como Durkheim: mientras que en éste el carácter científico del estudio de los acontecimientos humanos requería del pasaje de la dimensión de la subjetividad individual a una postulada superación hacia el terreno de las regularidades formales,⁵⁰ para Tarde el espacio de lo subjetivo será justamente el único camino posible para que de la multiplicidad constitutiva de la realidad se pueda pasar a la formulación de uniformidades regulares que puedan ser estudiadas científicamente. Como las infinitas partidas de ajedrez posibles, los accidentes de la historia sólo pueden ser comprendidos si tratamos de asirlos desde el interior de los sujetos actuan-

⁴⁸ "Cuando se parte de este prejuicio de que *científico* quiere decir *objetivo*, el espectáculo de la historia es verdaderamente desconcertante", "L'accident et le rationnel en histoire d'après Cournot", en *Revue de Métaphysique et de Morale*, p. 343.

⁴⁹ Idem, p. 344.

⁵⁰ La conocida tercer regla relativa a la observación de los hechos sociales planteaba justamente tal separación, véase *Las reglas del método sociológico*, p. 23.

tes, puesto que vistos desde el resultado de sus decisiones lo único que puede apreciarse es el caos desconcertante de lo acontecido.

Espiritualismo, individualismo y multiplicidad

Como se ha afirmado al inicio de este trabajo, la sociología tardeana debe ser comprendida dentro del espacio que se abre en la historia intelectual francesa durante la segunda mitad del siglo XIX, y cuyas coordenadas principales las dará la posición a adoptar por los distintos autores de cara al proceso inaugurado en 1789; en este sentido, la tensión entre los componentes transformadores de la Revolución y la búsqueda de su asimilación en un modelo societario que los incorpore al precio de neutralizarlos será típica de una tradición que terminará confluyendo en la constitución de la disciplina sociológica.

Heredera de una tradición que se remonta a principios del XIX con Maine de Biran,⁵¹ inscrita en la corriente espiritualista que dominó el medio académico hasta finales de siglo, la introspección psicológica en la que Tarde resuelve su perspectiva sociológica presenta varios de los elementos que han caracterizado a los autores de esta línea; el rechazo a cualquier forma de materialismo como clave interpretativa de la realidad social, la importancia otorgada a la individualidad creadora frente a la presión masificante de las mayorías, una antropología por la que la dominación y superioridad de algunos es tomada como hecho natural, el énfasis en la contingencia y casualidad en la interpretación de la historia, asociado a la postulación de la libertad como inherente al comportamiento humano, frente a la pretensión reguladora del determinismo cientificista.

⁵¹ Véase, *supra*, la nota 29; Pierre-François Maine de Biran (1766-1824) es considerado como uno de los primeros exponentes del estudio moderno de la psicología introspectiva en la filosofía francesa, a partir de las obras de Cabanis y Condillac; su influencia se hizo sentir, sobre todo, en el "neoespiritualismo" de Félix Ravaisson, Jules Lachelier, Emile Boutroux y Alfred Fouillée, y fundamentalmente en Henri Bergson; véase Gunn, *ob. cit.* No deja de ser significativo el modo en que Louis Althusser, en su alocución en la *Société Française de Philosophie*, "Lenin et la philosophie", se refiriera justamente a esta misma línea de autores: "Realmente hace falta valor para admitir que la filosofía francesa, de Maine de Biran y Cousin hasta Bergson y Brunschvicg, pasando por Ravaisson, Hamelin, Lachelier y Boutroux, sólo puede ser salvada de su propia historia por las pocas grandes inteligencias contra las que se enfrentó, como Comte y Durkheim", "Lenin and Philosophy", en *Lenin and Philosophy and Other Essays*, Nueva York, New Left Books, 1971.

En el caso de Tarde, la centralidad que adquiere el tópico del peso de la opinión pública como forma moderna del despotismo de la multitud, el temor a la "nivelación democrática", que barrería con las naturales diferencias de los (intelectualmente) superiores, la recusación de la uniformidad como neutralización coercitiva de las diferencias, van configurando un modelo de sociología que pretende salvaguardar a toda costa el espacio de un sector que se ve crecientemente acosado por la presión que percibe por parte del resto del conjunto. Es interesante destacar de qué modo la crítica a la reificación durkheimiana de lo social como exterioridad a los individuos se combina con el rechazo al modelo de lo social como coerción restrictiva de la creación y autonomía de quienes son "iguales entre sí".

"Aún más estrecha y más alejada de la verdad es la definición que recientemente ha intentado un distinguido sociólogo, que da por propiedad característica de los actos sociales el ser impuestos *desde el exterior por coerción*. Esto es no reconocer, como lazos sociales, más que las relaciones del amo con el siervo, del profesor con el alumno, de los padres con sus hijos, sin prestar ninguna atención a *las libres relaciones de los iguales entre sí*".⁵²

Dominación y jerarquía por un lado, pero libres relaciones entre pares por el otro; el reclamo de Tarde exige el reconocimiento de ambos territorios, evitando su confusión. Por otro lado, si sus "mónadas" se definen por su ansia por la posesión, por la proyección de su deseo sobre el resto, si el "tener" debe sustituir al "ser" en cuanto verbo central de la naturaleza de las acciones humanas, bien podemos imaginar de qué tipo de iguales se está hablando. Es así como la insistencia en el carácter esencialmente diferenciado y diverso de la existencia constituye el aspecto propositivo de la negativa a aceptar a la similitud como eslabón final de la cadena lógica o histórica: hacerlo sería reconocerles la razón a las tendencias socializantes que tienden a terminar con la libertad individual.

"... la diferencia es el alfa y el omega de los fenómenos considerados conjuntamente, en todo orden de hechos, físicos, vitales o sociales, mientras que su similitud, y, con ello, su repetición [...] es simplemente un término medio. [...] es sobre todo en este punto que la diversidad aparece como

⁵² *La logique sociale*, pp. vii-viii (mi resaltado).

al fuente y como el fin de la unidad; es sobre todo en este punto que estalla esta verdad que resulta esencial reconocer, teórica y prácticamente, aunque no sea más que para rechazar las usurpaciones de un *socialismo* mal comprendido que, bajo el pretexto de combatir al individualismo, tendería a *matar al individuo*. Existir es diferir”.⁵³

El modelo de conocimiento que resulta se articula alrededor de esta noción de “diferencia”, una diferencia que se propaga a partir de diferir consigo misma, de modificarse perpetuamente;⁵⁴ si la identidad, la igualdad, no aparece en este esquema más que como grado mínimo en el que puede encontrarse la diferencia constitutiva, ello es porque la multiplicidad que se pretende salvar es vista como amenazada por ella. De forma simétrica a como Durkheim identificaba la posibilidad misma de la clasificación lógica, base estructurante de todo conocimiento, con la idea de “totalidad”, transposición conceptual de la sociedad misma,⁵⁵ verdadero sujeto de pensamiento, para Tarde será la diferencia individual, en peligro frente al peso de la unidad uniformadora, el único polo dotado de capacidades racionales.

Reapropiaciones actuales

Como se ha afirmado al inicio de este artículo, una de las más poderosas formas de reaparición de la figura de Tarde en las producciones contemporáneas ha sido bajo la forma de figura tutelar de una suerte de “contra-sociología” que debería formularse a contrapelo del modelo imperante a partir de fines del siglo XIX. En la mayoría de los casos, dicha reivindicación ha ido de la mano del convencimiento en cuanto a las posibilidades transformadoras que esta perspectiva tendría, no ya únicamente para las capacidades de análisis del reformulado cuerpo teórico, sino también -y principalmente- respecto a las intervenciones que el nuevo punto de vista habilitaría, y de las que a su vez sería deudora. En otras palabras, si se ha podido postular la equivalencia

⁵³ “Questions sociales”, en *Essais et mélanges sociologiques*, pp. 195-6 (mi resaltado).

⁵⁴ “...en el tiempo como en el espacio, todo constantemente es, ha sido o será, diferenciado [...] si la diferenciación va difiriendo, difiriendo de naturaleza y de objeto, no va en disminución”, *La logique sociale*, ob. cit., p. xv.

⁵⁵ Véase por ejemplo, *Las formas elementales de la vida religiosa*, pp. 450-451.

entre "cambiar la sociedad" y "rehacer la sociología",⁵⁶ es debido a la certeza de que entre ambos esfuerzos transformadores existe un nexo indisoluble, simétrico al se percibe como ligando al modelo imperante de desarrollo de las ciencias sociales durante todo el siglo XX con una concepción general de "lo social" que, al privilegiar su carácter de "realidad" para la intervención cognoscitiva, no hace más que solidificar y petrificar sus características presentes, intentando -vanamente- congelar su carácter intrínsecamente mutable.

Tal doble movimiento lleva la marca de quien fuera uno de los más tempranos autores en rehabilitar la figura de un Tarde a quien veía "aplastado por Durkheim y su escuela", y que en el significativo año de 1968 había publicado una obra con un nombre de ecos tan tardianos como *Diferencia y repetición*: Gilles Deleuze. En efecto, Deleuze tomará de Tarde (en particular de su "monadología") el punto de partida en la *différence* antes que en la identidad, para desarrollar a partir de ella una perspectiva que privilegiará la fluidez de los flujos y las iteraciones como estructura profunda de conformación de lo real.⁵⁷ Que la filosofía de la multiplicidad y la propagación "rizomáticas" de Deleuze abrevia de fuentes tardeanas, y que ella supone una determinada postura política al tiempo que teórica, queda adecuadamente reflejado por la presencia de un "Homenaje a Gabriel Tarde" en *Mil mesetas*, dentro del capítulo titulado "1933 - Micropolítica y segmentariedad", entre los apartados "El fascismo y el totalitarismo" y "Masas y clases".⁵⁸

En tal sentido, el esfuerzo de quienes como Bruno Latour han desarrollado esta línea de reapropiaciones de Tarde ha estado dirigido a desarticular los presupuestos asociados a la categoría misma de "lo social" en cuanto

⁵⁶ Tal el título de la reciente obra de Bruno Latour, *Changer de société - refaire de la sociologie*, París. La Découverte, 2006 (publicado anteriormente como *Reassembling the Social*, Oxford, Oxford University Press, 2005).

⁵⁷ Eric Alliez ("The Contemporary: A Roundtable Discussion", en *Pli. The Warwick Journal of Philosophy*, n.º 8, 1999; "Différence et répétition de Gabriel Tarde", ob. cit.) encuentra en el pasaje por Tarde un momento fundamental del desarrollo de la perspectiva deleuziana. Sin embargo, sobre las diferencias entre el enfoque de Deleuze y el de Tarde, véase Toews, "The New Tarde: Sociology after the End of the Social", ob. cit.

⁵⁸ "La imitación, la oposición, la invención infinitesimales son por lo tanto como quanta de flujos, que marcan una propagación, una binarización o una conjugación de creencias y deseos. . . Tarde es el inventor de una micro-sociología, a la cual le da toda su extensión y su alcance", Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mille plateaux. Capitalisme et schizophrénie 2*, París, Minuit, 1980. No está de más recordar la filiación de la filosofía deleuziana respecto a la figura de Henri Bergson, ligada en más de un sentido a la de Gabriel Tarde.

“estado de cosas estabilizado”, oponiendo de esta forma a la “sociología de lo social”, dominante desde el triunfo del modelo durkheimiano, una “sociología de la asociación” que reivindica el aspecto abierto y móvil de los lazos que conectan a las partes.⁵⁹ Así, la sustitución del “asociar” como verbo constantemente en acto, en lugar del sustantivo “sociedad”, al colocar en primer plano la actividad en la que permanente se encuentran involucrados todos los componentes del conjunto (esto es, la actividad que en todo momento, y siempre provisoriamente, “hace” asociación), deja en claro la intersección ya mencionada entre el interés por la renovación teórica y la voluntad de intervención política que mueve a los defensores de las nuevas perspectivas.⁶⁰

Es en cuanto precursor olvidado que Gabriel Tarde será así desempolvado del olvido al que lo habría relegado la demasiado exitosa línea ontologizante de la “sociología de lo social”; la referida preponderancia de la diferencia y la multiplicidad por sobre la identidad unitaria, el énfasis en el carácter de innovación e invención inherente a la actividad humana, son tomados como elementos constitutivos del nuevo abordaje, llamado en ocasiones “Teoría del Actor-Red” (“Actor Network Theory” o “ANT”, en la literatura anglosajona), o también “sociología de la innovación”.⁶¹ La revalorización del legado tardeano será de este modo utilizada, quizás paradójicamente, como autoridad para fundamentar la opción que hará de la “multitud” el sujeto político contemporáneo por excelencia,⁶² luego de haber sustituido a la antigua trascendencia de “lo social” por redes de interconexiones que no “forman” so-

⁵⁹ Bruno Latour, *Changer de société*, ob. cit. Debe mencionarse también a Eric Alliez, responsable de la reciente reedición de numerosas obras de Tarde con el grupo de los “Empêcheurs de penser en rond”.

⁶⁰ [los representantes de la “sociología de lo social”] “no se resignan a abandonar la idea de que estamos siempre sometidos a la fuerza que ejerce la sociedad, cuando en realidad nuestro futuro político descansa por completo en la tarea de decidir de nuevo qué es lo que nos mantiene unidos”, *ibid*; puede reconocerse a un ejemplar típico de estos “sociólogos de lo social”, así como la coincidencia de los dos planos mencionados, en el título del artículo de Latour “La gauche a-t-elle besoin de Bourdieu?”, en *Libération*, 15/9/1998; recíprocamente, véase el ataque hacia Latour incluido en la última obra de Bourdieu, *Science de la science et reflexivité*. París, Seuil, 2001.

⁶¹ Véase *supra*, n. 34.

⁶² Conexión evidente desde el título de una de las publicaciones que han contribuido a esta aproximación a Tarde, la revista francesa *Multitudes*; resulta significativa la vecindad de las referencias a Tarde en diversos foros de discusión política con las que remiten a Negri, Hardt, Spinoza, etc.

ciudad (en el sentido de resolverse en una totalidad situada "más allá" de ellos mismos), sino que antes bien, *son* sociedad por su misma multiplicidad e interconectabilidad;⁶³ paradójicamente, decimos, porque esta aplicación de Tarde necesariamente debe pasar por alto la mirada no precisamente simpática que nuestro autor reservaba para las multitudes de su época.

Un similar privilegio de la dimensión creadora frente a la mera reproducción de la vida colectiva caracteriza el enfoque de Maurizio Lazzarato; partiendo de las mismas coordenadas que los autores antes comentados, Lazzarato utilizará la perspectiva tardeana para optar por una "psicología económica"⁶⁴ que enfatiza el papel *productor* de las energías humanas permanente en acto, siempre transformadoras, antes que por la mera *reproducción* de las condiciones de la vida colectiva, como lo hace la economía política. La importancia que brinda Tarde a la invención, la centralidad que creencia y deseo tienen en cuanto componentes constitutivos de la vida, el recurso a la cooperación y la comunicación como claves de lectura para captar la complejidad de la economía moderna, señalan para Lazzarato el camino con el cual superar las limitaciones a las que el enfoque tradicional (tanto el liberal clásico como el marxista) se ve conducido.⁶⁵

Esta politicidad en cuanto a la dirección por la que circulan las lecturas actuales de Tarde quizás quede adecuadamente reflejada por el hecho de que su rostro se asome integrando una reducida serie de personajes que adornan la tapa de un recientemente aparecido "pequeño léxico filosófico del anarquismo", formando así parte de una cadena de referencias que lo

⁶³ En el sentido de que todo conjunto múltiple de elementos conectados entre sí conforma una sociedad; véase Latour, ob. cit., y del mismo autor, "Gabriel Tarde and the End of the Social", ob. cit.

⁶⁴ Título de una de las obras de Tarde: *Psychologie économique*, París, Felix Alcan, 1902.

⁶⁵ "La dinámica económica descrita por Tarde es una dinámica de la movilidad, de la variación, de la circulación. Hacer de la imitación y de la invención el motor de la economía significa pensar una teoría de flujos y no de stocks. . . Se trata por tanto de pensar una economía de la movilidad, de la circulación, de la variación, y no del encierro". Maurizio Lazzarato, "La Psychologie économique contre l'Économie politique", en *Multitudes*, n°7, diciembre 2001.

articularía, entre otros, con Proudhon y Bakunin.⁶⁶ Si bien por un lado no deja de resultar llamativa la absorción del conservador magistrado que tanto se preocupara por alertar con su pluma contra los crímenes de las “*foules* anarquistas” de su época por parte de quienes se reclaman como exponentes de las versiones más avanzadas del pensamiento libertario contemporáneo, por otra parte dicho movimiento no hace más que ilustrar las consecuencias últimas a las que conduciría la disolución de “lo social” que vendría a habilitar el modelo de análisis que busca filiarse en Tarde. Por consiguiente, que este “fin de la sociedad”⁶⁷ que se reclama sea un avance a celebrar como erosión de antiguas ataduras que limitaban nuestra capacidad de aprehender las relaciones entre las personas, o que por el contrario represente un retroceso que no haría más que reflejar el grado de descrédito que ha marcado en los últimos años el proyecto (a la vez teórico y político) del pensamiento moderno,⁶⁸ es una pregunta cuya respuesta dependerá fundamentalmente de las coordenadas ideológicas desde la cual se lo quiera realizar.

⁶⁶ Y con Leibniz, Nietzsche y Deleuze; la obra es el *Petit Lexique philosophique de l'anarchisme*, de Daniel Colson. París. LGF, Livre de poche. 2001. En cuanto a la incomodidad que podría suponer la presencia de Tarde en una obra dedicada a la tradición libertaria, véanse las críticas de Eduardo Colombo, “À propos du *Petit Lexique philosophique de l'anarchisme* de Daniel Colson”, en *Réfractons*. n°8, 2005. así como la respuesta del autor en el mismo número.

⁶⁷ “Esta... escuela de pensamiento podría tomar como lema... la famosa exclamación de la Sra. Thatcher...: “*¡La sociedad no existe!*”, Bruno Latour, *Changer de société - refaire de la sociologie*, ob. cit. (mi resaltado).

⁶⁸ Por ejemplo, en David Toews, “The New Tarde...”, ob. cit.

Notas para una definición de la hegemonía

Javier Balsa¹

El uso del término hegemonía se ha hecho cada vez más amplio y ambiguo en el discurso político contemporáneo e, incluso, en las propias ciencias sociales tiene un empleo bastante laxo. Aunque la hegemonía se ha convertido en una cuestión clásica en los estudios sociales, no contamos con una teoría suficientemente sistemática y con orientaciones para su operacionalización. Más allá de que el concepto de hegemonía ha sido muy sugerente, consideramos que no es en la vaguedad donde encontraremos la capacidad para dar cuenta de la complejidad de lo real, sino en la especificación del concepto sin perder su riqueza. Para ello, debemos desplegarlo sistemáticamente, para pasar de la potencialidad a la potencia heurística y explicativa. De otro modo, el riesgo es que la palabra "hegemonía" se convierta, por su mero halo semántico, en un sustituto a la explicación científica.² Esto es lo que ocurre en algunos trabajos: los fenómenos parecieran explicarse porque había una hegemonía que nunca se probó que existiera y luego, un tanto tautológicamente, si ocurrieron dichos fenómenos, se confirma que había hegemonía.

El objetivo de este trabajo es, entonces, la sistematización del concepto de hegemonía. Las respuestas a esta cuestión no se encuentran directamente

¹ CONICET - Universidades Nacionales de Quilmes y de La Plata. El presente trabajo es fruto de dos instancias de debate a cuyos integrantes quisiera agradecer: el equipo de la Universidad Nacional de La Plata en el que trabajamos sobre la operacionalización del concepto de hegemonía y el grupo de trabajo dirigido por Sonia de Mendonça, del que participé durante una estadía posdoctoral en la Universidad Federal Fluminense. jjbalsa@unq.edu.ar

² Sobre la cuestión del "halo semántico" y su relación con la explicación científica, puede consultarse Pierre Bourdieu, J. C. Chamboredon y J. C. Passeron, *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.

en los textos de Gramsci³ y, por ello, no pretendemos realizar una exégesis de la obra de este autor, aunque hemos recurrido profusamente a sus textos, especialmente a los *Cuadernos de la cárcel*.⁴

Por otra parte, intentamos brindar líneas para la operacionalización de este concepto, pues la mayoría de los trabajos presentan un altísimo grado de abstracción. Es imprescindible una mediación de tipo operacional, de lo contrario, caeríamos en dos actitudes epistemológicamente erróneas: el teoricismo (que implica la elaboración de teorías sin ninguna articulación con la realidad) o el operacionalismo (que reduce las teorías y los conceptos a los procedimientos de medición, lo cual implica un nivel de abstracción nulo).⁵

Una definición minimalista

Comenzaremos con una definición provisional de carácter minimalista. En Gramsci, más que una definición explícita del concepto de hegemonía, encontramos una serie de definiciones contextuales, es decir, enunciados donde se inscribe el concepto de hegemonía en una descripción o explicación, de modo que podría inferirse contextualmente el significado de dicho concepto. Lamentablemente, esa también ha sido la tónica de la mayoría de los autores que, o bien transcriben sin mayores análisis las citas de los diferentes apartados de los *Cuadernos*, o bien continúan brindando más definiciones contextuales. Éstas ofrecen campos de aplicación, límites de significado, pero adolecen de precisión y tienden a sobrecomplejizar el concepto, cuando no incurrir en numerosas contradicciones. Frente a esta tendencia, partiremos de una definición minimalista, que por su propia característica facilita su

³ Sus notas requieren casi siempre de interpretaciones y de un trabajo de sistematización que Gramsci no realizó. De hecho, la propia asistematicidad pudo haber operado positivamente en el sentido de abrir una serie de cuestiones hasta entonces muy poco abordadas por la tradición de pensamiento marxista.

⁴ En este sentido seguimos las tradiciones más críticas de análisis sobre este autor, como las de Perry Anderson, José Nun y Ernesto Laclau; aunque no compartimos todas sus conclusiones.

⁵ Sobre estas cuestiones pueden consultarse autores de diversas corrientes epistemológicas, que coinciden en este punto, como por ejemplo, Mario Bunge, *La investigación científica*, México, Siglo XXI, 2000; P. Bourdieu, J. C. Chamboredon y J. C. Passeron, *El oficio...*, ob. cit., y Homero Saltalamacchia, *Los datos y su creación*, Caguas (Puerto Rico), Kryteria, 1997.

crítica, a la que iremos agregando todas las consideraciones que juzgamos necesarias para su precisión.

Podríamos comenzar con una definición provisional de "hegemonía" como "la capacidad de un grupo o sector social para lograr la aceptación de su dominación y dirección por parte de otros grupos o sectores". A pesar de esta aparente simplicidad, en esta definición ya contamos con una serie de términos que requieren todo un desarrollo conceptual.⁶

La cuestión de la "aceptación"

En la definición provisional hablábamos de "aceptación" y creemos que este concepto merece un breve análisis. En la mayoría de los trabajos encontramos una lógica binaria en relación a la "aceptación" (que deriva en forzadas descripciones en términos de ausencia/presencia de hegemonía).⁷ En primer lugar, la hegemonía se caracteriza, justamente, por no poder suturar el espacio social. Su aceptación es siempre una cuestión de grados que encierra dos dimensiones: la extensión social y la profundidad de la aceptación. En segundo lugar, el término "aceptación" puede dar lugar a equívocos en su interpretación, en cuanto al carácter "voluntario" de dicha aceptación.

Los grados de la aceptación

La extensión social de la aceptación de la dominación y dirección por parte de la clase dominante, hace referencia a la cantidad de sujetos hegemonzados.⁸ Sin embargo, no es una mera cuantificación del porcentaje del total de

⁶ Por una cuestión expositiva nuestras reflexiones tendrán cierto carácter sincrónico, sin embargo, cabe aclarar que la construcción de la hegemonía es claramente un proceso dinámico y en constante reformulación.

⁷ Así por ejemplo en uno de los pocos trabajos preocupados por la operacionalización de la teoría de la hegemonía (Louise Phillips, "Hegemony and Political Discourse: the lasting impact of Thatcherism", en *Sociology*, vol. 32, n° 4, 1998), se cae en esta visión dicotómica, y se termina negando la existencia de hegemonía tan sólo porque el thatcherismo nunca acabó con "la presencia de discursos híbridos".

⁸ No sólo por una cuestión metodológica, sino por una opción teórica, reconocemos a los sujetos individuales como una unidad de análisis válida para estudiar el grado de hegemonía.

ciudadanos, sino del porcentaje de los integrantes de las distintos sectores sociales (en el caso de las clases, de sus fracciones).

Luego tenemos la dimensión de la *profundidad* en dicha aceptación. Gramsci menciona la búsqueda, desde el Estado, de la obtención de un “consenso activo de los gobernados” y, en otro fragmento, sostiene indirectamente que la “hegemonía social”, a diferencia del “gobierno político”, se basa en el “consenso ‘espontáneo’” y [que] los grupos “consienten’ [...] activa [o] pasivamente”.⁹ Podríamos pensar un gradiente que comenzase con el “consenso pasivo”, que se caracterizaría porque los sujetos no manifiestan, ni directa ni indirectamente, su acuerdo con la situación, si bien piensan que no existen alternativas mejores y viables. Por debajo del “consenso pasivo” está la inacción por el temor a la violencia física (es decir, una situación de “no aceptación”). Por encima del “consenso pasivo” se encuentra un “consenso activo”, en el cual los sujetos sí manifiestan su valoración positiva de la situación de dominación (en cuyo extremo se encontraría el proselitismo abierto).¹⁰

Surgen entonces dos primeras indicaciones metodológicas: debería estimarse cuántos de los miembros de cada fracción de clase aceptan la dominación y/o la dirección de la clase dominante, y habría que analizar cuál es la profundidad que tiene esa aceptación en cada uno de los individuos analizados.

El carácter “voluntario” de la aceptación

La idea de aceptación implica algún plano de conducta “voluntaria”, en el sentido de diferenciarla de conductas determinadas sólo “por coerción”.¹¹ Sin embargo, se debe tener cuidado con sobrevalorar el carácter “voluntario” de la adhesión a determinadas ideologías. La “voluntad” es socialmente

⁹ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la Cárcel*, México, Editorial Era, 1987 [desde ahora: CC], 15 (10), p. 186 y 357.

¹⁰ También podría estudiarse la existencia de otro plano de la profundidad de la aceptación, el del nivel de conciencia de dicha aceptación.

¹¹ Como señala Coutinho, “la hegemonía es para él [Gramsci], sin lugar a dudas, el momento del *consenso*. Aunque exista una lectura equivocada de Gramsci, inspirada sobre todo en Perry Anderson, que habla de la hegemonía como síntesis de coerción y consenso...” (Carlos Nelson Coutinho, *Gramsci. Um estudo sobre seu pensamento político*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1999; p. 249). Coutinho está criticando el trabajo de Perry Anderson (*Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y Revolución en Occidente*, Barcelona, Editorial Fontamara, 1978).

construida, por múltiples procesos de socialización que nos enseñan lo que “debemos” querer. Y en estos procesos de socialización no está ausente la coacción. Los padres, la escuela y otros mediadores nos ponen límites a nuestros deseos de diversos modos que muchas veces incluyen una dosis de coacción física, aunque más no sea en carácter de amenaza.

Este papel de la coacción en el proceso de formación de la “voluntad” también está presente en la dinámica macro-social.¹² En primer lugar, en la construcción de las bases de la sociedad capitalista, a través de la expropiación de los medios de producción y luego en la prohibición totalmente violenta de la vagancia: los procesos de “inclusión forzada” en la construcción de una sociedad capitalista (y esta violencia no tuvo nada de “simbólica”).¹³ De este modo se fijan límites claros a las posibilidades de desear con cierto realismo un tipo de vida independiente de las relaciones sociales capitalistas.

Y luego, la burguesía implementa permanentes recordaciones de que existen límites objetivos para los sueños de nuestras voluntades de salir de la sociedad capitalista, como nos enseñaron nuestras clases dominantes latinoamericanas en los años setenta con extensas y salvajes dictaduras militares. En las últimas décadas los mecanismos de coacción viraron a métodos de menor violencia física, pero no por ello menos explícitos, con los llamados “golpes de mercado”. Si los políticos no entienden dónde están los límites para su voluntad, “el mercado” se encargará de recordárselos, pero no sólo a ellos sino, especialmente, a las clases subalternas.¹⁴

¹² Ya Maquiavelo planteaba que “conviene estar preparado de manera que cuando dejen [los pueblos] de creer se les pueda hacer creer por la fuerza” (*El Príncipe*, Madrid, Alianza, 19; p. 50), subrayado nuestro.

¹³ Ver Karl Marx, *El Capital*. México, Cartago 1983; libro primero, sección octava. Sobre el concepto de “inclusión forzada”, ver Virginia Fontes, *Reflexões Impertinentes*, Rio de Janeiro, Bom Texto, 2005; capítulo 1.

¹⁴ Tal como sin tapujos se escribió en *Ámbito Financiero*: “Entendamos: el país entró en la era de los golpes de mercado en lugar de los antiguos golpes de Estado que hacían los militares [...] para preservarse de las demagogias políticas” (15/12/1989). Más detalles sobre estas cuestiones en Alberto Bonnet, “Hiperinflación, convertibilidad y hegemonía neoconservadora en la Argentina: elementos para el análisis de una relación compleja”, en G. Galafassi, A. Bonnet y A. Zarrilli, comp., *Modernización y crisis*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes - Red Theomai, 2002, y en Javier Balsa, “El Estado democrático y la gobernabilidad. Sus efectos en la sociedad y la economía”, en N. Girbal, A. Zarrilli y J. Balsa, *Estado, sociedad y economía en la Argentina (1930-1997)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2001.

En síntesis, el carácter “voluntario” de la aceptación de la dominación, no implica una idea *naïf*, que niegue las determinaciones más profundas que el poder (no sólo de clase, sino, por ejemplo, el patriarcal) imprime al deseo utilizando coacciones más explícitas o más implícitas, presentes o guardadas en la memoria de las sociedades. En este sentido tampoco significa pensar en términos solamente de aceptación conciente, ya que presenta planos inscriptos en las propias formas de vida de los sujetos.¹⁵

Hecha esta aclaración, tampoco debemos negar por completo este carácter “voluntario”, que nos permite diferenciar la dominación hegemónica de la dominación basada en el simple terror a la represión. En este último caso, no se la acepta, sino que se la rechaza, pero en un plano íntimo o en un plano social que no puede ser públicamente explicitado (en cofradías, vecindades, sindicatos, por ejemplo).

Es cierto que resulta difícil conocer por qué cada individuo tolera su posición subordinada, pero, en principio, ésta es una cuestión metodológica y no debería limitar nuestra reflexión conceptual. En todo caso, como una primera aproximación, la presencia de fuertes y salvajes mecanismos de coacción puede ser un indicador de que los dominados no están aceptando “voluntariamente” su posición. En otro extremo, situaciones de amplias posibilidades de participación política (posibilidad de votar sin ser vigilado, de formar cualquier tipo de partido político, de expresarse públicamente sin ser reprimidos, etc.), es decir, la existencia de una democracia representativa debería ser entendida como un indicador de que la aceptación de la dominación es “voluntaria” (con toda la presencia más mediada de la coacción por detrás que ya hemos mencionado).

¹⁵ Es que la hegemonía también se construye a partir de la difusión de un modo de vida articulado con la dominación de clase, y no sólo sobre la base de una ideología político-intelectual. En el cuaderno dedicado a “Americanismo y fordismo” encontramos una clara referencia a la posibilidad de construir la hegemonía que “nace de la fábrica” y que necesita de una “mínima cantidad de intermediarios profesionales de la política y de la ideología” (A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984; p. 291). Un desarrollo de esta conceptualización puede encontrarse en J. Balsa, “Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía”, en *Theomai*, n°14, segundo semestre de 2006 (<http://revista-theomai.unq.edu.ar/>).

¿Dominación o dirección?

En nuestra definición minimalista también surge el problema de qué es lo que se acepta, que en principio resumimos con las palabras “dominación” y “dirección”. Existen una serie de diferentes conceptualizaciones sobre estos dos términos. Así, por ejemplo, “dirección” puede ser entendida en un sentido meramente político, como sinónimo de “gobierno”; y, en oposición, “dominación” implicaría un plano más ideológico.¹⁶ Otras veces dominación es considerada el resultado de la coacción, mientras que dirección sería el resultante del consentimiento.¹⁷ Sin embargo, entendemos que resulta más útil emplear otro tipo de significados. Podría pensarse que la “dominación” es lo que mantiene al grupo como “dominante”, es decir, en el caso de las clases sociales, la propiedad de los medios de producción. Entonces, su aceptación se referiría a la *aceptación de los intereses* de determinado grupo o sector social, *en tanto son respetados o promovidos*.

Más complejo es el significado de “dirección”. Tanto en Gramsci como en los autores posteriores, parece implicar dos sentidos diferentes: dirección como capacidad de direccionar/incidir, otorgar un sentido o dirección a la sociedad (en especial cuando habla de “dirección intelectual y moral de la sociedad”),¹⁸ y dirección como capacidad de mando, de ocupación de los puestos de dirección en el Estado (“dirección política”). Consideramos importante distinguir y, a la vez, mantener estos dos significados. La aceptación de la “*dirección política*” se restringiría a la *aceptación de que los grupos o*

¹⁶ Este es el sentido en que Gruppi emplea estos dos términos cuando diferencia que para Gramsci, hegemonía sería dirección y dominación, mientras que para Lenin sería sólo dirección (A. Gruppi, *O Conceito de hegemonia em Gramsci*, Rio de Janeiro, Graal, 1980; p. 11).

¹⁷ Como en la tan citada frase de Gramsci, “un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a ‘liquidar’ o a someter incluso con la fuerza armada y es dirigente de los grupos afines y aliados” (CC, 19 (24), p. 387).

¹⁸ Aquí estamos dejando de lado, parcialmente, otro sentido de dirección, aunque vinculado con éste: la idea de que la clase encabeza la reproducción de la sociedad. Esta idea la encontramos ya en los primeros escritos de Gramsci cuando describe que en Rusia “el proletariado ha asumido la dirección de la vida política y económica y realiza su orden” (A. Gramsci, “Utopía” (1918), en *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; p. 50). Y luego, cuando propone que en Italia el proletariado asuma “la responsabilidad de clase dirigente” ya que “es capaz de crear un Estado fuerte y temido” (A. Gramsci, “El partido comunista”, en *Antología*, cit., p. 113).

sectores sociales dominantes estén a cargo del Estado, y la "dirección intelectual y moral" sería la capacidad de imponer una visión del mundo.¹⁹

Obviamente, ambos tipos de dirección y también la dominación se hallan íntimamente relacionados. Sin embargo, con esta conceptualización, tal vez sea posible pensar en un gradiente. El plano mínimo que indicaría la existencia de una hegemonía es que esa aceptación voluntaria se limitase a tolerar un tipo de organización social que asegure la existencia material de los dominadores, en el sentido de ocupar una posición social elevada en un plano que se juzga como fundamental (en el caso de las clases, su control sobre los medios de producción). En este tipo de casos, los dominados sólo toleran la continuidad de la clase dominante, pero recortando severamente los beneficios que ésta recibe.²⁰ Este tipo de situaciones podríamos, entonces, denominarlas como "dominación mínima". De hecho, podríamos decir que, en estos casos, la hegemonía de la clase dominante se encuentra seriamente cuestionada en muchos planos.

Por encima de este nivel mínimo de dominación, existiría la aceptación de la libre disponibilidad de los derechos de propiedad. Esto se presenta como la "típica" dominación capitalista: el Estado "no favorece" a ninguno, y se "limita" a garantizar el libre usufructo de los derechos de propiedad (un estado liberal, teórico). En este caso, los dominados aceptan que la clase dominante reciba los beneficios generados por sus propiedades, pero no toleran que el Estado le incremente sus ganancias por encima de este nivel "normal".

¹⁹ Esta conceptualización de "dominación" y "dirección", si bien se contrapone con la explicitada en la cita anterior de los Cuadernos, es compatible, sin embargo, con la frase que la continúa. En ella Gramsci dice que "un grupo social puede e incluso debe ser dirigente aun antes de conquistar el poder gubernamental (ésta es una de las condiciones principales para la misma conquista del poder); después, cuando se ejerce el poder y aunque lo tenga fuertemente en el puño, se vuelve dominante pero debe seguir siendo 'dirigente'." (CC, 19 (24), p. 387). Podemos ver que antes de conseguir imponer sus intereses de clase, el grupo debe lograr que su ideología predomine, es decir, que se acepte su dirección intelectual y moral. Luego, una vez obtenido el poder gubernamental, se pueden imponer sus intereses (dominación), pero se debe también mantener la dirección ideológica.

²⁰ Tal vez un ejemplo límite grafique bien este nivel mínimo de aceptación de la dominación: durante el primer peronismo, los terratenientes que tenían sus campos entregados en arriendo perdieron casi totalmente el control sobre los mismos; los contratos fueron prorrogados (durante 25 años, incluso hasta mucho después del derrocamiento de Perón) y los cánones fueron casi congelados (mientras la inflación reducía la renta hasta un mínimo irrisorio). Sin embargo, salvo excepciones, no fueron expropiados de sus tierras; ver detalles en Javier Balsa, "Tierra, política y productores rurales en la pampa argentina, 1937-1969", en *Cuadernos del PIEA* (UBA), vol. 9, 1999.

Podríamos llamarla "*dominación liberal*". Tal vez podría pensarse que este tipo de dominación constituye un sustrato de otro tipo de dominaciones.²¹

Resulta más común la situación de una dominación que incluye la promoción de beneficios directos por parte del Estado hacia la clase dominante (que van desde la protección del mercado nacional para asegurar mayores tasas de ganancia que las que habría con librecambio, hasta la graciosa concesión de diversos tipos de subsidios directos). Los dominados no sólo toleran la existencia de la clase dominante y respetan sus derechos de propiedad, sino que incluso piensan que es positivo o natural que el Estado favorezca sus intereses por encima de sus niveles normales de ganancia. Su nombre podría ser de "*dominación prebendista*" y, a su vez, dentro de ella pueden pensarse niveles de menor o mayor concesión de beneficios para la clase dominante.

Habitualmente la dirección presupone la dominación, pero la dominación no requiere de la aceptación de la dirección. La dominación puede ser bastante amplia, pero los grupos dominados pueden no reconocer a la clase dominante un papel de director de la sociedad.

Nuevamente, el tema de la dirección implica un gradiente. En el caso de la "dirección intelectual y moral", las clases subalternas nunca aceptan por completo la visión del mundo que le intenta imponer la clase dominante, no sólo por la dinámica de la lucha ideológica, sino inclusive por un "sentido de separación" propio del "buen sentido".²² Dentro de una dominación hegemónica, podría pensarse en un mínimo de aceptación de esta dirección, en el sentido de que si existe la dominación, en algún punto se debe estar aceptando el modelo de sociedad propio de la clase dominante, aunque se resista la mayor parte de los elementos de su visión del mundo. Un mínimo de dominación, implicaría un *mínimo de dirección intelectual y moral*. En el extremo opuesto, las clases subalternas compartirían la visión del mundo de la clase dominante, una aceptación *completa de la dirección intelectual*

²¹ En esta línea, podríamos asociar este concepto con el de "consenso blando" ("consenso fraco") que utiliza Virginia Fontes (*Reflexões Impertinentes*, ob. cit., pp. 230-231) para hacer referencia a la forma en que se asegura la permanente ampliación de la dominación capitalista y de sus formas culturales y de sociabilidad, más allá de las crisis de hegemonía.

²² Sobre el sentido común y el buen sentido, resulta ineludible la lectura de José Nun, *La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1989.

y moral.²³ Aquí estaríamos cerca de una hegemonía completa. Sin embargo, resta considerar la aceptación de la dirección política.

Puede haber una fuerte aceptación de la dominación, e incluso una importante aceptación de la dirección intelectual y moral y, sin embargo, las clases subalternas pueden rechazar que los miembros de la clase dominante (o sus representantes directos) sean quienes ocupen los puestos de dirección del Estado (en sentido restringido).²⁴ Sobre esta aceptación de la dirección política, podemos pensar un máximo que sería cuando las clases subalternas aceptan/votan a los miembros de la propia clase dominante para hacerse cargo del Estado (situación que podría sintetizarse en la idea: "que sean los dueños del país los que se hagan cargo de administrarlo"). Esta sería la aceptación de una *dirección política directa*. En un nivel menos intenso de aceptación, encontraríamos con que las clases subalternas no aceptan esta idea (y no votan a los capitalistas) sino que "sólo" aceptan a sus intelectuales orgánicos. Es decir a personas que no se presentan como parte de la clase dominante, sino como intelectuales, profesionales o políticos, pero que claramente comparten la defensa de los intereses directos de la clase dominante. Esta sería la aceptación de una *dirección política mediada*.

A los efectos prácticos, para la clase dominante resulta relativamente indistinto el reconocimiento de ambos tipos de direcciones. Con una dirección mediada (menos visible) tiene la ventaja de que en los casos de crisis no recibe directamente las críticas. Además, es más fácil componer los intereses de los distintos grupos empresariales al existir una "gerencia" con cierta independencia de cada grupo. Como defecto, los intelectuales orgánicos siempre pueden pretender algún grado de autonomía que potencialmente podría generar tensiones con los intereses de la clase dominante. En la dirección directa, estas ventajas y desventajas invierten su sentido. Sin embargo, desde

²³ En estos casos es habitual que tenga gran difusión la metáfora de pensar a la sociedad como una gran empresa.

²⁴ Según Pucciarelli, pueden distinguirse dos niveles en los que opera la acción hegemónica: uno más global en el que se presentan, definen y justifican los principios básicos que tornan legítimo y aceptable el tipo de orden social prevaleciente, o sea una determinada estructura de dominación ("hegemonía sociocultural"); y otro nivel, en el que se definen los principios de constitución y las reglas de funcionamiento del orden político ("hegemonía política"). Se abre así la posibilidad de situaciones de "hegemonía compartida" (Alfredo Pucciarelli, "Conservadores, radicales e irigoyenistas. Un modelo (hipotético) de hegemonía compartida, 1916-1930", en W. Ansaldo, A. Pucciarelli y J. Villarruel (ed.), *Argentina en la paz de dos guerras, 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos, 1993; pp.77-82).

el punto de vista de analizar la fuerza de la hegemonía, evidentemente cuando las clases subalternas aceptan una dirección política directa por parte de los miembros de la clase dominante, estaríamos en el grado más alto de la hegemonía. Ya ni siquiera son “engañadas” por la presencia de políticos que se presentan como defensores del bien común, pero que son intelectuales orgánicos de la clase dominante.

En los casos en que las clases subalternas sí acepten esta dirección política, directa o mediada (y, por ejemplo, voten por los partidos patronales) podríamos decir que estaríamos en presencia del máximo grado de hegemonía. Especialmente cuando este apoyo electoral no es circunstancial, sino de tipo ideológico.

Por último, las clases subalternas podrían no tolerar este tipo de opciones claramente patronales, pero sí votar por fuerzas políticas que si bien no son defensores evidentes de los intereses directos de la clase dominante, no cuestionan la dominación prebendista. Aquí habría una *dirección política mínima*. Son elegidas fuerzas políticas que favorecen a la clase dominante, a pesar de no ser sus intelectuales (más) orgánicos. Por debajo de esta posibilidad, encontraríamos situaciones en las cuales no habría aceptación de la dirección política. Estarían a cargo del Estado fuerzas políticas que, en principio, no plantearían que haya que favorecer los intereses de la clase dominante. Esto conduce a intensos juegos de seducción-neutralización de estas direcciones políticas que mantienen cierta distancia con las clases dominantes. Pero, recordemos que puede no haber aceptación de la dirección política, pero sí de algún grado de aprobación de la dirección intelectual y moral y de la dominación.

En fin, nuevamente tenemos un gradiente de situaciones de aceptación de distintos tipos de dominación y de dirección que podrían ser estudiados en cada coyuntura histórica específica para cada uno de los grupos sociales.

La cuestión de la “capacidad”, como resultado o como instrumentos (mente o aparatos)

En la definición provisional hablábamos de la “capacidad” de lograr la aceptación, pero este concepto puede involucrar dos significados diferentes: “capacidad” como logro o resultado, pero también como control o disposición de los instrumentos necesarios para obtener ese logro. En el primer senti-

do, la hegemonía sería restringida al nivel de las mentes de los dominados, "colonizadas" por la ideología dominante. Este pareciera ser el significado más directo de la idea de hegemonía. Así, en los *Cuadernos* se dice que la "hegemonía social" [es] el consenso 'espontáneo' dado por las grandes masas de la población a la orientación impresa a la vida social por el grupo dominante fundamental...".²⁵

Es cierto que una definición "mental" de la hegemonía podría ser interpretada como excesivamente "individualista". Sin embargo, la mente no es sólo individual, sino que está repleta de representaciones sociales. Por otro lado, el concepto de "mente" puede resultar para algunos un poco arcaico, pero no es fácil de suplantarlo con otra idea y respetar el nivel de la subjetividad.²⁶

En el segundo sentido, el concepto evoca el control de los aparatos productores y difusores de estas ideas. Así, habría hegemonía cuando los dominadores tienen este control y, de este modo, se encuentran en condiciones de producir la mencionada aceptación. Como lo analiza Portantiero, la "concepción 'institucionalista' de la hegemonía aleja los esquemas gramscianos de otros modelos de legitimidad erigidos exclusivamente sobre el consenso ideológico. La hegemonía se expresa como existencia 'real', histórica, a partir de aparatos hegemónicos (las instituciones de la sociedad civil) que en conjunto articulan, como particularidad, a cada sociedad y a cada una de sus etapas como 'sistemas hegemónicos'. Ninguna situación puede ser analizada fuera de las relaciones de fuerza al interior de las instituciones".²⁷

Los trabajos más teóricos (sin negar en forma explícita, al menos, el significado mental de hegemonía) se han concentrado casi siempre en el nivel de los aparatos "productores de" hegemonía. No queda claro si este recorte lo han hecho por limitaciones metodológicas (siempre es mucho más fácil analizar los aparatos y los discursos públicos que las mentes de los dominados), o si existe una decisión teórica intencional en este sentido.

El propio Gramsci realizó una crítica metodológica que muchas veces fue interpretada como teórica: "Evidentemente, es imposible una estadística de los modos de pensar y de las opiniones individuales singulares, con todas las combinaciones que resultan por grupos y grupúsculos, que dé un cuadro orgánico y sistemático de la situación cultural efectiva y de los modos en que

²⁵ Antonio Gramsci, CC, 12 (1), p. 357.

²⁶ Sobre estas cuestiones resultan de gran utilidad las reflexiones de Teun van Dijk, *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 1999.

²⁷ Juan Carlos Portantiero, *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires, Grijalbo, 1987; pp. 186-187.

se presenta realmente el *sentido común*: no queda sino la revisión sistemática de la literatura más difundida y aceptada por el pueblo, combinada con el estudio y la crítica de las corrientes del pasado, cada una de las cuales puede haber dejado un sedimento, que se combina variablemente con los precedentes y con los que siguen".²⁸

Vemos aquí que Gramsci no sólo está proponiendo analizar el control sobre los aparatos ideológicos, sino ir con más profundidad y estudiar el contenido de la literatura difundida. De todos modos, no parece que la interrogación directa de los dominados para conocer su forma de pensamiento haya sido una propuesta de Gramsci. Sin embargo, el amplio desarrollo a lo largo del siglo XX de técnicas de entrevista (desde las más estructuradas hasta las más abiertas) ha dado un instrumental de producción de datos sobre estas cuestiones que, junto con las técnicas de análisis del discurso, consideramos deben incorporarse al estudio de la hegemonía.

De hecho, la anterior cita de los *Cuadernos* nos traslada al plano del análisis discursivo como forma de investigar el grado de hegemonía. Extremando este planteo encontramos la propuesta foucaultiana y podríamos pensar que la hegemonía no sólo se construye en los discursos, sino que es la hegemonía de los discursos, de unas formaciones discursivas sobre otras.²⁹ El propio Gramsci subrayaba que en "el lenguaje se halla contenida una determinada concepción del mundo".³⁰ Sin embargo, creemos que el nivel del discurso no disuelve ni agota el plano mental de la hegemonía. Como lo plantea Van Dijk, este plano mental no se puede reducir a un nivel discursivo, ya que la gente no dice todo lo que piensa, y muchas de estas cosas no dichas son elementos claves en la construcción de una hegemonía. Hay cosas que nunca se dicen, pues están implícitas en una cultura o una ideología grupal, o porque no conviene decirlas.³¹ Además, acordamos con Fairclough en que frente al "sabor pesadamente estructuralista" del planteo foucaultiano (como también del althusseriano), hay que reconocer que los "sujetos sociales están moldeados por las prácticas discursivas, pero también son capaces de remodelar y reestructurar esas prácticas".³²

²⁸ Antonio Gramsci, *Quaderni del Carcere*. Torino, Einaudi Editore, 1975: 24 (5), pp. 2268-2269 (utilizamos la traducción de Nun. *La rebelión...* ob. cit., p. 81).

²⁹ Michel Foucault, *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI, 1970.

³⁰ Antonio Gramsci, CC. 11 (12), p. 245.

³¹ van Dijk, *Ideología*, ob. cit., pp. 186-187.

³² Norman Fairclough, *Discurso e mudança social*, Brasília, Editoria Universidade de Brasília, 2001: p. 70 y 89.

En fin, es evidente que la hegemonía tiene un aspecto mental (vinculado, pero diferente del aspecto discursivo): creencias que tienen determinados sujetos sobre a quién le corresponde dirigir la sociedad y cómo ésta debe estar estructurada. Pero la hegemonía también implica un plano más institucionalizado, de aparatos productores y difusores de ideología que operan para crear y mantener estas creencias. Hechas estas aclaraciones, concluimos optando por una *definición dual de "capacidad"*, como control sobre los aparatos ideológicos y los discursos públicos y como resultado, en las mentes de los dominados, de dicho control.

Los sujetos de la hegemonía

En la definición minimalista hablábamos de "un grupo o sector social" que lograba la aceptación de su dominación/dirección por parte de "otros grupos o sectores sociales". La amplitud fue buscada deliberadamente. La propuesta original que daba centralidad al concepto de clases sociales para el análisis de la hegemonía ha sido impugnada, especialmente desde el pos-marxismo. Pero, más allá de los distintos posicionamientos en los debates generados sobre la cuestión del sujeto social,³³ muchos autores han encontrado fructífera la aplicación del concepto de hegemonía a otro tipo de agrupamientos sociales. Por lo tanto, no vemos el motivo por el cual negar este uso ampliado del mismo. Según el tema construido por el investigador se pueden pensar distintos tipos de hegemonías (de género, de etnias, de discursos, etc.) y la constitución de distintos sujetos sociales en torno a estas disputas hegemónicas. Si pretendemos avanzar en un sentido de totalidad social, podemos conceptualizar determinados campos de disputa como los más relevantes y analizar las disputas hegemónicas en varios de estos campos a la vez. En este caso podría ser útil la idea de "constelaciones hegemónicas", que desarrollamos en otro trabajo.³⁴

Otra cuestión presente en nuestra definición provisional es la dualidad entre unos "dominadores" y unos "dominados". Obviamente, estas denominaciones encierran una doble simplificación. En primer lugar, enuncian una polarización (dominadores/dominados) y, en segundo lugar, una suficien-

³³ Esta cuestión la hemos analizado con mayor detalle en nuestro trabajo "Constelaciones hegemónicas. Reflexiones en torno a las hegemonías", *Tareas* (en prensa).

³⁴ *Ibidem*.

te homogeneidad interna en cada grupo tal que merezca englobarlos como “dominadores” y como “dominados”. Estas simplificaciones sólo tienen un objetivo expositivo, pero no son teóricamente necesarias. Esto significa que los polos no son homogéneos y que puede haber “terceras fuerzas” en la disputa hegemónica,³⁵ incluso puede decirse que lo propio de la hegemonía es la articulación de sujetos sociales diversos.³⁶ Tampoco las relaciones son de antagonismo o nada. Las distancias e intensidades de la dominación y la constitución de sujetos sociales que disputen son variables. Podría ser de utilidad la imagen de vectores de fuerzas, jalando cada una hacia su lado desde distintas posiciones.³⁷

¿Qué hay cuando no hay hegemonía?

En primer lugar, el hecho de que haya hegemonía es algo contingente. No hay ninguna relación de necesidad directa entre una determinada configuración económica y la existencia de hegemonía. Esta depende de una dinámica política relativamente autónoma de aquélla. Para el capitalismo y para sus distintas fases, no resulta de ningún modo necesaria la existencia de hegemonía. De allí la enorme distancia conceptual entre el liberalismo político y el pensamiento democrático, tal como lo ha demostrado Losurdo.³⁸ La bur-

³⁵ De hecho para Gramsci, como lo analiza Portantiero, “el eje de la estrategia de la clase subalterna fundamental consiste en desplazar hacia el interior de un bloque hegemonizado por ella, a quienes actúan como clases auxiliares del bloque en el poder. La diada del conflicto de clases se transmuta así en tríada; para el revolucionario el razonamiento no debe ser dualista sino ternario” (Portantiero, *Los usos...*, ob. cit., p. 117). Esta conceptualización presenta algunos puntos de contacto con el esquema de Verón para el análisis del discurso político: prodestinatario, paradestinatario y contradestinatario (Eliseo Verón. “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política” en AA. VV. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Hachette, Buenos Aires, 1987).

³⁶ En la definición de Gruppi: la hegemonía es la capacidad de unificar a través de la ideología y de conservar unido un bloque social que no es homogéneo, sino que está marcado por profundas contradicciones de clase (Gruppi, *O Conceito de hegemonia...*, ob. cit., p. 70).

³⁷ Habría que explorar la posibilidad de emplear el concepto de “puntos nodales” que aplicaron Laclau y Mouffe (*Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI editores, 1987). Los vectores de fuerzas trabajarían sobre los puntos nodales, tensionándolos hacia distintas configuraciones, pero casi nunca consiguiendo su total adhesión a un único polo.

³⁸ Domenico Losurdo, *Democracia ou Bonapartismo. Triunfo e decadência do sufrágio universal*, Rio de Janeiro, Editora UFRJ/Editora UNESP, 2004.

guesía puede dominar de muy distintas formas, y la dominación hegemónica es sólo una de ellas. Incluso tampoco podríamos decir que es la fórmula que siempre le resulta más conveniente. La construcción de una hegemonía implica algún tipo de consideración de los intereses de los dominados, aunque sea mínima. Además, una hegemonía, en su sentido puro, se construye sobre una arena democrática, que como tal implica amplias posibilidades para la organización político-ideológica de las clases subalternas, lo que siempre entraña un riesgo. Es cierto que, como contrapartida, una dominación hegemónica presenta otro tipo de ventajas en comparación con las dominaciones no hegemónicas. En estas últimas suelen predominar formas fascistas o cesaristas que pueden llevar a aventuras militares muy costosas y riesgosas. Por otro lado, al negar canales para la manifestación del disconformismo (tanto de las clases subalternas como de fracciones dominadas de las clases dominantes), éste puede terminar manifestándose a través de vías "revolucionarias" en su sentido de táctica política, pero que suelen conllevar giros anticapitalistas. Podríamos pensar la hipótesis de que la burguesía, a través de sus múltiples instancias de reflexión y organización, sopesa las ventajas y desventajas que en cada coyuntura histórica presentan los distintos tipos de dominación, y maniobra en consecuencia.

Cabe aclarar que una dominación no hegemónica no implica sólo el recurso de la coerción. Puede, incluso, lograrse un amplio consenso acerca de la dominación e incluso de la dirección por parte de la clase dominante o sus representantes. Sin embargo, ésta no se arriesga a construir y poner en juego esta dominación en una arena democrática. Más allá de la existencia de un determinado grado de consenso (alto o bajo), el núcleo de la dominación se ejerce a través de la coerción, y los canales de participación democrática son prácticamente nulos, especialmente en cuanto a la capacidad de elegir a las autoridades políticas (como, por ejemplo, en las monarquías absolutistas o en las situaciones iniciales de algunas dictaduras latinoamericanas).

Entonces, de acuerdo con esta conceptualización, en los casos en que las masas son dominadas sobre la base de la coerción no hay "hegemonía", o al menos podríamos decir que la dominación no es centralmente hegemónica. Por ello pensamos que es un error el enfatizar la importancia de la frase de Gramsci donde plantea que "un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a 'liquidar' o a someter incluso con la fuerza armada y es dirigente de los grupos afines y aliados" (CC, 19 (24), p. 387). Esta frase es, justamente, retomada por Portelli para plantear que la hegemonía solo se

da sobre una parte minoritaria de la sociedad.³⁹ Sin embargo, creemos que en la interpretación de la anterior frase de los *Cuadernos* debe enfatizarse el hecho que Gramsci señala que a los adversarios se los somete *incluso con la fuerza*, lo cual significa que no sólo se hace con la fuerza, sino también con el consenso. De hecho, he aquí una diferencia entre las primeras notas en el Cuaderno 1 (44), y la redacción definitiva en el Cuaderno 19 (24), según analiza Ferreira.⁴⁰

Además, en varios apartados, Gramsci afirma que la hegemonía se da sobre el conjunto de la sociedad. Por ejemplo, cuando habla de la "hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la sociedad entera".⁴¹ Consideramos que debe hacerse una opción conceptual, y nos inclinamos por esta última. Es decir, se puede dominar dirigiendo sólo a las clases auxiliares y reprimiendo a las clases subalternas, pero ésta no sería una dominación (centralmente) hegemónica. Históricamente ésta ha sido la forma de dominación bajo los sistemas de democracias restringidas, en las que sólo las capas más adineradas formaban parte de la "ciudadanía", y entraban en el juego de la construcción de la hegemonía. Aunque, incluso en muchos de estos casos, el nivel de violencia que rodeaba los actos eleccionarios eran de tal magnitud, que tampoco podemos hablar de una hegemonía ni siquiera para las capas más altas.

En síntesis, siempre existe una combinatoria entre las distintas formas de dominación, pero debe investigarse cuáles son las que predominan sobre las mayorías, para poder caracterizar el sistema de dominación como un todo.

La democracia como arena de disputa de la hegemonía

La arena democrática es *el* lugar de la disputa hegemónica. Una hegemonía "pura" implica una Sociedad Civil "libre" de intromisiones estatales (típicas del fascismo y las dictaduras). Pero la libertad de estos aparatos tiene, valga la redundancia, un significado liberal: permitir las posibilidades diferenciales de construir o incidir sobre los aparatos según los recursos (sobre todo económicos, pero también el capital cultural y simbólico) de los diferentes sujetos.⁴² También una hegemonía "pura" implica la "libre" discusión de

³⁹ Hugues Portelli, *Gramsci y el bloque histórico*. México, Siglo XXI, 1973; p. 75 y p. 89.

⁴⁰ Oliveiros S. Ferreira, *Os 45 cavaleiros húngaros. Uma Leitura dos Cadernos de Gramsci*. San Pablo, HUCITEC / Editora Universidade de Brasília, 1986; p.12.

⁴¹ CC, 6 (24), p. 28.

ideas, el debate político abierto, con todas las formalidades republicanas. Explícitamente estamos dejando de lado las cuestiones del contenido de esta democracia, que son justamente parte de la disputa hegemónica.⁴³

Cuando esta arena democrática no se encuentra plenamente constituida, la hegemonía será parcial (por ejemplo sólo hacia los hombres, pero no hacia las mujeres, hasta que no se les reconoció la ciudadanía). Justamente, el éxito de una hegemonía burguesa plena es lograr que se acepte su dominación y dirección en un contexto de democracia representativa. Por lo tanto, en estos casos, no resulta conducente buscar explicaciones con cuestiones marginales (las pequeñas limitaciones legales, el clientelismo político, el sistema electoral, las dificultades económicas) que desvían el núcleo del problema.⁴⁴ Pues el interrogante que intenta resolver el análisis de la hegemonía es justamente explicar esta aceptación, más allá de la presencia de algunos "trucos" limitantes de la participación más plena.

Personalmente, pensamos que para superar la dominación burguesa, las clases dominadas deben introducirse de lleno a esa disputa hegemónica; y para ello, necesitan de una propuesta contra-hegemónica. Ahora bien, para ingresar en la disputa hegemónica debe entrarse en la arena democrática donde la hegemonía se construye y debate. La expansión de la ciudadanía (que fue una conquista de las masas) las interiorizó en el Estado de un modo en que éste perdió su exterioridad frente a ellas.⁴⁵ Esto generó un desafío del que Engels ya comenzó a dar cuenta.⁴⁶ En perspectiva podemos ver que esta situación abre cuatro alternativas.

⁴² La arena democrática no es una arena incesgada (neutral), pero incluso la disponibilidad de los aparatos puede estar regulada políticamente tanto a favor como en contra de la clase dominante (los medios de comunicación pueden estar sometidos a fuerte regulación o incluso ser estatizados).

⁴³ Por otro lado, para Gramsci la democracia no es sólo una arena donde disputar la hegemonía a la burguesía, sino también un pre-requisito de la sociedad socialista. Como lo analiza Coutinho, la "Carta al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética" (*Antología*, cit.; p. 200-207), que Gramsci envía en 1926, avanza en este sentido, como también la crítica a la "estadolatría" realizada en los *Cuadernos* (CC, 8 (130), pp. 282-283); ver C. Coutinho, *A Democracia como Valor Universal. Notas sobre a questão democrática no Brasil*. São Paulo, Livraria Editora Ciências Humanas, 1980; y C. Coutinho, *Gramsci...*, ob. cit., especialmente en p. 72 y p. 263.

⁴⁴ Tal como aparecen sobreestimadas en la argumentación de Losurdo, *Democracia...*, ob. cit.

⁴⁵ Ver Portantiero, *Los usos...*, ob. cit., p. 25.

⁴⁶ Federico Engels, "Prólogo a la segunda edición" de C. Marx, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Buenos Aires, Anteo, 1985 (original de 1892).

1. Las organizaciones políticas de las clases subalternas pueden entrar acríticamente en la arena democrática y terminar siendo casi completamente hegemonizadas por la burguesía. "Entrada socialdemócrata".
2. Pueden (re)exteriorizarse, no reconocerse como ciudadanos y automarginarse individualmente de la dinámica política, que dejan en manos de las clases dominantes o sus políticos. "Ruptura automarginalizante".
3. Pueden (re)exteriorizarse, no reconocerse como ciudadanos (al menos dentro del "estado burgués") e impugnar globalmente el "sistema" desde algún tipo de colectivo social. En esta vía pueden construir un protoestado paralelo para poder cumplir con las funciones estatales desde organizaciones y/o territorialidades propias. "Ruptura pro-revolucionaria".
4. Pueden entrar en la arena democrática pero para disputar la hegemonía burguesa. "Entrada pro-revolucionaria".

La tercera opción, a pesar que la denominamos "ruptura pro-revolucionaria", presenta serios problemas para derrotar la hegemonía burguesa en sociedades complejas y con sólidas Sociedades Civiles y Políticas; de hecho, evita la disputa hegemónica. Las "rupturas pro-revolucionarias", si no logran hacer la revolución (y han existido varias coyunturas en las que estas rupturas no tenían siquiera una estrategia revolucionaria clara),⁴⁷ generalmente generan un clima de "desorden", ante el cual amplios sectores de las propias clases subalternas apoyan el "reestablecimiento del orden" a cualquier precio. Lo que habitualmente incluye una feroz represión también sobre aquellos que intentan disputar la hegemonía desde una "entrada pro-revolucionaria".

Por el contrario, la "entrada pro-revolucionaria" si bien se propone disputar la hegemonía, tiene un fuerte riesgo de convertirse en la primera opción y terminar integrada a la dominación burguesa ("entrada socialdemócrata"). De todos modos, no debe confundirse la traición de la socialdemocracia en Europa Occidental (su rápido y claro abandono de los objetivos anticapitalistas), con una inviabilidad intrínseca para desarrollar luchas anticapitalistas dentro del sistema democrático.

No acordamos con la visión que elabora Anderson (en la que finalmente poco y nada queda de la propuesta gramsciana) según la cual, el núcleo de

⁴⁷ Véanse las críticas de Anderson a la táctica de la acción armada "parcial" (*Teilaktion*) seguida por el partido comunista alemán en 1921 (Anderson, *Las antinomias...*, ob. cit., pp. 91-94). Las mismas podrían ser útiles también para analizar las acciones de algunos de los grupos armados de izquierda en la Argentina de la primera mitad de los años setenta.

la “dominación cultural” en el capitalismo avanzado se estructura en torno al sentimiento de “representación” por parte de las masas.⁴⁸ Es cierto que, según la teorización de Rousseau, una verdadera democracia no incluye la representación.⁴⁹ Pero como el propio Rousseau tuvo que admitir en sus intentos de traducir sus ideas a las realidades de sociedades nacionales, algún sistema de representación resulta imprescindible para organizar democracias a esta escala, más allá de prever un sistema de mandatos imperativos.⁵⁰ Podrían imaginarse sistemas más participativos y con mayores controles ciudadanos que los de las democracias representativas actuales. Incluso se puede mantener un ideal de romper con la relación dirigentes/dirigidos, tal como está presente en Gramsci.⁵¹ Sin embargo, esto sería una cuestión de grados, y no de “democracia burguesa” versus “democracia proletaria”. En todo caso, pareciera que en Anderson se encuentra una sobrevaloración implícita de la democracia directa, e incluso una crítica al reconocimiento del voto igualitario.⁵²

⁴⁸ Ver Anderson, *Las antinomias...*, ob. cit., pp. 49-51. De todos modos, es probable que el sistema político cumpla algún papel en la construcción de la hegemonía. Pero el mecanismo no es sólo el de la “representación”, sino que también tendría un papel, tal vez incluso más importante, la “identificación”. En Ernesto Laclau (*La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005; pp. 200-201) encontramos una correcta inversión del sentido de la “representación”: como no existe una voluntad plenamente constituida a ser representada, la primera acción del representante, justamente, es constituir esta voluntad. Y para hacerlo provee un punto de “identificación”. Incluso, agregamos nosotros, podría haber identificación sin representación, o con un sentimiento de representación muy débil. Por ejemplo, en la mayoría de las democracias latinoamericanas, el sentimiento de representación parece ser débil (las masas no se sienten representadas por “sus representantes”) aunque puede haber niveles más altos de identificación con sus líderes o sus identidades partidarias.

⁴⁹ Jean Jaques Rousseau, *El contrato social*, Barcelona, Altaya, 1993 (original de 1762).

⁵⁰ Jean Jaques Rousseau, “Consideraciones sobre el Gobierno de Polonia y su proyecto de reforma”, en *Proyecto de constitución para Córcega. consideraciones sobre el gobierno de Polonia y su proyecto de reforma*, Madrid, Tecnos, 1989 (original de 1772). El tema de la concepción crítica de la representación en Rousseau en realidad es mucho más complejo, como puede verse, por ejemplo, en José Rubio-Carracedo, “Rousseau y la democracia republicana”, en *Metapolítica*, Vol. 4, núm. 14.

⁵¹ Ver reflexiones al respecto en Giovanni Semeraro, “Tornar-se ‘dirigente’. O projeto de Gramsci no mundo globalizado”, en Coutinho y de Paula Teixeira, comp., *Ler Gramsci, entender a realidade*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2003.

⁵² Anderson (1978: 49) critica al “estado burgués [que] ‘representa’ por definición a la totalidad de la población, abstraída de su distribución en clases sociales, como ciudadanos individuales e iguales. En otras palabras, presenta a hombres y mujeres sus posiciones desiguales en la sociedad civil como si fuesen iguales en el estado”. Pero, este reconocimiento de la igualdad cívica es justamente por lo que las clases subalternas, que son claramente

Esto no significa que ignoremos las limitaciones reales que la burguesía le coloca a las democracias realmente existentes. Pero, justamente, éstas son las cuestiones que se disputan en la lucha hegemónica. No por nada, la burguesía opera muchas veces descualificando a la política en un doble movimiento. Por un lado, busca sacar de la arena política-democrática a las cuestiones económicas, vaciando a la política de buena parte de su sentido. Por otro lado, la desprestigia de un modo tan fuerte que las masas terminan alejándose de la política.⁵³

La operación de vaciamiento es realizada a través de un intento de “despolitización” de los intereses. Este movimiento se vincula con una de las formas de la operación de universalización.⁵⁴ Si los intereses ya no son particulares, sino generales, deben quedar fuera del juego de la política, y solo resta “administrar” el bien común. Para Laclau es contra esta despolitización que surge “la razón populista”. Entonces, “la operación política por excelencia va a ser siempre la construcción de un ‘pueblo’”: “una *plebs* que reclame ser el único *populus* legítimo”.⁵⁵ Por eso, para nosotros la “operación populista” podría llegar a convertirse en un arma que, utilizada de modo consecuente y radical (de hecho, los populismos gobernantes han tendido históricamente a abandonar esta operación, y han girado hacia la despolitización), permitiese evitar la neutralización/captación por parte de la burguesía de las “entradas pro-revolucionarias”, a través de permanentes tomas de distancia en relación con la clase dominante y sus intereses.

Sin embargo, con este tipo de reflexiones hemos ido deslizándonos cada vez más hacia apreciaciones sobre tópicos de estrategia política que exceden los objetivos que habíamos fijado al comienzo del trabajo. Es que la precisión de los conceptos que encierra la definición de “hegemonía” dispara una serie de cuestiones que son todas ellas muy polémicas. Este artículo no pretende haberlas resuelto, sino tan sólo haberlas expuesto de un modo ordenado como para facilitar su debate.

la mayoría de la población, siempre han luchado. El problema es por qué luego votan partidos patronales.

⁵³ Ver Fontes, *Reflexões...*, cit., p. 282.

⁵⁴ Al respecto ver Ernesto Laclau, “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas”, en J. Butler, E. Laclau y S. Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, FCE, 2003.

⁵⁵ Laclau, *La razón...*, ob. cit., p. 108.

Resumen

Este artículo intenta precisar la definición del concepto de hegemonía a fin de aportar a una teoría de la hegemonía de carácter sistemático. Para ello se parte de una definición minimalista y se van desarrollando los distintos términos en ella incluidos. A lo largo de este ejercicio conceptual, también se ha procurado esbozar lineamientos para la operacionalización de la hegemonía, cuestión ésta poco abordada por los estudios previos. Para finalizar, se reflexiona acerca de las situaciones de dominación no hegemónicas y la relación entre democracia y hegemonía.

Palabras clave: Hegemonía; Teoría; Operacionalización

Summary

This article tries to specify the definition of the concept of hegemony in order to contribute to a systematic theory of the hegemony. So it begins from a minimalist definition and then it develops the different terms included. Throughout this conceptual exercise, it has also been tried to sketch suggestions for the operationalization of the hegemony. This question has been rarely analyzed by previous studies. To conclude, there is a reflection about the situations of dominance without hegemony and the relationship between democracy and hegemony.

Keywords: Hegemony; Theory; Operationalization

Alberto Flores Galindo (1949-1990)

Juan Luis Hernández

Alberto Flores Galindo nació el 28 de mayo de 1949 en Bellavista, distrito de Callao, en una típica familia de clase media -su padre abogado y su madre ama de casa. Cursó sus estudios escolares en el colegio religioso La Salle, recibiendo una educación atravesada por los valores cristianos. Ingresó luego a la Universidad Católica de Lima, heredera del legado del mayor historiador peruano de principios del siglo XX, José de la Riva Agüero. En esta institución se reveló su vocación por los estudios históricos. En forma paralela, el espíritu del joven estudiante fue transformándose al calor de los sucesos que a fines de los '60-principios de los '70 sacudían el escenario nacional e internacional: la guerra de Vietnam, el mayo francés, el golpe de Velasco Alvarado (octubre de 1968). experiencias decisivas que marcaron su itinerario intelectual.

Su excelente Tesis de Bachillerato en Historia, sobre los mineros de la Cerro de Pasco, defendida a los 22 años, le permitió obtener una beca para continuar sus estudios en París, en la École des Hautes Études en Sciences Sociales. A esa altura ya se había acercado al marxismo, manteniendo un diálogo abierto con otras perspectivas, como la etnohistoria, la antropología y el psicoanálisis. En París conoció y fue discípulo de grandes maestros, como Ruggiero Romano, Robert Paris, Pierre Vilar, Jean-Pierre Vernant. Ya de regreso en el Perú, concentró sus energías en las que serán sus grandes pasiones: la docencia, la investigación, el periodismo, la militancia política. Desde estos años hasta su muerte mantuvo una definición política clara e inquebrantable por el socialismo, acompañando la experiencia de la "nueva izquierda" peruana. En lo concerniente a la docencia, luego de una breve experiencia inicial en la Universidad Católica, encontró su lugar en la carrera de Sociología, en Ciencias Sociales.

Su producción historiográfica se inició muy temprano. En 1974 apareció *Los mineros de la Cerro de Pasco* y en 1977 *Arequipa y el sur andino*. En esos años realizó un fructífero trabajo en común con Manuel Burga, cuyo resultado fue *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, concluido en 1979 y publicado el año siguiente. En 1980, en un momento de ascenso del movimiento popular y la izquierda, se publica *La agonía de Mariátegui. La discusión con la Komintern*, su primer ensayo político de fuerte impacto, varias veces reeditado. En 1984 apareció una de sus mayores contribuciones historiográficas: *Aristocracia y plebe: Lima 1760-1830*, su notable tesis de doctorado en París.

En esos años, junto a la docencia y la investigación, redobló sus esfuerzos en el periodismo y en la militancia política y social. En 1986, junto a Cecilia Rivera, Maruja Martínez, Gonzalo Portocarrero, Nelson Manrique, Gustavo Buntinx y otros intelectuales peruanos fundó SUR - Casa de Estudios del Socialismo, centro concebido como un ámbito desde donde buscar "un proyecto de sociedad solidario y tolerante, abierto siempre a las corrientes del pensamiento universal y enraizado en las tradiciones nacionales", siendo su director desde 1987 hasta 1990. Innumerables debates y cursos, una editorial, la edición de la revista *Márgenes*, fueron algunos de los proyectos impulsados desde SUR. Fruto de toda esta actividad, y de su incesante labor y creatividad intelectual, aparece en 1986 su libro más popular y a la vez su emprendimiento más ambicioso: *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes*. La obra obtiene el premio Casa de las Américas, y rápidamente trasciende el ámbito especializado y se convierte en un éxito de librería, obligando a nuevas ediciones año tras año, con versiones corregidas y aumentadas por su autor. Dos años después, en 1988, aparecerá su último libro, *Tiempo de plagas*, una recopilación hecha por él mismo de sus escritos de los años 1972 a 1976.

A los cuarenta años, Alberto Flores Galindo fue atacado sorpresivamente por un cáncer cerebral. Espontáneamente se organizó una colecta popular que permitió costear un tratamiento en los Estados Unidos, que lamentablemente no dio resultado. En sus últimos momentos de lucidez logró escribir una carta pública a sus amigos, agradeciendo la solidaridad recibida. Con el título "Reencontremos la dimensión utópica", esta carta es un verdadero testamento político, en la que el autor reafirma, con notable optimismo, sus convicciones en el socialismo, la utopía y la revolución¹

La plebe y sus múltiples rostros

En *Aristocracia y plebe* Flores Galindo se propone trazar un detallado cuadro de los distintos grupos plebeyos que convivían en Lima y su periferia entre 1760 y 1830. Su objetivo es entender las razones que explican la estabilidad del orden colonial en los espacios urbanos centrales del país, en los que el sistema se apoyó para enfrentar embates internos y externos.

El bandolerismo es uno de los primeros hilos de esta trama que el autor explora. Endémico en las afueras de Lima desde fines del siglo XVIII, los bandidos proliferaban en las lomas, rutas y hondonadas de la costa acosando a comerciantes y viajeros, sin que las autoridades pudieran controlar su accionar. Flores Galindo reconstruye las bandas, los líderes, los *modus operandi*, la geografía menuda del bandolerismo. En la composición de las bandas predominaban las castas -negros esclavos o libertos, zambos, chinos, algunos mestizos y criollos- y en ellas no participaban los indios. El origen de los bandidos no era exclusivamente rural, muchos tenían oficios urbanos, muy pocos carecían de ocupación, la mayoría eran hombres jóvenes, que convivían con mujeres sin estar casados. La ciudad era el lugar donde se concertaban personajes tan diversos y heterogéneos.

El autor emite juicios de valor lapidarios sobre el bandolerismo, que parecieran exceder la evidencia empírica reunida. Lo considera funcional a la sociedad colonial, cuyos centros de poder y acumulación no se habrían visto afectados. Al mismo tiempo agudizaría las tensiones entre indios y negros (al no discriminar en sus ataques blancos e indios), habiendo incluso bloqueado la emergencia de otras modalidades de protesta. En suma "...librado a sus propias fuerzas, el bandolerismo no consigue transformarse cualitativamente."

La severa legislación represiva, con penas y castigos totalmente desproporcionados con los actos delictivos cometidos -la criminalidad no tenía rasgos de violencia sistemáticos- con muerte en la horca, azotes y torturas impudicamente exhibidas en las principales plazas de Lima, constituía dura advertencia a las castas urbanas -mestizos, zambos y mulatos- que convivían en la ciudad con salteadores de caminos y ladrones de calles. La prostitución se extendía por los bajos fondos, mientras los vagabundos, gente sin trabajo

¹ La carta, escrita el 14 de diciembre de 1989, fue publicada en la revista *Márgenes*, n 7, Lima, enero de 1991, pp 75-83, e incluida por Magdalena Chocano en A. Flores Galindo, *Los rostros de la plebe*, Crítica, Barcelona, 2001.

estable, deambulaban por la ciudad. A esta masa heterogénea Flores Galindo la denomina "*plebe urbana*", término usado en la época con una connotación despectiva y descalificatoria. Incluía también a los vendedores ambulantes -"mercachifles" o "zánganos"- que con sus mercaderías a cuestas recorrían las calles y se establecían en plazas y atrios de iglesias. Otras ocupaciones eventuales mal vistas eran la recolección de alfalfa, los arrieros, los servicios en las fondas y chinganas, los batallones de pardos y morenos. Los miembros de la plebe carecían de ocupaciones y oficios permanentes, no estaban ubicados en los estamentos reconocidos, vivían al margen de la educación, la cultura, los modales, las normas religiosas pregonadas por las elites.

En la definición conceptual de "*plebe urbana*" Flores Galindo se inspira en E. P. Thompson y sus análisis y descripciones de las clases subalternas en la sociedad inglesa del siglo XVIII. Aquí es donde se encuentra su hallazgo teórico más logrado, junto con el análisis del aparato judicial y represivo, de clara impronta foucaultiana. En cuanto a las definiciones del bandolerismo se nota la anacrónica influencia del E. J. Hobsbawm de *Rebeldes primitivos*, cuyas premisas teóricas centrales ya habían sido demolidas por la crítica historiográfica inglesa.

Buscando un amauta

En *La agonía de Mariátegui*. . . Flores Galindo se interroga sobre las cuestiones centrales implicadas en los debates que libró Mariátegui, y concluye que el núcleo de los mismos radicó en la articulación entre marxismo y nación, "...un verdadero problema, una verdadera tensión que atraviesa sus escritos y su vida." La hipótesis principal del libro es que a partir de su particular articulación de marxismo y nación, Mariátegui elaboró una manera específica -peruana, indoamericana, andina- de pensar a Marx: un marxismo diferente, como el de Gramsci o el de Lukács, "y tan valioso como ambos". Flores Galindo presenta una detallada descripción de las discusiones que los delegados peruanos mantuvieron con V. Codovilla y otros dirigentes de la Internacional en la Conferencia Comunista de Buenos Aires, en junio de 1929, a la que Mariátegui no pudo viajar por problemas de salud. La intervención de los delegados peruanos se habría centrado en tres ejes: el afán por insertarse en las tradiciones andinas, el rol relevante que reconocían a los intelectuales y la forma que estaban planteando la construcción del partido en el Perú.

El énfasis en la existencia de una "realidad peruana" diferente a la del resto de los países del subcontinente fue uno de los puntos que más irritó a Codovilla, para quien sólo existía una realidad latinoamericana: todos eran países semicoloniales, definidos así por una forma específica de dependencia al imperialismo, por ende, en todos se aplicaba la misma política, definida por la Internacional para los países de esas características. Las discrepancias se acentuaron con respecto a la denominación del partido, que en realidad tenía que ver con distintas formas de concebirlo y construirlo. Para los peruanos, se trataba de desarrollar primero la conciencia de la clase y en su interior construir la organización revolucionaria, por lo tanto, no se podían definir por adelantado sus características o forjar un modelo de partido para luego aplicarlo, sino que éste surgiría de la experiencia de los revolucionarios en el seno de las masas proletarias, que incluían a los obreros y a los campesinos indígenas. Todo esto era absolutamente ajeno a Codovilla: al no existir una "realidad peruana", tampoco tenía sentido pensar en rasgos originales en la construcción del partido en el Perú.

Para Flores Galindo, Mariátegui encaraba un lento trabajo para construir el partido. En enero de 1928 estalla la polémica con Haya de la Torre, al lanzar éste la organización de un Partido Nacionalista para impulsar su candidatura a la presidencia, proyecto rechazado por Mariátegui, quien se verá obligado a acelerar, entre setiembre y octubre de 1928, la fundación del Partido Socialista Peruano. Este proceso se encontraba en un grado incipiente de desarrollo, por lo cual los delegados peruanos no podían precisar qué formas organizativas tendría en el futuro, sufriendo en Buenos Aires fuertes presiones para constituirlo acorde los criterios de la Internacional.

De las obras centrales de Flores Galindo ésta es sin duda la más problemática. El autor critica a la "generación de Sinaloa" por interpretar a Mariátegui desde las necesidades del presente (y de sus propios intereses), reclamando la necesaria reconstrucción histórica del personaje y de su época. Pero él mismo no siempre encuentra el necesario equilibrio, se inclina por una interpretación heterodoxa, forzando en diversos momentos situaciones y debates en función de sus propias posiciones.

Acierta al señalar la importancia del componente originario en la concepción del socialismo mariáteguiano. Mariátegui consideraba que ni la conquista ni el capitalismo habían conseguido erradicar los elementos de "socialismo práctico" supervivientes en las comunidades andinas, y en ellos era posible apoyarse para construir el socialismo, era lo que constituía viable en

un país atrasado, con una industria naciente y una clase obrera reducida. Pero esto no significa que Mariátegui pensara en una fusión del socialismo con las aspiraciones "mesiánicas" de los indígenas. En este punto, Flores Galindo le atribuye a Mariátegui conocimientos del mundo andino que éste no tenía. Más bien había arribado a la concepción del "comunismo agrario" por los mismos caminos que décadas antes llevaran a Marx a replantear sus concepciones sobre los campesinos al estudiar la antigua comunidad rural rusa. Mariátegui conocía los trabajos de Hildebrando Castro Pozo sobre las comunidades indígenas de la sierra sur, pero los estudios etnohistóricos y antropológicos básicos para entender la organización social y la cosmovisión andina recién comenzarán a difundirse a partir de la década del '50. Además, su concepción del "mito" no remitía al imaginario incaico, sino a sus lecturas de autores europeos, como Bergson o Sorel.

El otro aspecto sumamente problemático es la percepción de la Internacional Comunista como una organización monolítica y compacta a la hora del debate en Buenos Aires. No sólo no estaba todavía consolidada una ortodoxia stalinista -terminaría de constituirse en los años treinta- sino que subsistían tendencias, grupos y partidos con cierta autonomía respecto del Secretariado Sudamericano. Flores Galindo presenta una Internacional unida detrás de Codovilla, que habría acorralado al partido peruano, y obligado a Mariátegui a planear radicarse con su familia en Buenos Aires. El mariateguismo resultó ser, entonces, una aventura inconclusa: derrotado en la polémica con la Internacional, Mariátegui intentó un "repliegue ordenado", proyecto tronchado por su muerte, que lo sorprendió cuando debía enfrentar los escollos más difíciles: proseguir la delimitación con el aprismo sin ser absorbido por la Internacional.

La utopía andina

Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes, ensayo que obtuviera en 1986 el Premio Casa de las Américas, es una obra que se destaca nítidamente en la producción de Alberto Flores Galindo. Ampliado y corregido por el propio autor, se convirtió en el libro más conocido y representativo de su legado.

Buscando un Inca... consta de once ensayos (en la primera edición sólo eran siete) y un epílogo. El autor rescata la noción de *andino/andina*, como

cultura o civilización, señalando sus muchas ventajas: descarta toda connotación racista; no se limita a los campesinos, incluye también a urbanos y mestizos; reconoce como escenario la costa, la sierra o la selva; trasciende las fronteras nacionales y ayuda a pensar la historia común de Perú, Bolivia y Ecuador. En esta sociedad andina, mundo aislado pero no homogéneo, se produce la expansión inca, rápida pero frágil.

En este contexto, la invasión española fue vivida como una verdadera catástrofe. Sus máximas autoridades fueron eliminadas, la religión, la cultura y las costumbres fueron violentamente sacudidas y modificadas por la colonización europea. La expresión más atroz de todo esto fue la debacle demográfica (la población se redujo a la décima parte en décadas).

Ante una realidad cada vez más injusta, cruel y violenta -y no pocas veces incomprensible- el pasado incaico comienza a ser idealizado. A esto se refiere la noción de *Utopía andina*: la emergencia de proyectos que intentaron enfrentar esa realidad fusionando memoria e imaginario. Para ello se operó una redefinición del pasado, el país de los Incas pasó a ser percibido como un lugar sin hambre, caos o desorden. La *Utopía andina* entonces es algo que existió, que no está en el futuro sino en el pasado. La corporización de estos proyectos utópicos se expresó a través de diversos movimientos rebeldes que lucharon contra el orden colonial, liderados por personas que se consideraban a sí mismos descendientes de los Incas, y que proclamaron la restauración del Incario.

Flores Galindo reconstruye estos movimientos rebeldes, desde la rebelión de Juan Santos Atahualpa (1742) hasta la violencia política de la década del '80 del siglo XX, pasando por la rebelión de Túpac Amaru, la participación popular en las guerras de la independencia o las rebeliones de principios del siglo XX. Y propone una interpretación de estos movimientos en clave del devenir del pensamiento utópico andino, cuyas raíces rastrea siguiendo la pista de las múltiples y -en algunos casos- insospechadas corrientes o cauces que confluyen en él, desde las que llegaron a los Andes desde Europa (La Utopía de Tomás Moro, el milenarismo o la inmigración judía) hasta la preservación de las tradiciones incaicas durante el siglo XVI en el reino de Vilcabamba. Pensamiento utópico que recogiendo las tradiciones preservadas en la memoria oral, que fusiona recuerdo y mito (como el ciclo mítico del Inkarrí) termina convirtiéndose en parte integrante de la propia identidad andina.

Buscando un Inca... contabiliza numerosas re-ediciones en el Perú y en otros países. Ha soportado exitosamente el paso del tiempo, básicamente por la poderosa capacidad explicativa desplegada por su autor al lograr aproximarse al imaginario colectivo andino a través del análisis del pensamiento utópico. Sin embargo, el balance político de los movimientos rebeldes merece para el autor consideraciones diferentes. "Escribir sobre la utopía andina -nos dice en el Epílogo- no significa considerar que ella es necesariamente válida o querer postularla como alternativa al presente... entonces la tesis de este libro no es que sigamos buscando un inca". Al igual que Mariátegui, Flores Galindo considera que el socialismo necesita tanto ideas racionales como mitos, elaborados colectivamente. La Utopía pertinente hoy sería aquella que sustentándose en el pasado, estuviera abierta al futuro, posibilitando repensar el socialismo en el Perú. Un socialismo que debiera franquear el ingreso a la modernidad sin postergar al campo ni arruinar a los campesinos, conservando la pluralidad cultural del país.

Según Flores Galindo, la *Utopía andina*, al caer en el milenarismo y los movimientos mesiánicos, convierte el pasado en un cerrojo del porvenir. Una utopía distinta y apropiada para este tiempo sería aquella que permitiese comprender la historia, edificar una identidad colectiva y transformar la sociedad. Flores Galindo nos recuerda que el pensamiento utópico en el Perú siempre tuvo una peligrosa vertiente autoritaria, y que el socialismo no sólo se propone terminar con los explotadores, sino eliminar la explotación, para lo que hace falta construir una sociedad distinta.

Conocimiento histórico y compromiso político

Todos quienes conocieron a Flores Galindo rescatan su vocación por el diálogo, la conversación, esa voluntad insaciable de comunicarse y escuchar a los demás. Afán polémico, intercambio de ideas, diálogo, discusión, fueron para él valores cardinales no sólo de su práctica historiográfica sino de su experiencia de vida. Sin duda, suscribía plenamente las palabras de Mariátegui: "La unanimidad es siempre infecunda... El valor de una idea está casi íntegramente en el debate que suscita".²

Al diálogo y a la polémica como fragua de ideas, Flores Galindo unía una clara idea acerca de cual era el propósito de su práctica historiográfica. En

² José Carlos Mariátegui, *Temas de nuestra América*, Lima, 1960, pp.19 y 26.

este sentido criticaba duramente el *elitismo academicista*, al que denuncia, con tono cáustico y provocador, como "...un tipo de quehacer que no nace de una manera específica y autónoma de pensar una realidad en función de sus necesidades internas, sino de los viajes en avión, y como los vuelos, está desfasado de la tierra. ..."³

Se refería en forma despectiva a los colegas que se dedicaban a producir textos para ser leídos exclusivamente por sus pares -*papers* "escritos para aburridas reuniones de historiadores"- a aquellos a quienes no les interesaba trascender los recintos universitarios y sólo se preocupaban por sumar antecedentes para obtener becas o estadias en Estados Unidos o Europa. La comprensión y discusión de los problemas históricos tenía para él, el propósito de contribuir a la formación de un proyecto colectivo de transformación social. Y a la soberbia de ese elitismo academicista totalmente intrascendente, oponía una modestia y humildad a toda prueba:

"No creo que haya que entusiasmar a los jóvenes con lo que ha sido nuestra generación. Todo lo contrario. Tal vez exagero. Pero el pensamiento crítico debe ejercerse sobre nosotros. Creo que algunos jóvenes, de cierta clase media, tienen un excesivo respeto por nosotros. No me excluyo de estas críticas, todo lo contrario. Espero que los jóvenes recuperen la capacidad de indignación."⁴

En 1982, al publicarse en Lima una edición de la *Historia de la Revolución Rusa* de León Trotsky, Flores Galindo escribió un artículo donde se pregunta por qué, habiendo transcurrido tanto tiempo, el libro se seguía leyendo con entusiasmo. Encuentra que Trotsky, como historiador, era "Hombre de una vasta cultura, adiestrado en el uso de su lengua, lector incansable tanto de Tolstoi como de Céline, pero quién sabe de la historia además por su propia vida, en las cárceles zaristas, el destierro y también en el esplendor del tribuno de 1917 y, finalmente, como el organizador del Ejército Rojo. Lecturas y vida, lo ubicaron en las mejores condiciones para ejecutar la máxima de Spinoza: comprender, entender y mostrar a los lectores por qué los acontecimientos sucedieron de determinada manera, reconstruyendo el curso natural de los hechos. Trotsky no se preocupa por introducir las últimas

³ Alberto Flores Galindo, "Para quien se escribe la historia", en *El diario de Marka*, Lima, 8 de enero de 1981, artículo recopilado en el Tomo V de las *Obras Completas*, editadas por Sur - Casa del Socialismo, pp. 246-248.

⁴ A. Flores Galindo, "Reencontremos la dimensión utópica", en *Los rostros de la plebe*, ob. cit., p. 197.

técnicas de investigación. No escribe para especialistas, ni para el momento. Por eso podemos seguir leyéndolo. Es, como decíamos al inicio, un clásico".⁵

Con estas simples palabras rubricaba la unidad del quehacer histórico y el compromiso político, que constituyeron sus preocupaciones vitales como protagonista e intérprete de su tiempo.

El 26 de marzo de 1990, cuando aún no había cumplido 41 años, falleció en Lima, rodcado del cariño de su compañera de toda la vida, Cecilia Rivera, sus hijos Carlos y Miguel, amigos y compañeros de lucha. En una última misiva a Maruja Martínez, compañera de proyectos y de sueños desde los tiempos iniciales de la Católica de Lima, junto con instrucciones sobre su biblioteca y la administración de Sur, le dice: "...en todo esto debe quedar claro que he sido de izquierda, que he continuado en el marxismo cuando estaba pasado de moda, que sigo partidario de la revolución, que voto por un país nuevo..." Así era Alberto Flores Galindo, un maestro de la historia, un maestro de la vida.

⁵ A. Flores Galindo, "Historia de la Revolución Rusa, un gran libro del siglo XX", en *El Caballo Rojo*, n 94. Lima, 28 de febrero de 1982, artículo recopilado en *Obras completas*, ob. cit., tomo V, pp. 283-286.

Críticas de libros y películas

Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre. Latin America in the Cold War*, Chicago, University of Chicago Press, 2004, 311 p.

Leandro Benmergui

Universidad de Maryland

The Last Colonial Massacre (La última masacre colonial) de Greg Grandin, profesor de Historia Latinoamericana en la Universidad de Nueva York, es el resultado de una investigación originada en una fuerte voluntad de intervención política tanto en el campo académico norteamericano como en el debate en contra de la guerra en Irak llevada a cabo por sectores progresistas en los Estados Unidos. Notablemente influenciado por el (auto) asignado lugar del país del norte como hacedor de democracias y motor modernizador en medio oriente, Grandin estudia el significado y las consecuencias concretas de las intervenciones norteamericanas en Latinoamérica en el contexto de la Guerra Fría.

Guatemala funciona como el caso testigo que permite develar dos tesis complementarias y fundamentales. La primera afirma que fue la izquierda marxista la que encarnó y promovió un proyecto democratizador y modernizador en América Latina redistribuyendo poder político y económico y, centralmente, introduciendo un lenguaje de justicia social y modernización que fue apropiado por vastos sectores de la sociedad. La segunda tesis sostiene que la intervención de los Estados Unidos constituyó el fin de un proyecto de transformación social democrático amplio y el inicio de una política de intervención y tortura en América legitimada por una visión restringida de democracia. Antes que Cuba, Guatemala se convirtió en el primer blanco del país del norte para su política imperialista en el continente después de la Segunda Guerra.

En relación al primer punto –el lugar de la izquierda en Latinoamérica– Grandin propone una línea interpretativa que utiliza la historia oral y los testimonios como fuentes centrales. El mayor logro de este enfoque es demostrar el notable

grado de apropiación y resignificación del discurso y las prácticas de la izquierda en la vida cotidiana de campesinos/as y obreros/as mayas. Durante décadas de lucha en contra de la aristocracia cafetalera —que continuaba explotando trabajo servil— los campesinos/as obtuvieron del gobierno de Jacobo Arbenz, asesorado por el Partido Comunista, la reforma agraria en junio de 1952 afectando tierras de la United Fruit Company. En el plano de las comunidades locales, estas reformas dieron a los campesinos/as experiencia y poder político al proveer a los comités de reforma, a sus representantes y a sus sindicatos un programa, un lenguaje y unos conceptos con el que verbalizaron sus demandas y con el que dieron cuenta de su historia. Este lenguaje al que el autor llama *Marxismo Maya* —el cruce entre lo indígena y lo no-indígena— permitió el puente entre lo particular/local y un proyecto social nacional articulando nociones de justicia y valores universales de libertad e igualdad resignificadas por los sectores populares guatemaltecos.

En síntesis, las mayores contribuciones del autor en este punto son, en primer lugar, la relación entre la idea de democracia y ciudadanía fuertemente enraizadas en las comunidades campesinas y en los sindicatos obreros. En segundo lugar, desmitificar la idea que insiste en caracterizar a los proyectos y al lenguaje de izquierda como algo externo y ajeno a los individuos particulares y a las necesidades reales de los grupos locales. En tercer lugar, Grandin participa de una nueva corriente historiográfica sobre Guatemala que resalta el vínculo entre Arbenz y el PC (denominado PGT-Partido Guatemalteco de Trabajo), argumento provocativo teniendo en cuenta que es el mismo utilizado por los EU para justificar el golpe de 1954.

La segunda tesis del libro, referida a la intervención de EU y la Guerra Fría, logra instalar a Latinoamérica en el mapa geopolítico y discursivo de ese momento así como demostrar con evidencias el papel reaccionario de Estados Unidos en el continente. Más aún, el autor afirma que el proceso de transformación de la vieja izquierda hacia una nueva, armada e insurgente, no fue sólo el resultado de un utopismo sino el devenir histórico producto de los intentos frustrados por establecer democracias sociales desde la segunda posguerra.

Desde Argentina, o desde Latinoamérica, esta tesis parecería una obviedad pero no tanto desde las latitudes boreales. Además, el aporte fundamental del libro es presentar documentos contundentes que demuestran el rol central de Estados Unidos en el golpe de 1954 y en sucesivas masacres, como así también del apoyo dado en términos de propaganda, financiamiento económico y modernización de la tecnología de contrainsurgencia.

Para el campo de la historiografía norteamericana fuera del área de los estudios sobre Latinoamérica, la Guerra Fría refiere exclusivamente al conflicto que enfrentó a la URSS y los EU; Latinoamérica raramente figura como un elemento, y si lo hace es en función de Cuba, Chile o Nicaragua y, desde luego, sólo a partir de 1959. Analizando documentos desclasificados del Departamento de Estado y de la CIA, el autor afirma que la caída de Arbenz fue la primera intervención directa de la Central de Inteligencia en América Latina en el marco de la Guerra Fría, interrumpiendo el ciclo de reformas sociales que siguieron a la inmediata posguerra. Mas aún, Grandin señala que ese proceso tuvo su apogeo en el Operativo Limpieza, en el que militares entrenados por fuerzas de seguridad de los EU capturaron una treintena de activistas de izquierda, los torturaron, ejecutaron y tiraron sus cuerpos al Pacífico en 1966, inaugurando las "desapariciones" forzadas de personas. En un memo clasificado, la CIA explicaba la operación: "La ejecución de estas personas no será anunciada y el gobierno Guatemalteco negará que fueron tomados en custodia".

En última instancia, el mayor logro de la intervención no fue tanto la contención del comunismo sino la eliminación de concepciones locales de democracia social. Finalmente, agregaría que una de las contribuciones más significativas de Grandin al poner el acento siempre en la vida y experiencia de los individuos es desafiar justamente la mirada norteamericana que ha explicado la fragilidad institucional latinoamericana como consecuencia del atraso, el tradicionalismo y el fracaso de proyectos modernizadores. El autor demuestra que Latinoamérica lejos estaba de esos prejuicios y estereotipos al haber establecido su propio proyecto modernizador antes del golpe del '54.

El libro plantea dos cuestiones problemáticas. Uno de ellas es la proyección del caso guatemalteco para el resto de Latinoamérica. La introducción y el epílogo analizan en términos generales la cuestión de la intervención de EU y la Guerra Fría en el continente. Pero los capítulos que conforman el libro refieren exclusivamente a Guatemala. Otro tipo de trabajo monográfico haría falta para analizar las premisas de Grandin en otros países. Por ejemplo, qué ocurre con países de mayor población urbana como el caso argentino, en donde la experiencia de la clase obrera industrial fue marcada a fuego por el peronismo y la resistencia.

La segunda contrariedad tiene que ver con el exclusivo papel protagonista otorgado al PGT (PC). Grandin no aporta mayor análisis para entender el entramado político de la izquierda Guatemalteca. Cae así en una mirada romántica del PGT, de las comunidades y sus militantes que por momentos sesga el uso de

testimonios orales y documentos desclasificados. Esto no desmerece el acertado énfasis en los discursos y prácticas de la vida cotidiana de las comunidades que continua siendo una línea para seguir investigando.

Finalmente, la falta de relación entre el título y el contenido del libro es un buen ejemplo de las políticas editoriales y el mercado. En un momento en el que los estudios postcoloniales siguen siendo atractivos en la academia norteamericana un libro titulado la "última masacre colonial" parece un buen anzuelo para el/la lector/a desprevenido/a.

De cualquier modo, el libro de Grandin contribuye a seguir pensando el rol de la izquierda en Latinoamérica.

Isabella Cosse, *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar. 1946-1955*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica-Universidad de San Andrés, 2006, 206p.

Melina Piglia

Universidad de Buenos Aires

Cuando el peronismo llegó al poder un tercio de los niños recién nacidos en la Argentina se clasificaba como "ilegítimo", una condición, que lo estigmatizaba socialmente y que se reflejaba en los documentos que sobre la identidad de la persona emitía el Estado. De acuerdo a la ley los hijos "ilegítimos" podían ser "naturales" o "adulterinos e incestuosos". Estos últimos eran hijos de personas que estaban impedidas de casarse -lo que comprendía a los hijos de personas divorciadas que hubiesen conformado una nueva pareja, puesto que en la Argentina no existía el divorcio vincular- y eran considerados legalmente como carentes de padre o madre, y privados de derechos sucesorios, mientras los hijos naturales (hijos de personas que al momento de su nacimiento estaban habilitadas para casarse) tenían derecho a investigar su filiación, a reclamar alimentos y a un cuarto de la herencia que le correspondería a los hijos legítimos si los hubiera.

En el cruce entre la historia de la familia y la historia política *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar. 1946-1955* -una versión de la tesis de maestría de Cosse- pone en el centro la problemática de los hijos "ilegítimos", como llave para analizar las transformaciones que el peronismo procuró introducir en el orden doméstico. En el mismo sentido que trabajos recientes preocupados por la forma concreta de operar del peronismo y por sus aspectos simbólicos,¹ la mirada de Cosse se centra en un aspecto de las políticas peronistas de integración social y en sus concepciones sobre la familia, registrando las continuidades y las novedades respecto de la etapa previa, y las ambigüedades y las vacilaciones de los proyectos y leyes peronistas. Su análisis, a la vez, inserta el debate político peronista en un largo plazo de transformaciones culturales de las concepciones

¹ Así, por ejemplo el trabajo de Anahí Ballent sobre las políticas de vivienda durante el peronismo. Anahí Ballent. *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, Buenos Aires, UNQ-Prometeo, 2005.

sobre la familia, la maternidad, la paternidad y la ilegitimidad, y se alinea con los trabajos que desde la historia de la familia y desde los estudios de género han desnaturalizado esas nociones y rastreado la construcción del ideal doméstico.² El resultado es un libro sugerente, bien escrito y de argumentación convincente.

En el primer capítulo, Cosse da cuenta de las diferentes modalidades de organización familiar en la Argentina de principios del siglo XX, y de su contraste con el ideal normativo imperante: la familia nuclear patriarcal basada en el matrimonio legítimo. Indagando en los sentidos que la ilegitimidad tenía para sus protagonistas, a través del análisis de expedientes judiciales y correos de lectores, Cosse descubre indicios de la fortaleza del ideal doméstico en la creciente preocupación por la ilegitimidad de los vínculos familiares en diferentes sectores sociales desde los años cuarenta. Este ideal familiar fue asumido y resignificado por el discurso familiarista del peronismo, asociado a la dignificación de los trabajadores y los "humildes". El peronismo, sostiene, afirmó los valores de la familia y el matrimonio, pero tuvo una mirada compasiva y empática con quienes vivían al margen del ordenamiento doméstico, y les ofreció, en el marco de su discurso redentor de los "desheredados", la posibilidad de acceder a una vida respetable.

El siguiente capítulo intenta penetrar en los sentidos sociales de la ilegitimidad de los vínculos familiares a partir de un sugerente análisis del tratamiento de la filiación ilegítima en el cine argentino entre las décadas del treinta y del cincuenta. El corpus analizado le permite a Cosse mostrar la presencia de una corriente de crítica a la estigmatización de los hijos ilegítimos, considerados víctimas inocentes e infantilizados (asociados a la ingenuidad y la pureza de la infancia), por parte de una sociedad que se quiere igualitaria.

Los últimos dos capítulos dan cuenta las propuestas y políticas del peronismo respecto de los hijos ilegítimos y de su evolución, analizando tanto la tensa relación con el pensamiento católico, como la heterogeneidad de las posturas al interior del propio peronismo. El capítulo III se centra en los debates en torno a la introducción de los derechos de la familia en la nueva constitución. La discusión en torno a la naturaleza de la familia y de los vínculos filiales y la primacía otorgada por el peronismo a la infancia (más allá del origen regular o no de esos

² Véase por ejemplo Eduardo J. Míguez, "Familias e clase media: la formación de un modelo", *Historia de la vida privada en la Argentina*, tomo 2, Buenos Aires, Taurus, 1999, y Marcela Nari, *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires 1890-1940*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

niños), se reflejaron en la ley de adopción y en la incorporación de los derechos de las familias a la nueva constitución, que consagraba la protección del matrimonio. La tensión ya presente entonces entre la justicia social (que parecía llevar a la eliminación de las diferencias entre hijos legítimos e ilegítimos) y la defensa del ideal doméstico se profundizó en los años siguientes al calor del crecimiento de los conflictos con la Iglesia. Era producto del compromiso con el pensamiento católico, pero también del propio énfasis en el ideal normativo doméstico del discurso familiarista peronista y de la amplia aceptación de este idea¹ como horizonte deseable. El capítulo IV da cuenta de las propuestas "jacobinas" en esa materia, presentadas por sectores del peronismo en 1954 y de su suerte, haciendo aún más clara esta tensión entre justicia social y defensa de la familia al interior del propio peronismo. La ley finalmente aprobada, sostenía la distinción entre los hijos nacidos dentro del matrimonio y quienes no lo eran (sobre todo en materia de herencia), pero apuntaba a borrar el estigma: cambiando la denominación de "ilegítimos" por la de extramatrimoniales, y prohibiendo la revelación de los orígenes en los documentos públicos. La ley, muestra Cosse, fue nuevamente producto del compromiso con el pensamiento católico de un peronismo todavía renuente a romper completamente con la Iglesia, pero también del límite que las discrepancias al interior del peronismo le ponían a la propuesta de igualación de los hijos nacidos dentro y fuera del matrimonio. Por otro lado el contraste entre los dos momentos estudiados señala un cambio más general en el clima de ideas al que no escapa el propio catolicismo: la mayor sensibilidad respecto de la protección de la infancia, y en particular de los niños más desprotegido, los hijos "ilegítimos".

Boris Kagarlitsky, *Los intelectuales y el estado soviético, de 1917 al presente*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, 406 p.

Martín Baña

Universidad de Buenos Aires

Este trabajo de Boris Kagarlitsky –sociólogo y uno de los académicos rusos más reconocidos en el mundo– es una de las pocas obras de este prolífico autor que los lectores pueden encontrar en castellano, gracias al esfuerzo colectivo de sus traductores directos del inglés y del ruso y de la editorial Prometeo. Estructurado en dos partes, la primera corresponde al libro publicado en 1988 por la editorial Verso como *The Thinking Reed: Intellectuals and the Soviet State from 1917 to the Present*, luego de seis años de circulación en la URSS como manuscrito clandestino. La segunda está conformada por dos artículos publicados posteriormente.

La tarea que se propone Kagarlitsky es la de trazar el recorrido seguido por la *intelligentsia* rusa tomando como eje su relación con el estado, en un derrotero que es el suyo también, dada su activa participación como intelectual y militante de izquierda. No es extraño entonces percibir, en la lectura, la evaluación constante y el balance entre aciertos y errores. La idea central que atraviesa como dispositivo de intelección de todo el libro otorga a la *intelligentsia* y a su intervención una *condición trágica* que se manifiesta desde el comienzo mismo de su existencia. El proceso europeizador llevado adelante por un estado caracterizado de "asiático" busca ilustración pero no democracia. Eso crea inevitablemente una capa de intelectuales que luego no es necesitada. La *intelligentsia* se encuentra entonces en la *trágica* posición de contar entre sus manos con las ideas más *avanzadas* de Europa pero en un país *atrasado* que prescinde de ella. Estas condiciones desfavorables son las que la convierten en la crítica del orden establecido y en la portadora de las ideas democrático-radicales. Sin ser una clase definida, su excepcionalidad radica en su temprana aparición: el alzamiento decembrista de 1825 cristalizará su presencia y marcará el comienzo de la tradición revolucionaria rusa.

Tomando un amplio concepto de cultura, entendida como campo de batallas políticas, Kagarlitsky describe el sinuoso camino recorrido por la *intelligentsia* a partir de una serie de hipótesis que intenta demostrar recurriendo a un representativo *corpus* documental conformado por publicaciones literarias, discusiones teóricas y obras de arte. Una de ellas tiene que ver con el primer obstáculo que encuentra la *intelligentsia* en la revolución de 1905, donde el fracasado intento de corporizar las ideas sostenidas durante todo el siglo XIX la llevan a atravesar su primera crisis y a una revisión de su conciencia. Lo que interesa aquí es cómo Kagarlitsky se enfrenta a los textos canónicos de la historiografía soviética y ofrece una renovada visión sobre el idealismo ruso y el renacimiento religioso de fines del siglo XIX que lejos estaban —al menos *a priori*— de ser reaccionarios, como pensaban Lenin y otros autores soviéticos. El rechazo del floreciente positivismo y del marxismo vulgar, base del resurgimiento, no suponía necesariamente la adopción de posiciones de derecha. Este camino fue finalmente elegido cuando la *intelligentsia*, creyendo que su conciencia ya estaba suficientemente formada, aisló a los revisionistas y determinó posteriormente su fracaso político y filosófico.

Las otras hipótesis se ponen de manifiesto para dar cuenta la actuación de la *intelligentsia* durante y después de la revolución de 1917. Inmediatamente, los intelectuales se encuentran en una encrucijada. Por un lado no pueden apoyar a una revolución que ha traicionado muy pronto los valores tradicionalmente defendidos, pero por el otro la reacción no aparece como una opción válida. Nuevamente se manifiesta el carácter trágico de la *intelligentsia* que debe ceder terreno, en la vanguardia de la defensa de las ideas democráticas, ante el avance de los *hombres prácticos*. Sin embargo, advierte Kagarlitsky, su misión no está muerta. El ascenso de Stalin supone la reposición de las condiciones de producción en las que la *intelligentsia* había nacido. Así, su papel en una sociedad alienada se refuerza. Ciertamente, las condiciones de producción no son las mejores: el aire respirado bajo el terror es asfixiante, pero la habilidad para mantener la tradición democrática utiliza todos los canales disponibles, sea en la cultura legal como en su prolongación, la ilegal.

La ilusión generada por el deshielo posestalinista, con el renacimiento literario basado en la revitalización de la honestidad, se ve derrumbada tan pronto se alcanzan los cortos límites impuestos por una estadocracia preocupada por el mantenimiento de sus posiciones. La década del sesenta, que rehabilita a Stalin y presencia el fracaso de las reformas económicas, marcará un nuevo punto de

inflexión para la *intelligentsia*. Las críticas no se dirigirán, como antes, a los excesos del estalinismo; ahora el blanco será el régimen mismo. Lo interesante aquí es notar cómo Kagarlitsky explica que la aparición de ideologías nacionalistas o antidemocráticas no se remonta al lejano siglo XIX sino a la cercana fragmentación de la aglomerada ideología oficial estalinista. No debe sorprender, entonces, que por primera vez esas doctrinas encuentren apoyo —a diferencia de la primera crisis— en algunos sectores de la *intelligentsia*. La inconducencia política de estas opciones, que son hijas del dogmatismo en el cual se formaron, realzan la alternativa siempre vigente de la tradición humanista de una *intelligentsia* ahora apática y debilitada. Su trabajo, sin embargo, no ha sido en vano concluye Kagarlitsky en la primera parte del libro: la URSS se encuentra, a comienzos de la década del 1980, en el umbral del socialismo. Este fallido pronóstico es corregido, no obstante, en la segunda parte del libro, una vez consumados los hechos. La rezagada posición y la incomprensión de una *intelligentsia* recuperándose de la apatía ante una contracultura espontánea surgida en las clases más bajas durante la *perestroika* cede finalmente a la rápida conversión ideológica durante la década de 1990 traicionando sus tradicionales valores. A pesar de la marcada desilusión y la crítica rigurosa, el mensaje de Kagarlitsky es optimista. Aquí habrá que esperar al desarrollo de los nuevos hechos.

Los logros de la obra deben matizarse, sin embargo, con ciertos puntos débiles. El mayor tal vez se presenta cada vez que Kagarlitsky abandona el análisis de la *intelligentsia* para centrarse en los aspectos contextuales. Allí el análisis pierde la consistencia generalmente mostrada cuando se abordan, por ejemplo, problemáticas tales como la caracterización de Rusia como un estado "asiático", la posición del último Lenin ante el problema de la burocratización o la utilización del concepto de totalitarismo. La preferencia por el concepto de "estadocracia", en tanto entiende a la URSS como una sociedad de nuevo tipo, no es discutida a la luz de interpretaciones de otros autores —Cornelius Castoriadis, por ejemplo— que transitan la misma senda. También, en ciertas ocasiones, el autor cae en el tipo de explicaciones que describen a Rusia negativamente, desde lo que no tiene o no concretó. Otra cuestión tiene que ver con el propio objeto de estudio, la *intelligentsia*, a la cual el autor le otorga una sospechosa homogeneidad que cruza los dos heterogéneos siglos estudiados. Finalmente, podría plantearse la objeción de la necesidad de vincular los objetos específicos de estudio con el estado, quitándole innecesariamente peso al objeto en cuestión. Tal vez, como

reconoce el mismo Kagarlitsky, sea una de las tareas a realizar por los futuros historiadores de la *intelligentsia*.

Bien escrita y correctamente estructurada, la obra de Kagarlitsky ayuda a llenar un vacío que es —simultáneamente— académico y político. Revisar la historia de la *intelligentsia* permite repensar diversos puntos cruciales de la historia rusa al tiempo que aporta elementos útiles para reflexionar críticamente sobre las experiencias emancipadoras pasadas y, lejos del reflejo reaccionario, construir alternativas posibles.

El paraíso ahora (Paradise Now). Origen: Palestina. Género: Drama. Director: Hany Abu-Assad. Elenco principal: Lubna Azabal, Kais Nashif, Ali Hamade. Duración: 89 min. Estreno en Argentina: junio de 2006.

Paula Halperin

Universidad de Maryland

En el mundo de hoy, los hombres y mujeres que entregan su vida por causas político-religiosas ligadas al conflicto en medio oriente, suscitan posiciones que raramente pueden llamarse moderadas. Son héroes o villanos. *El Paraíso ahora* (*Paradise Now*) construye una narrativa donde esa dicotomía se ve desdibujada desde el comienzo, al mostrar a los dos personajes que sostienen el relato, Khaled y Said, como hombres jóvenes comunes peleando por sobrevivir en este mundo. La relativa distancia de ambos hacia grupos religiosos o políticos refuerza ese sentido que la/el espectador percibe a medida que el film se desarrolla, desmitificando el estereotipo circulante sobre aquellos que deciden transformarse en suicidas.

Lo que hace de esta película algo fuera de lo común es el retrato del otro invasor en la intimidad de la vida cotidiana en la franja occidental, especialmente en la pobre y triste ciudad de Nablus. El encierro, la escasez y la alienación a la que la población ha sido sometida por décadas es el contexto para el conflicto político y moral en que los personajes se debaten y en el que buscan respuesta para el acto final. Said va escribiendo su propio destino a medida que reflexiona sobre sus condiciones de vida, pero fundamentalmente empujado por las elecciones que su padre tomó en el pasado —constreñido por la opresión política— que devinieron en la colaboración y en el posterior suicidio. La oscilación entre su dolor y vergüenza individuales y lo propiamente político aparecen inextricablemente unidos en la vida de Said, parte de una misma cosa que lo arrastra por dudas, avances y retrocesos acerca de su misión.

Hany Abu-Assad tiene en su haber varias películas sobre las posibilidades de crear una cotidianidad en condiciones inimaginables para el resto de nosotr@s

mortales que miramos esa realidad por televisión. Su film anterior, *Otro día en Jerusalén* (2002) despliega las vicisitudes de una joven mujer Palestina que sufre las imposiciones de vivir en un lugar no solo controlado por una fuerza militar foránea pero además por una cultura masculina autóctona fuertemente sexista y opresora.

Es esta "humanidad" de los personajes de Abu-Assad lo que escandalizó a los sectores más reaccionarios de la prensa en los Estados Unidos. Los periódicos locales, fundamentalmente en los centros urbanos donde el film circuló –Los Angeles y Nueva York– gritaron su indignación por la osadía del director al "desfanatizar" y humanizar a estos hombres y dotarlos de dudas y contradicciones. Ya los de mayor circulación como el *Washington Post* o el *New York Times* irremediablemente fueron obligados a admitir la maestría del film, a pesar de la crudeza con la que el director trata el tema.

Lo netamente político del film no se limita a su contenido. El hecho que haya ganado el premio a mejor film extranjero en los Golden Globes generó una controversia que se proyectaría luego en la ceremonia de los pasados Oscars. Diplomáticos Israelíes cuestionaron el hecho de la aceptación y premiación de esta película, que según ellos implicaría un reconocimiento de Palestina como estado por las autoridades organizadoras de ambos eventos. Este hecho seguramente repercutió en la decisión durante los Oscars de otorgar el premio a la mejor película extranjera a *Tsotsi* (2005), de Gavin Hood sobre el mucho más digerible tema de las cuestiones raciales y de clase en la Sudáfrica contemporánea, con final cerrado, certero y redentor, cosas que Abu-Assad no puede darnos en su última película. O tal vez, los Oscars no pueden darse el lujo de hacer lo que sí pueden los Globes, por cuestiones obvias de intereses económicos y políticos, además de la notoria repercusión pública.

Lo cierto es que *El paraíso ahora* generó cierta controversia pública, muy reducida a los espacios habituales. No estuvo en cartel más de 6 semanas, especialmente reclusa a los cines de arte en 6 o 7 ciudades en los Estados Unidos. Siendo que su lenguaje visual no sale de lo convencional, es su temática y el hecho de ser extranjera lo que la marginó de la audiencia local. Ligada a un conflicto político que en este país se respira todos los días, infelizmente será necesario –por la propia dinámica histórica de la cultura local– que un estudio mayor o director prestigiado de la industria cultural estadounidense produzca una película sobre esa temática con resultados inciertos, para que el público se acerque a ver de qué se trata, en la línea de *Munich* (2005), de Spielberg.

En definitiva, *El paraíso ahora* amplía, sin duda, el margen de lo que podría llamarse un innovador cine "político". Lo hace de tal modo que un conflicto que a los ojos de extensos sectores de la población se lee como puramente religioso, deje de serlo, abandonando los calificativos fáciles, abarcando el terreno de la vida cotidiana, la supervivencia, la dignidad, la justicia, o sea, de la política en todas sus dimensiones. La tristeza de todos los personajes y la falta de opciones no le impiden a Abu-Assad dos movimientos fundamentales en la narración, lo que convierten a su film en una obra admirable. El primero, mostrar que los hombres y mujeres de este tiempo terrible al que estamos tod@s atad@s no pierden la capacidad de desear y que tales deseos no necesariamente son los más adecuados para nosotr@s, l@s espectador@s...

El segundo movimiento, mucho menos lírico y más inquietante, muestra que las condiciones de vida a que las personas del film están sometidas por la ocupación y la guerra no les son privativas; que esa ciudad sucia y desgarrada puede suceder en cualquier otro lugar, en cualquier otro momento, de nuestro golpeado mundo moderno, lleno de contradicciones, lleno de desesperación.

Normas de publicación

El envío de trabajos con pedido de publicación debe ser remitido por vía electrónica a: revistanuevotopo@yahoo.com.ar.

1. Los trabajos recibidos serán considerados por dos o más integrantes del Consejo Editorial locales o externos, quienes podrán oficiar como evaluadores o designar a especialistas que consideren pertinentes para el referato, el cual será estrictamente anónimo.
2. Se remitirá un archivo electrónico, Word o RTF, en hoja tamaño A4, interlineado doble, en letras Times New Roman 12, a esta dirección electrónica: revistanuevotopo@yahoo.com.ar.
La extensión máxima en caracteres con espacio (incluyendo notas y gráficos) será: 55.000 para "Artículos"; 40.000 para "Ensayos" y "Entrevistas", 20.000 para "Perfiles" y 8.000 para "Crítica de libros".
Cada artículo debe estar acompañado por un resumen de su contenido en español y, si es posible, en inglés. El resumen no puede superar las cien palabras.
3. Los trabajos deben ser inéditos en castellano.
4. Los textos no deberán ser presentados a otras revistas. *Nuevo Topo* acusará recibo del trabajo en un plazo máximo de un mes y de la evaluación de referato en un lapso no mayor a cuatro meses.
5. Las referencias bibliográficas se realizarán a pie de página, respetando las siguientes convenciones:

Ejemplos de libros:

- Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Eric J. Hobsbawin y Terence Ranger, comps., *The Invention of Tradition*, Londres, Cambridge University Press, 1983. Lo mismo para el caso de coordinación, edición o dirección.

Ejemplos de artículos:

- Ernesto Laclau, "Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno", en Marcos Giménez Zapiola, comp., *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975 pp. 19-57.
- Juan Carlos Torre, "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 28, n° 112, enero-marzo de 1989, pp. 525-548.

Abreviaturas e indicaciones bibliográficas utilizadas (nunca utilizar cursiva):

véase (en lugar de cf., cp., ver, etcétera).

ob. cit. y art. cit., para obras ya mencionadas, en caso de existir varias obras de una misma responsabilidad intelectual, se abreviará el título tomando las tres primeras palabras del mismo, seguidas de las abreviaturas adecuadas. Por ejemplo: S. Žižek, *El sublime objeto*, ob. cit., p. 134, para la obra *El sublime objeto de la ideología*, que fue citada con anterioridad.

Ídem, para una referencia bibliográfica exactamente igual salvo la indicación de páginas. En ese caso se indicará Ídem, p. x.

Ibidem, para referencia coincidente en datos bibliográficos y paginación.

Se terminó de imprimir en septiembre de 2006, en Pavón 1625, C.P. 1870,
Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina,

Artículos

- C. Belini:** La historia industrial argentina
G. Queirolo: Mujeres que trabajan

Entrevista

Ricardo Melgar Bao

Dossier:

Problemas teóricos y metodológicos
en la historia y las ciencias sociales

N. Lavagnino: Hayden White y la nueva
filosofía de la historia

O. Acha: Historia y psicoanálisis

D. Sazbón: Gabriel Tarde y la sociología

J. Balsa: El concepto de hegemonía

Perfiles: Alberto Flores Galindo

Crítica de libros y películas

